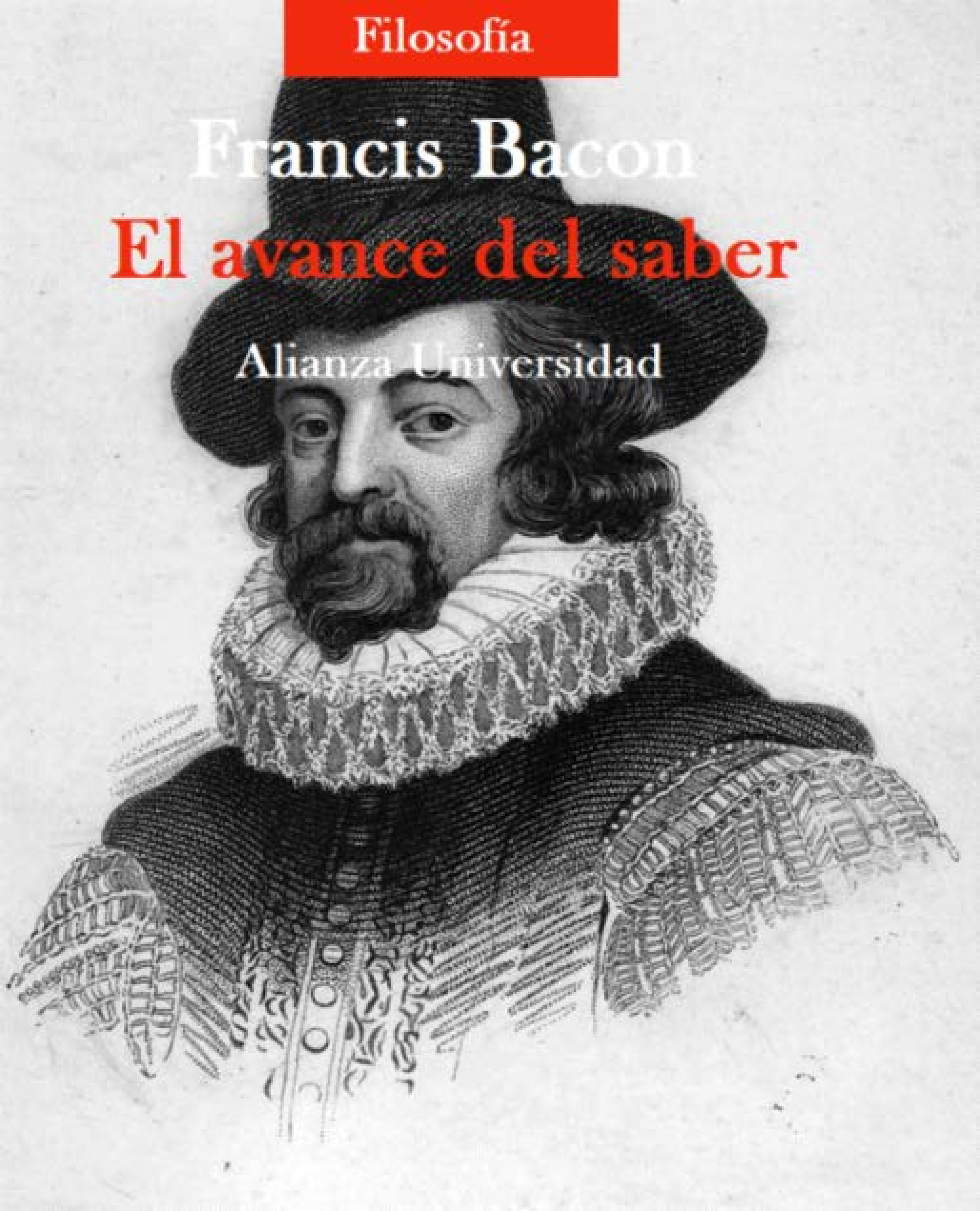

Filosofía
Francis Bacon
El avance del saber
Alianza Universidad

Alianza Universidad

Francis Bacon

El avance del saber

Introducción de
Alberto Elena
Traducción y notas de
María Luisa Balseiro

Alianza Editorial

Título original: *The Advancement of Learning*

Calle Milán, 38, 28043 Madrid; teléf. 200 00 45
ISBN: 84-206-2565-5
Depósito legal: M. 39.107-1988
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Lavel. Los Llanos, nave 6. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

Introducción: Arquitectura de la fortuna y avance del saber: la obra del joven Bacon, por Alberto Elena 9

Libro primero de Francis Bacon sobre el avance y progreso del saber divino y humano 19

Libro segundo de Francis Bacon sobre el avance y progreso del sabor divino y humano 74

Esquema de la obra 226

Introducción

ARQUITECTURA DE LA FORTUNA Y AVANCE DEL SABER: LA OBRA DEL JOVEN BACON

> «Sería insensato, y contradictorio en sí mismo, pensar que es posible hacer lo que hasta ahora nunca se ha hecho por procedimientos que no sean totalmente nuevos.»
>
> *Novum Organum,* I, 6.

Por alguna extraña, aunque históricamente explicable, circunstancia la obra filosófica de Francis Bacon, Lord Verulam y Vizconde de St. Albans, ha tendido a ser abusivamente identificada con su *Novum Organum,* olvidando —para empezar— que ésta no es sino una de las seis partes de que debía constar su inconclusa *Instauratio magna* y que, por lo demás, corresponde a un determinado momento de su trayectoria intelectual y, aun dentro de su riqueza, está lejos de agotar el pensamiento del autor. En efecto, así como Bacon tenderá cada vez más a partir de 1620 (fecha de la publicación del *Novum Organum)* a subrayar la importancia de la compilación de historias naturales en detrimento del desarrollo del método, del mismo modo cabría retrotraerse a períodos anteriores de su carrera y encontrar significativas variaciones con respecto al contenido de dicha obra. Hasta que Benjamin Farrington pusiera de relieve, hace ya algunas décadas, la enorme importancia que los años 1603-1609 tuvieron para la evolución del pensamiento baconiano y la ineludibilidad de su estudio si se desea obtener una imagen más ajustada

del mismo, pocos habían prestado atención a los escritos compuestos en ese período y por lo general habían tendido a despacharlos como simples borradores del *Novum Organum*. Hoy en día, gracias a contribuciones más recientes y sofisticadas (particularmente las de Paolo Rossi y, en otro registro, Graham Rees), la obra del joven Bacon ha pasado a ocupar en los análisis de los historiadores el lugar que ciertamente merece y a suministrar, cada vez más, las claves para la comprensión de algunos de los más oscuros elementos del pensamiento de Lord Verulam.

Hablar, en el caso de Bacon, de *obra de juventud* no es, sin embargo, más que una cómoda etiqueta, puesto que los primeros textos filosóficos salidos de su pluma fueron escritos cuando rondaba ya los cuarenta años. La razón de ello es bien sencilla: Bacon fue eminentemente un político que hubo de labrarse una carrera en la corte y dedicar a ella sus mejores esfuerzos hasta que, ya en los primeros años del siglo XVII y tras la subida al trono de Jacobo I, lograra mejorar sensiblemente su posición y disponer del tiempo, el dinero y —con algún que otro sobresalto— la tranquilidad de ánimo necesarios para entregarse al cultivo de la filosofía. En efecto, con casi un cuarto de siglo de vida parlamentaria a sus espaldas Bacon logró por fin en 1607 el nombramiento para un cargo importante: subfiscal de la Corona. Su ambición, sin embargo, no quedó en absoluto satisfecha con la obtención de dicho cargo; antes bien, pensaba que éste debía servirle únicamente como trampolín para alcanzar otros más importantes y, sobre todo, para poder llevar a cabo sus vastos planes de reforma del saber, con los que esperaba quedar para la posteridad. Bacon ciertamente se tomó muy en serio su idea del hombre como *faber fortunae* (arquitecto de la fortuna) y, con criterio indisimuladamente pragmático, no tuvo inconveniente en predicar con el ejemplo.

«Faber quisque fortunae suae» («Cada cual es artífice de su propia fortuna»), la idea rectora de su ensayo sobre la fortuna —tomada, según dice, de algún poeta clásico, que tal vez pudiera ser Apio Claudio— reaparece asimismo en *El avance del saber* (II, xxiii, 13) y se revela fuera de toda duda como una contribución que Bacon tenía por originalísima. «*Tema nuevo e inusitado*», en sus propias palabras, esta arquitectura de la fortuna, rimbombante calificativo para el arte de desenvolverse en la vida, tiene a Maquiavelo por maestro indiscutible y deja así a las claras la influencia que éste ejerciera sobre el Canciller. A Maquiavelo debía éste, por ejemplo, su convicción en la necesidad de separar la filosofía moral y el *conocimiento civil* (la política), entendiendo, por lo demás, que ni en uno ni en otro ámbito deberían mezclarse consideraciones reli-

giosas. En particular, Maquiavelo le parece digno de elogio por haber procedido al estudio de lo que los hombres realmente hacen y no de lo que se supone que deberían hacer (véase *El avance del saber,* II, xxi, 9). De este modo, mantendrá Bacon, nada hay más genuinamente político que hacer que las ruedas de nuestra mente giren al compás de las ruedas de la fortuna: así lo habían hecho muchos, aunque el *conocimiento civil* hubiese preferido ignorarlo hasta entonces, y así, desde luego, procedería Lord Verulam. Pero el éxito de éste en su carrera política (la caída fue dura, pero efímera, y las generaciones venideras no tardaron en olvidar el desliz) no se vio correspondido por respaldo alguno para sus ambiciosos planes de reforma intelectual, y por ello su testamento filosófico, *La nueva Atlántida,* puede muy bien ser leído —con Michèle Le Doeuff— como el desesperado mensaje que un náufrago sempiterno (*«a sorry book-maker»*, se autodescribiría Bacon en un momento de debilidad) lanzara al mar en pos de un desconocido destinatario. Antes, sin embargo, habían sido muchos los intentos y *El avance del saber* es precisamente uno de los más conocidos.

Ya en 1592 Bacon se había dirigido a su tío, Lord Burghley, rogándole que se valiera de su influencia para procurarle un puesto importante desde el cual pudiera llevar a cabo sus planes tendentes a la promoción del conocimiento, toda vez que —decía— había hecho de la totalidad del saber su provincia. La nula repercusión de sus propuestas, lejos de desanimarle, hizo que sus escritos se multiplicaran y ensayara las más diversas estrategias. Ese mismo año, en un breve *Elogio del saber* compuesto para uno de los *devices* representados en honor de la reina Isabel, había ensalzado el conocimiento («un hombre no es sino lo que conoce», escribió) y había cifrado en éste la clave para recuperar el dominio sobre la naturaleza que el hombre había perdido al pecar en el Paraíso: ésta y no otra sería la *gran restauración* por la que trabajó toda su vida y que habría de dar título a su obra más famosa. En el *Elogio,* Bacon propugnaba asimismo —no muy lejos de los planteamientos de la corriente hermética todavía en boga— un «matrimonio entre la mente del hombre y la naturaleza de las cosas», que ciertamente se situaba en las antípodas del saber libresco de la tradición peripatética. Ya los primeros biógrafos del Canciller se cuidaron de subrayar la temprana insatisfacción de Bacon ante el pensamiento de Aristóteles, no sólo erróneo, sino moralmente reprobable por haber conducido a los hombres de la ignorancia al —todavía más grave— prejuicio y haber convertido a la filosofía en un mero «intercambio de ladridos». La crítica al Estagirita, pero también a la plana mayor de los filósofos antiguos y modernos (e incluso a los alquimistas) será desde ese

momento un motivo recurrente en las obras de Bacon, a modo de contrapartida o *pars destruens* de sus propuestas reformistas.

La obra de *juventud* de Francis Bacon (esto es, la que alcanza poco más o menos hasta *La sabiduría de los antiguos* de 1609) no es reductible, sin embargo, a este único tema; muy por el contrario, la larga docena de opúsculos inéditos, y aun inacabados, compuestos durante este período resumen cabalmente las inquietudes filosóficas de Lord Verulam y constituyen auténticos borradores de *La gran restauración* (que con frecuencia reproduce literalmente pasajes de éstos). A beneficio de inventario, la producción filosófica de Bacon entre la primera edición de sus *Ensayos* (1597) y *La sabiduría de los antiguos* (1609) incluye, entre otros, *Temporis partus masculus* y *Valerius terminus* (textos ambos anteriores a 1603), *De interpretatione naturae proemium* (1603), *Cogitationes de rerum natura* (1604), *Cogitationes de scientia humana* (1605), *Of the Proficience and Advancement of Learning* (1605) —cuya versión castellana aquí se presenta—, *Cogitata et visa* (1607), *Filum labyrinthi* (c. 1607) y *Redargutio philosophiarum* (1608), si bien sus dos importantes opúsculos sobre cuestiones cosmológicas, *Thema coeli* y *Descriptio globi intellectualis*, terminados en torno a 1612, pudieron sin duda haberse gestado durante este período y como pertenecientes al mismo han de ser estudiados. En todas estas obras, salvo quizás con la relativa excepción de las dos últimas, Bacon se debate en pos de un estilo y un vehículo literario idóneos para presentar sus ideas al gran público: monólogos dramatizados coexisten con más asépticas exposiciones en tercera persona, textos en latín con otros en inglés; incluso Bacon duda en algún momento acerca de la conveniencia de servirse de un seudónimo... Sin embargo, se inclina finalmente por una solución convencional, como es la representada por *El avance del saber* —un tratado sistemático en inglés—, la única de todas estas obras que vio la luz en vida del autor.

El avance del saber se publicó, en efecto, en octubre de 1605 en Londres y constaba de dos libros de muy desigual extensión. El segundo y más largo constituirá precisamente la base del *De dignitate et augmentis scientiarum* (1623), una nueva versión de la obra —esta vez en latín, buscando así una difusión más amplia en el continente («*those modern languages are the bankrupt of the book*», se lamentará Bacon)—, pero en absoluto una simple traducción, por más que a veces así lo hayan afirmado comentaristas poco escrupulosos. No es ocasión ésta para estudiar las diferencias entre una y otra obra, pero sí parecería conveniente, en cambio, atender —siquiera sumariamente— a la estructura y contenido de *El avance del saber*. Mientras que en el libro primero Bacon ofrece una farragosa argumen-

tación en pro de la excelencia del conocimiento y una pormenorizada respuesta a las objeciones habitualmente formuladas a la búsqueda de éste, en el segundo se ocupa de los obstáculos hasta entonces interpuestos a su avance y presenta con gran detalle una clasificación de las ciencias que habría de reaparecer en otros muchos textos del Canciller: de acuerdo con ésta todo el saber humano podría dividirse en historia (natural, civil, eclesiástica y literaria), que corresponde a la facultad de la memoria, poesía (narrativa, representativa y alusiva o parabólica), que corresponde a la imaginación, y filosofía (divina, natural y humana), que corresponde a la razón. (La teología, fundada únicamente en la palabra y el oráculo de Dios, y no en la luz de la naturaleza, escaparía a esta clasificación.)

«De hacer libros nunca se acaba, y la mucha lectura desgasta el cuerpo» (Ecl., XII, 2): ésa es la actitud que, a juicio de Bacon, conviene evitar por encima de todo. De hecho, subraya, las épocas de mayor esplendor de la historia de la humanidad han coincidido invariablemente con el gobierno de príncipes doctos e ilustrados *(El avance del saber,* I, vii, 3). Pero se ha tratado siempre de iniciativas aisladas y carentes de toda continuidad: nada se ha hecho para promover una auténtica reforma del saber que permita finalmente inaugurar una nueva edad de oro. Tal tarea, Bacon insistirá hasta la saciedad, no puede concebirse sino como una verdadera *opera basilica,* una empresa regia por encima de cualquier clase de iniciativas privadas. Por ello él mismo, lamentando el forzado aislamiento en el que se veía obligado a realizar su labor, aspiraba a que se le confiara la dirección de alguna importante institución educativa (y en su diario de 1608, tratando de concretar, llega a barajar algunos nombres), para desde ella impulsar el avance del conocimiento y progresivamente poner fin al anquilosamiento de tales centros tradicionales del saber. Bacon, pues, se presenta a sí mismo como un filántropo y asegura no tener otro empeño que servir a la humanidad. La gran reforma del saber habría de propiciar la restauración del dominio del hombre sobre la naturaleza y, con ello, un bienestar material hasta entonces desconocido y con el que se atreve a soñar en *La nueva Atlántida.* Precisamente son los frutos, las obras, los resultados prácticos, los mejores *signa* o indicios de la bondad de una determinada filosofía: a los *experimenta lucifera* conducentes a la interpretación de la naturaleza o conocimiento de las leyes de ésta han de acompañar también otros *experimenta fructifera* que arrojen importantes ventajas prácticas *(El avance del saber,* II, viii, 3 y 5). Los recientes descubrimientos geográficos, la orgullosa afirmación de un *plus ultra* en el globo terráqueo, presagian para Bacon avances en el conocimiento —el globo intelectual, como él lo deno-

mina con frecuencia— que finalmente habrían de acabar haciendo realidad la profecía de Daniel (XII, 4): «muchos pasarán y la ciencia avanzará» (véase II, ii, 10). El programa parece claro; son los medios para llevarlo a cabo los que presentan enormes dificultades y hacen a Bacon confesar en más de una ocasión tener claro el camino a seguir, mas no cuál es su posición exacta.

El obstáculo fundamental radica, como es bien sabido, en la propia naturaleza de la mente humana, que no es como una tableta de cera a la espera de recibir una inscripción, sino un *espejo encantado* —la expresión es del propio Bacon—, que tiende a deformar los objetos (véase II, xiv, 9-11). No se puede, en una palabra, escribir sobre ella sin haber borrado previamente lo que contenía. Ahora bien, estos *idola* que empañan la mente humana no siempre pueden erradicarse, y por ello Bacon cree de todo punto necesario pergeñar un nuevo método capaz de minimizar su efecto y subsanar los errores cuando quiera que éstos se produzcan, llevando así al hombre por una senda segura hacia el verdadero conocimiento de la naturaleza. Obviamente, la vieja argumentación silogística se revela inútil para este cometido, pues lo que se requiere es una lógica del descubrimiento, de la invención (véase II, xiii, 5), un método enteramente nuevo y original que permita la superación de los tres tipos de saber, sin duda inadecuados, hasta entonces imperantes: el saber *fantástico,* alimentado por las vanas imaginaciones de los filósofos naturales; el saber *contencioso* al que se reducen los altercados verbales de los escolásticos, y, por último, el saber *delicado* que caracteriza al vacío y afectado estilo de los retóricos (véase I, iv, 2). Pero el mayor defecto de todos, el más grave error en el que habitualmente han incurrido los hombres a la hora de proceder a la investigación de la naturaleza, ha sido mezclar la religión con la ciencia, dando así lugar a «una desastrosa confusión entre lo humano y lo divino», como escribiera en *Cogitata et visa.* Dar a la fe lo que corresponde a la fe y distinguir claramente entre el libro de la palabra de Dios y el libro de sus obras es la premisa fundamental de una sana y legítima filosofía natural. Bacon explora en repetidas ocasiones las relaciones entre la fe y el conocimiento (en *El avance del saber* lo hace particularmente en II, xxv), siempre para subrayar la autonomía de ambas esferas y reivindicar para la ciencia el derecho a no sufrir las molestas intromisiones teológicas que tan frecuentes resultaban aún en la época. Ello no significa, sin embargo, que el saber haya de dar la espalda a la religión; antes bien, la gran restauración es —como ya se apuntó— una empresa plena de resonancias religiosas, y, por lo demás, el conocimiento no puede sino constituir una eficaz incitación a la exaltación de la gloria de Dios, así como un singular

antídoto contra la incredulidad y el error (véase I, vi, 16). La teología revela la voluntad de Dios; la ciencia, su poder.

El avance del saber, en la medida en que es la quintaesencia del pensamiento baconiano de este período de formación que venimos describiendo, sintetiza admirablemente las líneas maestras de éste y exhibe ya muchos de los rasgos característicos de su obra de madurez. Gracias a su notable difusión (conoció incluso una versión francesa en 1624), realzada por la ulterior revisión del tema en *De augmentis,* los proyectos del Canciller fueron bien conocidos y no sintió la necesidad de dar a la luz ningún otro de los borradores que a la sazón redactara, reservándose para su obra magna, *La gran restauración.* El hecho de que ésta quedara inconclusa y de este modo algunos elementos centrales del pensamiento baconiano se vieran privados de un adecuado desarrollo (en particular, sus ideas cosmológicas) hacen obligado el estudio de su obra de juventud, vasto iceberg cuya punta no es sino este *Avance del saber* que ahora ya presentamos por vez primera en lengua castellana.

ALBERTO ELENA

La presente traducción del *Advancement of Learning* se basa en la edición de G. W. Kitchin, Londres, 1861; la división en secciones y subsecciones es la utilizada en la de W. A. Wright, Oxford, 1868.

Las citas, directas o indirectas, de autores griegos y latinos insertas en el texto son a veces tan inexactas que obligan a suponer que, en general, Bacon citaba de memoria; se ha procurado traducirlas fielmente según el sentido con que aquí aparecen, coincida o no con su sentido original. Las alusiones a Ellis o Spedding se refieren a sus notas al *De Dignitate et Augmentis Scientiarum,* en el volumen I de las obras completas de Bacon, *The Works of Francis Bacon,* ed. a cargo de J. Spedding, R. L. Ellis y D. D. Heath, 7 volúmenes, Londres, 1857-1861.

LIBRO PRIMERO DE FRANCIS BACON SOBRE EL AVANCE Y PROGRESO DEL SABER DIVINO Y HUMANO

Al Rey

1. Había bajo la Ley, oh Rey excelente, tanto sacrificios diarios como ofrendas voluntarias: procediendo aquéllos de la observancia ordinaria, éstas de una devota alegría. De la misma manera, corresponde a los reyes recibir de sus servidores tanto tributos de deber como presentes de afecto. En lo primero espero no faltar mientras viva, de conformidad con mi muy humilde oficio y los encargos que Vuestra Majestad tenga a bien confiarme; para lo segundo he creído preferible escoger alguna oblación que antes hiciera referencia al carácter y excelencia particulares de vuestra persona que al negocio de vuestra corona y estado.

2. Así pues, representándome muchas veces a Vuestra Majestad en el pensamiento, y contemplándoos, no con la mirada curiosa de la presunción, por descubrir lo que la Escritura me dice ser inescrutable [1], sino con la mirada respetuosa del deber y de la admiración; dejando a un lado las restantes partes de vuestra virtud y fortuna, me he visto conmovido, y aun poseído de extremado asombro, ante aquellas de vuestras virtudes y facultades que los filósofos llaman intelectuales: la amplia capacidad de vuestro ingenio, la fidelidad de vuestra memoria, la celeridad de vuestra comprensión, la penetración de vuestro juicio y la facilidad y orden de vuestra elocución;

[1] Prov. 25, 3.

y a menudo he pensado que, de cuantas personas vivas he conocido, Vuestra Majestad fuera el mejor ejemplo para persuadir de la opinión de Platón de que todo conocimiento no es sino remembranza, y que la mente humana conoce de suyo todas las cosas, y no espera sino que sus propias ideas innatas y originales, que por la extrañeza y oscuridad de este tabernáculo del cuerpo se hallan secuestradas, de nuevo sean reavivadas y restablecidas[2]: tal es la luz natural que he observado en Vuestra Majestad, y tal su disposición a llamear y arder vivamente a la menor ocasión que se le presente, o con la menor chispa del conocimiento de otro que se le comunique. Y como dice la Escritura del rey más sabio, que *su corazón era como las arenas del mar*[3], que, aunque sea uno de los cuerpos más grandes, empero está compuesto de las porciones más pequeñas y diminutas; así Dios ha dado a Vuestra Majestad un entendimiento de composición admirable, capaz de abarcar y comprender los asuntos mayores, y al mismo tiempo tocar y aprehender los más pequeños, siendo así que en la naturaleza parecería imposible que un mismo instrumento fuera apto para obras grandes y pequeñas. Y en cuanto a vuestro don de palabra, quiero recordar lo que Cornelio Tácito dijo de Augusto César: *Augusto profluens, et quae principem deceret, eloquentia fuit*[4]; pues, si bien se mira, el discurso pronunciado con trabajo y dificultad, o el que sabe a afectación de arte y preceptos, o el que imita algún modelo de elocuencia, por excelente que sea, todos tienen algo de servil y de no soberano. Pero el modo de discurso de Vuestra Majestad es verdaderamente el de un príncipe: fluye como de una fuente, y empero discurre y se ramifica conforme al orden de la naturaleza, y, lleno de facilidad y acierto, no imita a nadie y es inimitable. Y así como en vuestro estado civil parece haber una emulación y competición de vuestra virtud con vuestra fortuna; una disposición virtuosa con un feliz régimen; una expectación virtuosa (cuando era tiempo) de vuestra mayor fortuna, con una próspera posesión de la misma a su tiempo debido; una virtuosa observancia de las leyes del matrimonio, con el más santo y dichoso fruto de él; un virtuoso y cristianísimo deseo de paz, con una feliz inclinación de vuestros príncipes vecinos en igual sentido: así también en estos asuntos intelectuales parece haber no menor competición entre la excelencia de las dotes naturales de Vuestra Majestad y la universalidad y perfección de vuestro saber. Pues seguro estoy de que esto que voy a decir no es ninguna hipérbole, sino verdad cierta

---

[2] Platón, *Menón*, 81c-d; *Fedón*, 72e.
[3] 1 Re. 4, 29.
[4] El habla de Augusto era fluida y regia. Tácito, *Anales*, XIII, 3.

y sopesada: a saber, que no ha habido desde los tiempos de Cristo ningún rey o monarca temporal tan versado en toda la literatura y erudición divina y humana. Pues repase y recorra quien lo desee seria y diligentemente la sucesión de los emperadores de Roma, de los cuales fueron los más cultos César el dictador, que vivió algunos años antes de Cristo, y Marco Antonino [5]; y haga lo mismo con los emperadores de Grecia, o del Oeste, y luego con las líneas de Francia, España, Inglaterra, Escocia y las restantes, y verá que este juicio es bien fundado. Pues parece muy bien que un rey, mediante los extractos resumidos de los ingenios y trabajos de otros, se apropie algún ornamento superficial y máscara de erudición, o que favorezca el saber y a los sabios; pero beber, de hecho, en las verdaderas fuentes del saber, y aun llevar una de tales fuentes dentro de sí, en un rey, y nacido de rey, es casi un milagro. Y tanto más cuanto que en Vuestra Majestad se encuentra una rara conjunción de letras así divinas y sagradas como profanas y humanas, de suerte que aparece Vuestra Majestad investida de aquella triplicidad que con gran veneración se atribuía al Hermes antiguo: el poder y la fortuna de un rey, el conocimiento y la iluminación de un sacerdote y el saber y la universalidad de un filósofo [6]. Esta cualidad propia y atributo personal de Vuestra Majestad merece quedar plasmada no sólo en la fama y admiración de la época presente, ni en la historia o tradición de las venideras, sino también en alguna obra sólida, memorial fijo y monumento inmortal, que lleve impreso el carácter o rúbrica así del poderío de un rey como de la singularidad y perfección de un rey tal.

3. Por eso concluí que no podía hacer a Vuestra Majestad mejor oblación que la de un tratado tendente a ese fin, cuya suma se compondrá de estas dos partes: una primera relativa a la excelencia del saber y del conocimiento, y la excelencia del mérito y verdadera gloria que hay en su aumento y propagación, y una segunda relativa a cuáles sean las acciones y obras particulares que han sido puestas en práctica y emprendidas en orden al progreso del saber, y también a qué defectos e imperfecciones encuentro yo en tales actos particulares; a fin de que, aunque no pueda yo aconsejar a Vuestra Majestad positiva o afirmativamente, o exponer a vuestra consideración materia bien compuesta, pueda, en cambio, animar vuestras regias reflexiones a visitar el tesoro excelente de vuestro propio espíri-

---

[5] Marco Aurelio. Sobre su erudición y la de César, véase *infra,* I, VII, 8 y 22 y ss.

[6] Rey, sacerdote y filósofo eran los tres títulos del Hermes Trismegisto. La fórmula de Bacon se encuentra en Marsilio Ficino, *Argumentum in Librum Mercurii Trismegisti.*

tu, y de allí extraer particulares para este propósito tan conforme a vuestra magnanimidad y prudencia.

I.1. En el pórtico de entrada a la primera de esas partes, para desembarazar el camino y, por así decirlo, hacer un silencio en el que los testimonios verdaderos concernientes a la dignidad del saber puedan oírse mejor, sin el estorbo de objeciones tácitas, creo conveniente exonerarlo de los descréditos e insultos de que ha sido objeto, procedentes todos ellos de la ignorancia, pero de la ignorancia diversamente disfrazada, mostrándose ora en el celo y suspicacia de los teólogos, ora en la severidad y arrogancia de los políticos, ora en los errores e imperfecciones de los sabios mismos.

2. Oigo decir a los primeros que el conocimiento es una de esas cosas que han de ser admitidas con limitación y cautela grandes; que el aspirar a un conocimiento excesivo fue la tentación y pecado originales de los cuales se siguió la caída del hombre; que hay en el conocimiento algo de la serpiente, y por eso allí donde entra en el hombre le hace hincharse, *scientia inflat* [7]; que Salomón da esta censura, que *de hacer libros nunca se acaba, y la mucha lectura desgasta el cuerpo* [8], y también en otro lugar, que *en el conocimiento abundante hay mucha aflicción, y el que aumenta el conocimiento aumenta la preocupación* [9]; que San Pablo da esta advertencia, que *no nos dejemos corromper por la vana filosofía* [10]; y que la experiencia nos muestra cómo hombres doctos han sido heresiarcas, cómo los tiempos doctos se han inclinado al ateísmo y cómo la contemplación de las causas segundas detrae de nuestra dependencia de Dios, que es la causa primera.

3. Para poner al descubierto, pues, la ignorancia y el error de esta opinión, y lo equivocado de su fundamento, diremos que esos hombres no advierten o consideran que no fue el conocimiento puro de la naturaleza y el mundo, conocimiento a cuya luz el hombre puso nombre a las otras creaturas en el Paraíso conforme eran llevadas a su presencia [11], según sus cualidades, lo que dio ocasión a la caída; sino que la forma de la tentación fue el conocimiento soberbio del bien y del mal, con la intención en el hombre de darse una ley a sí mismo y no depender ya de los mandamientos de Dios. Ni hay cantidad de conocimiento, por grande que sea, que pueda hacer hincharse la mente del hombre; pues nada puede llenar, y mucho menos

[7] La ciencia hincha. 1 Cor. 8, 1.
[8] Ecl. 12, 12.
[9] Ecl. 1, 18.
[10] Col. 2, 8.
[11] Gén. 2, 19-20.

dilatar, la mente humana, si no es Dios y la contemplación de Dios; y por eso Salomón, hablando de los dos sentidos principales de la inquisición, el ojo y el oído, afirma que no se harta nunca el ojo de ver, ni el oído de oír [12]; y si no hay llenarse, es que el continente es mayor que el contenido. Así también del conocimiento mismo y la mente del hombre, para los cuales los sentidos no son sino informadores, dice estas palabras, puestas tras esa lista o tabla que hace de la diversidad de tiempos y estaciones que hay para todas las acciones y propósitos, y que termina así: *Dios ha hecho todas las cosas hermosas, o apropiadas, cada una para su estación; también ha puesto el mundo en el corazón del hombre, pero no puede el hombre descubrir la obra que Dios hace desde el principio hasta el fin* [13]: donde declara sin oscuridad que Dios ha compuesto la mente del hombre a modo de espejo o vidrio capaz de reflejar la imagen del universo, y dichoso de recibir la impresión del mismo, como el ojo es dichoso de recibir la luz; y que no sólo se deleita con la contemplación de la variedad de las cosas y las vicisitudes de los tiempos, sino que se eleva asimismo a averiguar y discernir las ordenanzas y decretos que a lo largo de todos esos cambios son infaliblemente observados. Y aunque insinúa que la ley suprema o suma de la naturaleza, que él llama *la obra que Dios hace desde el principio hasta el fin,* no puede ser descubierta por el hombre, empero eso no menoscaba la capacidad de la mente, sino que puede achacarse a impedimentos tales como la brevedad de la vida, la mala conjunción de los esfuerzos, la defectuosa transmisión del conocimiento de unos a otros, y muchas otras inconveniencias a que la condición del hombre está sujeta. Pues que nada del mundo está vedado a la inquisición y averiguación del hombre, lo deja sentado en otro lugar, cuando dice: *El espíritu del hombre es como la lámpara de Dios, con la que registra la interioridad de todo lo oculto* [14]. Siendo, pues, tal la capacidad y cabida de la mente humana, es manifiesto que no hay peligro alguno de que la proporción o cantidad del conocimiento, por grande que sea, la haga hincharse y salirse de sí; no, sino que es cualidad del conocimiento, tanto si es más como si es menos, si es tomado sin su correctivo propio, el llevar en sí algo de veneno o malignidad, y algunos efectos de ese veneno, que son ventosidad e hinchazón. Esa especia correctiva, cuya adición hace al conocimiento tan soberano, es la caridad, que el apóstol agrega inmediatamente a la cláusula citada, pues dice: *El conocimiento hincha, pero la caridad construye* [15], a semejanza de lo que declara en otro

---

[12] Ecl. 1, 8.
[13] Ecl. 3, 11.
[14] Prov. 20, 27.
[15] 1 Cor. 8, 1.

lugar: *Si yo hablara con las lenguas de los hombres y de los ángeles, y no tuviera caridad, sería como címbalo que resuena*[16]; no porque el hablar con las lenguas de los hombres y de los ángeles no sea cosa excelente, sino porque, si se separa de la caridad y no se aplica al bien de los hombres y de la humanidad, es más gloria resonante e indigna que virtud meritoria y sustancial. Y en cuanto a esa censura de Salomón acerca del exceso en el escribir y leer libros y la ansiedad del espíritu que nace del conocimiento, y a esa exhortación de San Pablo de que *no nos dejemos seducir por la vana filosofía,* entiéndanse bien estos pasajes, y se verá que exponen de manera excelente los verdaderos términos y límites en que se encierra y circunscribe el conocimiento humano, y aun ello sin tanta constricción o coartación que no pueda éste comprender toda la naturaleza de las cosas. Esas limitaciones son tres. La primera, que no situemos nuestra felicidad en el conocimiento hasta el punto de olvidar nuestra mortalidad. La segunda, que apliquemos nuestro conocimiento a darnos reposo y contento, y no inquietud o insatisfacción. La tercera, que no presumamos alcanzar a los misterios de Dios mediante la contemplación de la naturaleza. En lo tocante a la primera, el propio Salomón se explica óptimamente en otro lugar del mismo libro, donde dice: *Yo vi que el conocimiento se aparta de la ignorancia como la luz de las tinieblas, y que los ojos del sabio vigilan en su frente, mientras que el necio deambula en las tinieblas: pero también aprendí que la misma mortalidad alcanza a ambos*[17]. Y en cuanto a la segunda, cierto es que no hay zozobra o preocupación que resulte del conocimiento, como no sea por accidente; pues todo conocimiento y asombro (que es la semilla de aquél) es una impresión de placer en sí; pero cuando los hombres caen en componer conclusiones de su conocimiento, aplicándolo a su afán particular y surtiéndose así de cobardes temores o deseos inmoderados, nace de ello esa demasía de cuidados y desasosiego de la mente a que se alude: pues entonces el conocimiento ya no es *lumen siccum,* de la que Heráclito el profundo dijo *lumen siccum optima anima,* sino que se convierte en *lumen madidum* o *maceratum*[18], mojada e impregnada en los humores de las pasiones. Y en cuanto al tercer punto, merece ser un poco meditado y no pasado a la ligera: pues si alguno creyere, por la visión e inquisición de estas cosas sensibles y materiales, obtener la luz necesaria para descubrir por sí mismo la naturaleza o voluntad de Dios, entonces sí que esta-

[16] 1 Cor. 13, 1.
[17] Ecl. 2, 13-14.
[18] Luz seca; la luz seca es la mejor alma (véase Plutarco, *De esu carnium orationes ii,* I, 995); luz húmeda o macerada.

ría corrompido por vana filosofía: pues la contemplación de las creaturas y obras de Dios produce conocimiento con respecto a las obras y creaturas mismas, pero con respecto a Dios no conocimiento perfecto, sino admiración, que es conocimiento fragmentado. Por eso dijo muy acertadamente uno de la escuela de Platón [19] que *el sentido del hombre muestra semejanza con el sol, que, según vemos, descubre y revela todo el globo terrestre, pero también oscurece y oculta las estrellas y el globo celeste: así el sentido descubre las cosas naturales, pero oscurece y cierra las divinas*. Y de ahí que sea cierto el haber sucedido que diversos grandes y doctos hombres hayan sido heréticos, cuando han pretendido volar hasta los secretos de la Deidad con las alas céreas de los sentidos. Y en cuanto a la idea de que el demasiado conocimiento incline al hombre al ateísmo, y que la ignorancia de las causas segundas favorezca una dependencia más devota de Dios, que es la causa primera, en primer lugar sería bueno preguntar lo que Job preguntó a sus amigos: *¿Mentiréis por Dios, como hace un hombre por otro, para agradarle?* [20] Pues cierto es que Dios no obra nada en la naturaleza sino a través de causas segundas; y si se afirma creer otra cosa, es mera impostura, como si con ello se favoreciera a Dios, y no es sino ofrecer al autor de la verdad el sacrificio impuro de una mentira. Pero aún más, es verdad segura y confirmada por la experiencia que un conocimiento pequeño o superficial de la filosofía puede inclinar la mente humana al ateísmo, pero que un mayor avance en la misma la vuelve a la religión. Pues en el umbral de la filosofía, cuando las causas segundas, que están inmediatas a los sentidos, se ofrecen a la mente, si ésta se detiene y asienta allí, puede caer en cierto olvido de la causa suprema; pero si pasa más allá, y ve la depedencia de las causas y las obras de la Providencia, luego fácilmente creerá, según la alegoría de los poetas, que el eslabón más alto de la cadena de la naturaleza por fuerza debe estar atado al pie del trono de Júpiter [21]. Para concluir, pues: que nadie, por concepto pusilánime de la sobriedad o mal aplicada moderación, piense o mantenga que se puede indagar demasiado o ser demasiado versado en el libro de la palabra de Dios o en el libro de las obras de Dios, esto es, en la teología o en la filosofía; antes bien aspiren los hombres a un avance o progreso ilimitado en ambas, cuidando, eso sí, de aplicarlas a la caridad y no al envanecimiento, a la utilidad y no a la ostentación, y también de no mezclar o confundir imprudentemente uno de estos saberes con el otro.

---

[19] Filón de Alejandría.
[20] Job 13, 7.
[21] *Ilíada*, VIII,19.

II.1. En cuanto a las injurias que el saber recibe de los políticos, son de este tenor: que el saber reblandece los ánimos de los hombres, y los hace menos aptos para la gloria y ejercicio de las armas; que estropea y pervierte sus disposiciones para los asuntos de gobierno y la política, al volverlos demasiado curiosos e irresolutos por la variedad de lecturas, o demasiado intolerantes o inflexibles por la rigurosidad de las normas y axiomas, o demasiado inmoderados y arrogantes por la grandeza de los ejemplos, o demasiado discordantes y divorciados de sus tiempos por la disimilitud de los ejemplos; o, cuando menos, que aparta los esfuerzos de los hombres de la acción y los negocios, y los lleva a un amor del ocio y del retiro, y que introduce en los estados una relajación de la disciplina, cuando todos están más dispuestos a discutir que a obedecer y ejecutar. Por esa idea Catón, de sobrenombre el Censor, sin duda uno de los hombres más prudentes de todos los tiempos, cuando Carnéades el filósofo fue en embajada a Roma, y todos los jóvenes romanos empezaron a congregarse en torno a él, seducidos por la dulzura y majestad de su elocuencia y su saber, aconsejó públicamente en el Senado que se le despachara con toda celeridad, no fuera a ser que infectara y cautivara las mentes y los ánimos de la juventud, e inadvertidamente ocasionara una alteración de los usos y costumbres del estado[22]. Esa misma idea o talante movió a Virgilio, empleando su pluma en beneficio de su patria y perjuicio de su profesión, a establecer una suerte de separación entre la política y el gobierno y las artes y las ciencias, en esos versos tan conocidos donde asigna y vindica lo uno para los romanos, y abandona y cede lo otro a los griegos:

Tu regere imperio populos, Romane, memento:
Hae tibi erunt artes, etcétera[23].

Así también vemos que Anito, el acusador de Sócrates, esgrimió como cargo y acusación contra él que con la variedad y fuerza de sus discursos y debates apartaba a los jóvenes de la debida reverencia a las leyes y costumbres de su patria, y que enseñaba una ciencia peligrosa y dañina, que era hacer que lo peor pareciese lo mejor, y ahogar la verdad con la fuerza de la elocuencia y del discurso[24].

2. Pero estas imputaciones y otras semejantes más tienen apariencia de gravedad que base de justicia: pues la experiencia demuestra que así en personas como en tiempos ha habido una reunión y

---

22 Plutarco, *Marco Catón*, XXII.
23 Tú, romano, piensa en reinar sobre las naciones: ésas serán tus artes. *Eneida*, VI, 851-852.
24 Platón, *Apología de Sócrates*, 23d; Jenofonte, *Memorabilia*, I, I, 1.

concurrencia del saber y las armas, floreciendo y llegando a la excelencia en los mismos hombres y en las mismas épocas. Pues, en cuanto a hombres, no puede haber igual ni mejor ejemplo que el de esa pareja de Alejandro Magno y Julio César el dictador, de los cuales uno fue discípulo de Aristóteles en filosofía, y el otro rival de Cicerón en elocuencia; o, si se prefieren eruditos que fueron grandes generales a generales que fueron grandes eruditos, tómese al tebano Epaminondas, o al ateniense Jenofonte, de los cuales aquél fue el primero que abatió el poder de Esparta, y éste el primero que abrió el camino para el derrocamiento de la monarquía de Persia. Y esa concurrencia es todavía más visible en los tiempos que en las personas, por cuanto una época es mayor objeto que un hombre. Pues tanto en Egipto como en Asiria, Persia, Grecia y Roma, los mismos tiempos que son célebres por las armas son también los más admirados por el saber, de suerte que los más grandes autores y filósofos, y los más grandes capitanes y gobernantes, han vivido en las mismas épocas. Ni puede ser de otra manera: pues así como en el hombre la robustez del cuerpo y la del espíritu llegan aproximadamente a la misma edad, salvo que la del cuerpo llegue un poco antes, así en los estados las armas y el saber, de los cuales aquéllas corresponden al cuerpo y éste al alma del hombre, tienen una concurrencia o secuencia próxima en el tiempo.

3. Por lo que respecta a los asuntos políticos y de gobierno, es muy improbable que el saber pueda perjudicarlos más que favorecerlos. Vemos que se tiene por error confiar un cuerpo natural a médicos empíricos, que por lo común disponen de unas cuantas recetas agradables con las que se muestran confiados y temerarios, pero no conocen ni las causas de las enfermedades, ni las constituciones de los pacientes, ni el peligro de los accidentes, ni el verdadero método de las curas. Vemos que es un error semejante fiarse de abogados y hombres de leyes que son sólo practicones y no basan su actuación en sus libros, y muchas veces se ven fácilmente sorprendidos cuando el asunto se sale de su experiencia, con perjuicio de las causas que manejan. Por la misma razón ha de tener dudosas consecuencias el que los estados sean administrados por estadistas empíricos, entre los cuales no haya suficientes hombres de sólida instrucción. Y a la inversa, apenas hay ejemplo que contradiga el principio de que nunca hubo gobierno desastroso que estuviera en manos de gobernantes doctos. Pues, a pesar de la costumbre de los políticos de desacreditar y despreciar a los doctos dándoles la calificación de *pedantes* [25],

[25] Huelga decir que Bacon emplea aquí la palabra «pedantes» en su sentido antiguo de pedagogos, preceptores.

los anales del tiempo muestran que en muchos casos los gobiernos de príncipes menores de edad (pese a los innumerables inconvenientes de esa situación) han sido mejores que los de príncipes de edad madura, y precisamente por esa circunstancia que se pretende vituperar, a saber, que en esas ocasiones el estado ha estado en manos de *pedantes:* pues así estuvo el estado romano durante los cinco primeros años, tan alabados, de la minoría de Nerón, en manos de Séneca, un *pedante;* así estuvo nuevamente por espacio de diez años o más, durante la minoría de Gordiano el Joven, con gran aplauso y satisfacción general, en manos de Misiteo, un *pedante*[26]; así lo estuvo antes de esto, en la minoría de Alejandro Severo, con semejante felicidad, en manos no muy distintas, porque entonces gobernaron las mujeres, con el auxilio de maestros y preceptores[27]. Más aún, contémplese el gobierno de los obispos de Roma, verbigracia los de Pío V y Sixto V en nuestros tiempos, que cuando ascendieron al papado no eran tenidos sino por frailes pedantes, y se verá que los papas de esa clase hacen mayores cosas, y actúan conforme a principios de estado más acertados, que aquellos otros que llegan al papado desde una educación y formación en los asuntos de estado y en las cortes de los príncipes. Pues aunque los hombres de formación intelectual fallen a veces en cuestiones de conveniencia y adaptación a las condiciones del presente, que es lo que los italianos llaman *ragioni di stato,* de lo cual el citado Pío V no podía ni oír hablar con paciencia, tachándolo de invenciones contrarias a la religión y a las virtudes morales; por otra parte, y para compensar lo dicho, son excelentes en todo lo tocante a religión, justicia, honor y moralidad, cosas éstas que si fueran debida y atentamente procuradas, poca necesidad habría de las otras, como no la hay de medicina en un cuerpo sano o bien nutrido. Ni puede tampoco la experiencia vital de una sola persona suministrar ejemplos y precedentes bastantes para orientar su vida; pues, así como sucede a veces que el nieto u otro descendiente se asemeja al antepasado más que su propio hijo, así también acontece muy a menudo que los sucesos del presente guardan mayor semejanza con casos antiguos que con los de tiempos más recientes o inmediatos; y, finalmente, el ingenio de un solo hombre puede tan poco frente al saber como los recursos de uno solo frente a una bolsa común.

---

[26] Gordiano III el Piadoso, emperador romano de 238 a 244, tenía trece años cuando subió al trono, y durante cinco fue aconsejado con acierto por Misiteo (o Timesiteo), prefecto del pretorio.

[27] Alejandro Severo ocupó el trono imperial en 222, a la edad de diecisiete años. Le asesoraron en el gobierno su madre, Julia Mamea; su abuela, Julia Maesa, y varios jurisconsultos, entre ellos Ulpiano.

4. Y, en cuanto a esas particulares seducciones o indisposiciones del espíritu para la política y el gobierno, de las que se quiere hacer responsable al saber, si se admitiera que sucede tal cosa, habría que recordar al mismo tiempo con cuánta mayor fuerza suministra el saber medicina o remedio contra esas tentaciones que ocasión de ellas. Pues si subrepticiamente hace a los hombres perplejos e irresolutos, en cambio con preceptos claros les enseña cuándo y sobre qué fundamento tomar resolución, y cómo tener las cosas en suspenso sin perjuicio hasta que la han tomado. Y si los hace inflexibles y rigurosos, también les enseña qué cosas son de suyo indiscutibles, y qué otras conjeturales, y lo mismo el uso de distinciones y excepciones que la latitud de los principios y reglas. Y si conduce a error por la desproporción o disimilitud de los ejemplos, también enseña la fuerza de las circunstancias, los errores que puede haber en la comparación y las precauciones que hay que tomar a la hora de aplicar aquéllos, de suerte que en todo esto más puede rectificar que conducir a engaño. Y estas medicinas las administra al espíritu con mucha mayor potencia por la viveza y penetración de los ejemplos. Pues considere cualquiera los errores de Clemente VII, tan vivamente descritos por Guicciardini, que estuvo a su servicio, o los de Cicerón, pintados por su propio pincel en sus epístolas a Ático, y en seguida huirá de ser irresoluto. Examine los errores de Focio, y se guardará de ser obstinado o inflexible. Lea tan sólo la fábula de Ixión, y ella le contendrá de ser atolondrado y dejarse arrastrar por la imaginación. Examine los errores de Catón el Segundo, y nunca se contará entre los antípodas, que pisan al revés que en este mundo.

5. Y en cuanto a la idea de que el saber incline a los hombres al ocio y el retiro, y los haga perezosos, sería cosa extraña que aquello que acostumbra a la mente a un movimiento y agitación perpetuos indujera a la pereza; mientras que, a la inversa, se puede afirmar sin faltar a la verdad que ninguna clase de hombres ama la actividad por sí misma, si no son los doctos; pues otros la aman por lucro, como el empleado que ama el trabajo por el salario; o por afán de honores, porque los eleva a los ojos de los hombres, y reaviva su reputación, que de otro modo se gastaría; o porque los lleva a pensar en su fortuna, y les da ocasión de placer y desplacer; o porque ejercita alguna facultad de la que se enorgullecen, y así los tiene de buen humor y contentos consigo mismos, o porque de otro modo sirve a sus fines. De suerte que, así como se dice que el valor de algunos está en los ojos de quienes los miran, así la industria de éstos está en los ojos de los demás, o cuando menos en la conformidad a sus propios designios personales. Sólo los doctos aman la actividad en cuanto acción conforme a la naturaleza, tan conveniente a la salud

del espíritu como es el ejercicio a la del cuerpo, complaciéndose en la acción misma y no en lo que ésta les reporte, de suerte que de todos los hombres son los más infatigables, si se trata de alguna actividad capaz de llenar o sujetar su espíritu.

6. Y si uno es activo para la lectura y el estudio, pero holgazán para el negocio y la acción, ello nace de alguna debilidad del cuerpo o blandura del espíritu, como dice Séneca: *Quidam tam sunt umbratiles, ut putent in turbido esse quicquid in luce est*[28], y no del saber. Bien puede suceder que esa condición en la naturaleza de uno le lleve a consagrarse al saber, pero no es el saber el que engendra esa condición en su naturaleza.

7. Y a lo de que el saber acapare demasiado tiempo u ocio, respondo que el hombre más activo u ocupado que haya habido o pueda haber tiene indiscutiblemente muchos momentos de ocio, mientras espera las ocasiones y resultados de sus negocios (salvo que sea lento para despachar sus asuntos, o frívola e indignamente se empeñe en entrometerse en cosas que otros pueden hacer mejor que él): y entonces la cuestión está en cómo hayan de llenarse y gastarse esos intervalos de tiempo libre, si en placeres o en estudios; como bien contestó Demóstenes a su adversario Esquines, que era hombre dado al placer, y le dijo *que sus discursos olían a lámpara: En efecto* —dijo Demóstenes—, *hay mucha diferencia entre las cosas que tú y yo hacemos a la luz de la lámpara*[29]. De suerte que no se ha de temer que el saber desaloje al negocio: antes bien sostendrá y defenderá la integridad del espíritu frente a la ociosidad y el placer, que de otro modo podrían introducirse subrepticiamente para perjuicio de ambos.

8. Por lo que respecta a esa otra idea de que el saber debilite la reverencia debida a las leyes y al gobierno, sin duda es mera detracción y calumnia sin sombra de verdad. Pues decir que el hábito ciego de obediencia es más segura lealtad que el sentido del deber enseñado y entendido, es afirmar que un ciego puede pisar más seguro guiado por un lazarillo que un vidente iluminado por una luz. Y está fuera de toda discusión que el saber hace a los espíritus mansos, nobles, dúctiles y dóciles al gobierno, en tanto que la ignorancia los hace contumaces, refractarios y sediciosos: y la historia confirma este aserto, si se considera que los tiempos más bárbaros, toscos e indoctos han sido los más sujetos a disturbios, sediciones y alteraciones.

9. Y en cuanto al juicio de Catón el Censor, bien castigado fue por su blasfemia contra el saber, y en la misma especie en que había

---

[28] Algunos están tan acostumbrados a la sombra que todo lo claro les parece turbio. *Epistulae morales*, III, 6.

[29] Plutarco, *Demóstenes*, VIII; el interlocutor no es Esquines, sino Piteas.

ofendido: pues cuando contaba más de sesenta años le embargó un deseo vivísimo de volver a la escuela y aprender la lengua griega, para poder leer a los autores griegos [30]; lo cual demuestra que su anterior censura del saber griego más brotaba de gravedad afectada que de convicción interior. Y por lo que respecta a los versos de Virgilio, aunque él tuviera gusto en desafiar al mundo reservando para los romanos el arte del imperio, y dejando a otros las artes de súbditos, empero es manifiesto que los romanos no alcanzaron la cima de su imperio sin antes alcanzar la de otras artes: pues en la época de los dos primeros césares, que fue cuando el arte de gobernar conoció su mayor perfección, vivieron Virgilio Marón, el mejor poeta; Tito Livio, el mejor historiógrafo; Marco Varrón, el mejor anticuario, y Marco Cicerón, el mejor, o segundo, orador de cuantos se recuerdan. En cuanto a la acusación de Sócrates, hay que tener en cuenta el momento en que fue cursada, que fue bajo los treinta tiranos [31], las personas más viles, sanguinarias y envidiosas que hayan gobernado jamás; y, no bien hubo pasado aquella revolución de estado, cuando de Sócrates, de quien ellos habían hecho un criminal, se hizo un héroe, y sobre su memoria se apilaron honores divinos y humanos, y aquellos discursos suyos, de los que antes se había dicho que corrompían las costumbres, fueron después reconocidos como medicinas soberanas de la mente y las costumbres, y como tales se los ha tenido desde entonces hasta hoy. Sirva esto, pues, de respuesta a los políticos que, llevados de ceñuda severidad o de gravedad fingida, se han atrevido a lanzar acusaciones contra el saber; refutación ésta que, sin embargo, no sería necesaria en el presente (salvo que no sabemos si nuestros trabajos han de tener continuación en otras épocas), en vista del amor y reverencia hacia el saber que el ejemplo y favor de dos príncipes tan doctos, la reina Isabel y Vuestra Majestad, siendo como Cástor y Pólux, *lucida sidera* [32], estrellas de luz excelente y benignísima influencia, han infundido en todos los hombres de posición y autoridad de nuestra nación.

III.1. Pasamos ahora, pues, a esa tercera clase de descrédito o disminución del crédito del saber que le viene a éste de los propios doctos, y que es la que más fuerte arraigo suele tener. La cual procede o de su fortuna, o de sus costumbres, o de la naturaleza de sus estudios. Lo primero no está en su poder y lo segundo es accidental, luego en propiedad sólo habría que referirse a lo tercero. Pero, ya

---

[30] Cicerón, *Academica*, II, II, 5.

[31] En esto no es exacto Bacon; Sócrates fue procesado y condenado bajo la democracia restaurada que siguió al gobierno de los Treinta Tiranos.

[32] Astros lucientes. Horacio, *Odas*, I, III, 2.

que no estamos tratando con medida verdadera, sino con la estimación e idea vulgar, no estará de más que hablemos un poco de las dos causas primeras. Así pues, las detracciones que ha de sufrir el saber por la fortuna o condición de los doctos tienen relación, o bien con su escasez de medios, o bien con lo retirado de su vida y la mezquindad de sus empleos.

2. En lo que concierne a la necesidad, y a que los doctos suelen empezar con poco y no enriquecerse tan aprisa como otros hombres, porque no orientan sus trabajos principalmente al lucro y la ganancia, quien mejor podría desarrollar el tópico del elogio de la pobreza sería uno de esos frailes a quienes tanto atribuyó Maquiavelo en esta cuestión, cuando dijo que *tiempo atrás habría llegado a su fin el reinado del clero, si la estima y reverencia hacia la pobreza de los frailes no hubiera compensado el escándalo de las superfluidades y excesos de los obispos y prelados*[33]. Del mismo modo podría decirse que la prosperidad y refinamiento de los príncipes y grandes ha tiempo habríase trocado en rudeza y barbarie, si la pobreza del saber no hubiera conservado el sentido de la civilidad y la vida honorable. Mas, sin necesidad de acudir a esas ventajas, es cosa digna de nota cuán reverenciada y honrada fue la pobreza de fortuna durante algunas épocas del estado romano, que sin embargo no amaba las paradojas. Pues vemos que Tito Livio dice en su prefacio: *Caeterum aut me amor negotii suscepti fallit, aut nulla unquam respublica nec major, nec sanctior, nec bonis exemplis ditior fuit; nec in quam tam serae avaritia luxuriaque immigraverint; nec ubi tantus ac tam diu paupertati ac parsimoniae honos fuerit*[34]. Vemos también, cuando ya el estado romano había degenerado, cómo aquél que tomó sobre sí el aconsejar a Julio César tras su victoria acerca de por dónde empezar su restauración del estado, señala como cuestión más importante el acabar con el aprecio de la riqueza: *Verum haec et omnia mala pariter cum honore pecuniae desinent; si neque magistratus, neque alia vulgo cupienda, venalia erunt*[35]. Para concluir este punto: según se ha dicho con verdad que *rubor est virtutis color*[36], aunque a veces proceda del vicio, así también es lícito decir que *paupertas est virtu-*

[33] *Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio,* III, 1.

[34] Si la tarea que me he propuesto no me engaña, jamás hubo república más grande, más religiosa ni más rica en buenos ejemplos que la romana, ni que durante tanto tiempo resistiera a la avaricia y al afán de ostentación, ni que tanto honrase la pobreza y la austeridad. *Décadas,* Prólogo.

[35] Mas éstos y todos los restantes males cesarán cuando cese el culto al dinero, cuando ni las magistraturas ni las demás cosas que el vulgo ambiciona estén en venta. Salustio (?), *Ad Caesarem senem de republica oratio,* VIII, 3.

[36] El rubor es el color de la virtud. Diógenes Laercio, *Diógenes* (VI, 54).

tis fortuna[37], aunque a veces pueda proceder de la mala administración y del azar. Sin duda Salomón lo ha proclamado, lo mismo en forma de censura, *Qui festinat ad divitias non erit insons*[38], que de precepto: *Compra la verdad y no la vendas, y haz lo mismo con la sabiduría y el conocimiento*[39], juzgando que habían de gastarse los medios en el saber, y no ser aplicado el saber a aumentar los medios. Y en cuanto al retiro y oscuridad (pues por tal puede tenerlo la estimación del vulgo) de la vida de los contemplativos, es tan común el tema de encomiar la vida retirada exenta de sensualidad y pereza, en comparación con la vida mundana y con desventaja para ésta en lo que se refiere a seguridad, libertad, placer y dignidad, o cuando menos exención de indignidad, que no hay hombre que lo trate que no lo trate bien, tan consonante es su expresión con las ideas de los hombres y tan presto concuerdan en aprobarlo. Yo añadiré sólo esto, que los hombres doctos que viven olvidados en los estados, y ocultos a las miradas de los demás, son como las efigies de Casio y Bruto en el funeral de Junia: de los cuales, al no estar representados, como lo estaban muchos otros, dice Tácito que *eo ipso praefulgebant, quod non visebantur*[40].

3. En cuanto a la humildad del empleo, lo que más se esgrime para despreciarlos es que comúnmente se les encomiende la tutela de la juventud, y siendo esta edad la de menor autoridad, se deduce de ello la desestima de aquellos empleos con que la juventud se relaciona, y que se relacionan con la juventud. Pero cuán injusto es ese desprecio (si queremos ver las cosas, no conforme a la opinión vulgar, sino según el dictado de la razón) se demuestra en que vemos a los hombres más cuidadosos de lo que ponen en una vasija nueva que en otra ya endurecida por el uso, y de la tierra que ponen a una planta joven que a otra ya crecida, de suerte que es en las épocas y tiempos más débiles de todas las cosas cuando se les suelen prestar las mejores atenciones y auxilios. Y ¿queremos oír a los rabinos hebreos? *Vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños*[41]: con lo cual quieren decir que la juventud es la edad más estimable, pues las visiones son manifestaciones de Dios más inmediatas que los sueños. Y nótese que, por más que las condiciones de vida de los *pedantes* hayan sido ridiculizadas en los teatros, presentándoles como monos de imitación de los tiranos, y que la ligereza o negligencia moderna no preste la debida atención a la elección de maestros y

---

37 La pobreza es la fortuna de la virtud.
38 El que corre tras la riqueza no será inocente. Prov. 28, 22.
39 Prov. 23, 23.
40 Destacaban precisamente porque no se los veía. *Anales*, III, 76.
41 Jl. 2, 28.

preceptores, empero la sabiduría antigua de los mejores tiempos siempre se lamentó con razón de que los estados se mostraran demasiado ocupados en sus leyes y demasiado negligentes en punto a educación. Esta parte excelente de la disciplina antigua ha sido en cierto modo resucitada en los últimos tiempos por los colegios de los jesuitas; de los cuales, aunque mirando a su superstición puedo decir *quo meliores, eo deteriores* [42], no obstante mirando a esto, y a algunos otros puntos relativos al saber humano y asuntos morales, puedo decir, como dijo Agesilao a su enemigo Farnabaces, *Talis quum sis, utinam noster esses* [43]. Y hasta aquí por lo que concierne al descrédito procedente de las fortunas de los doctos.

4. En lo tocante a sus costumbres, son cosa personal e individual, y sin duda hay entre ellos, como en otras profesiones, gente de todo tipo; lo cual no obsta a que sea verdad eso que se dice, *Abeunt studia in mores,* que los estudios tienen influencia y efecto sobre las costumbres de quienes los cultivan [44].

5. Ahora bien, tras examen atento e imparcial, yo por mi parte no encuentro que de las costumbres de los doctos pueda seguirse deshonor alguno para el saber, esto es, de aquellas que les son inherentes en cuanto tales; como no sea una falta (que fue la supuesta falta de Demóstenes, Cicerón, Catón el Segundo, Séneca y muchos más) consistente en que, porque los tiempos acerca de los cuales leen suelen ser mejores que aquellos en los que viven, y los deberes que se enseñan mejores que los que se practican, a veces porfían demasiado por llevar las cosas a su perfección, y por corregir la corrupción de las costumbres con preceptos honestos o ejemplos de demasiada elevación. No obstante, sobre esto tienen suficientes advertencias en su propia esfera. Pues Solón, cuando se le preguntó si había dado a sus ciudadanos las mejores leyes, respondió prudentemente: *Sí, de las que estaban dispuestos a acatar* [45]; y Platón, viendo que no podía estar de acuerdo con las costumbres corruptas de su país, se negó a ostentar posición o cargo alguno, diciendo que *había que tratar a la patria como a los padres, esto es, con persuasiones humildes y no con altercados* [46]; y la misma advertencia dio el consejero de César: *Non ad vetera instituta revocans quae jampridem corruptis moribus ludibrio*

[42] Cuanto mejores, peores.

[43] Viendo cómo eres, me gustaría que fueses de los nuestros. Plutarco, *Agesilao,* XII.

[44] Ovidio, *Heroídas,* XV, 83.

[45] Plutarco, *Solón,* XV.

[46] Platón, *Epístola VII,* 331, y *Critón,* 51c; Cicerón, *Ad faciliares,* I, IX, 18.

sunt[47]; y Cicerón señala directamente este error en Catón el Segundo, cuando escribe a su amigo Ático: *Cato optime sentit, sed nocet interdum reipublicae; loquitur enim tanquam im republica Platonis, non tanquam in faece Romuli*[48]; y el mismo Cicerón excusa y explica la inclinación de los filósofos a ir demasiado lejos y ser demasiado exigentes en sus prescripciones, cuando dice: *Isti ipsi praeceptores virtutis et magistri videntur fines officiorum paulo longius quam natura vellet protulisse, ut cum ad ultimum animo contendissemus, ibi tamen ubi oportet, consisteremus*[49]; y, sin embargo, él mismo podría haber dicho: *Monitis sum minor ipse meis*[50], pues ésa fue su propia falta, aunque no en grado tan extremo.

6. También en otra falta muy semejante a la anterior han incurrido los hombres doctos, que es el haber estimado más la conservación, el bien y el honor de su patria o de su señor que su propia fortuna o seguridad. Pues así dice Demóstenes a los atenienses: *Observad que los consejos que os doy no son tales que con ellos yo me haga grande entre vosotros, y vosotros pequeños entre los griegos; sino que son de tal naturaleza que a veces no es bueno para mí darlos, pero siempre es bueno para vosotros seguirlos*[51]. Y así Séneca, después de consagrar aquel *quinquennium Neronis*[52] a la eterna gloria de los gobernantes doctos, persistió en su conducta honesta y leal de consejos buenos y libres después de que su señor llegara a ser extremadamente corrupto en su gobierno. Y así ha de ser, porque el saber infunde en el espíritu de los hombres un sentido verdadero de la fragilidad de sus personas, la inestabilidad de sus fortunas y la dignidad de su alma y vocación, de suerte que les resulta imposible creer que ningún engrandecimiento de su fortuna personal pueda ser fin verdadero o digno de su ser y estado; y por lo tanto están deseosos de rendir cuentas a Dios, e igualmente a sus señores bajo Dios (como son los reyes y estados a los que sirven), con estas palabras: *Ecce tibi lucrefeci*, y no: *Ecce mihi lucrefeci*[53]. No así la clase más corrupta de meros políticos, que no tienen sus pensamientos ancla-

---

[47] No retornando a las viejas normas, que por la corrupción de nuestras costumbres tiempo ha que cayeron en descrédito. Salustio (?), *Ad Caesarem*, V, 4.

[48] Catón, aunque animado por las mejores intenciones, a veces perjudica al país, porque habla como si estuviera en la república de Platón y no en la hez de Rómulo. *Ad Atticum*, II, I.

[49] Cicerón, *Pro Murena*, XXXI, 65.

[50] Ni yo mismo sigo mis consejos. Ovidio, *Ars amandi*, II, 548.

[51] Demóstenes, *De Chersoneso*, 71.

[52] Quinquenio de Nerón: el tiempo durante el cual Séneca inspiró su política.

[53] Mira, esto gané para ti (cf. Mt. 25, 20); mira, esto gané para mí.

dos por el saber en el amor y consideración del deber, ni miran nunca hacia lo universal, sino que lo refieren todo a sí mismos, y se sitúan en el centro del mundo, como si todo hubiera de confluir en ellos y en sus fortunas, no inquietándose nunca, en cualesquiera tempestades, por lo que pueda acaecer a la nave del estado, con tal que ellos puedan salvarse en la barquilla de su situación personal; mientras que los que sienten el peso del deber, y conocen los límites del egoísmo, suelen ser fieles a sus puestos y obligaciones, aunque sea con peligro. Y si permanecen incólumes en medio de alteraciones sediciosas y violentas, más se debe a la reverencia que muchas veces las dos partes enfrentadas prestan a la honestidad, que a ninguna doblez de su comportamiento. Mas, por lo que se refiere a este vivo sentido y firme sujeción al deber que el saber infunde en el espíritu, por más que la fortuna pueda ponerlo a prueba, y muchos en lo profundo de sus principios corruptos despreciarlo, empero es cosa estimada por todos, y por ende requiere tanta menos defensa o excusa.

7. Otra falta de que comúnmente adolecen los doctos, y que puede ser más fácilmente defendida que sinceramente negada, es que a veces no saben aplicarse a las personas particulares. Esta incapacidad de aplicación precisa nace de dos causas: la primera, que la amplitud de su mente apenas puede reducirse a la observación o examen exquisito de la naturaleza y costumbres de una sola persona; pues es opinión de amante, y no de sabio, la de que *satis magnum alter alteri theatrum sumus*[54]. A pesar de lo cual, reconozco que quien no es capaz de contraer la visión de su espíritu lo mismo que lo dispersa y dilata, carece de una gran facultad. Pero hay una segunda causa, que no es incapacidad sino negativa a distinguir y juzgar. Pues los límites honestos y justos de la observación de una persona por otra no se extienden más allá del comprenderla lo bastante para no ofenderla, o para poderle dar consejo leal, o para mantenerse en guardia y cautela razonables uno mismo; pero el indagar mucho en otro, con el objeto de saber manejarle o llevarle o gobernarle, es cosa que procede de un corazón doble y calculador, no entero y franco; lo cual si en la amistad es falta de integridad, hacia los príncipes o superiores es falta de lealtad. Pues la costumbre del Levante, de que los súbditos se abstengan de fijar la vista sobre los príncipes, es bárbara como ceremonia exterior, pero acertada en su sentido: pues no deben los hombres mediante observaciones astutas y torcidas taladrar y pe-

[54] Cada uno de nosotros es suficiente espectáculo para el otro. Séneca, *Epistulae morales,* VII, 11. La frase es de Epicuro, y aquí no aparece bien interpretada, porque *theatrum* debe tomarse en el sentido de «auditorio» o «público».

netrar en los corazones de los reyes, que la Escritura ha declarado inescrutables.

8. Hay todavía otra falta (con la cual concluiré esta parte) que a menudo se advierte en los doctos, y que consiste en que muchas veces no guardan compostura y discreción en su conducta y porte, y cometen errores en cosas insignificantes y ordinarias, de suerte que los espíritus más vulgares los juzgan en asuntos mayores por aquello de lo cual los ven carentes en los menores. Pero esta deducción con frecuencia engaña, y sobre esto remito a las palabras de Temístocles, arrogante y groseramente aplicadas a sí mismo por su boca, pero pertinentes y justas si se aplican a esta cuestión en general; cuando, al ser invitado a tañer un laúd, dijo que *no sabía tañer, pero sí hacer de una villa pequeña un gran estado* [55]. Así sin duda hay muchos que, saliendo airosos de los pasos del gobierno y la política, fallan en el detalle sin importancia. Remito también a lo que dijo Platón de su maestro Sócrates, a quien comparó con los tarros de las boticas, que por fuera mostraban simios, lechuzas y figuras grotescas, pero dentro encerraban licores y preparados soberanos y preciosos: reconociendo que visto exteriormente no carecía de ligerezas y deformidades superficiales, pero interiormente estaba repleto de virtudes y facultades excelentes [56]. Y hasta aquí por lo que respecta a las costumbres de los doctos.

9. No obstante lo dicho, no es mi propósito dar por buenas algunas actitudes y conductas bajas e indignas, con las cuales diversos cultivadores del saber se han envilecido y excedido: como en el caso de aquellos filósofos gorrones que en los últimos tiempos del estado romano solían estar en casa de los grandes, y que eran poco más que solemnes parásitos; de los cuales hace Luciano un gracioso retrato en la figura de aquel filósofo que la dama de alcurnia llevó a pasear en su coche, empeñándose en hacerle portador de su perrillo, lo cual haciendo él obsequiosa pero indecorosamente, el paje se burló y dijo que temía que *el filósofo de estoico se convirtiera en cínico* [57]. Pero, sobre todo lo demás, ha sido la burda e indisimulada adulación con que muchos no indoctos han degradado y hecho mal uso de sus ingenios y sus plumas, convirtiendo, como dice Du Bartas, a Hécuba en Helena y a Faustina en Lucrecia [58], lo que más ha menoscabado la

---

55 Plutarco, *Temístocles,* II.

56 Cf. Platón, *Banquete,* 215b. La forma en que aquí se presenta la comparación es la del prólogo de Rabelais a *Gargantúa y Pantagruel.*

57 Luciano, *De mercede conductis potentium familiaribus,* 34.

58 *Tous ces doctes esprits dont la voix flattereuse / Change Hécube en Hélène, et Faustine en Lucrèce.* Guillaume de Salluste, *seigneur* du Bartas (1544-1590), *La création du monde ou première semaine,* «Le second jour».

apreciación y estima del saber. Como tampoco hay que elogiar las acostumbradas dedicatorias de libros y escritos a protectores: pues los libros que sean dignos de ese nombre no deben tener más protector que la verdad y la razón, y la costumbre antigua era dedicarlos únicamente a amigos íntimos e iguales, o intitularlos con sus nombres; o, si a reyes y altos personajes, sólo a aquellos para quienes el argumento de la obra fuera apropiado. Estos comportamientos y otros semejantes más merecen reprensión que defensa.

10. No es que yo pueda desaprobar o condenar la sumisión o adhesión de los doctos a los hombres de fortuna. Pues fue buena la respuesta dada por Diógenes a uno que por burla le preguntó que *¿Cómo eran los filósofos los que seguían a los ricos, y no los ricos a los filósofos?* A lo cual replicó él sobriamente, pero con agudeza, que *porque los unos sabían lo que necesitaban, y los otros no*[59]. Y de carácter semejante fue la respuesta que dio Aristipo, cuando, habiendo hecho una petición a Dionisio y no siendo atendido, se arrojó a sus pies, ante lo cual Dionisio le dio audiencia y le concedió lo que le pedía; y después de esto alguna persona susceptible en lo tocante a la dignidad de la filosofía, reprendió a Aristipo por haber rebajado tanto la profesión de filósofo, arrojándose a los pies de un tirano por un mero pleito privado; pero él repuso que *no era culpa suya, sino de Dionisio, que tenía los oídos en los pies*[60]. Ni se reputó debilidad, sino discreción, la de aquel que no quiso hacer valer sus argumentos ante Adriano César, disculpándose con que *era razonable ceder ante quien mandaba treinta legiones*[61]. Éstas y semejantes sumisiones y concesiones en materia de necesidad y conveniencia no se pueden censurar, pues, aunque exteriormente puedan mostrar cierta bajeza, si se las juzga rectamente hay que tomarlas por sometimientos a la ocasión y no a la persona.

IV.1. Paso ahora a aquellos errores y vanidades que se han infiltrado en los estudios mismos de los doctos, y que constituyen lo principal y propio del presente argumento, con el cual no pretendo justificar los errores, sino, censurándolos y poniéndolos aparte, justificar lo bueno y razonable, y exonerarlo de las calumnias que de ellos le viene. Pues vemos que es usual difamar y denigrar aquello que conserva su carácter y virtud, valiéndose para ello de lo corrupto y degenerado, como los paganos solían desdorar y mancillar a los cris-

[59] No es de Diógenes la respuesta, sino de Aristipo; véase Diógenes Laercio, *Aristipo* (II, 69).
[60] Diógenes Laercio, *Aristipo* (II, 79).
[61] Es Favorino quien habla así en Espartiano, *Vida de Adriano*, 15.

tianos de la Iglesia primitiva con las faltas y corrupciones de los herejes. Sin embargo, no entra en mi intención en este momento hacer una censura precisa de los errores y defectos en materia de saber que están más ocultos y apartados de la opinión vulgar, sino solamente hablar de aquellos que caen bajo la observación del vulgo o están próximos a ella.

2. Digamos, pues, que son principalmente tres las vanidades de los estudios que más han perjudicado al saber. Pues estimamos vanas aquellas cosas que son falsas o frívolas, aquellas en las que no hay verdad o utilidad; y estimamos vanas a aquellas personas que son crédulas o curiosas sin motivo; y esa curiosidad se refiere a la materia o a las palabras; de suerte que, lo mismo en la razón que en la experiencia, tenemos estos tres desórdenes, por así llamarlos, del saber: primero, el saber fantástico; segundo, el saber contencioso, y último, el saber delicado: vanas imaginaciones, vanos altercados y vanas afectaciones; y por estas últimas voy a comenzar. Martín Lutero, sin duda guiado por una Providencia más alta, pero reflexionando acerca de la empresa que había acometido frente al Obispo de Roma y las tradiciones degeneradas de la Iglesia, y advirtiendo su propia soledad, sin encontrar auxilio alguno en las opiniones de su tiempo, se vio obligado a despertar a toda la Antigüedad, y a llamar en su socorro a los tiempos pretéritos, para formar partido contra el presente; de suerte que los autores antiguos, así de teología como de humanidades, que durante largo tiempo habían dormido en las bibliotecas, comenzaron a ser universalmente leídos y examinados. Como consecuencia de esto se siguió una necesidad de estudio más exquisito de las lenguas originales en que habían escrito esos autores, para mejor entenderlos y con mayor ventaja publicar y aplicar sus palabras. Y de esto nacieron de nuevo un deleite en su estilo y redacción, y una admiración hacia ese modo de escribir, que fueron muy fomentados y precipitados por la hostilidad y oposición que los expositores de aquellas opiniones (primitivas pero aparentemente nuevas) mostraban hacia los escolásticos; quienes por lo general eran de la parte contraria, y cuyos escritos eran de estilo y forma totalmente distintos, pues se tomaban la libertad de acuñar y componer términos nuevos para expresar su sentido propio y evitar el rodeo, sin consideración a la pureza, la elegancia y, por así decirlo, la legitimidad de la frase o la palabra. Y también, debido a lo mucho que entonces se trabajó con el pueblo (del cual los fariseos solían decir: *Execrabilis ista turba, quae non novit legem*[62]), para ganarlo y persuadirlo, necesariamente lo que más subió de precio y demanda hubo de ser la

---

[62] Esta gente execrable que no conoce la ley. Jn. 7, 49.

elocuencia y la variedad en el discurso, como medios de acceso más apropiados y convincentes para la capacidad del vulgo. De suerte que la concurrencia de estas cuatro causas: la admiración de los autores antiguos, el odio a los escolásticos, el estudio exacto de las lenguas y la eficacia de la predicación, dio origen a un estudio ardiente de la elocuencia y la facilidad de palabra, que entonces comenzaron a florecer. Esto en seguida llegó a exceso, pues se empezó a prestar mayor atención a las palabras que al contenido, y a lo escogido de la expresión, y la composición redonda y clara de la frase, y la dulce cadencia de las cláusulas, y la variación e ilustración de las obras con tropos y figuras, que al peso del asunto, el valor del tema, la argumentación correcta y el juicio profundo. Entonces vino a ser apreciado el estilo fluido y acuoso de Osorio, el obispo de Portugal. Entonces consagró Sturm tan dilatados y pacientes estudios a Cicerón el orador y Hermógenes el retórico, además de sus propios libros sobre los períodos, la imitación y temas semejantes. Entonces Car de Cambridge y Ascham, con sus lecciones y escritos, divinizaron casi a Cicerón y Demóstenes, y atrajeron a toda la juventud estudiosa a aquella clase de saber delicada y pulida [63]. Entonces tuvo ocasión Erasmo de hacer el eco burlón: *Decem annos consumpsi in legendo Cicerone* [64], y el eco respondió en griego: *one, asine* [65]. Entonces el saber de los escolásticos llegó a ser totalmente despreciado como cosa bárbara. En suma, toda la inclinación y tendencia de aquellos tiempos fue más hacia la abundancia que hacia el peso.

3. He aquí, pues, el primer desorden del saber, cuando se estudian las palabras y no el asunto: el cual, aunque yo haya presentado un ejemplo de los últimos tiempos, ha existido y existirá *secundum majus et minus* en todas las épocas. ¿Y cómo no habría de resultar esto en descrédito del saber, aun para los entendimientos vulgares, cuando ven que las obras de los doctos son como la inicial de una patente o libro miniado, que aunque tenga grandes ringorrangos no es más que una letra? Paréceme que el desvarío de Pigmalión sea buen emblema o retrato de esta vanidad: pues las palabras no son sino imágenes de las cosas, y si éstas no están vivificadas por la razón

[63] Jerónimo Osorio (1506-1580), obispo de Silves, teólogo y erudito, fue llamado el Cicerón portugués; Johannes Sturm (1507-1589), reformador alemán, fue un ardiente defensor del estudio de los clásicos; Hermógenes de Tarso (s. II) fue autor de un famoso tratado de retórica; Nicholas Carr (1524-1568), profesor de griego en Oxford, tradujo a Demóstenes al latín: Roger Ascham (1515-1568), humanista y pedagogo, sirvió como secretario a Eduardo VI e Isabel I, y fue amigo de Osorio y Sturm.

[64] Diez años consagré a la lectura de Cicerón. *Coloquio de Juvenis y Eco.*

[65] «Asno» en griego y latín.

y la invención, enamorarse de ellas es lo mismo que enamorarse de un cuadro.

4. Ahora bien, el vestir y adornar la oscuridad incluso de la propia filosofía con elocución fácil de entender y agradable es cosa que no hay que condenar precipitadamente. Pues de esto tenemos grandes ejemplos en Jenofonte, Cicerón, Séneca, Plutarco y también, hasta cierto punto, en Platón; y es de suma utilidad; pues, si para la inquisición severa de la verdad y el progreso profundo de la filosofía constituye un cierto estorbo, porque satisface la mente humana demasiado pronto y apaga el deseo de ulterior indagación antes de alcanzado el término debido, también es verdad que, si uno ha de hacer uso de tal conocimiento en ocasiones públicas, de conversación, consejo, persuasión, discurso o cosas semejantes, entonces lo hallará ya preparado y dispuesto en los autores que escriben de ese modo. Empero, el exceso de esto es tan justamente despreciable, que así como Hércules, cuando vio en un templo la imagen de Adonis, el mimado de Venus, dijo con desdén: *Nil sacris es*[66], así tampoco hay ninguno de los seguidores de Hércules en el saber, esto es, de los inquisidores de la verdad más severos y laboriosos, que no desdeñe esas delicadezas y afectaciones, las cuales en efecto son incapaces de divinidad. Y hasta aquí sobre la primera enfermedad o desorden del saber.

5. La segunda, que viene a continuación, es de suyo peor que la anterior; pues, así como la sustancia del contenido es mejor que la hermosura de las palabras, así a la inversa el contenido vano es peor que las palabras vanas; a propósito de lo cual la reprensión de San Pablo parece no sólo justa para aquellos tiempos, sino profética para los siguientes, y no sólo apropiada para la teología, sino extensiva a todo conocimiento: *Devita profanas vocum novitates, et oppositiones falsi nominis scientiae*[67]. Pues él asigna dos marcas o señales a la ciencia sospechosa y falsificada: una, la novedad y extrañeza de los términos; otra, la rigurosidad de las posiciones, que por fuerza induce oposiciones, y con ello disputas y altercados. Sin duda alguna, así como muchas sustancias que de suyo son sólidas se pudren y corrompen quedando en gusanos, así el conocimiento bueno y correcto tiene la propiedad de pudrirse y disolverse en incontables cuestiones sutiles, ociosas, insanas y, por así decirlo, vermiculares, que tienen, sí, una cierta animación y vivacidad, pero ninguna

---

[66] En ti no hay nada de sagrado. Bacon parece haber tomado esta historia de los *Adagios* de Erasmo.

[67] Rehuye la palabrería profana, y las oposiciones de la falsa ciencia. 1 Tim. 6, 20.

corrección ni bondad. Esta clase de saber degenerado prevaleció sobre todo entre los escolásticos, los cuales, provistos de ingenio avispado y capaz, y abundancia de tiempo libre, pero pequeña variedad de lecturas, pues estaban encerrados sus entendimientos en las celdas de unos pocos autores (principalmente Aristóteles, su dictador), como lo estaban sus personas en las celdas de monasterios y colegios; y conociendo poca historia, natural o de los tiempos, con reducida cantidad de materia y agitación infinita del ingenio nos tejieron esas laborosas telarañas de saber que hallamos en sus libros. Pues el ingenio y la mente humanos, si trabajan sobre materia, que es la contemplación de las creaturas de Dios, trabajan conforme al material, y eso mismo los contiene; pero si trabajan sobre sí como la araña trabaja en su tela, entonces su actividad no tiene fin, y producen, en efecto, telarañas de saber, admirables por la finura del hilo y de la obra, pero sin sustancia ni provecho.

6. Esta sutileza o curiosidad inútil es de dos clases, según que esté en el propio tema tratado, cuando es una especulación o controversia infructuosa (de las cuales hay no pocas, tanto en teología como en filosofía), o en la manera o método de tratar el conocimiento, que entre ellos era éste: sobre cada posición o aserto particular componer objeciones, y a esas objeciones, soluciones; soluciones que en su mayor parte no eran confutaciones, sino distinciones, siendo así que la robustez de todas las ciencias está, como la robustez del haz de leña del anciano, en la atadura. Pues la armonía de una ciencia, donde cada parte sostiene a otra, es y debe ser la verdadera y presta refutación y supresión de todas las objeciones de menor entidad, mas, a la inversa, si se toma cada axioma, como las ramas que componen el haz, uno por uno, se puede reñir con ellos y doblarlos y romperlos a placer; de suerte que, lo mismo que se dijo de Séneca: *Verborum minutiis rerum frangit pondera*[68], así se puede decir de los escolásticos: *Quaestionum minutiis scientiarum frangunt soliditatem*[69]. Pues ¿no sería mejor poner en una buena estancia una gran luz, o un candelabro de muchos brazos, que ir recorriendo cada uno de los rincones con una candelilla? Y tal es su método, que no se apoya tanto en la evidencia probada mediante argumentaciones, autoridades, similitudes, ejemplos, como en confutaciones y soluciones particulares para cada escrúpulo, cavilación y objeción, engendrando casi siempre una dificultad nueva al paso que se resuelve otra: lo mismo que, en la anterior comparación, al llevar la luz a un rincón se oscurecen

---

[68] Destruye la sustancia de las cosas con minucias verbales. Quintiliano, *De institutione oratoria,* X, I, 130.

[69] Destruyen la solidez de las ciencias con minucias dialécticas

los demás. Diríase, por tanto, que tenemos la viva imagen de esta clase de filosofía o conocimiento en la fábula y ficción de Escila, que por su parte superior se transformó en una hermosa doncella, pero

Candida succinctam latrantibus inguina monstris[70];

también las generalidades de los escolásticos son al principio buenas y agradables, pero cuando después se desciende a sus distinciones y conclusiones, se ve que acaban, no en fructífero vientre para utilidad y beneficio de la vida humana, sino en disputas monstruosas y cuestiones ladradoras. Forzoso es, pues, que el conocimiento de esta calidad sea blanco del desprecio popular, porque el pueblo tiende a desinteresarse por la verdad cuando ve controversias y altercados, y a pensar que si los disputantes no se encuentran nunca es porque están todos extraviados; y al ver tanta contienda sobre sutilezas y materia de ninguna utilidad ni momento, caen fácilmente en aquel juicio de Dionisio de Siracusa, *Verba ista sunt senum otiosorum*[71].

7. Sin embargo, es seguro que, si a su gran sed de verdad y ejercicio incansable del ingenio hubieran unido aquellos escolásticos una suficiente variedad y universalidad de lecturas y contemplación, habrían sido excelentes luminarias, con gran progreso de todo saber y conocimiento. Mientras que, siendo así, son, en efecto, grandes emprendedores, y fieros por tanto estar en lo oscuro; pero así como en la inquisición de la verdad divina su soberbia los inclinó a abandonar el oráculo de las obras de Dios y a disiparse en la mixtura de sus invenciones propias, así también en la inquisición de la naturaleza abandonaron el oráculo de las obras de Dios y adoraron las imágenes engañosas y deformadas que el espejo desigual de sus propias mentes, o de unos cuantos autores o principios prestigiosos, les presentaban. Y hasta aquí acerca de la segunda enfermedad del saber.

8. En cuanto al tercer vicio o enfermedad del saber, que es el concerniente al engaño o falsedad, es el peor de todos, por cuanto que destruye la forma esencial del conocimiento, que no es otra cosa sino una presentación de la verdad: pues la verdad del ser y la verdad del saber son una misma, y no difieren entre sí más que el rayo directo y el rayo reflejado. Este vicio, pues, se ramifica en dos clases: el deleite en engañar y la propensión a ser engañado, la impostura y la credulidad; que, aunque aparentemente sean de diversa naturaleza, pareciendo que lo uno procede de la astucia y lo otro de la simpleza, empero es cierto que coinciden casi siempre. Pues, como señala el verso,

---

70 Monstruos ladradores ciñen sus blancas caderas. Virgilio, *Eglogas*, VI, 75.
71 Eso son palabrerías de anciano. Diógenes Laercio, *Platón* (III, 18).

Percontatorem fugito, nam garrulus idem est[72]:

el curioso es charlatán, y por la misma razón el crédulo es engañador; según se ve en los rumores, que aquel que fácilmente los cree con igual facilidad los aumenta y les añade algo de su cosecha; lo cual señala prudentemente Tácito cuando dice: *Fingunt simul creduntque*[73], tan grande es la afinidad que hay entre la ficción y la creencia.

9. Esa prontitud para creer, y aceptar o admitir cosas de poca autoridad o garantía, es de dos clases, según el objeto: pues o bien es una credulidad para las historias (como dicen los hombres de leyes, los hechos), o bien para materias de arte y opinión. Por lo que respecta a la primera, tenemos muestras de ese error y de sus inconvenientes en la historia eclesiástica, que con demasiada facilidad ha recibido y registrado noticias y narraciones de milagros realizados por mártires, eremitas o monjes del desierto y otros santos hombres, y sus reliquias, santuarios, capillas e imágenes; relatos éstos que, aunque durante algún tiempo tuvieron aceptación, por la ignorancia del pueblo, la simpleza supersticiosa de algunos y la tolerancia política de otros, que los tenían simplemente por poesía divina; sin embargo, pasado un cierto período, cuando la niebla empezó a disiparse, vinieron a quedar en cuentos de viejas, imposturas del clero, ilusiones de los espíritus y distintivos del Anticristo, para gran escándalo y detrimento de la religión.

10. Así también en la historia natural vemos que no se ha hecho uso del juicio y discriminación debidos, según puede advertirse en los escritos de Plinio, Cardano, Alberto y varios de los árabes, que están cargados de mucha materia fabulosa, en gran parte no sólo indemostrada, sino notoriamente falsa, con gran menoscabo del crédito dado a la filosofía natural por los ingenios serios y sobrios. En lo cual es digna de nota la prudencia e integridad de Aristóteles, que, habiendo hecho una historia tan diligente y exquisita de los seres vivos, apenas ha mezclado en ella materia vana o ficticia, y en cambio ha puesto en otro libro todas las narraciones prodigiosas que juzgó merecedoras de ser registradas[74]; entendiendo muy sabiamente que la materia de verdad manifiesta, aquella sobre la cual se habían de erigir observaciones y normas, no debía mezclarse o debilitarse

---

72 Huye del hombre curioso, porque es también charlatán. Horacio, *Epístolas*, I, XVIII, 69.

73 Inventan, y al punto creen. *Anales*, V, 10: cf. *Historias*, I, 51.

74 El primero de los libros aludidos es la *Historia de los animales;* el segundo, según Spedding, sería el *De mirabilibus auscultationibus*, que no es obra de Aristóteles.

con materia dudosa, y, por otra parte, que las rarezas y noticias que parecen increíbles no deben ser excluidas o eliminadas de la memoria de los hombres.

11. Y en cuanto a la facilidad para dar crédito a las artes y opiniones, es asimismo de dos clases, según que se crea excesivamente en las artes mismas, o en ciertos autores del arte que sea. Las ciencias que en sí han tenido mejor inteligencia y acuerdo con la imaginación del hombre que con su razón son tres: la astrología, la magia natural y la alquimia; ciencias, sin embargo, cuyos fines o pretensiones son nobles. Pues la astrología pretende descubrir esa correspondencia o concatenación que hay entre el globo superior y el inferior; la magia natural pretende llamar y conducir la filosofía natural de la variedad de especulaciones a la magnitud de obras, y la alquimia pretende separar todas aquellas partes disímiles de los cuerpos que en las mezclas de la naturaleza están incorporadas. Pero las vías y procedimientos encaminados a esos fines, tanto en la teoría como en la práctica, están llenos de error y vanidad, que los propios grandes profesores de estos saberes han intentado velar y ocultar mediante escritos enigmáticos y remitiéndose a tradiciones au riculares y otros subterfugios semejantes, para escapar a la acusación de impostura. A pesar de ello, a la alquimia se la debe en justicia comparar con el agricultor de que habla la fábula de Esopo, que al morir dijo a sus hijos que les había dejado oro enterrado bajo su viñedo; y ellos, levantando todo el terreno, no hallaron oro alguno, pero por efecto de todo lo que habían removido y cavado la tierra alrededor de las raíces de las cepas, al año siguiente recogieron una gran cosecha; así también es indudable que la búsqueda y el afán de hacer oro han dado a luz gran número de buenos y fructíferos inventos y experimentos, tanto en orden a la revelación de la naturaleza como a la utilidad para la vida humana.

12. En cuanto al excesivo crédito otorgado a autores de las ciencias, haciendo de ellos dictadores a los que no se pudiera replicar, en lugar de consejeros, el daño que de esto han recibido las ciencias es incalculable, pues es lo que principalmente las ha tenido postradas y estancadas, sin crecimiento ni progreso. Porque de esto ha resultado que, así como en las artes mecánicas el primer inventor es el que menos avanza, y el tiempo añade y perfecciona, en cambio en las ciencias el primer autor es el que llega más lejos, y el tiempo estropea y corrompe. Vemos así que la artillería, la navegación, la imprenta y otras cosas semejantes tuvieron principios toscos, y luego con el tiempo fueron mejoradas y refinadas, pero, a la inversa, las filosofías y ciencias de Aristóteles, Platón, Demócrito, Hipócrates, Euclides, Arquímedes, mostraron vigor sumo al principio, y con el

tiempo degeneraron y se degradaron; y la razón de esto no es otra sino que en lo primero muchos ingenios y trabajos han contribuido a una sola cosa, y en lo segundo muchos ingenios y trabajos se han gastado en el ingenio de alguno, al cual muchas veces han envilecido más que ilustrado. Pues lo mismo que el agua no asciende a altura mayor que el nivel del primer manantial de donde brota, así el conocimiento derivado de Aristóteles, y no sometido a libre examen, no volverá a alzarse por encima del conocimiento de Aristóteles. Por eso, aunque sea acertada la regla de que *Oportet discentem credere*[75], empero hay que acompañarla de esta otra, *Oportet edoctum judicare*[76], pues los discípulos sólo deben a los maestros una fe temporal y una suspensión del propio juicio hasta estar plenamente instruidos, no una sumisión absoluta o cautividad perpetua. Así pues, para concluir este punto, no diré más sino que se dé a los grandes autores lo que les corresponde, siempre que con ello no se prive al tiempo, que es el autor de los autores, de lo que a su vez le corresponde, que es el ir desvelando progresivamente la verdad. Con lo dicho quedan vistas estas tres enfermedades del saber, además de las cuales hay algunas otras, más humores mórbidos que enfermedades ya formadas, pero no tan secretos e interiores que escapen a la observación y el vituperio populares, y que por consiguiente no hemos de pasar por alto.

V.1. El primero es la preocupación excesiva por dos extremos, uno la antigüedad y otro la novedad; en lo cual parece como si los hijos del tiempo hubieran heredado su carácter y malicia. Pues así como él devora a sus hijos, así buscan ellos devorarse y anularse entre sí, no pudiendo la antigüedad tolerar que haya nuevas adiciones, ni la novedad contentarse con añadir, si a la vez no suprime lo anterior. La recta dirección en este asunto está sin duda en el consejo del profeta: *State super vias antiquas, et videte quaenam sit via recta et bona, et ambulate in ea*[77]. La antigüedad merece que se le preste la reverencia de apoyarse en ella y desde allí mirar cuál sea el mejor camino; mas, una vez descubierto éste, hay que avanzar. Y, a decir verdad, *antiquitas saeculi juventus mundi*[78]. Los verdaderos tiempos antiguos son éstos, en los que el mundo es antiguo, no aquellos que

---

[75] El que está aprendiendo debe creer. Aristóteles, *Sobre las refutaciones sofísticas*, II (165b).

[76] El que ha aprendido debe juzgar.

[77] Paraos en los caminos antiguos, y mirad cuál sea el recto y bueno, y caminad por él. Jer. 6, 16.

[78] La antigüedad de los siglos es la juventud del mundo. Cf. *Novum Organum*, I, 84.

consideramos antiguos *ordine retrogrado,* contando desde nosotros hacia atrás.

2. Otro error, inducido por el primero, es la desconfianza de que quede ya nada por descubrir, nada que el mundo haya dejado de advertir y pasado por alto durante tanto tiempo; como si hubiera que hacerle al tiempo la misma crítica que hace Luciano a Júpiter y a otros de los dioses paganos, a propósito de los cuales se maravilla de que antaño engendraran tantos hijos y ninguno en su época, y se pregunta si serán ya septuagenarios o estarán refrenados por la ley Papia, dictada contra los matrimonios de los viejos [79]. Así, parece como si se temiera que el tiempo no fuera ya capaz de tener hijos y generar, siendo así que a diario vemos la ligereza e inconstancia de los juicios de los hombres, que, hasta que algo se hace, se preguntan si podrá hacerse, y tan pronto como está hecho se preguntan de nuevo cómo no se habrá hecho antes: como vemos en la expedición de Alejandro a Asia, que al principio fue juzgada por empresa vasta e imposible, y después plugo a Livio no decir de ella más sino que *nil aliud quam bene ausus vana contemnere* [80]. Y otro tanto sucedió a Colón en la navegación hacia occidente. Pero en asuntos intelectuales es esto mucho más frecuente, según puede verse en la mayoría de las proposiciones de Euclides, que hasta ser demostradas parecen extrañas, pero una vez demostradas la mente las acepta mediante una suerte de retroacción (como dicen los jurisconsultos), como si las conociera de antes.

3. Otro error, que también tiene alguna afinidad con el primero, es la idea de que, de las opiniones o sectas anteriores, tras diversidad y examen, ha prevalecido la mejor y eclipsado a las demás; de modo que, si uno emprendiera una pesquisa nueva, probablemente acabaría en algo anteriormente rechazado, y por rechazo caído en el olvido; como si la multitud, o los más sabios por mor de la multitud, no estuvieran dispuestos a poner en circulación antes lo popular y superficial que lo sustancial y profundo; pues lo cierto es que el tiempo parece ser semejante a un río o torrente, que hace llegar hasta nosotros lo liviano e hinchado, y hunde y sumerge lo pesante y sólido.

4. Otro error, de naturaleza diversa de la de todos los anteriores, es la prematura y perentoria reducción del conocimiento a artes y métodos, a partir de la cual las ciencias suelen recibir poco o ningún aumento. Pues así como los jóvenes, una vez perfectamente

---

[79] El autor de esta observación no fue Luciano, sino Séneca, según Lactancio, *De falsa religione,* I, 16.

[80] No fue sino atreverse a despreciar cosas vanas. *Décadas,* IX, XVII, 16.

hechos y formados, es raro que sigan creciendo, así también el conocimiento, mientras está en aforismos y observaciones, está en tiempo de crecimiento; mas, una vez encerrado en métodos precisos, podrá quizá ser más pulido e ilustrado, y acomodado al uso y a la práctica, pero no aumenta más de volumen y sustancia.

5. Otro error, que sigue al último mencionado, reside en que, tras la distribución en artes y ciencias particulares, se ha abandonado la universalidad, o *philosophia prima,* con lo cual por fuerza ha de cesar y detenerse todo avance. Pues no es posible hacer ninguna observación perfecta desde un llano, ni lo es tampoco descubrir las partes más profundas y remotas de cualquier ciencia si solamente se está al nivel de esa misma ciencia, y no se asciende a otra superior.

6. Otro error ha procedido de una reverencia exclusiva y una especie de adoración del espíritu y el entendimiento humanos, por efecto de lo cual los hombres se han retirado demasiado de la contemplación de la naturaleza y las observaciones de la experiencia, y han estado dando vueltas y vueltas por su propia razón e ideas. Sobre estos intelectualistas, a quienes, sin embargo, se suele tener por los filósofos más sublimes y excelsos, dio Heráclito una justa censura, al decir que *los hombres buscan la verdad en sus pequeños mundos particulares, y no en el mundo grande y común*[81]; porque desdeñan deletrear, y de ese modo ir leyendo poco a poco en el volumen de las obras de Dios, y, al contrario, con continua meditación y agitación del ingenio urgen, y por así decirlo invocan, a sus propios espíritus a adivinar y darles oráculos, en lo cual se ven merecidamente defraudados.

7. Otro error que guarda alguna relación con este último es que a menudo los hombres han infectado sus meditaciones, opiniones y doctrinas con algunas ideas que admiraban mucho, o algunas ciencias a las que eran muy adictos, y han dado a todas las demás cosas un tinte que no les correspondía, completamente falso e impropio. Así han mezclado Platón su filosofía con teología, y Aristóteles con lógica, y la segunda escuela de Platón, Proclo y los restantes, con matemáticas. Pues ésas eran las artes que tenían para ellos una suerte de derecho de primogenitura. Así han construido los alquimistas una filosofía a partir de unos cuantos experimentos de su horno, y nuestro compatriota Gilbert, a partir de las observaciones de un imán. Así Cicerón, cuando, repasando las diferentes opiniones acerca de la naturaleza del alma, encontró un músico que sostenía que el alma no era otra cosa que armonía, dijo con gracia: *Hic ab arte sua*

---

[81] Sexto Empírico, *Adversus logicos,* VII, 133. Cf. *Novum Organum,* I, 42.

non recessit[82], etcétera. Pero de estas ideas habla Aristóteles seria y juiciosamente cuando dice: *Qui respiciunt ad pauca de facili pronunciant*[83].

8. Otro error es la impaciencia ante la duda, y la prisa por afirmar sin la debida y madura suspensión del juicio. Pues las dos vías de la contemplación se asemejan a las dos vías de la acción de las que frecuentemente hablan los antiguos, la una llana y lisa al principio, y al final impracticable; la otra áspera y trabajosa a la entrada, pero después fácil y expedita. Así sucede con la contemplación: el que empieza con certezas, acabará en dudas; pero el que se aviene a empezar con dudas acabará en certezas.

9. Otro error reside en el modo de comunicación y transmisión del conocimiento, que casi siempre es magistral y tajante en lugar de franco y fiel, de manera que pueda ser antes creído, y no mejor examinado. Verdad es que en los compendios destinados a la práctica hay que desaprobar esa forma; pero en el verdadero manejo del conocimiento no se debería caer ni, de un lado, en la actitud de Veleyo el epicúreo, *nil tam metuens, quam ne dubitare aliqua de re videretur*[84], ni, de otro lado, en la duda irónica de Sócrates sobre todas las cosas; sino exponer las cosas sinceramente, con mayor o menor aseveración según que al propio juicio aparezcan más o menos probadas.

10. Otros errores hay en el objetivo que los hombres se fijan para sí, y hacia el cual orientan sus esfuerzos: pues, siendo así que los practicantes más constantes y asiduos de cualquier ciencia deberían aspirar a hacer algunas adiciones a su ciencia, lo que hacen es consagrar sus trabajos a la obtención de ciertos segundos premios, como ser un intérprete o comentador profundo, ser un adalid o defensor vehemente, ser un compilador o compendiador metódico, y de ese modo el patrimonio del conocimiento llega a ser a veces mejorado, pero raramente aumentado.

11. Pero el error mayor de todos es el confundir o situar indebidamente el fin último o extremo del conocimiento. Pues han entrado los hombres en deseo de saber y conocimiento, algunas veces por una curiosidad natural y gana de inquirir, otras por entretener sus espíritus con variedad y deleite, otras buscando ornamento y reputación, y algunas para poder contradecir y vencer en materia de ingenio; y casi siempre por lucro y sustento, y pocas veces por rendir

---

[82] Este no salió de los límites de su oficio. *Tusculanae,* I, X, 20.

[83] Los que sólo toman en consideración unas pocas cosas, fácilmente se pronuncian. *Sobre la generación y la corrupción,* I, 2 (316a).

[84] Nada temía tanto como dar la impresión de abrigar dudas acerca de algo. Cicerón, *De natura deorum,* I, VIII, 18, Cf. *Novum Organum,* I, 67.

sinceramente cuenta debida de su don de raciocinio, para beneficio y utilidad de los hombres: como si en el conocimiento se buscara un sillón en el que dar descanso al espíritu inquisidor e inquieto, o una terraza donde la mente errabunda y variable pueda pasear y gozar de bonitas vistas, o una torre altiva sobre la cual pueda alzarse el espíritu orgulloso, o un fuerte o lugar dominante para la lucha y el combate, o una tienda para ganancia o venta, y no un rico almacén para gloria del Creador y mejora del estado del hombre. Pues lo que en verdad dignificaría y enaltecería el conocimiento sería que la contemplación y la acción estuvieran más íntima y estrechamente ensambladas y unidas de lo que han estado: una conjunción como la de los dos planetas más altos, Saturno, el planeta del reposo y la contemplación, y Júpiter, el planeta de la sociedad civil y la acción. Ahora bien, al hablar de utilidad y acción no me refiero a ese fin antes mencionado de aplicar el conocimiento al lucro y provecho profesional, pues no ignoro lo mucho que eso distrae e interrumpe la búsqueda y progreso del conocimiento; como la pelota de oro arrojada ante Atalanta, que mientras ella se desvía y se agacha para recogerla, se estorba la carrera:

Declinat cursus, aurumque volubile tollit[85].

Ni me refiero tampoco, según se dijo de Sócrates, a bajar la filosofía del cielo para conversar sobre la tierra[86], esto es, a dejar de lado la filosofía natural y aplicar el conocimiento solamente a las costumbres y la política. Mas, lo mismo que el cielo y la tierra conspiran y contribuyen para la utilidad y el beneficio del hombre, así el fin de ambas filosofías debiera ser el separar y desechar las especulaciones vanas y todo lo vacuo e inane, y conservar y acrecentar todo lo sólido y fructífero: de suerte que el conocimiento no venga a ser como una cortesana, sólo para el placer y la vanidad, ni como una esclava, para adquirir y ganar en provecho de su amo, sino como una esposa, para generación, fruto y solaz.

12. Con lo dicho he descrito y abierto, como mediante una disección, esos humores mórbidos (los principales de ellos) que no sólo han obstaculizado el avance del saber, sino que además han dado ocasión a su vituperio; en lo cual, si he sido demasiado llano, hay que recordar que *fidelia vulnera amantis, sed dolosa oscula malignantis*[87]. Esto creo haber ganado, el ser mejor creído en lo que diga de alabanza, por haber procedido tan libremente en la censura. Y sin

[85] Se desvía y recoge la pelota de oro. Ovidio, *Metamorfosis*, X, 667.
[86] Cicerón, *Tusculanae*, V, IV, 10.
[87] Leales son las heridas del amigo, pero los besos del enemigo son engañosos. Prov. 27, 6.

embargo, no es mi propósito embarcarme en una loa del saber, ni hacer un himno a las musas (aunque, en mi opinión, tiempo ha que sus ritos no son debidamente celebrados); sino que mi intento es, sin barniz ni exageración, sopesar honradamente la dignidad del conocimiento puesto en la balanza con otras cosas, y calibrar su verdadero valor mediante testimonios y argumentos divinos y humanos.

VI.1. En primer lugar, pues, busquemos la dignidad del conocimiento en su arquetipo o primer modelo, que son los atributos y actos de Dios, en la medida en que son revelados al hombre y pueden ser observados con sobriedad; en donde no podemos buscarlo bajo el nombre de saber, pues todo saber es conocimiento adquirido, y en Dios todo conocimiento es original; y por lo tanto hemos de buscarlo bajo otro nombre, el de sabiduría o sapiencia, como lo llaman las Escrituras.

2. Es así, pues, que en la obra de la creación vemos una doble emanación de virtud de Dios, refiriéndose la una más propiamente al poder, la otra a la sabiduría; expresada la una en hacer la subsistencia de la materia, y la otra en disponer la belleza de la forma. Esto supuesto, hemos de observar que nada se opone en la historia de la creación a que la masa y materia confusa del cielo y de la tierra fuera hecha en un momento, y el orden o disposición de ese caos o masa fuera obra de seis días, tal siendo la nota diferencial que plugo a Dios poner entre las obras del poder y las obras de la sabiduría; con lo cual coincide el que respecto a lo primero no esté escrito que dijera Dios *Háganse el cielo y la tierra,* como está escrito para las obras siguientes, sino de hecho, que Dios hizo el cielo y la tierra; llevando lo uno el signo de manufactura, lo otro de ley, decreto o resolución.

3. Pasando a lo que sigue por orden, de Dios a los espíritus, hallamos, en la medida en que haya de darse crédito a la jerarquía celeste de ese supuesto Dionisio senador de Atenas, que se otorga el primer lugar o grado a los ángeles del amor, a quienes se llama querubines; el segundo a los ángeles de la luz, a quienes se llama serafines, y el tercero y subsiguientes lugares a los tronos, principados y demás, que son todos ángeles de poder y ministerio, de suerte que los ángeles de conocimiento e iluminación se sitúan por delante de los de oficio y dominación.

4. Descendiendo de los espíritus y formas intelectuales a las formas sensibles y materiales, leemos que la primera forma que fue creada fue la luz, que tiene una relación y correspondencia en la naturaleza y las cosas corpóreas con el conocimiento en los espíritus y las cosas incorpóreas.

5. También en la distribución de los días vemos que aquel en que Dios descansó y contempló sus propias obras fue enaltecido por encima de todos aquellos otros en que las había efectuado.

6. Acabada la creación, se nos dice que el hombre fue colocado en el jardín para trabajar en él [88], no pudiendo ser otro el trabajo que se le asignaba que trabajo de contemplación, esto es, aquel orientado solamente a ejercicio y experimento, y no a satisfacer una necesidad; pues, no habiendo entonces rebeldía de la creatura ni sudor de la frente, por fuerza la ocupación del hombre tuvo que ser materia de deleite en el experimento, y no materia de esfuerzo para la utilidad. Asimismo, las primeras acciones que el hombre llevó a cabo en el Paraíso consistieron en las dos partes supremas del conocimiento: la visión de las creaturas y la imposición de nombres. En cuanto al conocimiento que indujo a la caída, fue, como antes hemos mencionado, no el natural de la creaturas, sino el moral del bien y del mal, partiendo del supuesto de que los mandamientos o prohibiciones de Dios no eran los patrones del bien y del mal, sino que éstos tenían otros principios, que el hombre aspiró a conocer, para de ese modo desligarse por completo de Dios y depender únicamente de sí mismo.

7. Pasando adelante, en el primer acontecimiento o suceso posterior a la caída del hombre vemos (dado que las Escrituras contienen infinitos misterios, sin violar en nada la verdad de la historia o del texto literal) una imagen de los dos estados, el contemplativo y el activo, representados en las dos personas de Abel y Caín, y en los dos oficios más simples y primitivos de la vida: el de pastor (quien, por razón de su ocio, descansa, y, viviendo a la vista del cielo, es imagen viva de la vida contemplativa) y el de agricultor; y ahí vemos nuevamente que el favor y la elección de Dios fueron para el pastor y no para el labrador de la tierra.

8. Así también en la edad anterior al diluvio, los santos testimonios contenidos en esos pocos memoriales que en el mismo lugar están consignados y registrados se han dignado mencionar y honrar el nombre de los inventores y autores de la música y del trabajo de los metales. En la edad posterior al diluvio, el primer gran juicio de Dios sobre la ambición del hombre fue la confusión de lenguas, con lo cual quedó gravemente impedido el libre comercio e intercambio de saber y conocimientos.

9. Descendiendo a Moisés el legislador, y primera pluma de Dios, señalaremos que las Escrituras le adornan con la adición y

[88] Gén. 2, 15.
[89] Hch. 7, 22.

elogio de que *era versado en toda la sabiduría de los egipcios*[89], nación que sabemos que fue una de las escuelas más antiguas del mundo; pues así presenta Platón al sacerdote egipcio diciendo a Solón: *Vosotros los griegos sois siempre niños, no tenéis conocimiento de la antigüedad ni antigüedad de conocimiento*[90]. Echad una ojeada a la ley ceremonial de Moisés: encontraréis allí, además de la prefiguración de Cristo, el distintivo o señal del pueblo de Dios, el ejercicio e inculcación de la obediencia y otras aplicaciones y frutos divinos de lo mismo, que algunos de los rabinos han observado, mediante estudio provechoso y profundo, unos un sentido o contenido natural, otros moral, de las ceremonias y ritos. Así en la ley acerca de la lepra, donde dice: *Si la blancura ha cubierto toda la carne, el enfermo será declarado puro; mas si queda alguna carne entera, será encerrado por impuro*[91], uno de ellos advierte un principio de la naturaleza, que la putrefacción es más contagiosa antes de la madurez que después, y otro advierte una tesis de la filosofía moral, que los hombres entregados al vicio no corrompen tanto las costumbres como aquellos otros que son mitad buenos y mitad malos. Es así como en éste y otros muchos lugares de esa ley se encuentra, además del sentido teológico, mucha filosofía diseminada.

10. También ese excelente libro de Job, si se examina diligentemente, se lo hallará preñado y henchido de filosofía natural, como, por ejemplo, sobre cosmografía y la redondez del mundo: *Qui extendit aquilones super vacuum, et appendit terram super nihilum*[92], donde manifiestamente se alude al hecho de estar suspendida la tierra, al polo del norte y a la finitud o convexidad del cielo. Asimismo sobre astronomía: *Spiritus ejus ornavit coelos, et obstetricante manu ejus eductus est Coluber tortuosus*[93]. Y en otro lugar: *Nunquid conjungere valebis micantes stellas Pleiadas, aut gyrum Arcturi poteris dissipare?*[94], donde se señala con gran elegancia la fijeza de las estrellas, que permanecen siempre a igual distancia. Y en otro lugar: *Qui facit Arcturum, et Oriona, et Hyadas, et interiora Austri*[95], donde de nuevo queda registrada la depresión del polo sur, llamándolo los secretos del sur, porque las estrellas meridionales no

---

90 *Timeo,* 22b.

91 Lev. 13, 12-14.

92 Que extendió el Septentrión sobre el vacío, y suspendió la tierra sobre la nada. Job 26, 7.

93 Su espíritu adornó los cielos, su mano rectora hizo nacer la Serpiente tortuosa. Job 26, 13.

94 ¿Puedes tú atar las lucientes estrellas de las Pléyades, o deshacer el circuito de Orión? Job 38, 31.

95 Que hizo la Osa y Orión, las Pléyades y las cámaras del Sur. Job 9, 9.

eran visibles en aquella región. Sobre la generación: *Annon sicut lac mulsisti me, et sicut caseum coagulasti me?* [96], etc. Sobre minerales: *Habet argentum venarum suarum principia: et auro locus est in quo conflatur, ferrum de terra tollitur, et lapis solutus calore in aes vertitur* [97], y así sucesivamente en ese capítulo.

11. Así también en la persona del rey Salomón vemos el don de la sabiduría y la ciencia, tanto en la petición de Salomón como en el consentimiento de Dios a la misma, antepuesto a toda otra dicha terrenal y temporal [98]. Gracias a esa concesión o merced de Dios, Salomón fue capaz no sólo de escribir esas excelentes parábolas o aforismos de filosofía divina y moral, sino también de compilar una historia de todos los vegetales, desde el cedro que crece en la montaña hasta el musgo de la pared (que no es sino algo rudimentario entre putrefacción y hierba), y también de todo lo que respira o se mueve [99]. Aún más, ese mismo rey Salomón, aunque sobresaliente por sus tesoros y edificios magníficos, sus barcos y navegación, sus servidores y séquito, su fama y renombre, etcétera, empero no recaba para sí ninguna de esas glorias, sino sólo la gloria de la inquisición de la verdad: pues así dice expresamente, *La gloria de Dios es ocultar una cosa, pero la del rey es descubrirla* [100]; como si, a la manera del juego inocente de los niños, la Divina Majestad se deleitara en ocultar sus obras para que después éstas fueran descubiertas; y como si los reyes no pudieran aspirar a más alto honor que el de ser compañeros de Dios en ese juego, habida cuenta del gran dominio que tienen sobre ingenios y medios, por efecto del cual nada debe necesariamente estarles oculto.

12. No se alteró tampoco la prescripción de Dios en los tiempos siguientes a la venida de nuestro Salvador al mundo: pues nuestro Salvador mismo mostró primeramente su poder para someter a la ignorancia, con los sacerdotes y doctores de la Ley, antes de mostrarlo para someter a la naturaleza con sus milagros. Y la venida del Espíritu Santo tuvo su principal figura y expresión en la similitud y don de lenguas, que no son otra cosa que *vehicula scientiae.*

13. Así en la elección de aquellos instrumentos que plugo a Dios utilizar para la implantación de la fe, aunque al principio em-

---

96 ¿No me batiste como leche y me cuajaste como queso? Job 10, 10.

97 Hay para la plata un venero, y un lugar donde el oro se purifica; de la tierra se extrae el hierro, y el cobre de la piedra fundida. Job 28, 1-2.

98 1 Re. 3, 5-12.

99 Al decir «parábolas o aforismos» se refiere Bacon al libro de los Proverbios, que, junto con el Eclesiastés, cita siempre como obra de Salomón. De los tratados salomónicos sobre plantas y animales se habla en 1 Re, 4, 33.

100 Prov. 25, 2.

pleó a personas enteramente indoctas salvo por inspiración, para manifestar con mayor evidencia su acción inmediata y abajar toda sabiduría o conocimiento humanos; empero, no bien hubo cumplido aquel propósito suyo, en la siguiente mudanza y sucesión de los tiempos envió al mundo su verdad divina atendida por otros saberes como por sirvientas o doncellas, y así vemos que la pluma de San Pablo, único instruido entre los apóstoles, fue la más empleada en las escrituras del Nuevo Testamento.

14. Encontramos también que muchos de los antiguos obispos y padres de la Iglesia fueron sumamente versados y peritos en todo el saber de los paganos, hasta el punto de que el edicto del emperador Juliano, por el cual se prohibía a los cristianos el acceso a las escuelas, lecciones o ejercitaciones del saber, fue tenido y contado por estratagema y maquinación más perniciosa contra la fe cristiana que todas las sanguinarias persecuciones de sus predecesores [101]. Ni pudieron tampoco el afán de emulación y los celos de Gregorio, primero de ese nombre y obispo de Roma, ser jamás conceptuados de piedad o devoción, antes bien fueron tachados de arbitrariedad, malevolencia y pusilanimidad, aun entre los hombres piadosos, en cuanto que quiso borrar y extinguir la memoria de la Antigüedad pagana y sus autores. Al contrario, fue la Iglesia cristiana la que, entre las invasiones de los escitas por el noroeste y de los sarracenos por el este, conservó en su sagrado seno y regazo las reliquias preciosas incluso del saber pagano, que de otro modo se habría extinguido como si jamás hubiera habido tal cosa.

15. Y a la vista tenemos que, en nuestra época y la de nuestros padres, cuando plugo a Dios pedir cuentas a la Iglesia de Roma por sus costumbres y ceremonias degenerados, y doctrinas dañinas y compuestas para respaldar esos mismos abusos, en el mismo tiempo fue ordenado por la Divina Providencia que a lo dicho acompañara una renovación y nueva floración de todos los demás conocimientos; y del otro lado vemos a los jesuitas, que, en parte por sí mismos y en parte por emulación y provocación de su ejemplo, han avivado y robustecido mucho el estado del saber; vemos, digo, cuán notable servicio y reparación han hecho a la sede romana.

16. Por lo cual, y para concluir esta parte, conviene observar que hay dos oficios y servicios principales, además del ornamento y la ilustración, que la filosofía y el saber humano prestan a la fe y la religión. El primero está en que son incitaciones eficaces a la

---

101 Parece ser que lo que se prohibió entonces (en el año 362) a los cristianos fue la enseñanza de lo que ahora llamaríamos humanidades. Véase San Agustín, *Confesiones,* VIII, 5.

exaltación de la gloria de Dios. Pues, siendo así que los Salmos y otras Escrituras nos invitan a menudo a considerar y alabar las grandes y maravillosas obras de Dios, si únicamente nos contentáramos con la contemplación de lo exterior de ellas tal como primero se ofrecen a nuestros sentidos, haríamos a la majestad de Dios una injuria semejante a la que haríamos a un joyero excelente si juzgáramos o dictamináramos sobre su almacén sólo por lo que tiene expuesto en su tienda y a la calle. El segundo está en que suministran un auxilio y preservativo singular contra la incredulidad y el error. Pues dice nuestro Salvador: *Erráis por no conocer las Escrituras ni el poder de Dios*[102], poniendo ante nosotros dos libros o volúmenes que hemos de estudiar si queremos asegurarnos contra el error; primero las Escrituras, que revelan la voluntad de Dios, y luego las creaturas, que manifiestan su poder; de las cuales las segundas son una llave de las primeras, no sólo porque a través de las nociones generales de la razón y las normas del discurso abren nuestro entendimiento para que conciba el sentido verdadero de las Escrituras, sino principalmente porque abren nuestra fe, al llevarnos a meditar debidamente sobre la omnipotencia de Dios, que principalmente está impresa y grabada sobre sus obras. Hasta aquí, pues, por lo que respecta al testimonio y evidencia divinos acerca de la verdadera dignidad y valor del saber.

VII.1. En cuanto a las pruebas humanas, es éste un campo tan amplio que en una obra del carácter y brevedad de la presente vale más hacer una selección de lo que se aduzca que abarcar toda la diversidad de ellas. En primer lugar, pues, digamos que de los grados del honor humano entre los paganos era el mayor el obtener la veneración y adoración debida a un dios. Esto para los cristianos es como la fruta prohibida. Pero hablamos ahora separadamente del testimonio humano, según el cual aquello que los griegos llamaban *apotheosis*, y los latinos *relatio inter divos*[103], era el honor supremo que podía el hombre atribuir al hombre, en especial cuando era otorgado no por un decreto formal o edicto del estado, como era costumbre entre los emperadores romanos, sino por un asentimiento y creencia interiores. Este honor, siendo tan elevado, tenía también un grado o término medio, pues por encima de los honores humanos se consideraban los heroicos y los divinos, en la atribución y distribución de los cuales vemos que la Antigüedad establecía esta diferencia: que, mientras que los fundadores y unificadores de estados y ciuda-

---

[102] Mt. 22, 29.
[103] Apoteosis; inclusión entre los dioses.

des, legisladores, extirpadores de tiranos, padres de la patria y otras personas eminentes en lo civil no eran honrados sino con el título de héroe o semidiós, como se hizo con Hércules, Teseo, Minos, Rómulo, etc., en cambio los inventores y autores de nuevas artes, bienes y mejoras para la vida humana eran siempre incluidos entre los propios dioses, y así lo fueron Ceres, Baco, Mercurio, Apolo y otros, y con justicia; pues el mérito de los primeros queda circunscrito a una época o nación, y es como las lluvias fecundas, que aunque sean buenas y provechosas sólo sirven para esa estación, y para la extensión de tierra donde caen; pero el otro es verdaderamente como los dones del cielo, que son permanentes y universales. Asimismo, lo primero está mezclado de lucha y perturbación, mas lo segundo tiene el carácter genuino de la presencia divina, que llega en *aura leni*[104], sin ruido ni agitación.

2. Ni es ciertamente ese otro mérito del saber que consiste en reprimir las discordias que nacen entre los hombres, muy inferior al primero, esto es, al alivio de las necesidades que brotan de la naturaleza. Este mérito fue vivamente representado por los antiguos en aquella fingida relación del teatro de Orfeo, donde todas las bestias y aves se congregaron, y, olvidando sus diversos apetitos, unas de presa, otras de placer, otras de lucha, todas juntas escuchaban plácidamente los aires y acordes del arpa; no bien cesaba el ruido de la cual, o era ahogado por algún ruido más fuerte, cuando cada bestia retornaba a su naturaleza propia; con lo cual se describe acertadamente la naturaleza y condición de los hombres, que están llenos de deseos salvajes e indomados de lucro, de lujuria, de venganza, y que, en tanto prestan oídos a los preceptos, a las leyes, a la religión, dulcemente conmovidos por la elocuencia y persuasión de libros, sermones, exhortaciones, entonces se mantienen la sociedad y la paz; pero si esos instrumentos enmudecen, o la sedición y el tumulto no dejan oírlos, todo se disuelve en anarquía y confusión.

3. Esto se manifiesta más claramente cuando los reyes mismos, o las personas de autoridad que hay por debajo de ellos, u otros gobernantes de comunidades y pueblos, son eruditos. Pues, aunque pudiera parecer que fue parcial para con su profesión aquel que dijo que *el pueblo y los estados serían felices cuando, o bien los reyes fueran filósofos, o los filósofos reyes*[105], la experiencia demuestra que bajo príncipes y gobernantes doctos han sido siempre los mejores tiempos. Pues, aunque los reyes sean imperfectos en sus pasiones y costumbres, si están iluminados por el saber tendrán esas ideas de

[104] Brisa suave. 1 Re. 19, 12.
[105] Platón en la *República*, V, 473c-d.

religión, política y moral que los preserven y refrenen de cualesquiera errores y excesos ruinosos y fatales, susurrándoles siempre al oído, cuando los consejeros y servidores enmudecen y guardan silencio. Del mismo modo, los senadores o consejeros doctos proceden sobre principios más seguros y sólidos que esos otros que sólo son hombres de experiencia: aquéllos advierten los peligros desde lejos, pero éstos no los descubren hasta tenerlos cerca, y fían entonces a la agilidad de su ingenio el esquivarlos o evitarlos.

4. Esa felicidad de los tiempos bajo príncipes doctos (de la cual, por atenernos a la ley de la brevedad, utilizaremos los ejemplos más sobresalientes y selectos) tiene su mejor manifestación en la época transcurrida desde la muerte del emperador Domiciano hasta el reinado de Comodo, que comprende una sucesión de seis príncipes, todos ellos doctos o singulares favorecedores y promotores del saber: época ésta que, en los aspectos temporales, fue la más dichosa y floreciente que disfrutó el Imperio Romano (que era entonces modelo del mundo entero), según fue revelado y prefigurado a Domiciano en un sueño que tuvo la noche antes de ser asesinado. Pues parecióle que por detrás y sobre sus hombros le habían crecido un cuello y una cabeza de oro [106], lo cual justamente vino a cumplirse en aquellos tiempos áureos que siguieron, y de cuyos príncipes vamos a hacer algún recordatorio; pues, aunque sea materia sabida, y pueda ser juzgada más propia de un discurso retórico que adecuada para un tratado escueto como es éste, empero no quiero omitirla, porque es pertinente para el tema que ahora nos ocupa, *neque semper arcum tendit Apollo* [107], y porque el sólo nombrarlos sería demasiado seco y precipitado.

El primero fue Nerva, del excelente temple de cuyo gobierno nos da Cornelio Tácito un retrato vivo condensado en una sola observación: *Postquam divus Nerva res olim insociabiles miscuisset, imperium et libertatem* [108]. Y en señal de su saber, el último acto de su breve reinado del que se conserva memoria es una instrucción a su hijo adoptivo Trajano, motivada por algún descontento interior ante la ingratitud de los tiempos, y encerrada en un verso de Homero:

Telis, Phoebe, tuis lacrymas ulciscere nostras [109].

---

106 Cf. Suetonio, *Domiciano,* XXIII, 2, que da la idea aquí expresada, pero sin hablar de cuello y cabeza, sino sólo de *gibbam,* «giba».

107 Y no siempre tiene Apolo el arco tenso. Horacio, *Odas,* II, X, 19-20.

108 Nerva unió dos cosas antaño incompatibles, la autoridad y la libertad. *Agrícola,* III.

109 Con tus flechas, Febo, venga nuestras lágrimas. *Ilíada,* I, 42.

5. Trajano, que le siguió, no fue docto en su persona; mas, si hemos de atender a las palabras de nuestro Salvador, que dice: *Quien recibe a un profeta en calidad de profeta, recompensa de profeta tendrá*[110], entonces merece ser puesto entre los príncipes más doctos, pues no hubo mayor admirador ni benefactor del saber: fundador de famosas bibliotecas, constante promotor de hombres instruidos a cargos públicos y conversador asiduo con profesores y preceptores doctos, de quienes se sabía que eran entonces quienes disfrutaban de mayor autoridad en la corte. Por otra parte, cuánto fueron admirados y celebrados la virtud y el gobierno de Trajano, es cosa que seguramente ningún testimonio de la historia seria y fidedigna presenta con mayor viveza que esa leyenda de Gregorio Magno, Obispo de Roma, que se hizo notar por la extremada envidia que sentía hacia toda excelencia pagana; y sin embargo se dice de él que, por amor y estima de las virtudes morales de Trajano, dirigió a Dios plegarias apasionadas y fervientes para que sacara su alma del infierno; y que lo obtuvo, con la advertencia de que no hiciera más peticiones de esa clase[111]. También en tiempos de este príncipe se interrumpieron las persecuciones contra los cristianos, según certifica Plinio el Segundo, hombre de gran saber y favorecido por Trajano[112].

6. Adriano, su sucesor, fue el hombre más curioso de la historia, y el más universal inquisidor; tanto, que se señaló como error de su espíritu el querer saberlo todo, y no reservarse para las cosas más dignas, cayendo en el mismo capricho que mucho antes mostrara Filipo de Macedonia, el cual, cuando quiso superar y quedar por encima de un músico excelente en una discusión sobre música, fue bien contestado por éste: *No permita Dios, señor, que tengáis tan mala fortuna que conozcáis estas cosas mejor que yo*[113]. Plugo también a Dios servirse de la curiosidad de este emperador en orden a la paz de su Iglesia en aquellos días. Pues venerando él a Cristo, no en cuanto dios o salvador, sino en cuanto prodigio o novedad, y tenien-

---

110 Mt. 10, 41.

111 Esta leyenda, repetida a lo largo de la Edad Media a partir de la historia de San Gregorio compilada por Juan el Diácono en el siglo XI, aparece recogida por Dante en la *Divina Comedia,* Purgatorio, X, 73 y ss.

112 No hubo persecución general de los cristianos bajo Trajano, sino la primera formulación de su situación jurídica, concretamente en la respuesta dada en 112 por el emperador a una consulta de Plinio el Joven, a la sazón legado imperial en Asia: «No se ha de perseguir a los cristianos, pero sí castigar a los denunciados y convencidos»; es decir, a los que se negaban a apostatar. Cf. Plinio el Joven, *Epístolas,* X, 97.

113 Plutarco, *Regum et imperatorum apophthegmata* (179, 29).

do su retrato en su galería emparejado con el de Apolonio [114] (con el cual en su vana imaginación pensaba que tuviera alguna afinidad), ello sirvió para mitigar el odio acérrimo que el nombre de cristiano suscitaba entonces, de suerte que la Iglesia tuvo paz en su tiempo. Y por lo que respecta a su gobierno en lo civil, si no igualó al de Trajano en gloria de armas o perfección de la justicia, empero lo superó en cuanto a desvelo por el bienestar de sus súbditos. Pues Trajano erigió muchos monumentos y edificios famosos, tantos que Constantino el Grande, celoso, solía llamarle *parietaria,* flor de pared, por estar su nombre en tantos muros; pero sus construcciones y obras eran más de gloria y triunfo que de utilidad y necesidad. Pero Adriano pasó todo su reinado, que fue apacible, haciendo un recorrido o visita de inspección del Imperio Romano, dando órdenes y asignando recursos dondequiera que iba para reedificar ciudades, villas y fortalezas deterioradas, contener ríos y torrentes, hacer puentes y pasajes, dotar de nuevas ordenanzas y constituciones a las ciudades y comunidades, otorgar exenciones y crear corporaciones; de modo que toda su época fue una auténtica restauración de todos los lapsos y deterioros de épocas anteriores.

7. Antonino Pío, que le sucedió, fue un príncipe sumamente instruido, dotado del ingenio paciente y sutil de un escolástico, hasta el punto de que entre el vulgo (que no perdona ninguna virtud) se le llamaba *cymini sector,* cortador o partidor de cominos, que son de las semillas más pequeñas; tanta paciencia y resolución tenía para adentrarse en las diferencias más nimias y precisas de las cosas. Era ello sin duda fruto de la extraordinaria tranquilidad y serenidad de su espíritu, pues, no viéndose en modo alguno abrumado o estorbado por temores, remordimientos ni dudas, antes bien destacándose como uno de los hombres de más pura bondad, sin fingimiento ni afectación, que hayan reinado o vivido, tenía su espíritu siempre atento y entero. Aproximóse también un grado más al cristianismo, y llegó a ser, como dijo Agripa a San Pablo, *medio cristiano* [115], teniendo en buena opinión la religión y ley de los cristianos, y no sólo haciendo cesar su persecución, sino favoreciendo su mejora.

8. Le sucedieron los primeros *divi fratres,* los dos hermanos adoptivos Lucio Comodo Vero, hijo de Elio Vero, que fue muy aficionado al saber más suave, y solía llamar al poeta Marcial su Virgilio; y Marco Aurelio Antonino, que oscureció a su colega y le sobrevivió

---

[114] Según Spedding no fue Adriano, sino Alejandro Severo. El Apolonio citado es Apolonio de Tiana, neopitagórico del siglo I que después de muerto fue venerado como un dios.

[115] Hch. 26, 28.

largo tiempo, y que fue llamado el Filósofo. Y éste, así como superó a todos los demás en saber, así también los superó en perfección de todas las virtudes regias; hasta tal punto que el emperador Juliano, en su libro titulado *Caesares*, que era como un libelo o sátira para burlarse de todos sus predecesores, imaginó que estaban todos invitados a un banquete de los dioses, y el bufón Sileno, sentado en el extremo bajo de la mesa, iba haciendo una burla de cada uno según entraban; mas, al entrar Marco el Filósofo, Sileno quedó confundido y turbado, no sabiendo en qué zaherirle, hasta que al fin hizo alusión a su paciencia para con su mujer. Y la virtud de este príncipe, junta con la de su predecesor, hizo el nombre de Antonino tan sagrado en el mundo, que, pese a ser sumamente deshonrado en Comodo, Caracalla y Heliogábalo, que lo llevaron todos, empero cuando Alejandro Severo lo rehusó por no pertenecer a la familia, el Senado dijo unánimemente: *Quomodo Augustus, sic et Antoninus*[116]; tan célebre y venerado era el nombre de estos dos príncipes en aquellos tiempos, que quisieron tenerlo como adición perpetua al tratamiento de todos los emperadores. También en la época de este emperador estuvo la Iglesia casi siempre en paz; de suerte que en esta secuencia de seis príncipes vemos los benéficos efectos del saber en el oficio de soberano, pintados sobre la mayor tabla del mundo.

9. Mas, si se quiere una tablilla o pintura de menor volumen (no osando hablar de Vuestra Majestad, que vive), a mi juicio la más excelente es la de la reina Isabel, vuestra inmediata predecesora en esta parte de Bretaña: soberano tal, que, si Plutarco viviera ahora para escribir vidas paralelas, creo que le sería difícil hallar para ella paralelo entre las mujeres. Esta dama estaba adornada de erudición singular en su sexo, y aun rara entre los príncipes varones, ya hablemos de saber de lenguas o de ciencias, moderno o antiguo, teología o humanidades. Y hasta el postrer año de su vida tuvo costumbre de reservar horas fijas para la lectura, como apenas habrá estudiante joven de una universidad que lo haya cumplido más cotidiana o puntualmente. En cuanto a su gobierno, seguro estoy de no exagerar si afirmo que esta parte de la isla jamás tuvo cuarenta y cinco años mejores, y ello no porque los tiempos fueran tranquilos, sino por la prudencia de su regimiento. Pues si se consideran, de un lado, el establecimiento de la verdad en la religión, la constante paz y seguridad, la recta administración de la justicia, el uso templado de la prerrogativa, ni muy laxo ni muy forzado, el estado floreciente del saber, a tono con tan excelente protectora, el buen estado de las ri-

---

116 Como Augusto, así Antonino; es decir, que el nombre de Antonino sea como el de Augusto.

quezas y recursos, así de la corona como de sus súbditos; y de otro lado se consideran las diferencias en materia de religión, los disturbios de los países vecinos, la ambición de España y la oposición de Roma; y, por añadidura, que la reina estaba sola y abandonada a sus propios medios; consideradas, digo, estas cosas, así como no podría yo haber escogido ejemplo más reciente o apropiado, así también creo que no habría podido escogerlo más notable o eminente para el propósito que ahora nos ocupa, que es lo concerniente a la conjunción de saber en el príncipe y bienestar en el pueblo.

10. No se crea tampoco que el saber sólo tiene influencia y operación sobre el mérito civil y la virtud moral, y las artes o templadura de la paz y el gobierno pacífico, pues no son menores su poder y eficacia en orden a la virtud y potencia marcial y militar, según se manifiesta notablemente en los ejemplos de Alejandro Magno y César el dictador, que antes mencionamos, pero que ahora estamos en lugar adecuado para resumir: cuyas virtudes y hechos de guerra no es preciso señalar o enumerar, pues que han sido el asombro de la historia en su clase; mas de su inclinación al saber, y perfección alcanzada en el mismo, es pertinente decir algo.

11. Alejandro fue criado y educado por el gran filósofo Aristóteles, que le dedicó varios de sus libros de filosofía. Tuvo en su compañía a Calístenes y otras personas doctas, que habitaban en su campamento y le seguían en todos sus viajes y conquistas. Cuánto valor y estimación concedía al saber es cosa que notablemente se manifiesta en estos tres detalles: primero, en la envidia que, según solía decir, sentía de Aquiles, por haber tenido tan buen clarín de sus alabanzas como los versos de Homero; segundo, en la sentencia o solución que dio acerca de aquella arqueta preciosa de Darío, que fue encontrada entre sus joyas, y que, al surgir la duda de qué cosa sería digna de ser puesta en ella, él opinó que las obras de Homero; tercero, en su carta a Aristóteles, después de que éste diera a la luz sus libros sobre la naturaleza, carta donde le reprende por hacer públicos los secretos o misterios de la filosofía, y le da a entender que él mismo tiene en mayor precio aventajar a otros en saber y conocimiento que en poder y mando [117]. Y el uso que hacía del saber es cosa que aparece, o mejor resplandece, en todos sus discursos y respuestas, que están llenos de ciencia y aplicación de la ciencia, y ello con suma variedad.

12. De nuevo aquí puede parecer escolástico y un tanto ocioso el repetir cosas que todo el mundo sabe; mas, ya que el tema que estoy tratando me conduce a ello, me alegro de que se vea que tan

---

[117] Estas anécdotas y casi todas las siguientes proceden de Plutarco, *Alejandro*.

dispuesto estoy a adular (si alguno lo llamara así) a un Alejandro o a un César o a un Antonino, que hace muchos cientos de años que están muertos, como a cualquiera que ahora viva: pues es la exposición de la gloria del saber lo que me propongo, no el capricho de cantar las alabanzas de nadie. Obsérvese, pues, lo que declaró a propósito de Diógenes, y véase si ello no responde a uno de los más graves problemas de la filosofía moral, el de si la mayor felicidad reside en disfrutar de las cosas exteriores o desdeñarlas; pues cuando vio a Diógenes tan completamente satisfecho con tan poco, dijo a los que se burlaban de él: *Si yo no fuera Alejandro, me gustaría ser Diógenes.* Séneca lo invierte, y dice: *Plus erat quod hic nollet accipere, quam quod ille posset dare:* eran más las cosas que Diógenes habría rechazado, que las que Alejandro podría haber dado o disfrutado [118].

13. Obsérvese también aquello que solía decir, que *en dos cosas sobre todo sentía su mortalidad, en el sueño y la concupiscencia;* y véase si no es una sentencia extraída de lo más profundo de la filosofía natural, y que más se esperaría encontrar en boca de un Aristóteles o un Demócrito que en la de un Alejandro.

14. Véase también la humanidad y poesía de aquella otra frase suya, cuando, estando herido y sangrante, llamó a sí a uno de sus aduladores que solía atribuirle honores divinos, y dijo: *Mira, ésta es sangre verdadera; no es un licor como ése que Homero dice que fluyó de la mano de Venus al ser traspasada por Diomedes* [119].

15. Véase asimismo su viveza para refutar la lógica, en lo que dijo a Casandro acerca de una queja presentada contra su padre Antípatro; pues diciéndole Alejandro: *¿Crees tú que esos hombres habrían venido desde tan lejos para quejarse si no tuvieran justo motivo de quebranto?*, y respondiendo Casandro: *Sí, pues justamente por eso pensarían no ser desmentidos;* Alejandro entonces, echándose a reír, dijo: *He ahí las sutilezas de Aristóteles, tomar la cuestión desde los dos lados, el pro y el contra,* etcétera.

16. Pero nótese igualmente qué buen uso sabía hacer para su provecho de ese mismo arte que censuraba, cuando, teniendo secreto enojo contra Calístenes porque éste se oponía a la nueva ceremonia de su adoración, y estando cierta noche en un festín en el que también estaba presente Calístenes, alguien propuso después de la cena que Calístenes, que era hombre elocuente, para entretenerlos hablara sobre algún tema o propósito de su elección; cosa que él hizo, escogiendo para su discurso las excelencias de la nación macedonia, y

[118] Séneca, *De beneficiis*, V, 4.
[119] *Ilíada,* V, 340; cf. Séneca, *Epistulae morales,* LIX, 12.

elogiándolas tan bien que sus oyentes quedaron entusiasmados. Ante eso Alejandro, nada satisfecho, dijo que *era fácil ser elocuente sobre tan buen tema,* y añadió: *Pero vuelve el estilo, y oigamos qué sabes decir contra nosotros;* lo cual acometió inmediatamente Calístenes, y lo hizo con tanta malicia y vivacidad que Alejandro le interrumpió, diciendo que *la bondad de la causa le había hecho elocuente antes, y ahora la ojeriza volvía a hacerle tal.*

17. Considérese también, por lo que se refiere a las figuras retóricas, aquel excelente empleo de la metáfora o imagen con que criticó a Antípatro, que era un gobernante autoritario y tiránico; pues, cuando uno de los amigos de Antípatro le alababa ante Alejandro por su moderación, y porque no había caído como sus otros lugartenientes en el lujo persa de vestir de púrpura, sino que conservaba el antiguo traje negro de Macedonia, Alejandro le dijo: *Es cierto, pero Antípatro es todo púrpura por dentro*[120]. O en aquella otra ocasión, cuando Parmenión se le acercó en la llanura de Arbelas, y mostrándole la inconmensurable multitud de sus enemigos, especialmente tal como se aparecía bajo el infinito número de luces, que semejaban un nuevo firmamento de estrellas, le aconsejó atacarlos de noche; a lo cual respondió que él no hurtaba la victoria.

18. En cuanto a política, medítese aquella significativa distinción, tan utilizada después por todas las épocas, que hizo entre sus dos amigos Hefestión y Cratero, cuando dijo que uno amaba a Alejandro y el otro amaba al rey: donde se describe la principal diferencia que hay entre los mejores servidores de los príncipes, que unos por afecto aman su persona y otros por lealtad aman su corona.

19. Atiéndase también a aquella excelente censura de un error muy común entre los consejeros de los príncipes, que es el aconsejar a sus señores conforme a su mentalidad y fortuna propias, y no conforme a las de aquéllos; cuando, habiendo dicho Parmenión a la vista de los grandes ofrecimientos de Darío: *Yo sin duda aceptaría esos ofrecimientos si fuera Alejandro.* díjole Alejandro: *Yo también, si fuera Parmenión.*

20. Finalmente, medítese aquella rápida y aguda réplica que dio cuando, habiendo repartido tan grandes regalos entre sus amigos y servidores, y preguntándosele qué reservaba para sí, respondió: *La esperanza;* medítese, digo, si no había echado bien sus cuentas, pues la esperanza debe ser la parte de cuantos se proponen grandes empresas. Pues ésa fue la parte de César cuando por primera vez pasó a la Galia, estando completamente arruinado por sus mercedes. Y ésa fue igualmente la parte de aquel noble príncipe, aunque domina-

---

[120] Plutarco, *Regum et imperatorum apophthegmata* (180, 17).

do por la ambición, el duque Enrique de Guisa, de quien se solía decir que era el mayor usurero de Francia, porque había convertido toda su hacienda en obligaciones.

21. Concluyendo, pues: del mismo modo que ciertos críticos acostumbran decir hiperbólicamente que si todas las ciencias se perdieran, se las podría encontrar en Virgilio, así indudablemente se puede decir con verdad que en las pocas declaraciones que tenemos de este príncipe están las marcas y huellas del saber; la admiración del cual, cuando le considero no como Alejandro Magno, sino como el discípulo de Aristóteles, me ha llevado demasiado lejos.

22. En cuanto a Julio César, la excelencia de su saber no es menester argüirla de su educación, ni de su compañía, ni de sus declaraciones, porque él mismo se demuestra en más alto grado en sus escritos y obras, de los cuales algunos se han conservado y permanecen, y otros desgraciadamente han perecido. En primer lugar, vemos que nos ha quedado esa historia excelente de sus propias guerras, a la cual él puso solamente el título de comentario, y en la cual todas las épocas siguientes han admirado la solidez y peso del contenido, y los pasajes realistas y vivas descripciones de acciones y personas, expresadas con la mayor propiedad de términos y claridad de exposición que desearse pueda; y de que ello no fue efecto de un don natural, sino del estudio y la aplicación, da fe esa obra suya titulada *De analogía,* que es una filosofía de la gramática, en la que se propuso hacer de la *vox ad placitum* una *vox ad licitum* [121], y convertir el habla usual en habla congruente, tomando, por así decirlo, el retrato de las palabras de la vida de la razón [122].

23. También nos ha llegado de él, a modo de monumento a su poder y a su saber, el cómputo entonces reformado del año, donde bien se manifiesta que tenía por tan glorioso para su persona el observar y conocer la ley de los cielos como el dar ley a los hombres en la tierra.

24. Así también en su libro *Anticatón* se aprecia claramente que aspiraba tanto a la victoria del ingenio como a la victoria militar, pues en él traba combate con el máximo campeón de la pluma que había entonces, Cicerón el orador [123].

25. Asimismo, en el libro de *Apotegmas* por él recogidos vemos que tuvo por más honroso el hacer de sí mismo un par de tablillas donde poner las sentencias sabias y enjundiosas de otros, que el hacer

---

[121] Habla conforme a lo convenido, habla conforme a lo debido.

[122] Esta obra de Julio César se ha perdido. Lo que aquí dice Bacon es una reconstrucción puramente caprichosa; en el *Augmentis* da otra descripción.

[123] Plutarco, *Julio César,* LIV.

de cada uno de sus propios dichos un apotegma u oráculo, como pretenden los príncipes vanidosos, acostumbrados a la adulación[124]. A pesar de lo cual, si refiriésemos varias de sus declaraciones, como hemos hecho con las de Alejandro, se vería que en verdad son como aquellas a que alude Salomón, cuando dice: *Verba sapientum tanquam aculei, et tanquam clavi in altum defixi*[125]; de ellas referiré solamente tres, no tan delectables por su elegancia como admirables por su vigor y eficacia.

26. Cuanto a la primera, hay razón para considerar maestro en las palabras a quien con una sola fue capaz de domeñar un motín de su ejército; y ello aconteció como sigue. Los romanos, cuando los generales hablaban al ejército, empleaban la palabra *milites*[126]; pero cuando los magistrados hablaban al pueblo empleaban la palabra *quirites*[127]. Los soldados andaban revueltos, y sediciosamente solicitaban ser licenciados, no porque lo desearan, sino con idea de que para disuadirlos César se viera obligado a otorgarles otras concesiones. Él entonces, resuelto a no ceder, tras un breve silencio comenzó su discurso diciendo: *Ego, quirites,* con ello dándoles ya por licenciados; ante lo cual quedaron ellos tan sorprendidos, contrariados y confusos, que no le permitieron seguir adelante, antes bien renunciaron a sus demandas y lo único que pidieron fue volver a ser llamados por el nombre de *milites*[128].

27. El segundo dicho fue así: César codiciaba extremadamente el título de rey, y unos cuantos le esperaron a su paso para proclamarle tal por aclamación popular. Y él, viendo el clamor débil y pobre, lo echó así a broma, como si hubieran equivocado su nombre: *Non rex sum, sed Caesar*[129]; frase que, si se la examina, se verá que apenas se puede expresar todo el sentido y sustancia que contiene. Pues, en primer lugar, era un rechazo del título, pero no dicho en serio; y denotaba también una confianza y grandeza de ánimo infinitas, como si presumiera que el de César era el mayor título; pero sobre todo fueron palabras muy conducentes a su propio propósito, como si el estado quisiera disputarle sólo un nombre que llevaban familias de poco fuste: porque *Rex* era apellido entre los romanos, como lo es *King* entre nosotros.

---

124 Cicerón, *Ad familiares,* IX, XVI, 4.

125 Las palabras de los sabios son como aguijadas, y como clavos bien clavados. Ecl. 12, 11.

126 Soldados.

127 Ciudadanos.

128 Suetonio, *Julio César,* LXX; Apiano, *De bellis civilibus,* II, XIII, 93.

129 No me llamo rey, sino César. Suetonio, *Julio César,* LXXIX; Apiano, *De bellis civilibus,* II, XVI, 108.

28. El último dicho que mencionaré fue dirigido a Metelo, cuando César, declarada la guerra, tomó posesión de la ciudad de Roma; y entrando por entonces en el tesoro para llevarse los caudales allí acumulados, Metelo, que era tribuno, se lo prohibió; ante lo cual César dijo que si no desistía de su actitud, allí mismo le dejaría muerto; y luego, refrenándose, añadió: *Joven, más me cuesta decirlo que hacerlo; Adolescens, durius est mihi hoc dicere quam facere*[130]. Frase compuesta del mayor terror y la mayor clemencia que proceder puedan de boca humana.

29. Mas, volviendo atrás y para concluir con César, digamos que es evidente que él mismo conocía la superioridad de su saber, y se preciaba de ella, según se ve en cierta ocasión en que, hablando alguno de cuán extraña resolución era en Lucio Sila el renunciar a su dictadura, él, por burla y para su propia ventaja, respondió que Sila no era ducho en letras, y por lo tanto no sabía dictar[131].

30. Y aquí sería propio que dejáramos este punto, tocante a la concurrencia de virtud militar y saber (pues ¿qué ejemplo podría presentarse que no desmereciera después de los dos de Alejandro y César?), si no fuera en atención a una curiosa circunstancia que encuentro en otro caso, como fue el paso tan súbito del extremo menosprecio a la admiración extrema; y el caso se refiere al filósofo Jenofonte, que de la escuela de Sócrates marchó al Asia, en la expedición de Ciro el menor contra el rey Artajerjes. Este Jenofonte era por entonces muy joven, y nunca había visto las guerras; ni tenía tampoco mando alguno en el ejército, sino que iba como mero voluntario, por el amor y la compañía de su amigo Proxeno. Se hallaba presente cuando Falino trajo mensaje del gran rey a los griegos, tras ser muerto Ciro en el campo de batalla, y quedar ellos reducidos a un puñado de hombres desamparados en medio de los territorios del rey, separados de su país por muchos ríos navegables y muchos cientos de millas. El mensaje indicaba que debían rendir las armas y someterse a la misericordia del rey. Antes de dar respuesta, varios del ejército lo discutieron familiarmente con Falino, y entre los demás Jenofonte acertó a decir: *Falino, ya no nos quedan más que dos cosas, nuestras armas y nuestro ánimo; y, si rendimos las armas, ¿cómo emplearemos el ánimo?* Y Falino, sonriéndole, le dijo: *Si no me engaño sois ateniense, joven caballero; y creo que estudiais filosofía, y es bonito lo que decís; pero estais muy errado si pensais que vuestro ánimo puede resistir al poder del rey*[132]. Aquí estuvo el menosprecio; la admira-

---

130 Plutarco, *Julio César,* XXXV.

131 Suetonio, *Julio César,* LXXVII.

132 Jenofonte, *Anábasis,* II, I, 12. La crítica moderna atribuye la respuesta a Teopompo.

ción vino después, cuando aquel joven estudioso o filósofo, luego de ser asesinados todos los capitanes a traición cuando estaban en parlamento, condujo a pie a los diez mil y atravesando todas las tierras altas del rey los llevó ilesos desde Babilonia hasta Grecia, a pesar de todas las fuerzas del rey, para asombro del mundo y aliento de los griegos de épocas posteriores, a acometer la invasión del reino de Persia, como después fue proyectado por Jasón el tesalio, intentado por Agesilao el espartano y logrado por Alejandro el macedonio, todos basándose en la acción de aquel joven estudioso.

VIII.1. Pasando ahora de la virtud imperial y militar a la virtud moral y privada, en primer lugar diremos ser verdad cierta la que se contiene en los versos:

Scilicet ingenuas didicisse fideliter artes
Emollit mores, nec sinit esse feros[133].

Quita de los espíritus el salvajismo, la barbarie y la fiereza; pero en realidad el acento debiera ponerse en *fideliter,* pues el saber escaso y superficial más bien obra el efecto contrario. Quita toda ligereza, temeridad e insolencia, mediante la sugestión abundante de dudas y dificultades de toda clase, y acostumbrando al espíritu a sopesar las razones de uno y otro lado, y a rehusar los primeros ofrecimientos e imaginaciones de la mente, y a no aceptar nada que no esté examinado y probado. Quita la vana admiración de cualquier cosa, que es la raíz de toda debilidad. Pues todas las cosas admiradas lo son, o bien porque son nuevas, o bien porque son grandes. Cuanto a la novedad, nadie que se haya adentrado a fondo en el saber o en la contemplación dejará de hallar grabado en su corazón *Nil novi super terram*[134]; ni puede maravillarse ante los títeres nadie que pase detrás de la cortina y se aperciba del movimiento. Y en cuanto a la magnitud, lo mismo que Alejandro Magno, ya habituado a los grandes ejércitos y a las grandes conquistas de espaciosas provincias en el Asia, cuando recibió cartas de Grecia acerca de algunos combates y operaciones que allí habían tenido, y que a lo sumo se referían a un paso o fuerte o ciudad amurallada, dijo que le parecía que le informaban de las batallas de las ranas contra los ratones, que relataban las antiguas consejas[135]; así indudablemente si se medita mucho acerca de la fábrica universal de la naturaleza, la tierra y los hom-

[133] Ciertamente, el estudio fiel de las artes liberales suaviza y humaniza la conducta. Ovidio, *Ex Ponto,* II, IX, 47-48.
[134] No hay nada nuevo sobre la tierra. Ecl. 1, 9.
[135] Plutarco, *Agesilao,* XV.

bres que hay sobre ella (exceptuada la divinidad de las almas) no parecerán mucho más que un hormiguero, donde unas hormigas llevan grano, y otras llevan sus crías, y otras van de vacío, y todas se afanan de acá para allá sobre un montículo de polvo. Quita o mitiga el miedo a la muerte o a la fortuna adversa, que es uno de los mayores impedimentos puestos a la virtud y flaquezas de la conducta. Pues si uno tiene su espíritu bien curtido en la consideración de la mortalidad y naturaleza corruptible de las cosas, fácilmente concordará con Epicteto, que salió un día y vio a una mujer llorando por su cántaro de barro que se le había roto, y salió al día siguiente y vio a una mujer llorando por su hijo que había muerto, y ante ello dijo: *Heri vidi fragilem frangi, hodię vidi mortalem mori* [136]. Y por eso Virgilio de manera excelente y profunda puso juntos el conocimiento de las causas y la conquista de todos los temores, como *concomitantia:*

Felix qui potuit rerum cognoscere causas,
Quique metus omnes et inexorabile fatum
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avari [137].

2. Sería demasiado largo recorrer los remedios particulares que el saber administra a todas las enfermedades de la mente, ora purgando los malos humores, ora abriendo las obstrucciones, ora ayudando a la digestión, ora aumentando el apetito, ora sanando sus heridas y ulceraciones, etcétera; así pues, concluiré con aquello que tiene *rationem totius,* que es que predispone la constitución mental a no fijarse o asentarse en sus defectos, sino a ser siempre capaz y susceptible de crecimiento y mejora. Pues el hombre inculto no conoce lo que es adentrarse en uno mismo o llamarse a uno mismo a cuentas, ni el placer de esa *suavissima vita, indies sentire se fieri meliorem* [138]. Las buenas cualidades que tenga, aprenderá a mostrarlas al máximo y a usarlas diestramente, pero no mucho a acrecentarlas; los defectos que tenga, aprenderá a ocultarlos y disfrazarlos, pero no mucho a enmendarlos; como el mal segador, que todo el tiempo siega y nunca afila la guadaña; mientras que en el hombre culto no sucede tal

---

[136] Ayer vi romperse lo frágil, hoy he visto morir lo mortal.

[137] Dichoso el que ha llegado a conocer las causas de las cosas, y ha puesto bajo sus plantas todo temor, el hado inexorable y el fragor del hambriento Aqueronte. *Geórgicas,* II, 490-492.

[138] Dulcísima vida la de aquel que de día en día siente que se va haciendo mejor. No parece que esta frase se encuentre en ningún autor latino; la idea está en Dante, *Divina Comedia,* Paraíso, XVIII, 58-60, y se remonta a Jenofonte, que la pone en boca de Sócrates (*Memorabilia,* I, VI, 9).

cosa, sino que siempre entremezcla la corrección y enmienda de su espíritu con el uso y empleo del mismo. Aún más, en general y resumiendo, lo cierto es que *veritas* y *bonitas* no difieren entre sí más que el sello y la impresión: pues la verdad imprime bondad, y son las nubes del error las que descienden en las tempestades de las pasiones y perturbaciones.

3. De la virtud moral pasemos al tema del poder y el mando, y pensemos si, rectamente considerado, lo hay que se pueda comparar con aquel con que el conocimiento inviste y corona la naturaleza humana. Vemos que la dignidad del dominio es conforme a la dignidad de lo dominado: tener dominio sobre bestias, como tienen los pastores, es cosa desdeñable; tenerlo sobre niños, como tienen los maestros, es cosa de poco lustre; tenerlo sobre galeotes es más oprobio que honor. Ni es mucho mejor el dominio de los tiranos, sobre gentes que han renunciado a la grandeza de ánimo; y por eso se ha pensado siempre que los cargos tuvieran más dulzura en las monarquías y repúblicas que en las tiranías, porque entonces el dominio se extiende más sobre las voluntades de los hombres, y no solamente sobre sus acciones y servicios. Y por eso cuando Virgilio se adelanta a atribuir a César Augusto el mayor de los honores humanos, lo hace con estas palabras:

victorque volentes
Per populos dat jura, viamque affectat Olympo[139].

Sin embargo, el dominio que otorga el conocimiento es aún más alto que el dominio sobre la voluntad: porque es un dominio sobre la razón, la fe y el entendimiento del hombre, que son la parte más elevada del espíritu, y que a la propia voluntad dan ley. Pues no hay poder sobre la tierra que instale un trono o sillón de estado en los espíritus y almas de los hombres, y en sus cogitaciones, imaginaciones, opiniones y creencias, si no es el del conocimiento y el saber. Y de ahí el detestable y extremado goce que embriaga a los heresiarcas, falsos profetas e impostores, cuando descubren tener potestad sobre la fe y conciencia de los hombres: tan grande que, con que una vez lo hayan probado, raramente se verá que tortura o persecución alguna pueda inducirlos a renunciar a él o abandonarlo. Mas, así como esto es lo que el autor del Apocalipsis llama el abismo o sima de Satanás[140], así por argumento de contrarios la justa y legítima sobe-

---

[139] Como vencedor da ley a las naciones obedientes, y busca el camino del cielo. *Geórgicas,* IV, 561-562.
[140] Ap. 2, 24.

ranía sobre el entendimiento humano, fundada en la fuerza de la verdad rectamente interpretada, es lo que más se asemeja a la potestad divina.

4. En cuanto a fortuna y medro, la beneficencia del saber no es tan limitada que sólo dé fortuna a los estados y repúblicas, sino que la da también a las personas particulares. Pues bien se señaló hace mucho tiempo que Homero ha dado sustento a más hombres que Sila o César o Augusto, a pesar de sus dádivas y donaciones y repartos de tierras a tantas legiones. Y a fe que es difícil decir si son las armas o el saber lo que ha hecho medrar a más. Y en el caso de la soberanía, vemos que si las armas o el linaje se han llevado el reino, en cambio es el saber el que se ha llevado el sacerdocio, que siempre ha mantenido cierta rivalidad con el imperio.

5. Asimismo, por lo que respecta al placer y deleite que dan el conocimiento y el saber, diremos que aventaja con mucho a todos los demás naturales: pues si los placeres de los afectos superan en tanto a los de los sentidos, cuanto la consecución del deseo o de la victoria supera a una canción o una comida, ¿no deberán en consecuencia los placeres del intelecto o entendimiento superar a los de los afectos? Vemos que en todos los demás placeres hay hartazgo, y que después de gustados pierden su lozanía: lo cual bien demuestra que no son placeres, sino simulacros de placer, y que era la novedad lo que gustaba, no la calidad. De ahí que veamos a los hombres voluptuosos meterse frailes, y a los príncipes ambiciosos tornarse melancólicos. Pero del conocimiento no hay hartazgo, sino que la satisfacción y el apetito de él perpetuamente se van alternando, y por eso parece ser bueno en sí mismo, sin falacia ni accidente. Tampoco es pequeño el efecto y contento que da a la mente humana ese placer que Lucrecio describe elegantemente,

Suave mari magno, turbantibus aequora ventis, etcétera: *es hermoso estar o caminar sobre la orilla, y ver en el mar un navío zarandeado por la tempestad; o estar en un torreón fortificado, y ver cómo en el llano se entra en batalla. Pero nada se puede comparar con el placer de tener el espíritu compuesto, asentado y fortificado en la certeza de la verdad, y desde allí distinguir y contemplar los errores, las perturbaciones, los afanes y los extravíos de los demás*[141].

6. Finalmente, dejando los argumentos vulgares, como que mediante el saber el hombre aventaja al hombre en aquello en que el hombre aventaja a las bestias, que mediante el saber el hombre asciende a los cielos y sus movimientos, como corporalmente no pue-

---

141 *De rerum natura,* II, 1-10. En su ensayo *Sobre la verdad,* Bacon corrige la idea, señalando que esa mirada debe ser de misericordia y no de orgullo.

de hacer, etcétera, concluyamos con la dignidad y excelencia del conocimiento y el saber en aquello a que más aspira la naturaleza humana, que es la inmortalidad y la pervivencia: pues a eso tiende la generación, y la formación de linajes y familias; a eso tienden los edificios, fundaciones y monumentos; a eso tiende el deseo de memoria, fama y celebridad, y de hecho la suma de todos los demás deseos humanos. Vemos, así, hasta qué punto los monumentos del ingenio y del saber son más duraderos que los monumentos del poder o de las manos. Pues ¿no se han conservado los versos de Homero dos mil quinientos años o más, sin mengua de una sílaba o letra, cayendo en ruinas o siendo demolidos entretanto incontables palacios, templos, castillos, ciudades? No es posible tener efigies o estatuas de Ciro, Alejandro, César, ni de los reyes o altos personajes de épocas mucho más recientes: porque los originales no permanecen, y a las copias por fuerza ha de faltarles vida y verdad. Pero las imágenes de las inteligencias y del conocimiento humano quedan en los libros, sustraídas a los estragos del tiempo y capaces de perpetua renovación. Como que ni siquiera es apropiado llamarlas imágenes, porque no cesan de engendrar y esparcir su semilla en las mentes de otros, provocando y causando infinitas acciones y opiniones en las épocas sucesivas. De suerte que, si tan noble se creyó la invención de la nave, que transporta riquezas y artículos de un lugar a otro, y en la participación de sus frutos asocia entre sí las regiones más remotas, ¿cuánto más habrá que ensalzar las letras, que a la manera de naves cruzan los vastos mares del tiempo, y hacen que épocas tan distantes participen las unas de la sabiduría, las luces y las invenciones de las otras? Más aún, vemos que algunos de los filósofos menos religiosos y más inmersos en los sentidos, y que en general negaron la inmortalidad del alma, empero llegaron a esta conclusión, que cualesquiera movimientos que el espíritu del hombre pudiera realizar y ejecutar sin los órganos corporales, ésos pensaban que podrían permanecer después de la muerte; que son únicamente los del entendimiento, no los del afecto: tan inmortal e incorruptible les parecía el conocimiento. Mas nosotros, que por revelación divina sabemos que no sólo el entendimiento, sino los afectos purificados, no sólo el espíritu, sino el cuerpo modificado, han de ser elevados a la inmortalidad, desdeñamos estos rudimentos de los sentidos. No obstante, ha de recordarse a propósito de este último punto, y en otros lugares si ello fuere menester, que en la demostración de la dignidad del conocimiento o saber separé desde el comienzo el testimonio divino del humano, y tal es el método que he seguido, por ende, tratando los dos aparte.

7. No pretendo, sin embargo, y sé que sería imposible por más alegatos que presentase en favor del mío, invertir el juicio del gallo de Esopo, que prefirió el grano de cebada a la piedra preciosa; o de Midas, que llamado a escoger entre Apolo, presidente de las musas, y Pan, dios de los rebaños, escogió la opulencia; o de Paris, que prefirió la belleza y el amor a la sabiduría y el poder; o de Agripina, *Occidat matrem, modo imperet*[142], que optó por el imperio aun con la condición más detestable; o de Ulises, *qui vetulam praetulit immortalitati*[143], y que es figura de aquellos que a cualquier excelencia anteponen la costumbre y el hábito, ni muchísimos otros juicios populares semejantes a éstos. Pues estas cosas vienen siendo así, y así seguirán; pero también seguirá aquello en que el saber se ha apoyado siempre, y que no falla: *Justificata est sapientia a filiis suis*[144].

142 Que mate a su madre, si con eso ha de reinar. Tácito, *Anales*, XIV, 9; dicho por Agripina de su hijo Nerón, a propósito de las predicciones de algunos astrólogos.

143 Que prefirió a su anciana (esposa) antes que la inmortalidad. Véase Cicerón, *De oratore*, I, XLIV (196), donde es Itaca lo que Ulises prefiere.

144 La sabiduría se justifica por sus hijos. Mt. 11, 19.

LIBRO SEGUNDO DE FRANCIS BACON SOBRE EL AVANCE Y PROGRESO DEL SABER DIVINO Y HUMANO

Al Rey

1. Podría parecer más apropiado, aunque a menudo acontezca de otro modo, oh Rey excelente, que quienes han sido fructíferos en el engendrar, y en sus descendientes tienen la previsión de su inmortalidad, fueran también los más cuidadosos del buen estado de los tiempos futuros, a los cuales saben que han de transmitir y confiar sus más queridas prendas. La reina Isabel fue transeúnte en el mundo si se atiende a su vida célibe, y una bendición para sus tiempos; empero, la impresión de su buen gobierno, unida a su feliz memoria, no carece de cierto efecto que la sobrevive. Mas a Vuestra Majestad, a quien Dios ha bendecido ya con tanta regia prole, digna de sucederos y representaros para siempre, y cuyo juvenil y fértil tálamo promete aún muchos renuevos semejantes, cumple y corresponde ser perito no sólo en las partes transitorias del buen gobierno, sino también en aquellas empresas que por su naturaleza son permanentes y perpetuas. Entre las cuales (si el afecto no me ofusca) ninguna hay más digna que el continuo enriquecimiento del mundo con conocimientos rectos y provechosos: pues ¿qué razón hay para que unos cuantos autores prestigiosos se alcen a modo de columnas de Hércules, más allá de las cuales no se pueda viajar y descubrir, cuando en Vuestra Majestad tenemos una estrella tan luminosa y benigna para guiarnos y darnos fortuna? Volviendo, pues, a donde nos quedamos, resta considerar de qué índole sean esas empresas que han

sido acometidas y ejecutadas por reyes y otros para el acrecentamiento y progreso del saber, de las cuales me propongo hablar activamente, sin digresión ni amplificación.

2. Sentemos, pues, esta base, que la dificultad de toda obra puede ser superada por la amplitud de la recompensa, por la rectitud de la dirección y por la conjunción de los esfuerzos. Lo primero multiplica el afán, lo segundo evita el error y lo tercero compensa la debilidad humana. Pero lo principal es la dirección, pues *Claudus in via antevertit cursorem extra viam* [145], y Salomón lo formula de manera excelente: *Si el hierro no está afilado, requiere mayor fuerza; pero es la sabiduría lo que prevalece* [146]; con lo cual quiere decir que el hallazgo o elección del instrumento es más efectivo que cualquier refuerzo o acumulación de afanes. Si digo esto es porque, sin menoscabo de la noble intención de cuantos han servido al estado del saber, observo, sin embargo, que sus obras y acciones han buscado más la magnificencia y la memoria que el avance y el adelanto, y han tendido más a incrementar la masa del saber en la multitud de los doctos que a rectificar o elevar las ciencias mismas.

3. Las obras o acciones de mérito concernientes al saber se refieren a tres objetos: los lugares de erudición, los libros de erudición y las personas de los doctos. Pues lo mismo que el agua, ya sea rocío del cielo o brote de los manantiales de la tierra, se dispersa y pierde en el suelo si no se la recoge en algún receptáculo donde por unión pueda acomodarse y mantenerse, y con ese fin la industria humana ha diseñado y construido fuentes, conductos, cisternas y estanques, que asimismo ha sido costumbre hermosear y adornar con fábricas magníficas y majestuosas, a la vez que útiles y necesarias; así este excelente licor que es el conocimiento, ya sea que descienda de la divina inspiración o brote del sentido humano, pronto perecería y se desvanecería en el olvido si no fuera conservado en libros, comunicaciones, lecciones y lugares destinados a esa finalidad, tales como universidades, colegios y escuelas, donde se le recibe y se le da acomodo.

4. Las obras relativas a las sedes y lugares de erudición son cuatro: instituciones y edificios, fundaciones con rentas, fundaciones con franquicias y privilegios, disposiciones y ordenanzas de gobierno; todas ellas tendentes a lograr el sosiego y el recogimiento, y la ausencia de cuidados y preocupaciones, en lugares que han de ser muy semejantes a los que Virgilio prescribe para colocar las colmenas:

---

145 El cojo que va por el camino adelanta al corredor que va por fuera de él.

146 Ecl 10, 10.

Principio sedes apibus statioque petenda,
Quo neque sit ventis aditus[147], etcétera.

5. Las obras tocantes a los libros son dos: en primer lugar, bibliotecas, que son como los santuarios donde se conservan y reposan todas las reliquias de los santos antiguos, llenas de virtud verdadera y sin engaño ni impostura; en segundo lugar, las nuevas ediciones de autores, con impresiones más correctas, traducciones más fieles, glosas más provechosas, anotaciones más diligentes, etc.

6. Las obras concernientes a las personas de los doctos (además de favorecerlos y apoyarlos en general) son dos: la retribución y nombramiento de profesores de las ciencias ya existentes y formadas, y la retribución y nombramiento de autores e investigadores de todas las partes del saber insuficientemente trabajadas y cultivadas.

7. Estas son, brevemente enumeradas, las obras y acciones en que han sobresalido muchos grandes príncipes y otros personajes eminentes. En cuanto a hacer conmemoración de algunos en particular, recuerdo lo que dijo Cicerón al dar las gracias en general: *Difficile non aliquem, ingratum quemquam praeterire*[148]. Mejor haremos, como dicen las Escrituras, en mirar la parte del camino que aún tenemos por delante, que en volver la vista a lo ya recorrido[149].

8. En primer lugar, pues, diré que entre tantas grandes instituciones de enseñanza como hay en Europa, paréceme extraño que todas estén dedicadas a las profesiones, y ninguna tenga libertad para tratar de las artes y ciencias en general. Pues quien juzgue que el saber debe aplicarse a la acción, juzga bien; pero en esto se cae en el error descrito en la antigua fábula[150], en que las restantes partes del cuerpo suponían que el estómago estuviera ocioso, porque no desempeñaba funciones de movimiento, como hacen los miembros, ni de sensación, como hace la cabeza; y sin embargo es el estómago el que digiere y distribuye para todas las demás. Así, el que piense que la filosofía y el saber de lo universal son estudios ociosos, es que no tiene en cuenta que todas las profesiones se sirven y surten de ellos. Y en esto me parece ver una causa de peso que ha obstaculizado el avance del saber, porque estos conocimientos fundamentales no se han estudiado sino de pasada. Mas, si se quiere que un árbol dé más fruto que el que suele, no es lo que se haga a las

---

147 En primer lugar, busca para tus abejas un lugar fijo, al abrigo de los vientos. *Geórgicas,* IV, 8-9.

148 Sería difícil no omitir a alguno, y omitirle sería ingratitud. *Post reditum in senatu,* XII, 30.

149 Flp. 3, 13.

150 Tito Livio, *Décadas,* II, 32.

ramas, sino el remover la tierra y poner mantillo nuevo alrededor de las raíces lo que lo logrará. Ni hay que olvidar tampoco que esta dedicación de las instituciones y dotaciones al saber profesoral no sólo ha tenido un aspecto e influencia malignos sobre el crecimiento de las ciencias, sino que además ha sido perjudicial para los estados y gobiernos. Pues de aquí procede el que los príncipes hallen escasez de hombres capacitados para servirles en los asuntos de estado, porque no hay en los colegios una educación liberal, con la cual los que tuvieren esta inclinación pudieran consagrarse a las historias, las lenguas modernas, los libros de política y temas civiles, y otras cosas semejantes que les facultaran para el servicio del estado.

9. Y puesto que los fundadores de colegios plantan y los fundadores de cursos de lecciones riegan, es conforme al orden que hablemos del defecto que hay en las lecciones públicas, a saber, la pequeñez y ruindad del salario o retribución que en la mayoría de los sitios les está asignada, ya sean lecciones de artes o de profesiones. Pues para el avance de las ciencias es necesario que los profesores sean escogidos entre los hombres más capaces y eficientes, como corresponde a quienes tienen encomendado, no un uso transitorio de ellas, sino su engendramiento y propagación. Lo dicho no será posible si su condición y remuneración no son tales que puedan persuadir al más capacitado a consagrar todo su afán y permanecer toda su vida en esa función y cometido; y por lo tanto ha de guardar proporción con la medianía o posibilidad de mejora que cabe esperar de una profesión o de la práctica de una profesión. De suerte que, si se quiere que las ciencias florezcan, hay que observar la ley militar de David, que era que los que permanecían en los carros tuvieran la misma parte que los que entraban en combate [151], pues de otro modo los carros serían mal atendidos. Así, los profesores de las ciencias son, efectivamente, los guardianes de las reservas y provisiones de ciencia de que se surten los hombres de acción, y por consiguiente deberían tener iguales ganancias que éstos; de lo contrario, si los que son padres en las ciencias son de la clase más débil o están mal mantenidos,

Et patrum invalidi referent jejunia nati [152].

10. Otro defecto noto, a propósito del cual necesitaría el auxilio de uno de esos alquimistas que instan a los hombres a vender sus libros y hacerse hornos: a dejar y repudiar a Minerva y las musas

[151] 1 Sam. 30, 24.

[152] Y en la débil progenie se reflejará el ayuno de sus padres. Virgilio, *Geórgicas,* III, 128.

como vírgenes estériles, y confiar en Vulcano. Mas es cierto que para el estudio profundo, fructífero y operativo de muchas ciencias, y en especial de la filosofía natural y la medicina, los libros no son los únicos instrumentos; y en esto no ha faltado totalmente la providencia humana, pues vemos que junto a los libros se han suministrado esferas, globos, astrolabios, mapas, etc., como aparatos necesarios para la astronomía y la cosmografía; vemos asimismo que algunos lugares destinados al estudio de la medicina tienen huertos anexos con toda clase de simples, y disponen también de cadáveres para las disecciones. Pero esto se hace con pocas cosas. En general, difícilmente habrá adelanto importante en el desvelamiento de la naturaleza si no se asignan fondos para gastos de experimentación, ya se trate de experimentos de Vulcano o de Dédalo, de horno o de máquina, o de cualquier otra especie; por lo tanto, así como los secretarios y espías de los príncipes y estados presentan facturas por los servicios de inteligencia, así habrá que contar con que los espías e informadores de la naturaleza presenten las suyas, o de lo contrario se estará mal informado.

11. Y si Alejandro asignó a Aristóteles tan liberales tesoros para pagar a cazadores, pajareros, pescadores, etc., a fin de compilar una historia de la naturaleza [153], mucho más los merecen los que laboran en las artes de la naturaleza.

12. Otro defecto que observo es una negligencia y descuido, en las consultas de los rectores de las universidades, y en las inspecciones de los príncipes o superiores, de tomar en consideración y examinar si las lecciones, ejercicios y otras cosas habitualmente asociadas al saber, iniciadas en tiempos antiguos y desde entonces mantenidas, están bien instituidas o no, y sobre eso fundamentar una enmienda o reforma de aquello que parezca inadecuado. Pues una de las máximas más sabias y principescas de Vuestra Majestad es ésa de que *en todos los usos y precedentes se examinen los tiempos en que se iniciaron; pues si se hallare que fueron débiles o ignorantes, ello menoscaba la autoridad del uso, y lo hace sospechoso.* Por lo mismo, siendo así que casi todos los usos y ordenanzas de las universidades proceden de épocas más oscuras, tanto más necesario resulta reexaminarlos. Acerca de esto señalaré, por poner algún ejemplo, un par de cosas de las más evidentes y sabidas. Una es una costumbre que, aunque antigua y general, me parece equivocada: que es que los estudiantes de las universidades acceden demasiado pronto y demasiado inmaduros a la lógica y la retórica, artes más propias de graduados que de niños y novicios. Pues, si bien se mira, son estas dos las más

[153] Plinio, *Historia natural,* VIII, 17.

graves de las ciencias, siendo artes de artes, la una para el juicio y la otra para el ordenamiento; y son las reglas y direcciones acerca de cómo exponer y disponer la materia; y, por consiguiente, el que mentes vacías y ayunas de materia, y que no han recogido lo que Cicerón llama *silva* y *supellex*[154], contenido y variedad, empiecen por esas artes (como si se hubiera de aprender a pesar, medir o pintar el viento), no tiene otro efecto que el de que la sabiduría que encierran, que es grande y universal, caiga casi en objeto de ridículo, y degenere en pueril sofistería y afectación ridícula. Y aún más, su aprendizaje inoportuno ha traído como consecuencia la enseñanza y escritura de ellas superficial e improvechosa, como corresponde a la capacidad de los niños. Otra cosa es una falta que hallo en los ejercicios empleados en las universidades, que hacen demasiado divorcio entre la invención y la memoria: pues sus discursos son, o bien premeditados *in verbis conceptis,* donde no se deja nada a la invención, o bien *extemporáneos,* donde se deja poco a la memoria; mientras que en la vida y la acción lo que menos se usa es lo uno o lo otro, empleándose más bien combinaciones de premeditación e invención, notas y memoria. De suerte que en este caso el ejercicio no se ajusta a la práctica, ni la imagen a la vida; y siempre lo acertado en los ejercicios es componerlos tan próximos como se pueda a la práctica real, pues de otro modo pervierten los movimientos y facultades de la mente, y no los preparan. La verdad de lo que decimos se hace patente cuando los eruditos pasan a practicar las profesiones u otras actividades de la vida civil: pues cuando se ponen a ello pronto descubren esa carencia ellos mismos, y antes los demás. Mas esta parte, tocante a la enmienda de las disposiciones y ordenanzas de las universidades, la concluiré con esa cláusula de la carta de César a Oppio y Balbo: *Hoc quemadmodum fieri possit, nonnulla mihi in mentem veniunt, et multa reperiri possunt; de iis rebus rogo vos ut cogitationem suscipiatis*[155].

13. Otro defecto que observo toca a un nivel un poco más alto que el anterior. Pues así como el avance del saber depende en gran medida de las ordenanzas y régimen de las universidades dentro de los estados y reinos, así conocería aún mayor adelanto si hubiera más inteligencia mutua entre las universidades de Europa de la que ahora hay. Vemos que hay muchas órdenes y fundaciones que, aunque divididas entre diversas soberanías y territorios, procuran mantener entre sí una especie de contrato, fraternidad y correspon-

---

[154] En *De oratore,* III, 26 (103), y *Orator,* 24 (80), respectivamente.

[155] En cuanto a cómo se pueda hacer esto, a mí se me han ocurrido algunas ideas, y pueden encontrarse muchas más. Os ruego que reflexionéis un poco sobre el asunto. Cicerón, *Ad Atticum,* IX, 7c.

dencia mutua, hasta el punto de tener Provinciales y Generales. Y qué duda cabe de que, así como la naturaleza crea hermandad en las familias, y las artes mecánicas originan hermandades en las comunidades, y el ser ungidos por Dios instaura una hermandad entre los reyes y obispos, del mismo modo no puede dejar de haber una fraternidad en el saber y las luces, por relación con esa paternidad que se atribuye a Dios, a quien se llama padre de las iluminaciones o luces [156].

14. El último defecto que señalaré es que no ha habido, o ha habido muy raramente, designación pública de escritores o investigadores acerca de aquellas partes del conocimiento que pudieran parecer insuficientemente trabajadas o acometidas. A ello induciría el hacer un repaso y examen de qué partes del saber han sido cultivadas y qué otras omitidas, pues la presunción de riqueza es una de las causas de la pobreza, y la gran cantidad de libros más da idea de superfluidad que de carencia; exceso éste, sin embargo, que no ha de remediarse dejando de hacer libros, sino haciendo más libros buenos, que como la serpiente de Moisés puedan devorar a las serpientes de los hechiceros [157].

15. La eliminación de todos los defectos hasta aquí enumerados, salvo el último, y también la parte activa del último, que es la designación de escritores, son *opera basilica* [158], respecto a las cuales los afanes de un particular no pueden ser sino como imagen puesta en una encrucijada, que podrá señalar el camino, pero no andarlo. Mas la parte inductora de lo último, que es el pasar revista al saber, puede ser iniciada con medios privados. Por ello intentaré seguidamente hacer un repaso general y fiel del saber, examinando qué partes del mismo siguen estando vírgenes y desatendidas, y no mejoradas y transformadas por la industria humana, a fin de que ese esquema así trazado y registrado sirva a la vez para suministrar luz a toda designación pública, y para excitar los esfuerzos privados. A este respecto, no obstante, la intención que ahora me mueve es la de señalar únicamente las omisiones y deficiencias, sin hacer confutación alguna de los errores o los tratamientos incompletos: pues una cosa es declarar qué campo está sin cultivar, y otra corregir la mala labranza del cultivado.

Al proponerme y emprender semejante obra, no ignoro la magnitud de lo que pretendo e intento, ni soy insensible a mi propia debilidad para sostener mi propósito; mas tengo la esperanza de que,

---

156 Sant. 1, 17.
157 Ex. 7, 12. La serpiente era de Aarón, no de Moisés.
158 Obras de rey.

si mi amor extremado al saber me llevare demasiado lejos, me sea concedida la atenuante del afecto: pues *no es dado al hombre amar y ser prudente.* Bien sé que no puedo usar de otra libertad de juicio que la que deje a los demás, y por mi parte me será indiferente ejecutar yo mismo o aceptar de otro ese deber de humanidad que es *nam qui erranti comiter monstrat viam* [159], etc. Preveo asimismo que, de las cosas que apunte y registre como deficiencias y omisiones, muchos pensarán y objetarán que unas están ya hechas y existen, que otras no son sino curiosidades y cosas de poca utilidad, y otras demasiado difíciles y casi imposibles de abarcar y hacer. Sobre las dos primeras objeciones, a los particulares me remito. En cuanto a la última, tocante a la imposibilidad, sostengo que hay que considerar posible aquello que pueda ser hecho por alguno, aunque no por cualquiera; y que pueda ser hecho por muchos, aunque no por uno; y que pueda ser hecho en el transcurso del tiempo, aunque no dentro del espacio de la vida de uno solo; y que pueda ser hecho por designación pública, aunque no por esfuerzo privado. Con todo, si alguno prefiriese tomar para sí aquello de Salomón: *Dicit piger, leo est in via* [160], mejor que aquello de Virgilio: *Possunt quia posse videntur* [161], yo restaré satisfecho con que a mis trabajos no se conceda mayor estimación que a la mejor clase de deseos: pues así como es menester cierto conocimiento para hacer una pregunta que no sea inadecuada, así también se requiere cierto buen sentido para forjar un deseo que no sea absurdo.

I.1. Las partes del saber humano hacen referencia a las tres partes del entendimiento humano, que es la sede del saber: la historia a su memoria, la poesía a su imaginación y la filosofía a su razón. El saber divino se distribuye de igual modo, pues el espíritu del hombre es el mismo, aunque la revelación del oráculo y la del sentido sean diferentes; de suerte que la teología se compone también de historia de la Iglesia, parábolas, que son la poesía divina, y doctrina o preceptos sagrados. Pues, por lo que respecta a esa parte que parece haber de más, que es la profecía, no es otra cosa que historia divina, que respecto a la humana posee el privilegio de ser posible la narración no sólo después de los hechos, sino también antes de ellos.

2. La historia es natural, civil, eclesiástica y literaria; de las cuales las tres primeras las acepto como están, pero la cuarta me

---

159 El que enseña el camino al que va errado. Ennio, citado por Cicerón en *De officiis,* I, 16.
160 Dice el perezoso: «Hay un león en el camino». Prov. 26, 13.
161 Pueden porque creen poder. *Eneida,* V, 231.

parece deficiente. Pues nadie ha tomado sobre sí la tarea de describir y presentar el estado general del saber a través de las épocas, como han hecho muchos con las obras de la naturaleza y el estado civil y eclesiástico; sin lo cual paréceme ser la historia del mundo como la estatua de Polifemo con el ojo sacado, carente de aquella parte que mejor revela el espíritu y carácter del personaje. No ignoro, sin embargo, que en diversas ciencias particulares, como las de los jurisconsultos, matemáticos, retóricos, filósofos, hay escritos algunos breves memoriales de las escuelas, autores y libros, como también hay algunas relaciones improductivas acerca de la invención de artes o procedimientos. Pero una historia correcta del saber, donde se contengan las antigüedades y orígenes de los conocimientos, y sus sectas; sus invenciones, sus tradiciones; sus diferentes administraciones y cultivos; sus florecimientos, sus oposiciones, decadencias, disminuciones, olvidos, desapariciones, con las causas y ocasiones de los mismos, y todos los demás sucesos relacionados con el saber, a lo largo de las edades del mundo, eso puedo afirmar con certeza que no existe. La utilidad y finalidad de esta obra no estribarían tanto, a mi entender, en dar satisfacción a la curiosidad de los amantes del saber, cuanto en un propósito más serio y grave, que, dicho en pocas palabras, sería el hacer sabios a los doctos en el uso y administración del saber. Pues las obras de San Agustín o de San Ambrosio no hacen tan sabio a un clérigo como la historia eclesiástica bien leída y meditada, y lo mismo sucede con el saber.

3. La historia de la naturaleza es de tres clases: de la naturaleza en su curso normal, de la naturaleza en sus errores o variaciones y de la naturaleza alterada o trabajada; esto es, historia de las creaturas, historia de las maravillas e historia de las artes. La primera existe sin duda, y bien hecha; las dos últimas han recibido un tratamiento tan débil e improductivo que me inclino a considerarlas deficientes. Pues no hallo una recopilación suficiente o competente de las obras de la naturaleza que se apartan y desvían del curso ordinario de las generaciones, producciones y movimientos, ya se trate de singularidades locales o regionales, o de productos extraños del tiempo y el azar, o de efectos de propiedades hasta ahora desconocidas, o de excepciones a tipos generales. Es verdad que hallo numerosos libros de experimentos y secretos fabulosos, y frívolas imposturas para agradar y llamar la atención; pero una colección sustanciosa y rigurosa de los heteróclitos o irregularidades de la naturaleza [162], bien examinadas y descritas, eso no lo encuentro, y menos acompañada de un repudio debido de las fábulas y errores populares;

[162] Cf. *Novum Organum,* I, 45 y II, 28.

pues, tal como están ahora las cosas, con que una vez llegue a arraigar una falsedad sobre las cosas naturales, entre el descuido del examen y la sumisión a la antigüedad, y el empleo de la opinión en símiles y ornamentos retóricos, jamás se la destierra.

4. La utilidad de semejante obra, honrada por un precedente en Aristóteles[163], no estaría en modo alguno en dar gusto al apetito de los espíritus curiosos y vanos, como hacen los actuales libros de maravillas, sino que vendría avalada por dos razones, ambas de mucho peso: una, la de corregir la parcialidad de los axiomas y opiniones, que por lo regular se fundan únicamente en ejemplos comunes y familiares; otra, porque partiendo de los prodigios de la naturaleza es como mejor se descubren los prodigios del arte y se accede a ellos; pues es siguiendo y, por así decirlo, acosando a la naturaleza en sus extravíos, como después se la puede reconducir al mismo sitio. Ni soy de la opinión de que de esta historia de las maravillas se deban excluir de plano las narraciones supersticiosas de hechizos, brujerías, sueños, adivinaciones y cosas semejantes, allí donde hay seguridad y demostración clara de los hechos. Pues todavía no se sabe en qué casos, y hasta qué punto, los efectos atribuidos a la superstición participan de causas naturales; y, por lo tanto, aunque se debe condenar la práctica de tales cosas, empero de su estudio y consideración puede obtenerse luz, no sólo para discernir lo que en ellas pueda haber de delictivo, sino para mejor desvelar la naturaleza. Ni se debe tener escrúpulo en adelantarse en estas cosas para la indagación de la verdad, como Vuestra Majestad ha demostrado con su propio ejemplo: pues con los dos claros ojos de la religión y la filosofía natural habéis dirigido miradas profundas y sabias a esas sombras, y aun así habéis acreditado poseer la naturaleza del sol, que atraviesa poluciones y él mismo sigue siendo tan puro como antes. Mas sí veo conveniente que estas narraciones que contienen mezcla de superstición sean puestas aparte, sin juntarlas con aquellas otras que sean entera y sinceramente naturales. Por lo que respecta a las narraciones de los prodigios y milagros de las religiones, o son falsas o se trata de hechos no naturales, y por lo tanto no son pertinentes a la historia de la naturaleza.

5. En cuanto a la historia de la naturaleza trabajada o mecánica, encuentro algunas recopilaciones de agricultura, y asimismo de artes manuales, pero generalmente con desprecio de los experimentos familiares y vulgares. Pues se tiene por una suerte de desdoro del saber el descender a investigar o meditar sobre cuestiones mecáni-

---

[163] El *De mirabilibus auscultationibus*; véase *supra*, nota 74.

cas, salvo que éstas se presenten como cosas recónditas, rarezas y sutilidades especiales. Esta arrogancia desdeñosa y vana es justamente ridiculizada por Platón, cuando presenta a Hipias, un sofista fanfarrón, en disputa con Sócrates, verdadero y sincero inquisidor de la verdad; y, siendo el tema el de la belleza, Sócrates, siguiendo su acostumbrado peregrinaje de inducciones, pone primero el ejemplo de una doncella hermosa, después el de un caballo hermoso y luego el de una vasija hermosa bien vidriada, ante lo cual Hipias se ofende y dice que, si no fuera descortesía, no querría él disputar con nadie que adujera ejemplos tan bajos y viles, a lo que Sócrates responde: *Tienes razón, y es algo que bien te cuadra, siendo como eres tan cuidadoso en el vestir,* etc., y continúa en tono irónico [164]. Pero lo cierto es que no son los ejemplos más elevados los que proporcionan información más segura, según se expresa bien en la tan conocida historia de aquel filósofo que por ir con la vista levantada a las estrellas se cayó al agua [165]; pues si hubiera mirado hacia abajo podría haber visto las estrellas en el agua, pero mirando hacia arriba no pudo ver el agua en las estrellas. Así acontece a menudo que las cosas modestas y pequeñas llevan a descubrir las grandes mejor que las grandes a descubrir las pequeñas: por eso Aristóteles hace bien en señalar que donde mejor se ve la naturaleza de cada cosa es en sus porciones más pequeñas, y por esa razón, cuando quiere investigar la naturaleza de una comunidad inquiere primero dentro de la familia, y en las conjugaciones simples de marido y mujer, padre e hijo, amo y criado, que hay en cualquier casa [166]; así también, la naturaleza de esta gran ciudad que es el mundo, y de su funcionamiento, hay que empezar por buscarla en las concordancias modestas y porciones pequeñas. Vemos así que ese secreto de la naturaleza por cuya virtud el hierro tocado con un imán se vuelve hacia el norte fue descubierto en agujas de hierro, no en barras.

6. Mas, si mi juicio tiene algún peso, se ha de admitir que el uso de la historia mecánica es de todos el más primario y fundamental para la filosofía natural: para una filosofía natural, esto es, que no se disipe en vapores de especulación sutil, sublime o delectable, sino que sea operativa para el enriquecimiento y beneficio de la vida humana; pues no sólo suministrará y sugerirá para el presente muchas prácticas ingeniosas en todas las industrias, mediante la conexión y transferencia de las observaciones de un arte a la práctica de otro, una vez que las experiencias de diversos misterios sean so-

---

164 *Hipias Mayor,* 288 y 291.
165 Tales de Mileto, según Platón en el *Teeteto,* 174a.
166 En la *Política,* I, *passim.*

metidas a la consideración de una misma persona, sino que además dará una iluminación más verdadera y real acerca de las causas y axiomas que la que hasta ahora se ha alcanzado. Pues, lo mismo que no se llega a conocer bien la disposición de un hombre hasta que se le contraría, ni Proteo cambió de forma hasta que fue preso y atado [167], así tampoco pueden las alteraciones y variaciones naturales manifestarse tan plenamente en la libertad de la naturaleza como en las pruebas y forzamientos del arte [168].

II.1. En cuanto a la historia civil, es de tres clases, que no sería impropio comparar con las tres clases de pinturas o imágenes. Pues de las pinturas o imágenes vemos que unas están inacabadas, otras están completas y otras están deterioradas. También de las historias encontramos tres clases: memoriales, historias completas y antigüedades; pues los memoriales son historia inacabada, o los primeros o toscos borradores de ésta, y las antigüedades son historia deteriorada, o algunos restos de ella que por casualidad se han salvado del naufragio del tiempo.

2. Los memoriales o historia preparatoria son de dos tipos, de los cuales uno comprende lo que podríamos llamar comentarios, y el otro registros. Los comentarios son anotaciones de secuencias de sucesos y acciones desnudos, sin los motivos o intenciones, las decisiones, los discursos, los pretextos, las ocasiones y demás acompañantes de la acción; pues tal es la verdadera naturaleza del comentario, aunque César, con modestia entreverada de grandeza, tuviera gusto en dar ese nombre a la mejor historia del mundo. Los registros son recopilaciones de actuaciones públicas, tales como decretos de consejo, procedimientos judiciales, declaraciones y cartas de estado, discursos, etcétera, sin trabazón o seguimiento perfecto del hilo de la narración.

3. Las antigüedades o restos de historia son, como hemos dicho, *tanquam tabula naufragii* [169], cuando alguna persona industriosa, con diligencia y observación exacta y escrupulosa, a partir de los monumentos, nombres, palabras, proverbios, tradiciones, anotaciones y documentos privados, fragmentos de historias, pasajes de libros que no se refieren a la historia, y otras cosas semejantes, salva y rescata algo del diluvio del tiempo.

---

167 Cf. Virgilio, *Geórgicas*, IV, 387 y ss.

168 En el *De augmentis* se insertan aquí tres capítulos sobre la división de la historia natural, la división de la historia civil y la dignidad y dificultad de ésta.

169 Como maderos de un naufragio.

4. A estas clases de historias imperfectas no les atribuyo deficiencia alguna, pues que son *tanquam imperfecte mista*[170], y por consiguiente cualquier deficiencia que en ellas se encuentre no será sino propia de su naturaleza. En cuanto a esas corrupciones y polillas de la historia que son los epítomes, su uso merece ser desterrado, conforme han declarado todos los hombres de buen juicio, como cosas que han carcomido y corroído los cuerpos sanos de muchas historias excelentes, y las han reducido a heces viles e improvechosas.

5. La historia que podríamos llamar cabal y perfecta es de tres clases, según el objeto que expone o que se propone presentar: pues, o bien presenta una época, o una persona o un hecho. A lo primero lo llamamos crónicas, a lo segundo vidas y a lo tercero narraciones o relaciones. De estas clases de historia, aunque la primera sea la más completa y entera y la que goza de mayor estima y celebridad, empero la segunda la aventaja en provecho y utilidad, y la tercera en veracidad y fidelidad. Pues la historia de los tiempos presenta la magnitud de las acciones y la faz y comportamiento públicos de las personas, y pasa en silencio sobre los pasos y movimientos más modestos de los hombres y los asuntos. Mas, siendo la manera de obrar de Dios el colgar el mayor peso de los alambres más finos, *maxima e minimis suspendens,* sucede que esas historias retratan más la pompa del negocio que sus resortes interiores y verdaderos. En cambio, las vidas, si están bien escritas, al proponerse presentar a una persona en la que están mezcladas las acciones mayores y menores, públicas y privadas, por fuerza han de contener una representación más veraz, natural y animada. Del mismo modo, forzoso es que las narraciones y relaciones de hechos, como la guerra del Peloponeso, la expedición de Ciro el Joven, la conspiración de Catilina, sean más pura y exactamente veraces que las historias de épocas, porque en ellas se pueden escoger un tema que no sobrepase las noticias e información del autor, mientras que el que emprende la historia de una época, sobre todo si es un poco extensa, no podrá por menos de encontrarse con muchos vacíos y huecos que tendrá que llenar con conjeturas y con lo que le dicte su ingenio.

6. Por lo que respecta a la historia de épocas (me refiero a la historia civil), la providencia de Dios ha hecho la distribución: pues ha tenido a bien ordenar e ilustrar dos estados ejemplares del mundo en cuanto a armas, saber, virtud moral, política y leyes, que son el estado de Grecia y el estado de Roma; cuyas historias, ocu-

---

170 Cosas de composición imperfecta.

pando la parte media de los tiempos, dividen el resto en, antes de ellas, aquellas historias que con un solo nombre podríamos llamar antigüedades del mundo, y después de ellas, otras que asimismo podríamos designar con el nombre de historia moderna.

7. Pasemos ahora a hablar de las deficiencias. Cuanto a las antigüedades paganas del mundo, en vano es declararlas deficientes. Lo son, sin duda, estando compuestas en su mayor parte de fábulas y fragmentos; pero es ésa una deficiencia que no se puede remediar, porque la Antigüedad es como el rumor, que *caput inter nubila condit*[171], su cabeza está oculta a nuestra vista. Por lo que respecta a la historia de los estados ejemplares, la hay bien hecha. No por ello dejo de desear que hubiera una sola narración perfecta de la historia de Grecia desde Teseo hasta Filopemen (en cuya época los asuntos de Grecia quedaron ahogados y extintos por los asuntos de Roma), y de Roma desde Rómulo hasta Justiniano, de quien legítimamente se puede decir que fue *ultimus Romanorum*. En esas secuencias históricas, los textos de Tucídides y Jenofonte en la primera, y de Livio, Polibio, Salustio, César, Apiano, Tácito y Herodiano en la segunda, habrían de conservarse íntegros sin abreviación alguna, siendo únicamente complementados y continuados. Pero es ésta una cuestión de liberalidad, más para recomendada que para exigida; y hablamos ahora de partes del saber complementarias, no extraordinarias.

8. Ahora bien, por lo que respecta a las historias modernas, de las cuales hay unas pocas muy estimables, pero la mayoría no llegan siquiera a medianas, y dejando el cuidado de las extranjeras a los estados extranjeros, porque no quiero ser *curiosus in aliena republica*[172], no puedo dejar de señalar a Vuestra Majestad la indignidad de la historia de Inglaterra en sus principales muestras, y la parcialidad y torcimiento de la de Escocia en el más reciente y copioso autor que he visto[173]; considerando que sería un honor para Vuestra Majestad y una empresa muy memorable si esta isla de Gran Bretaña, del mismo modo que ahora está unida en la monarquía para las edades venideras, así también lo estuviera en una sola historia para los tiempos pretéritos; a la manera de la historia sagrada, que va relatando juntas, como gemelas, las historias de las Diez Tribus y de las Dos Tribus. Y, por si pareciere que la amplitud de esta tarea pudiera mermar exactitud a su ejecución, hay en la historia de Inglaterra un

---

171 Oculta su cabeza entre las nubes. Virgilio, *Eneida,* IV, 177.

172 Curioso en república ajena. Cicerón, *De officiis,* I, 34.

173 Se refiere al humanista escocés George Buchanan (1506-1582), que fuera preceptor del propio Jacobo I y autor de una *Rerum Scoticarum historia.*

período excelente de mucha menor extensión en el tiempo, que es el que va desde la Unión de las Rosas hasta la Unión de los Reinos [174]; porción de tiempo en la que, a mi entender, ha habido las más inusitadas mudanzas que haya conocido una monarquía hereditaria en ese número de sucesiones. Pues se inicia con la obtención de una corona, por las armas y por derecho; una entrada por batalla, un establecimiento por matrimonio; y en consecuencia tiempos correspondientes, como las aguas tras una tempestad, llenas de oleaje e hinchazón, aunque sin llegar al extremo de un temporal, pero bien pasados gracias a la prudencia del piloto, que fue uno de los reyes más capaces [175]. Viene después el reinado de un rey cuyas acciones, mejor o peor ordenadas, estuvieron muy ligadas a los asuntos de Europa, equilibrándolos e inclinándolos de diversa manera, y en cuyo tiempo comenzó asimismo aquella gran alteración del estado eclesiástico, acción que pocas veces aparece en escena [176]. Luego, el reinado de un menor [177]; luego un intento de usurpación [178], aunque sólo quedó en *febris ephemera;* luego el reinado de una reina casada con un extranjero [179]; luego el de otra reina que vivió sola y célibe, y empero de gobierno tan viril, que tuvo mayor efecto e influencia sobre los estados extranjeros que cuanto de un modo u otro recibió de ellos [180]; y ahora, finalmente, este felicísimo y gloriosísimo suceso de que esta isla de Bretaña, dividida de todo el mundo [181], se haya unido en sí misma; y que aquel oráculo de reposo que fue dado a Eneas, *antiquam exquirite matrem* [182], se vea ejecutado y cumplido hoy en las naciones de Inglaterra y Escocia, que ahora aparecen reunidas bajo el antiguo nombre materno de Bretaña, poniendo punto final a toda inestabilidad y peregrinaje. De suerte que, así como acontece en los cuerpos pesados, que antes de fijarse y asentarse experimentan ciertas trepidaciones y vacilaciones, así parece que por la providencia de Dios esta monarquía, antes de quedar asentada en Vuestra Majes-

---

174 Desde la unión de las casas de Lancaster y York en la persona de Enrique VII hasta la unión personal de las monarquías de Escocia e Inglaterra en el propio Jacobo I.

175 Enrique VII.

176 Enrique VIII.

177 Eduardo VI, rey de 1547 a 1553, que recibió el trono a la edad de nueve años.

178 El intento del duque de Northumberland, John Dudley, de instalar en el trono, como sucesora de Eduardo VI, a lady Jane Grey, bisnieta de Enrique VII.

179 María I Tudor, reina de 1553 a 1558, casada con Felipe II de España.

180 Isabel I, reina de 1558 a 1603, que precedió a Jacobo I en el trono de Inglaterra.

181 Virgilio, *Eglogas,* I, 66.

182 Buscad a la madre antigua. Virgilio, *Eneida.* III, 96.

tad y sus descendientes (en los cuales espero haya quedado establecida para siempre), hubo de sufrir esos cambios y mundanzas a modo de preludio.

9. En cuanto a las vidas, encuentro extraño que esta época nuestra tenga en tan poca estima sus virtudes, que ya no sea frecuente escribirlas. Pues aunque no haya muchos príncipes soberanos o comandantes absolutos, y casi todos los estados estén convertidos en monarquías, no por eso deja de haber muchos personajes ilustres que merecen algo mejor que la noticia suelta o el elogio estéril. Pues aquí viene a propósito la invención de uno de los poetas recientes [183], y enriquece bien la antigua ficción: pues imagina éste que al extremo del hilo o tejido de la vida de cada uno había una medallita con el nombre de la persona, y que el Tiempo esperaba junto a las tijeras, y tan pronto como el hilo era cortado, tomaba las medallas y las llevaba al río Leteo [184]; y en torno a la orilla había muchos pájaros revoloteando, que cogían las medallas y las llevaban un rato en el pico, y luego las dejaban caer en el río: pero había allí unos pocos cisnes, que si cogían un nombre lo llevaban a un templo donde era consagrado. Y aunque muchos, más mortales por sus afectos que por sus cuerpos, al deseo de renombre y memoria lo tienen por mera vanidad e hinchazón,

Animi nil magnae laudis egentes [185],

opinión que brota de esa raíz de que *non prius laudes contempsimus, quam laudanda facere desivimus* [186]; empero ello no altera el juicio de Salomón, *Memoria justi cum laudibus, at impiorum nomen putrescet* [187]: la una florece, el otro se consume en inmediato olvido o se torna en hedor. Y por eso, en esa fórmula o añadido que de antaño viene siendo bien acogida y empleada, *Felicis memoriae, piae memoriae, bonae memoriae* [188], reconocemos aquello que dijo Cicerón, tomándolo de Demóstenes, de que *bona fama propria possessio defunctorum* [189]: posesión de la que no puedo dejar de señalar que

---

183 Ariosto, en su *Orlando furioso,* al final del canto XXXIV y comienzo del XXXV.

184 El río del olvido en la mitología griega.

185 Almas que no necesitan grandes alabanzas. Virgilio, *Eneida,* V, 751.

186 No despreciamos la alabanza sino cuando hemos dejado de hacer cosas laudables. Plinio el Joven, *Epístolas,* III, 91.

187 La memoria del justo es bendita, pero el nombre de los impíos se pudre. Prov. 10, 7.

184 De feliz, de pía, de buena memoria.

189 El buen nombre es lo único que poseen los difuntos. *Philippicae,* IX, V, 10.

en nuestros tiempos está muy descuidada, en lo cual hay una omisión [190].

10. En cuanto a las narraciones y relaciones de hechos particulares, también sería de desear que se hicieran con mayor diligencia, pues no hay acción grande que no tenga alguna buena pluma que la acompañe. Y aunque el escribir una buena historia es cosa que requiere talento poco común, como bien se ve por el escaso número de ellas que hay, empero si las particularidades de las acciones memorables fueran tolerablemente anotadas en su momento, con mayor razón cabría esperar la compilación de una historia de las épocas completa, cuando surgiera un autor capaz de hacerla: pues la compilación de tales relaciones sería como un semillero, en el cual se pudiera plantar un jardín hermoso y magnífico cuando de ello hubiera ocasión.

11. Aún hay otra modalidad de historia que hizo Cornelio Tácito, y que no hemos de olvidar, en especial si se acompaña de esa aplicación que él le dedicó, que son los anales y diarios, adjudicándose a los primeros los asuntos de estado, y a los segundos las acciones y sucesos de menor importancia. Pues, no aludiendo él si no de pasada a ciertos edificios magníficos, añade: *Cum ex dignitate populi Romani repertum sit, res illustres annalibus, talia diurnis urbis actis mandare* [191]. No sólo, pues, en lo civil, sino en lo contemplativo hay como un orden de precedencia. Y así como nada menoscaba más la dignidad de un estado que la confusión de grados, así también el entremezclar noticias de fastos, ceremonias o novedades con los asuntos de estado rebaja no poco la autoridad de una historia. El uso de diarios no se ha dado únicamente en la historia de épocas, sino también en la de personas, y de modo principal en la de acciones; pues los príncipes de los antiguos tiempos mandaban, como cuestión a la vez de honor y de política, que se llevasen diarios de lo que acontecía de día en día. Así, vemos que la crónica que fue leída ante Asuero [192], cuando no podía descansar, contenía, en efecto, noticias de sucesos, pero que habían tenido lugar en su propio tiempo, y muy poco antes; y en el diario de la casa de Alejandro quedaba registrado hasta el menor detalle, aun en lo referente a su persona y corte [193]; y todavía en las empresas memora-

---

190 Aquí se inserta en el *De augmentis* un breve capítulo sobre la división de las historias de épocas en universales y particulares.

191 Siempre se ha pensado que fuese lo más conforme con la dignidad del pueblo romano consignar en los anales sólo los acontecimientos importantes, dejando esta clase de cosas para las gacetas de la ciudad. *Anales*, XIII, 31.

192 Est. 6, 1-2.

193 Plutarco, *Quaestionum convivalium*, I, 6.

bles, tales como expediciones de guerra, navegaciones y otras semejantes, sigue establecida la costumbre de llevar diarios de lo que sucede en cada momento.

12. Tampoco puedo ignorar una forma de escrito que han hecho algunos hombres graves y prudentes, en la cual se contiene una historia suelta de aquellas acciones que les han parecido dignas de recuerdo, con comentarios políticos y observaciones acerca de las mismas, no incorporados a la historia, sino puestos por separado, y como cosa la más principal en su intención [194]. Esta historia meditada me parece más propio colocarla entre los libros de política, de los que luego hablaremos, que entre los de historia: pues el verdadero cometido de la historia es el presentar los acontecimientos mismos junto con las deliberaciones, y dejar las observaciones y conclusiones que de aquéllos se puedan extraer a la libertad y capacidad de juicio de cada cual. Pero las mezclas son cosas irregulares, que no es posible sujetar a definición.

13. Así también hay otra clase de historia muy mezclada, que es la historia de la cosmografía: pues se compone de historia natural, en lo tocante a las regiones mismas; de historia civil, en lo tocante a los asentamientos, formas de gobierno y costumbres de la población, y de matemática, en lo tocante a los climas y configuraciones celestes, parte ésta del saber que es la que en los últimos tiempos más ha progresado. Pues puede afirmarse legítimamente para honra de estos tiempos, y en virtuosa emulación de la Antigüedad, que en este gran edificio que es el mundo no se habían abierto ventanas hasta la época nuestra y de nuestros padres, ya que, aunque se tenía conocimiento de las antípodas,

Nosque ubi primus equis oriens afflavit anhelis,
Illic sera rubens accendit lumina Vesper [195],

podía ser por razonamiento, y no de hecho; y si por viaje, es cosa que sólo exige una travesía de la mitad del globo. Pero dar la vuelta a la tierra, como hacen los cuerpos celestes, no se hizo ni se intentó hasta estos últimos tiempos, y por eso éstos pueden con justicia poner en su divisa, no ya *Plus ultra* mejor que el antiguo *Non ultra,* e *Imitabile fulmen* [196] mejor que el antiguo *Non imitabile fulmen*:

---

194 Seguramente tendría aquí presentes Bacon los *Discorsi* de Maquiavelo, que conocía bien.

195 Y cuando sobre nosotros el sol naciente, con jadeantes corceles, envía su primer aliento, allí el bermejo Véspero enciende sus luces crepusculares. Virgilio, *Geórgicas,* I, 250-251.

196 Más allá; no más allá; imitable rayo.

Demens qui nimbos et non imitabile fulmen[197], etcétera,

sino también *Imitabile coelum*[198], habida cuenta de los muchos viajes memorables que, a la manera del cielo, se han hecho ya alrededor del globo terrestre.

14. Y este progreso de la navegación y los descubrimientos puede asimismo instaurar una esperanza del mayor progreso y aumento de todas las ciencias, porque parece como si Dios hubiera ordenado que fueran coetáneos, esto es, coincidentes en una misma época. Pues así el profeta Daniel, hablando de los últimos tiempos, anuncia: *Plurimi pertransibunt, et multiplex erit scientia*[199]; como si estuviera dispuesto que la apertura y transitabilidad del mundo y el incremento del conocimiento acontecieran en las mismas épocas, según vemos que ya se ha verificado en gran parte, no siendo muy inferior el saber de estos últimos tiempos a los dos períodos o revoluciones anteriores del mismo, uno el de los griegos y otro el de los romanos.

III.1. La historia eclesiástica tiene las mismas divisiones que la civil, pero además en lo que le es propio se puede dividir en historia de la Iglesia, con ese nombre genérico, historia de las profecías e historia de la providencia. La primera describe las vicisitudes de la Iglesia militante, ora esté en fluctuación, como el arca de Noé, o en movimiento, como el arca en el desierto, o en reposo, como el arca en el templo; esto es, el estado de la Iglesia en persecución, en camino y en paz. Esta parte en modo alguno debo calificarla de deficiente, pero sí querría que su calidad y fidelidad se correspondieran con su volumen y cantidad. Mas no me competen ahora las censuras, sino las omisiones.

2. La segunda, que es la historia de las profecías, se compone de dos cosas relacionadas entre sí, las profecías y su cumplimiento; así pues, la naturaleza de semejante obra debería ser tal que cada profecía de la Escritura se presentara acompañada del suceso que la cumplió, a lo largo de las edades del mundo, y ello tanto para mejor confirmar la fe como para iluminar mejor a la Iglesia en lo tocante a aquellas partes de las profecías que todavía no se han cumplido. No obstante, habría que respetar esa latitud que es propia y usual en las profecías divinas, que participan de la naturaleza de

---

197 Loco que (pretende imitar) a la tormenta y el rayo inimitable. Virgilio, *Eneida*, VI, 590.

198 Imitable cielo.

199 Muchos viajarán, y se multiplicará la ciencia. Dan. 12, 4.

su autor, para el cual mil años son como un día[200], y que por consiguiente no se cumplen puntualmente y de una vez, antes bien tienen un cumplimiento progresivo y germinante a lo largo de muchas épocas, por más que su culmen o plenitud pueda localizarse en una sola época determinada. Este es un trabajo que falta, pero que hay que hacer con prudencia, sobriedad y reverencia, o renunciar a hacerlo.

3. En la tercera, que es la historia de la providencia, se contiene esa excelente correspondencia que hay entre la voluntad revelada de Dios y su voluntad secreta; la cual, aunque sea tan oscura que en su mayor parte no resulte legible para el hombre natural, ni muchas veces para quienes la contemplan desde el tabernáculo, empero en algunas ocasiones place a Dios, para mejor fortalecernos y confutar a quienes viven en el mundo como sin Dios, escribirla con tal texto y letras mayúsculas que, como dice el profeta, *el que pasa corriendo la pueda leer*[201]: que las personas meramente sensuales, que apresuradas pasan de largo junto a los juicios de Dios y nunca desvían o fijan su pensamiento en ellos, aun así se vean obligadas en su tránsito y carrera a discernirlos. De esta clase son los sucesos y ejemplos notables de los juicios divinos, sus castigos, salvaciones y bendiciones. Y es ésta una tarea a la que muchos han aplicado sus esfuerzos, y que por lo tanto no puedo presentar como omitida.

4. Hay asimismo otras partes del saber que son apéndices de la historia. Pues toda la actividad exterior del hombre consiste en palabras y hechos, y de éstos la historia con propiedad acoge y retiene en la memoria los hechos, y las palabras en cuanto inducciones y pasos conducentes a ellos, de suerte que hay otros libros y escritos que son los apropiados para la custodia y recepción de las solas palabras, y éstas a su vez son de tres clases: oraciones, cartas y discursos breves o sentencias. Las oraciones son alegaciones, discursos de consejo, laudatorias, invectivas, apologías, reprensiones, oraciones de protocolo o ceremonia, etcétera. De cartas hay tanta variedad como de ocasiones: anuncios, consejos, instrucciones, proposiciones, peticiones, comendatorias, reprobatorias, explicativas, de cumplido, de placer, de trato y de todas las demás situaciones. Y las escritas por hombres prudentes son, a mi juicio, lo mejor de todas las declaraciones del hombre, pues son más naturales que las oraciones y discursos públicos, y más meditadas que la conversación o el habla directa. Del mismo modo, las cartas acerca de asun-

---

200 Sal. 90, 4 y 2 Pe. 3, 8.

201 Hab. 2, 2. El sentido del texto bíblico es «que se pueda leer de corrido».

tos escritas por quienes los rigen o están en el secreto de ellos son de todas las mejores informaciones para la historia, y para un lector diligente las mejores historias en sí. En cuanto a los apotegmas, es gran pérdida la de aquel libro de César, pues así como su historia y esas pocas cartas que de él tenemos y esos apotegmas que eran suyos superan en excelencia a los de todos los demás, así supongo que habría de ser en el caso de su compilación de apotegmas; pues por lo que respecta a las compilaciones que han hecho otros, o no tengo yo gusto para tales cuestiones o su selección no ha sido acertada. Pero sobre estas clases de escritos no voy a insistir, porque no tengo deficiencias que señalar al respecto.

5. Hasta aquí, pues, por lo que concierne a la historia, que es aquella parte del saber que corresponde a una de las celdas, domicilios u oficios de la mente humana, esto es, a la memoria.

IV.1. La poesía es una parte del saber casi siempre restringida en cuanto a la medida de las palabras, pero en todos los demás aspectos sumamente libre, y en verdad es cosa propia de la imaginación; la cual, no estando atada a las leyes de la materia, puede unir a su antojo lo que la naturaleza ha separado, y separar lo que la naturaleza ha unido, y de ese modo hacer matrimonios ilegales y divorcios de las cosas: *Pictoribus atque poetis*[202], etcétera. Se puede tomar en dos sentidos, según que se atienda a las palabras o al contenido. En el primer sentido no es sino una característica del estilo, y se incluye dentro de las artes retóricas, y no nos interesa de momento. En el segundo constituye, como hemos dicho, una de las partes principales del saber, y no es otra cosa que historia fingida, que puede ser compuesta lo mismo en prosa que en verso.

2. La utilidad de esta historia fingida ha consistido en dar alguna sombra de satisfacción a la mente humana en aquellos aspectos en que la naturaleza de las cosas se la niega; porque, siendo el mundo en proporción inferior al alma, al espíritu del hombre le cuadran una más amplia grandeza, una más perfecta bondad y una más completa variedad que las que cabe hallar en la naturaleza de las cosas. Por eso, porque los hechos o sucesos de la historia verdadera no tienen esa magnitud que sola satisface al espíritu del hombre, la poesía finge hechos y sucesos más grandes y heroicos; porque la historia verdadera presenta desenlaces y consecuencias de las acciones no demasiado conformes a lo que merecen la virtud y el vicio, la poesía los finge más justos en cuanto a retribución, y más acordes con la

---

202 Los pintores y los poetas (siempre han tenido igual licencia para aventurar lo que quisieran). Horacio. *Arte poética,* 9.

providencia revelada; porque la historia verdadera presenta acciones y sucesos más ordinarios y menos entreverados, la poesía les presta mayor rareza, y variaciones más inesperadas y alternantes. De suerte que la poesía sirve y contribuye a la grandeza de ánimo, a la moralidad y a la delectación. Y por eso se pensó siempre que tuviera en sí algo de divina, porque eleva y exalta el espíritu, al someter las apariencias de las cosas a los deseos de él, en tanto que la razón lo conforma y doblega a la naturaleza de las cosas. Y vemos asimismo que por esos señuelos y congruencias con la naturaleza y el gusto del hombre, unidos a la concordancia y consorcio que tiene con la música, la poesía ha gozado de aceptación y estima en tiempos rudos y regiones bárbaras, donde no había cabida para ningún otro saber.

3. La división de la poesía más conforme con su carácter propio (además de las que le son comunes con la historia, como crónicas fingidas, vidas fingidas, y con los apéndices de la historia, como epístolas fingidas, oraciones fingidas, etc.) es la que distingue entre poesía narrativa, poesía representativa [203] y poesía alusiva. La narrativa es una mera imitación de la historia, con las licencias que antes hemos recordado, y comúnmente escogiendo como tema las guerras y los amores, rara vez los asuntos de estado, y en ocasiones lo placentero o lo cómico. La representativa es como una historia visible, y es una imagen de las acciones como si éstas fueran presentes, lo mismo que la historia lo es de las acciones como en realidad son, esto es, pasadas. La alusiva o parabólica es una narrativa aplicada sólo a expresar algún propósito o idea particular. Esta última clase de sabiduría parabólica fue mucho más usada en los tiempos antiguos, como atestiguan las fábulas de Esopo, las breves sentencias de los Siete y el empleo de jeroglíficos. Y la causa de esto fue que entonces era forzoso que todo raciocinio que fuera más agudo o sutil que lo vulgar se expresara de esta manera, porque los hombres de aquellos tiempos querían a la vez variedad de ejemplos y sutileza de ideas; y así como los jeroglíficos fueron anteriores a las letras, así también las parábolas a las argumentaciones; lo cual no obsta para que ahora, y en toda época, conserven mucha vida y vigor, porque la razón no puede ser tan perspicaz, ni los ejemplos tan aptos.

4. Resta todavía otra aplicación de la poesía parabólica, contraria a la que acabamos de mencionar: pues aquélla tiende a mostrar e ilustrar lo que se enseña o comunica, y ésta a ocultarlo y os-

---

[203] *Representative* en el original, pero *dramatica* en el *De augmentis,* como la llamaríamos ahora.

curecerlo; y es cuando se envuelven en fábulas o parábolas los secretos y misterios de la religión, la política o la filosofía. Este uso lo vemos autorizado en la poesía divina. En la pagana vemos que la exposición en fábulas resulta a veces muy acertada; como en aquella que dice que, al ser derrocados los gigantes en su guerra contra los dioses, la Tierra su madre dio a luz al Rumor para vengarse:

Illam Terra parens, ira irritata deorum,
Extremam, ut perhibent, Coeo Enceladoque sororem
Progenuit[204]*;*

que, explicada, quiere decir que cuando los príncipes y monarcas han sometido a los rebeldes reales y declarados, entonces la malignidad del pueblo (que es la madre de la rebelión) saca a la luz libelos y calumnias y acusaciones contra el estado, que es lo mismo que la rebelión, pero más femenino[205]. Así en la fábula según la cual, habiendo conspirado los demás dioses para atar a Júpiter, Palas llamó en ayuda de él a Briareo con sus cien manos[206]: que, explicada, significa que las monarquías no tienen que temer freno alguno de su autoridad absoluta por obra de súbditos poderosos, siempre que por su prudencia conserven el afecto del pueblo, que a buen seguro se pondrá de su lado. Así en la fábula de que Aquiles fue criado por el centauro Quirón, que era en parte hombre y en parte animal: explicada ingeniosa pero corruptamente por Maquiavelo, en el sentido de que en la educación y disciplina de los príncipes, tan importante es que aprendan a desempeñar la parte del león en cuanto a violencia, y la de la zorra en cuanto a astucia, como la del hombre en cuanto a virtud y justicia[207]. No obstante, en muchos de tales casos más bien creo que lo primero fuera la fábula, y luego se inventara la explicación, que no que lo primero fuera la moraleja y sobre ella se construyera la fábula. Pues paréceme que fuera antigua necedad la de Crisipo, que con gran esfuerzo se molestó en confirmar la afirmaciones de los estoicos con las ficciones de los poetas antiguos[208]. En cuanto a que todas las fábulas y ficciones de

---

204 Según afirman, la madre Tierra, enfurecida contra los dioses, la engendró la última, hermana de Ceo y Encélado. Virgilio, *Eneida,* IV, 178-180. Ceo y Encélado eran dos de los gigantes que se rebelaron contra los dioses.

205 En latín el rumor, *fama,* es femenino.

206 Fue Tetis quien llamó a Briareo en auxilio de Zeus. Cf. *Ilíada,* I, 401 y ss.

207 *El príncipe, XVIII.* En lugar de estas fábulas hay en el *De augmentis* una larga exposición de los mitos de Pan, Perseo y Dionisos como indicativos de ideas físicas, políticas y morales, respectivamente.

208 Véase Diógenes Laercio, *Crisipo* (VII, 180).

los poetas no fueran sino capricho y no figura, sobre eso no opino. Sin duda, de los poetas que se han conservado, incluso del propio Homero (dejando aparte que las escuelas tardías de los griegos hicieron de él una especie de Escritura), yo declararía sin reparo que sus fábulas no tenían ese sentido interior en la mente del autor; pero lo que pueda haber en ellas procedente de una tradición más primitiva, eso no es fácil de determinar; pues no fue Homero el inventor de muchas de ellas.

5. En esta tercera parte del saber que es la poesía no puedo señalar deficiencia alguna. Pues, siendo como la planta que nace del vigor de la tierra, sin semilla formal, ha brotado y se ha extendido más que ninguna otra. Si queremos ser justos con ella, habremos de decir que, para la expresión de los afectos, pasiones, corrupciones y costumbres, debemos más a los poetas que a las obras de los filósofos; y, en cuanto a ingenio y elocuencia, no mucho menos que a las arengas de los oradores. Mas no es bueno permanecer demasiado tiempo en el teatro. Pasemos ahora a la sede o palacio judicial de la mente, al cual debemos aproximarnos y contemplar con mayor reverencia y atención.

V.1. El conocimiento humano es como las aguas, que unas descienden de lo alto y otras brotan de abajo: de una parte está informado por la luz de la naturaleza, de otra inspirado por la revelación divina. La luz de la naturaleza consiste en las ideas de la mente y las noticias de los sentidos; porque el conocimiento que el hombre recibe de la enseñanza es acumulativo y no original, como el agua que además de su propia fuente se nutre de otros manantiales y arroyos. Así pues, de conformidad con estas dos diferentes iluminaciones u orígenes, el conocimiento se divide primeramente en teología y filosofía.

2. Dentro de la filosofía, puede ocurrir que la contemplación humana esté dirigida a Dios, o se extienda sobre la naturaleza, o se refleje y vuelva sobre el hombre mismo; indagaciones de las cuales se derivan, respectivamente, tres conocimientos, la filosofía divina, la filosofía natural y la filosofía humana o humanidades. Pues todas las cosas están marcadas y estampadas con este carácter triple: el poder de Dios, la diferencia de la naturaleza y la utilidad del hombre. Mas, dado que las distribuciones y particiones del conocimiento no son como las varias líneas que se tocan en ángulo, y así se reúnen en un punto, sino como las ramas de un árbol, que antes de separarse y diferenciarse confluyen en un tronco que en su dimensión y cantidad es entero y continuo; así es conveniente, antes de pasar a la distribución citada, establecer y constituir una ciencia

universal, que, con el nombre de *philosophia prima,* filosofía primigenia o suprema, sea como la vía principal o común que hay antes de que los caminos se dividan y separen. Sobre si esta ciencia la debo declarar omitida o no, estoy en duda. Pues encuentro un cierto batiburrillo de teología natural, y de diversas partes de la lógica, y de esa parte de la filosofía natural que se refiere a los principios, y de esa otra que se refiere al alma o espíritu; todo ello extrañamente mezclado y confundido, pero que, una vez examinado, más me parece depredación de otras ciencias, elevada y exaltada con nombres sublimes, que cosa sólida o sustanciosa en sí. Pese a lo cual no puedo pasar por alto la distinción que se suele hacer, en el sentido de que las mismas cosas no son sino tratadas en diversos aspectos: por ejemplo, que la lógica estudia muchas cosas tal como son en idea, y esta filosofía tal como son en realidad; lo uno en apariencia, lo otro en existencia. Pero esta diferencia me parece más dicha que mantenida. Pues si los que así dicen hubieran considerado la cantidad, la similitud, la diversidad y los demás caracteres externos de las cosas, como filósofos y en su naturaleza, sus indagaciones forzosamente habrían tenido que ser muy distintas. Pues, al tratar de la cantidad, ¿habla alguno de ellos de la fuerza de la unión, cómo y en qué medida multiplica la virtud? ¿Da alguno la razón de que algunas cosas de suyo sean tan comunes y existan en tan grande masa, y otras tan raras y en tan pequeña cantidad? Al tratar de la similitud y la diversidad, ¿sugiere alguno la causa de que el hierro no se mueva hacia el hierro, más semejante, sino hacia el imán, que lo es menos? ¿Por qué en todas las variedades de cosas ha de haber ciertos caracteres de suyo comunes, que casi son ambiguos en cuanto a qué clase se deban atribuir? Mas no hay sino un profundo silencio en lo tocante a la naturaleza y operación de estos elementos comunes de las cosas, como son en realidad; y sólo una insistencia y reiteración de la fuerza y uso de ellos en el discurso o la argumentación. Por eso, y porque en un discurso de esta naturaleza quiero evitar toda oscuridad, lo que pretendo decir acerca de esta filosofía original o universal es esto, descrito llana y groseramente en forma negativa: *que sea un receptáculo para cuantas observaciones y axiomas provechosos caigan fuera del ámbito de las partes especiales de la filosofía o ciencias, por ser más comunes y de rango superior.*

3. Ahora bien, es indudable que hay muchas observaciones de esa clase. Verbigracia, la regla *Si inaequalibus aequalia addas, omnia erunt inaequalia*[209], ¿no es un axioma lo mismo de la justicia que de la matemática? ¿Y acaso no hay una verdadera correspondencia

---

[209] Si a cosas desiguales se añaden cosas iguales, las sumas serán desiguales.

entre la justicia conmutativa y distributiva, y la proporción aritmética y geométrica? Esa otra regla, *Quae in eodem tertio conveniunt, et inter se conveniunt*[210], ¿no es una norma tomada de la matemática, pero tan poderosa en la lógica que todos los silogismos están construidos sobre ella? La observación *Omnia mutantur, nil interit*[211], ¿no es la idea filosófica de que el *quantum* de la naturaleza es eterno? Y en la teología natural, la de que se requiere la misma omnipotencia para de algo hacer nada, que se requirió al principio para de nada hacer algo, o, según la Escritura: *Didici quod omnia opera quae fecit Deus perseverent in perpetuum; non possumus eis quicquam addere nec auferre*[212]. Esa base sobre la cual habla Maquiavelo sabia y extensamente refiriéndose a los gobiernos, de que la manera de darles estabilidad y duración es retraerlos *ad principia,* ¿no es norma tan válida en la religión y la naturaleza como en la administración civil? ¿No fue la magia persa una reducción y correspondencia de los principios y arquitectura de la naturaleza a las reglas y política de los gobiernos? Esa norma del músico, de pasar de una disonancia o acorde áspero a una asonancia o acorde dulce, ¿no vale igualmente para los afectos? Ese tropo de la música que consiste en evitar o rehuir el término o cadencia, ¿no es igual que el tropo de la retórica de burlar la expectativa? El delite que proporciona en la música el trino sobre un registro, ¿no es idéntico al juego de la luz sobre el agua?

Splendet tremulo sub lumine pontus[213].

Los órganos de los sentidos, ¿no son afines a los órganos de reflexión, el ojo al cristal, el oído a una cueva o angostura delimitada y cerrada? Ni son estas cosas únicamente similitudes, como podrían pensar los hombres de observación estrecha, sino las mismas huellas de la naturaleza, marcadas o impresas sobre asuntos o materias diversas[214]. Esta ciencia, pues (tal como yo la entiendo), me es lícito calificarla de omitida: pues a veces veo a los ingenios más profundos, tratando algún argumento en particular, sacar de tanto en tanto un cubo de agua de este pozo para su uso del momento; pero su manantial primero no me parece que haya sido visitado, a pesar de

---

210 Dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí.
211 Todo se transforma, nada perece. Ovidio, *Metamorfosis,* XV, 165.
212 He sabido que todas las cosas que hace Dios perdurarán para siempre; nada podemos añadirles ni quitarles. Ecl. 42, 21.
213 Brilla el mar bajo la trémula luz. Virgilio, *Eneida,* VII, 9.
214 Cf. *Novum Organum,* II, 27.

su excelente utilidad en orden tanto al desvelamiento de la naturaleza como a la abreviación del arte.

VI.1. Colocada, pues, en primer lugar esta ciencia a manera de madre común, como Berecintia, que tuvo tan abundante progenie celestial:

Omnes coelicolas, omnes supera alta tenentes[215],

podemos volver ya a la citada distribución de las tres filosofías, divina, natural y humana. Y, por lo que se refiere a la filosofía divina o teología natural, diremos que es ese conocimiento o rudimento de conocimiento acerca de Dios que se puede obtener de la contemplación de sus creaturas, conocimiento que en verdad se puede llamar divino atendiendo al objeto, y natural atendiendo a la luz. Los límites de este conocimiento son que basta para confutar el ateísmo, pero no para informar la religión. Así, Dios jamás hizo un milagro para convertir a un ateo, porque la luz de la naturaleza habría bastado para hacerle confesar la existencia de un dios; pero sí se han hecho milagros para convertir a los idólatras y supersticiosos, porque ninguna luz natural llega a manifestar la voluntad y el culto verdadero de Dios. Pues, así como toda obra refleja el poder y la habilidad del artífice, pero no su imagen, así también sucede en las obras de Dios, que muestran la omnipotencia y sabiduría del Hacedor, pero no su imagen. Y de ahí que en eso difiera la opinión pagana de la verdad sagrada, pues los paganos creían que el mundo fuera imagen de Dios, y el hombre un compendio o imagen condensada del mundo; pero las Escrituras nunca atribuyen al mundo ese honor de ser imagen de Dios, sino solamente *obra de sus manos*[216]; ni hablan tampoco de ninguna otra imagen de Dios, fuera del hombre. Por consiguiente, el inferir de la contemplación de la naturaleza y confirmar la existencia de Dios, y demostrar su poder, providencia y bondad, es excelente argumentación, y ha sido excelentemente desarrollado por varios. Mas, de otra parte, el inferir de la contemplación de la naturaleza, o sobre la base de los conocimientos humanos, cualquier certeza o convicción relativa a las cuestiones de fe, no es, a mi juicio, seguro: *Da fidei quae fidei sunt*[217]. Pues los propios paganos llegan a esa conclusión en esa excelente y divina fábula de

215 Todos ciudadanos del cielo, todos habitantes de las alturas. Virgilio, *Eneida,* VI, 787. Berecintia, o *Berecynthia mater,* era otro nombre de la diosa Cibeles, la «Gran Madre de los dioses».
216 Sal. 8, 4.
217 Da a la fe lo que es de la fe. Cf. Lc. 20, 25.

la cadena de oro, según la cual los hombres y los dioses no pudieron hacer descender a Júpiter a la tierra, pero, a la inversa, Júpiter pudo hacerlos ascender al cielo[218]. Así, no debemos intentar hacer bajar o someter los misterios de Dios a nuestra razón, sino a la inversa, elevar y adelantar nuestra razón hasta la verdad divina. De suerte que, en esta parte del conocimiento referente a la filosofía divina, estoy tan lejos de observar deficiencia, que, antes al contrario, observo exceso; sobre lo cual me he permitido una digresión, por el extremo perjuicio que tanto la religión como la filosofía han recibido y pueden recibir del ser mezcladas, de donde por fuerza ha de salir una religión herética, y una filosofía imaginaria y fabulosa.

2. No así acontece con la naturaleza de los ángeles y espíritus, que es un apéndice de ambas teologías, la divina y la natural, y no es ni inescrutable ni prohibida[219]; pues aunque la Escritura dice que *nadie os engañe con sublime discurso acerca de la adoración de los ángeles, apuntando hacia lo que no conoce*[220], etcétera, empero si se examina bien ese precepto se puede entender como que solamente hay dos cosas prohibidas, la adoración de ellos y la opinión fantástica acerca de ellos: el ensalzarlos más de lo que es propio del grado de creatura, o el ensalzar el conocimiento que de ellos tiene el hombre más de lo justo. Pero la indagación sobria y bien fundada que pueda derivarse de los pasajes de las Sagradas Escrituras, o de las gradaciones de la naturaleza, no tiene puestos límites. Así, en cuanto a los espíritus degenerados y rebeldes, el tener trato con ellos o servirse de ellos está prohibido, y tanto más el mostrarles veneración. Pero la contemplación o ciencia de su naturaleza, su poder, sus engaños, ya sea a través de la Escritura o de la razón, eso forma parte de la sabiduría espiritual. Pues así dice el apóstol, *No ignoramos sus estratagemas*[221]; y no es menos lícito indagar la naturaleza de los malos espíritus que indagar la fuerza de los venenos en la naturaleza, o la naturaleza del pecado y del vicio en la moral. Esta parte tocante a los ángeles y espíritus no la puedo calificar de omitida, porque muchos se han ocupado de ella; más bien puedo denunciarla, en muchos de sus autores, como fabulosa y fantástica.

VII.1. Dejando, pues, la filosofía divina o teología natural (no la teología inspirada, que reservamos para lo último, como puerto y descanso de todas las contemplaciones humanas), pasamos ahora a la filosofía natural. Si es cierto, pues, que Demócrito dijo que la verdad

---

218 Cf. *Ilíada*, VIII, 19-22.
219 Prohibida, se entiende, su investigación.
220 Col. 2, 18.
221 2 Cor. 2, 11.

de la naturaleza yace oculta en ciertas minas y cuevas profundas[222], y si es cierto también aquello en que los alquimistas tanto insisten, que Vulcano es una segunda naturaleza[223], que diestra y compendiosamente imita lo que la naturaleza obra de manera indirecta y a través de largo tiempo, sería conveniente dividir la filosofía natural entre la mina y el horno, y entre los filósofos naturales hacer dos profesiones u ocupaciones, de modo que unos fueran cavadores y otros herreros: que unos excavaran y otros refinaran y martillaran. Yo sin lugar a dudas apruebo una división de esa clase, si bien en términos más comunes y escolásticos, a saber, que sean éstas las dos partes de la filosofía natural: la inquisición de causas y la producción de efectos; lo especulativo y lo operativo; la ciencia natural y la prudencia natural. Pues, así como en las cosas civiles hay una sabiduría del discurso y una sabiduría de la dirección, así también en las naturales. Y aquí he de hacer una petición, que para esto último (o al menos para una parte de ello) se me permita resucitar y reponer el nombre mal aplicado y vilipendiado de magia natural[224], que en su sentido verdadero no es otra cosa que sabiduría natural o prudencia natural, entendida según la acepción antigua y purgada de vanidad y superstición. Ahora bien, aunque sea cierto, y bien lo sé, que hay una interrelación entre las causas y los efectos, de suerte que estos dos conocimientos, el especulativo y el operativo, mantienen un fuerte vínculo entre sí; empero, puesto que toda filosofía natural verdadera y fructífera tiene una doble escala, ascendente y descendente, ascendente desde los experimentos hasta el hallazgo de las causas, y descendente desde las causas hasta el hallazgo de nuevos experimentos, me parece muy necesario que estas dos partes sean consideradas y desarrolladas por separado.

2. La ciencia o teoría natural se divide en física y metafísica; en lo cual deseo que se entienda que empleo la palabra «metafísica» en sentido diferente del usual; y del mismo modo, no dudo que los hombres de juicio fácilmente advertirán que en éste y otros casos, por más que mi concepción e idea pueda diferir de las antiguas, empero procuro conservar los términos antiguos. Pues, con la esperanza de evitar ser mal entendido por el orden y la expresión clara de aquello que expongo, por lo demás tengo intención y empeño de no apartarme más de la Antigüedad, ya sea en términos o en opiniones, de lo que sea menester para la verdad y el progreso del conocimiento. Y en esto no es poco lo que me maravilla el filósofo Aristóteles, que

---

222 Diógenes Laercio, *Pirrón* (IX, 72).
223 Vulcano ha de entenderse aquí como el fuego del alquimista.
224 Cf. *Novum Organum,* II, 9 y 51.

procedió con tal espíritu de diferencia y contradicción respecto a toda la Antigüedad, empeñándose no sólo en acuñar a su antojo nuevas palabras científicas, sino en demoler y extinguir toda la sabiduría antigua [225], hasta tal punto, que jamás nombra ni menciona un autor o una opinión antiguos si no es para confutarlos y condenarlos; en lo cual siguió el camino idóneo para granjearse gloria y atraer seguidores y discípulos. Pues ciertamente acontece y se cumple en la verdad humana aquello que se señaló y declaró respecto a la verdad más alta: *Veni in nomine Patris, nec recipitis me; si quis venerit in nomine suo, eum recipietis* [226]. Mas en este aforismo divino (considerando a quién fue aplicado, a saber, al Anticristo, el engañador sumo) vemos claramente que el que uno venga en su propio nombre, sin atender a antigüedad o paternidad, no es buena señal de verdad, aunque se acompañe de la fortuna y éxito de un *eum recipietis*. Por lo que respecta al eminente Aristóteles, tengo para mí que debió aprender esa actitud de su discípulo [227], con quien parece haber querido rivalizar, conquistando uno todas las opiniones como el otro conquistó todas las naciones. En lo cual, sin embargo, puede ocurrir que de manos de algunos de genio áspero reciba un título semejante al que fue dado a su discípulo:

> *Felix terrarum praedo, non utile mundo*
> *Editus exemplum* [228], etcétera;

así,

> *Felix doctrinae praedo* [229].

Para mí, en cambio, que deseo, en la medida en que ello esté al alcance de mi pluma, sentar los cimientos de una comunicación amistosa entre la Antigüedad y el progreso, me parece mejor acompañar a aquélla *usque ad aras* [230], y conservar por ende los términos antiguos, aunque a veces altere sus usos y definiciones; de conformidad con el proceder moderado del gobierno civil, donde, aunque haya

225 Cf. *Novum Organum,* I, 67, donde, como aquí en la sección VIII, 4, se compara a Aristóteles con los turcos, que al ascender al trono daban muerte a sus hermanos.

226 Vine en nombre de mi Padre y no me recibisteis; si uno viene en su propio nombre, a ése le recibiréis. Jn. 5, 43.

227 Alejandro Magno.

228 Afortunado ladrón de tierras, nacido para mal ejemplo del mundo. Lucano, *Farsalia,* X, 20 y 26-27.

229 Afortunado ladrón de doctrinas.

230 Hasta los altares, es decir, hasta donde sea posible sin faltar a obligaciones superiores.

alguna alteración, se cumple eso que sabiamente señala Tácito, *Eadem magistratuum vocabula*[231].

3. Volviendo, pues, al uso y acepción del término «metafísica», tal como ahora entiendo esa palabra, de lo que ya se ha dicho se desprende que yo pretendo que la *philosophia prima* o filosofía suprema y la metafísica, que hasta ahora se han venido confundiendo como una cosa sola, sean dos distintas. Pues aquélla la he puesto como progenitor o antepasado común de todo conocimiento, y ésta la he introducido ahora como una rama o descendiente de la ciencia natural. Se desprende asimismo que he asignado a la filosofía suprema los principios y axiomas comunes que son generales e indiferentes para las diversas ciencias. También le he asignado la indagación tocante a la operación de los caracteres relativos y adventicios de las esencias, tales como la cantidad, la similitud, la diversidad, la posibilidad y demás, con esta reserva y precaución, que sean tratados según tienen efecto en la naturaleza, no según la lógica. Igualmente se desprende que la teología natural, que hasta ahora se había tratado mezclada con la metafísica, yo la he encerrado y puesto límites propios. Plantéase ahora el interrogante de qué queda para la metafísica; sobre lo cual puedo sin reparo conservar la idea de la Antigüedad hasta este punto, que la física debe estudiar aquello que está inserto en la materia y por lo tanto es transitorio, y la metafísica aquello que es abstracto y fijo. Y también que la física debe tratar de lo que sólo supone en la naturaleza una existencia y un movimiento, y la metafísica debe tratar de lo que supone además en la naturaleza una razón, entendimiento y plan. Ahora bien, la diferencia, claramente expresada, es muy conocida y fácil de entender. Pues así como la filosofía natural en general la dividíamos en inquisición de causas y producción de efectos, así esa parte que se refiere a la inquisición de las causas la subdividimos de acuerdo con la división establecida y correcta de las causas: una de las partes, que es la física, estudia y se ocupa de las causas material y eficiente, y la otra, que es la metafísica, se ocupa de las causas formal y final[232].

4. La física (entendida esta palabra según su etimología, y no como nombre que damos nosotros a la medicina[233]) se sitúa en un término o distancia media entre la historia natural y la metafísica. Pues la historia natural describe la variedad de las cosas; la física, las causas, pero las causas variables o relativas, y la metafísica, las causas fijas y constantes.

---

231 Los nombres de las magistraturas eran los mismos. *Anales,* I, 3.
232 Cf. Aristóteles, *Analíticos posteriores,* II, X, 1.
233 *Physic* en el inglés de la época.

Limus ut his durescit, et haec ut cera liquescit,
Uno eodemque igni[234].

El fuego es causa de endurecimiento respecto a la arcilla; causa de licuefacción respecto a la cera; pero no es causa constante de endurecimiento ni de licuefacción. De modo que las causas físicas no son sino la eficiente y la material. La física se compone de tres partes, de las cuales dos se refieren a la naturaleza unida o recogida, y la tercera estudia la naturaleza *difusa* o *repartida*. La naturaleza puede estar recogida, o bien en una sola totalidad entera, o bien en principios o semillas. De suerte que la primera doctrina es la relativa a la contextura o configuración de las cosas: *De mundo, de universitate rerum*[235]. La segunda es la doctrina concerniente a los principios u orígenes de las cosas. La tercera es la doctrina concerniente a toda la variedad y particularidad de las cosas, ya se trate de sus diferentes sustancias, o de sus diferentes cualidades y naturalezas; de lo cual no es preciso hacer enumeración, por no ser esta parte sino una a modo de glosa o paráfrasis acompañante del texto de la historia natural. De estas tres no puedo señalar como omitida ninguna. Con cuánta veracidad o perfección sean tratadas, no entro ahora a juzgarlo; pero son partes del conocimiento que el trabajo humano no ha desatendido[236].

5. En cuanto a la metafísica, le hemos asignado la indagación de las causas formales y finales: asignación que, por lo que respecta a la primera, puede parecer fútil y vacía, conforme a esa opinión establecida e inveterada que sostiene la incompetencia de la investigación humana para descubrir las formas esenciales o diferencias verdaderas; opinión a la que respondemos que el hallazgo de las formas es de todas las partes del conocimiento la más merecedora de ser buscada, si fuere posible encontrarla[237]. En cuanto a la posibilidad, malos descubridores son los que creen que no hay tierra donde no ven otra cosa que mar. Es manifiesto que Platón, hombre dotado de un ingenio de altura, como puesto sobre un acantilado, proclamó en su teoría de las ideas que las formas constituían el verdadero objeto del conocimiento[238]; pero perdió el fruto genuino de su teoría, al

---

234 Como esta arcilla se endurece y esta cera se funde, las dos en un mismo fuego. Virgilio, *Eglogas,* VIII, 80-81.

235 Sobre el mundo, sobre la totalidad de las cosas.

236 Esta parte está muy ampliada en el *De augmentis* con alusiones a la astronomía, la astrología y la mecánica.

237 Cf. *Novum Organum,* II, 1; los veinte primeros capítulos del libro II de esa obra son un desarrollo de esta idea.

238 Véase, p. ej., *República,* V, 479d-e.

considerarlas como algo totalmente abstraído de la materia, no algo confinado y determinado por ella, y orientando por ende su visión hacia la teología, de la cual está infectada toda su filosofía natural. Mas si se mantienen una vigilancia continua y una mirada severa sobre la acción, operación y empleo del conocimiento, será posible advertir y percatarse de lo que son las formas, cuya averiguación es provechosa e importante para la condición del hombre. Pues, por lo que respecta a las formas de sustancias —exceptuado sólo el hombre, de quien se ha dicho *Formavit hominem de limo terrae, et spiravit in faciem ejus spiraculum vitae*[239], y no como de todas las demás creaturas, *Producant aquae, producat terra*[240]—, las formas de sustancias, digo, tal como ahora aparecen multiplicadas por combinación y trasplante, son tan complicadas que no es posible indagar en ellas, lo mismo que no sería ni posible ni útil buscar en general las formas de los sonidos que componen las palabras, que por composición y transposición de letras son infinitos. En cambio, sí se puede fácilmente inquirir la forma de aquellos sonidos o voces que constituyen las letras simples, que, una vez sabida, manifiesta y conduce a las formas de todas las palabras, las cuales consisten y se componen de ellas. De la misma manera, el inquirir la forma de un león, de un roble, del oro, y aun del agua, del aire, sería vano empeño; pero inquirir las formas del sentido, del movimiento voluntario, de la vegetación, de los colores, de la gravedad y la ligereza, de la densidad, de la tenuidad, del calor, del frío, y de todas las restantes naturalezas y cualidades, que como las partes de un alfabeto no son muchas, y de las cuales están compuestas las esencias (sostenidas por la materia) de todas las creaturas; inquirir, digo, las formas verdaderas de esas cosas, constituye esa parte de la metafísica que ahora estamos definiendo. No es que la física no investigue y tome en consideración esas naturalezas: pero ¿de qué modo? Sólo en cuanto a sus causas materiales y eficientes, y no en cuanto a las formas. Verbigracia, si se inquiere la causa de la blancura en la nieve o en la espuma, y se expresa así, que la causa es la mezcla sutil de aire y agua, estará bien expresado; no obstante, ¿es ésa la forma de la blancura? No, sino que es la causa eficiente, que nunca es otra cosa que *vehiculum formae*[241]. Esta parte de la metafísica no la encuentro trabajada y hecha, de lo cual no me maravillo, porque no creo posible llegar a ella mediante el proceso de investigación que se viene

---

239 Formó al hombre con barro del suelo, e insufló en su faz aliento de vida. Gén. 2, 7.

240 Produzcan las aguas, produzca la tierra. Gén. 1, 20 y 24.

241 Cf. *Novum Organum*, II, 3.

utilizando, por cuanto que (y esto es la raíz de todo error) hemos abandonado demasiado a destiempo y nos hemos alejado excesivamente de los particulares.

6. La utilidad de esta parte de la metafísica que señalo como omitida es de todas la mayor en dos aspectos: uno, porque es deber y virtud de todo conocimiento el condensar la infinidad de experiencias individuales hasta donde lo permita la idea de la verdad, y poner remedio a la queja de *Vita brevis, ars longa*[242], lo cual se logra uniendo las ideas y concepciones de las ciencias. Pues los conocimientos son como pirámides, que tienen por base la historia: así, de la filosofía natural la base es la historia natural, el piso siguiente a la base es la física, y el piso contiguo al ápice es la metafísica. En cuanto al ápice, *opus quod operatur Deus a principio usque ad finem*[243], la ley suprema de la naturaleza, no sabemos si la indagación humana puede llegar hasta él. Pero estos tres son los verdaderos estadios del conocimiento, que para los depravados no son mejores que los montes de los gigantes:

Ter sunt conati imponere Pelio Ossam,
Scilicet atque Ossae frondosum involvere Olympum[244];

pero para quienes todo lo ponen al servicio de la gloria de Dios son como las tres aclamaciones, *Sancte, sancte, sancte:* santo en la descripción o exposición de sus obras, santo en la conexión o concatenación de ellas y santo en la unión de ellas bajo una ley perpetua y uniforme. Por eso fue excelente la especulación de Parménides y Platón, aunque en ellos sólo especulación, de que todas las cosas ascendían por una escala hasta la unidad. Así pues, siempre es más apreciable aquel conocimiento que está cargado de menos multiplicidad; el cual parece ser la metafísica, como aquello que considera las formas simples o diferencias de las cosas, que son pocas en número, y de cuyas gradaciones y coordinaciones nace toda la variedad que vemos. El segundo aspecto que presta valor a esta parte de la metafísica y la hace recomendable es que da suelta al poder del hombre para la máxima libertad y posibilidad de obras y efectos. Pues la física lleva a los hombres por caminos angostos y limitados, sujetos a muchos accidentes obstaculizadores, a imitación de los ordinarios cursos sinuosos de la naturaleza; pero *Latae undique sunt sapientibus*

242 La vida es corta, el arte es largo de aprender. Hipócrates, *Aforismos*, I, 1.

243 La obra que Dios ha hecho desde el principio hasta el fin. Ecl. 3, 11

244 Por tres veces intentaron colocar el Osa sobre el Pelión, y sobre el Os. hacer rodar el frondoso Olimpo. Virgilio, *Geórgicas*, I, 281-282.

viae[245]: para la sapiencia (que antiguamente fue definida como *Rerum divinarum et humanarum scientia*[246]), siempre hay elección de medios. Pues las causas físicas dan a luz nuevos descubrimientos *in simili materia*[247], pero el que conoce alguna forma conoce la máxima posibilidad de imponer esa naturaleza a cualquier clase de materia, y así está menos limitado en su operación, tanto respecto a la base material como a la condición del eficiente; clase ésta de conocimiento que también describe elegantemente Salomón, aunque en un sentido más divino: *Non arctabuntur gressus tui, et currens non habebis offendiculum*[248]. Los caminos de la sapiencia no están muy sujetos ni a la particularidad ni al azar.

7. La segunda parte de la metafísica es la inquisición de las causas finales, que me veo obligado a calificar no de omitida, sino de descolocada. No obstante, si sólo fuera un defecto de orden, no hablaría de ello, porque el orden afecta a la exposición, pero no a la sustancia de las ciencias; mas esta mala colocación ha ocasionado una deficiencia, o por lo menos un gran estancamiento en las ciencias mismas. Pues el tratamiento de las causas finales mezcladas con las demás en las investigaciones físicas ha entorpecido la indagación severa y diligente de todas las causas reales y físicas, y dado ocasión a los hombres de detenerse en estas causas meramente agradables y especiosas, con gran freno y perjuicio de otros descubrimientos. Esto lo encuentro hecho no sólo por Platón, que siempre echa el ancla en esta orilla, sino por Aristóteles, Galeno y otros, que también suelen caer en estos bajíos de las causas discursivas[249]. Pues decir que las pestañas son para formar un seto vivo o cercado alrededor de los ojos, o que la firmeza de las pieles y pellejos de los animales es para defenderlos del calor o del frío extremos, o que los huesos son para suministrar las columnas o vigas sobre las cuales se alcen las fábricas de los cuerpos de los animales, o que las hojas de los árboles son para proteger el fruto, o que las nubes son para regar la tierra, o que la solidez de la tierra es para dar sostén y morada a los animales, etcétera, todas esas cosas están bien observadas y recogidas en la metafísica, pero en la física son improcedentes. Peor aún, no son sino rémoras y obstáculos que detienen la nave y le impiden continuar su travesía, y por su culpa la búsqueda de las causas físicas ha

---

245 Anchos son por todas partes los caminos de la sabiduría.

246 Ciencia de las cosas divinas y humanas. Cicerón, *De officiis,* I, 43.

247 En materia semejante.

248 Tus pasos no se verán entorpecidos; si corres no tropezarás. Prov. 4, 12.

249 Galeno, *De usu partium*; Aristóteles, *Física,* II, VIII; Platón, *Timeo,* III, 70 y ss.

sido desatendida y pasada por alto. Por eso la filosofía natural de Demócrito y algunos otros, que no suponía una mente o razón en la hechura de las cosas, sino que atribuía la forma permanente de éstas a infinitos ensayos o pruebas de la naturaleza [250], que ellos llamaban *fortuna,* me parece ser (en la medida en que puedo juzgar de ello a partir de las relaciones y fragmentos que conservamos) más real y mejor observada, en cuanto a las particularidades de las causas físicas, que las de Aristóteles y Platón, las cuales entremezclaban ambas las causas finales, la una con la teología y la otra con la lógica, que fueron respectivamente [251] los estudios favoritos de cada uno de ellos. No es que esas causas finales no sean verdaderas, y dignas de ser estudiadas, si se las mantiene dentro de la esfera que les corresponde, sino que sus salidas hasta los confines de las causas físicas han generado un desierto y yermo en esa senda. Pues si, por el contrario, se mantienen sus lindes y fronteras, se engañaría mucho el que pensara que hay entre ellas enemistad o repugnancia. Pues la causa expresada diciendo que las pestañas son para salvaguardia de la vista no impugna la causa expresada diciendo que la vellosidad es incidente a los orificios de humedad: *Muscosi fontes* [252], etcétera. Ni la causa expresada diciendo que la firmeza de los pellejos es para acorazar el cuerpo frente al calor o el frío extremos impugna la causa expresada diciendo que la contracción de los poros es incidente a las partes más exteriores, atendiendo a su adyacencia a los cuerpos extraños o disímiles, y así sucesivamente, siendo las dos causas verdaderas y compatibles, y declarando la una una intención, y la otra una consecuencia solamente. Ni tampoco pone esto en cuestión ni menoscaba la providencia divina, antes bien marcadamente la confirma y exalta. Pues, lo mismo que en las acciones civiles es mejor y más profundo político el hombre capaz de hacer de otros instrumentos de su voluntad y fines, y sin embargo no informarles nunca de su propósito, de modo que lo hagan y no sepan lo que hacen, que aquel otro que descubre su intención a quienes emplea; así es la sabiduría de Dios más admirable, cuando la naturaleza pretendía una cosa y la providencia saca de ella otra, que si hubiera comunicado a las creaturas y movimientos particulares los caracteres e impresiones de su providencia. Y hasta aquí por lo que respecta a la metafísica, cuya última parte doy por existente, pero querría ver encerrada en el lugar que le corresponde.

---

250 Véase Lucrecio, *De rerum natura,* V, 837 y ss.

251 Pero en orden inverso, teología en el caso de Platón y lógica en el de Aristóteles.

252 Musgosas fuentes. Virgilio, *Eglogas,* VII, 45.

VIII.1. Queda, sin embargo, todavía otra parte de la filosofía natural, de la cual se suele hacer parte principal, otorgándole el mismo rango que a la física especial y a la metafísica, que es la matemática; pero me parece más concorde con la naturaleza de las cosas y con el orden debido colocarla como rama de la metafísica. Pues, siendo su objeto la cantidad, y no la cantidad indefinida, que no es sino algo relativo y corresponde a la *philosophia prima,* como ya se ha dicho, sino la cantidad determinada o conmensurada, parece ser una de las formas esenciales de las cosas, como aquello que en la naturaleza es causante de numerosos efectos. Tanto es así, que lo mismo en la escuela de Demócrito que en la de Pitágoras vemos que la una atribuyó figura a las primeras semillas de las cosas, y la otra supuso que los números fueran los principios y orígenes de las cosas; y también es cierto que de todas las formas (tal como nosotros las entendemos) es la más abstracta y separable de la materia, y por ende la más propia de la metafísica; lo cual ha sido también la causa de que haya sido mejor trabajada y estudiada que ninguna de las restantes formas, que están más inmersas en la materia. Pues siendo connatural a la mente del hombre (para extremo perjuicio del conocimiento) el deleitarse en la espaciosa libertad de las generalidades, como en un campo abierto, y no en los cerramientos de la particularidad, la matemática resultó ser, de todo el conocimiento, el mejor predio para satisfacer ese apetito. En cuanto a la colocación de esta ciencia, no es cosa muy importante; mas nosotros con estas particiones hemos pretendido mantener una suerte de perspectiva, de modo que una parte arroje luz sobre otra.

2. La matemática puede ser pura o mixta. A la matemática pura pertenecen aquellas ciencias que tratan la cantidad determinada, separada de todo axioma de la filosofía natural; y estas ciencias son dos, la geometría y la aritmética, ocupándose una de la cantidad continua, y la otra de la cantidad disjunta. La mixta tiene por objeto ciertos axiomas o partes de la filosofía natural, y considera la cantidad determinada en cuanto auxiliar e incidente a aquéllos. Pues muchas partes de la naturaleza no pueden ser desveladas con suficiente sutileza, ni expuestas con suficiente claridad, ni acomodadas al uso con suficiente facilidad, si no es con el auxilio e intervención de la matemática: de este tipo son la perspectiva, la música, la astronomía, la cosmografía, la arquitectura, la ingeniería y varias más. En la matemática no puedo señalar deficiencia, como no sea la de que no se comprende suficientemente la gran utilidad de la matemática pura para remediar y curar muchos defectos del ingenio y de las facultades intelectuales. Pues si el ingenio es demasiado obtuso, ella lo aguza; si demasiado errabundo, lo fija; si demasiado inmerso en lo

sensorial, lo abstrae. De suerte que, así como el tenis es un juego sin utilidad en sí, pero muy útil en cuanto a formar una vista rápida y un cuerpo dispuesto a colocarse en todas las posturas, así sucede también con la matemática, que su utilidad colateral y accidental no es menos valiosa que la principal y pretendida. En cuanto a la matemática mixta, sólo puedo hacer esta predicción, que por fuerza ha de haber más clases de ella a medida que la naturaleza vaya siendo más desvelada. Hasta aquí acerca de la ciencia natural, o la parte especulativa de la naturaleza.

3. Por lo que respecta a la prudencia natural, o parte operativa de la filosofía natural, la dividiremos en tres partes, experimental, filosófica y mágica: tres partes activas que tienen correspondencia y analogía con las tres partes especulativas, la historia natural, la física y la metafísica. Pues muchas son las operaciones que se han descubierto, a veces por un incidente y ocurrencia casual, a veces por un experimento premeditado; y de las que se han hallado mediante un experimento intencionado, algunas lo han sido variando o ampliando el mismo experimento, otras transfiriendo y combinando entre sí varios experimentos, siendo ésta una clase de invención que está al alcance del empírico. Por otro lado, del conocimiento de las causas físicas forzosamente han de seguirse muchas indicaciones y apuntes de nuevos particulares, si en la especulación se atiende a la aplicación y la práctica. Mas estas cosas son como navegación de cabotaje, *premendo litus iniquum*[253]; pues paréceme que difícilmente se descubrirán alteraciones e innovaciones radicales o fundamentales en la naturaleza mediante la fortuna y ensayos de los experimentos, o mediante la luz y dirección de las causas físicas. Si por ende hemos calificado de deficiente a la metafísica, ha de seguirse que hagamos lo mismo con la magia natural, que guarda relación con aquélla. Pues, por lo que respecta a la magia natural que ahora se menciona en los libros, compuesta de ideas y observaciones crédulas y supersticiosas de simpatías y antipatías y propiedades ocultas, y experimentos frívolos, extraños más por su disfraz que en sí mismos, todo ello difiere tanto, en cuanto a la verdad de la naturaleza, del conocimiento que buscamos, como la historia del rey Arturo de Bretaña, o de Hugo de Burdeos, difiere de los comentarios de César en cuanto a la verdad de la historia. Pues es manifiesto que César hizo mayores cosas *de vero* que las que se supone que hayan hecho esos héroes imaginarios. Pero él no las hizo de esa manera fabulosa. Esta clase de saber está figurada en la fábula de Ixión, que pretendió gozar de Juno, la diosa del poder, y en vez de ayuntarse con ella se ayuntó con una

---

[253] Sin apartarse de la peligrosa orilla. Horacio, *Odas,* II, X, 3-4.

nube, de la cual mezcla fueron engendrados centauros y quimeras[254]. Así el que alimente altas y vaporosas imaginaciones, en lugar de una laboriosa y sobria indagación de la verdad, engendrará esperanzas y creencias de formas extrañas e imposibles. Y por eso cabe señalar a propósito de estas ciencias que tanto tienen de imaginación y creencia, como son esta magia natural degenerada, la alquimia, la astrología, etcétera, que en sus teorías la descripción de los medios es siempre más monstruosa que la pretensión o fin. Pues es más probable que el que conozca bien las naturalezas del peso, el color, lo plegable y lo frágil con respecto al martillo, de lo volátil y fijo con respecto al fuego, etcétera, pueda imponer a algún metal la naturaleza y forma del oro a través del procedimiento que corresponda a la producción de las mencionadas naturalezas, que no que algunos granos del compuesto proyectado puedan en pocos momentos convertir un mar de mercurio u otro material en oro. Igualmente es más probable que el que conozca la naturaleza de la arefacción, la naturaleza de la asimilación del alimento a lo alimentado, la manera de acrecentamiento y eliminación de los espíritus[255], la manera de las depredaciones que los espíritus hacen sobre los humores y las partes sólidas, pueda indirectamente, con dietas, baños, unciones, medicinas, ejercicios, etcétera, prolongar la vida o devolver cierto grado de juventud o vivacidad, que no que eso se pueda hacer mediante el empleo de unas cuantas gotas o escrúpulos de un licor o receta. Para concluir, pues: la verdadera magia natural, que es esa gran libertad y latitud de operación que depende del conocimiento de las formas, puedo calificarla de deficiente, como es su correlativa. A esta parte, si somos serios y no nos inclinamos a cosas vanas y verbalismos, conciernen, además del derivar y deducir las operaciones mismas de la metafísica, dos cuestiones de mucha utilidad, una por vía de preparación, la otra por vía de precaución. La primera es que se haga una lista a modo de inventario del haber del hombre, que contenga todos los descubrimientos (obras o frutos de la naturaleza o del arte) que existen ahora y de los que el hombre está ya en posesión; de lo cual naturalmente se desprende la noticia de qué cosas se consideran todavía imposibles, o no están descubiertas. Esa lista será tanto más perfecta y útil si a cada supuesta imposibilidad se agrega aquello ya existente que más se le aproxime en grado, a fin de que, mediante esas opciones y potencialidades, la investigación humana esté tanto más despierta a deducir la dirección de obras de la especu-

---

254 Píndaro, *Píticas*, II, 21-48.

255 Parece que por «espíritus» (*spirits*) hay que entender aquí los fluidos vitales.

lación sobre causas. Y segundo, que no sólo sean estimados los experimentos que tengan una utilidad inmediata y presente, sino principalmente los que encierren consecuencias más amplias para la invención de otros experimentos, y los que arrojen más luz para el hallazgo de causas; pues el descubrimiento de la aguja de marear, que suministra la dirección, no fue menos beneficioso para la navegación que el descubrimiento de las velas, que suministran el movimiento.

4. De este modo he pasado revista a la filosofía natural y sus deficiencias; en lo cual me he apartado de las doctrinas antiguas y actualmente establecidas, y por ello suscitaré contradictores; por mi parte, así como no hago gala de disentir, así me propongo no contender. Si es verdad que

Non canimus surdis, respondent omnia sylvae[256],

la voz de la naturaleza asentirá, asienta o no la voz del hombre. Y, como solía decir Alejandro Borgia a propósito de la expedición de los franceses a Nápoles, que iban con tiza en las manos para señalar sus alojamientos, y no con armas para luchar[257], así a mí me gusta más esa entrada de la verdad que viene pacíficamente con tiza para señalar aquellas mentes que son capaces de darle alojamiento y acogida, que la que viene con pugnacidad y contienda.

5. Resta, sin embargo, una división de la filosofía natural según la comunicación de la indagación, sin atender a la materia u objeto, y es en positiva y considerativa, según que la comunicación exponga una aseveración o una duda. Estas dudas o *non liquets*[258] son de dos clases, particulares y totales. De la primera clase tenemos un buen ejemplo en los *Problemas* de Aristóteles, que merecían haber tenido mejor continuación, sobre lo cual, empero, hay que dar y tomar una advertencia. El registrar dudas tiene dos efectos excelentes: uno, que salvaguarda a la filosofía de errores y falsedades, cuando aquello que no está del todo claro no se recoge en un aserto, donde un error podría conducir a otro, sino que se deja en reserva como dudoso; otro, que, al plantearse, las dudas son como otras tantas ventosas o esponjas que sacan más sustancia del conocimiento, por cuanto que aquello que, de no haberle precedido la duda, se habría dejado pasar sin examinarlo, por la insinuación y solicitación

---

256 No cantamos para sordos; los bosques responden a cada nota. Virgilio, *Eglogas*, X, 8.

257 Bacon repite esta anécdota en varios lugares de sus escritos. Alejandro VI se refería a la expedición de Carlos VIII de Francia, que en 1494 sometió a Italia en sólo cinco meses.

258 Cuestiones que no están claras. *Liquets*, así en el original.

de ellas ha de ser atendido y manejado. Pero estas dos ventajas apenas compensan de un inconveniente que ha de introducirse si no se le cierra el paso, y que es éste: que, una vez establecida una duda, hay más empeño en que siga siendo tal que en solucionarla, y a ello se aplican los ingenios. De esto tenemos un ejemplo familiar en los abogados y eruditos, que si una vez admiten una duda, para siempre queda catalogada como tal. Mas hay que elogiar ese empleo del ingenio y el conocimiento que trabaja por hacer ciertas las cosas dudosas, y no aquellos que trabajan por hacer dudosas las ciertas. Por eso recomiendo como cosa excelente las listas de dudas, siempre que se hagan con esta precaución, que una vez que hayan sido concienzudamente examinadas y resueltas sean de allí en adelante omitidas, descartadas, y no se siga atesorándolas y alentando a los hombres a dudar. A esa lista de dudas o problemas aconsejo anexar otra, tan importante o más, que es una lista de errores populares: me refiero principalmente a aquellas cosas de historia natural que solemos encontrar en el discurso y los dichos ingeniosos, y que no obstante son claramente detectadas y convictas de falsedad; a fin de que el conocimiento humano no se vea debilitado ni envilecido por tal ganga y vanidad. En cuanto a las dudas o *non liquets* generales o totales, entiendo por tales aquellas diferencias de opinión tocantes a los principios de la naturaleza y cuestiones fundamentales de la misma, que han sido causa de la diversidad de sectas, escuelas y filosofías, como son las de Empédocles, Pitágoras, Demócrito, Parménides y los demás. Pues aunque Aristóteles, como si hubiera pertenecido a la raza de los otomanos, creyó no poder reinar como no empezara por dar muerte a todos sus hermanos, empero, para los que buscan la verdad y no el dogmatismo, no puede dejar de ser muy provechoso el ver ante sí las diversas opiniones que se han expuesto acerca de las bases de la naturaleza. No es que de esas teorías quepa esperar ninguna verdad exacta; pues, así como en la astronomía se da satisfacción a los mismos fenómenos mediante la astronomía tradicional del movimiento diurno y los movimientos propios de los planetas con sus excéntricas y epiciclos, y mediante la teoría de Copérnico, que supone que la tierra se mueve, y los cálculos valen igualmente para una y otra, así el rostro y aspecto ordinario de la experiencia queda muchas veces satisfecho por diferentes teorías y filosofías, mientras que el hallar la verdad real requiere otra clase de severidad y atención. Pues, como dice Aristóteles, que al principio los niños llaman madre a toda mujer, pero después vienen a distinguir conforme a la verdad[259], así la experiencia, si está en su infancia, llama

[259] *Física*, I, I (184b).

madre a toda filosofía, pero al llegar a la madurez distingue a la madre verdadera. De modo que entretanto conviene ver las diversas glosas y opiniones que se han dado sobre la naturaleza, en las cuales puede suceder que cada uno haya visto más claro en una cuestión que sus colegas. Por eso yo desearía que se hiciera, cuidadosa y diligentemente, una compilación *de antiquis philosophiis* [260], con cuantos posibles datos nos han llegado de ellas. Esta clase de obra la encuentro omitida. Mas aquí he de poner una advertencia: que se haga con claridad y separadamente, con la filosofía de cada uno completa en sí, y no por títulos empaquetadas y hacinadas juntas, como hizo Plutarco. Pues la armonía de una filosofía consigo misma es lo que le presta luz y crédito, mientras que disgregada y rota parecerá más extraña y disonante. Pues, así como cuando yo leo en Tácito las acciones de Nerón o de Claudio, con las circunstancias de tiempos, motivaciones y ocasiones, no me parecen tan extrañas, pero cuando las leo en Suetonio Tranquilo reunidas en epígrafes y paquetes, y no por orden cronológico, me parecen más monstruosas e increíbles, así acontece con cualquier filosofía, de ser expuesta entera a desmembrada en artículos. Ni excluyo tampoco las opiniones de épocas más recientes de ser igualmente representadas en esa lista de sectas filosóficas: así la de Teofrasto Paracelso, elocuentemente reducida a armonía por la pluma de Severino el danés; y la de Telesio, y su discípulo Donius, que es, por así decirlo, una filosofía pastoral, llena de sentido pero sin mucha profundidad; y la de Fracastoro, que aunque no pretendió hacer ninguna filosofía nueva, empero aplicó a la antigua la libertad de su propia visión; y la de nuestro compatriota Gilbert, que resucitó, con algunas alteraciones y demostraciones, las opiniones de Jenófanes, y toda otra digna de ser recogida.

6. Con lo dicho hemos terminado con dos de los tres rayos del conocimiento humano, esto es, el *radius directus* que se refiere a la naturaleza, y el *radius refractus,* que se refiere a Dios, y no puede dar noticia verdadera por la desigualdad del medio. Queda el *radius reflexus,* con el cual el hombre se mira y contempla a sí mismo.

IX.1. Llegamos ahora, pues, a ese conocimiento al que nos encamina el oráculo antiguo, que es el conocimiento de nosotros mismos, y que merece un tratamiento tanto más cuidadoso cuanto que nos toca más de cerca. Este conocimiento, siendo el final y término de la filosofía natural en la intención del hombre, no es, sin embargo, sino una porción de la filosofía natural si se lo considera respecto a la totalidad de la naturaleza. Y en general ha de seguirse esta nor-

---

260 De las filosofías antiguas.

ma, aceptar todas las particiones de los conocimientos más como líneas y venas que como secciones y separaciones, y mantener la continuidad e integridad del conocimiento. Pues lo contrario ha hecho que algunas ciencias particulares se tornasen estériles, superficiales y erróneas, desde el momento en que han dejado de nutrirse y sustentarse de la fuente común. Así vemos a Cicerón el orador quejarse de Sócrates y su escuela, por haber sido los primeros en separar la filosofía de la retórica [261], con lo cual esta última vino a ser un arte vacío y puramente verbal. Así vemos en la opinión de Copérnico tocante a la rotación de la tierra, opinión que la propia astronomía no puede corregir porque no repugna a ninguno de los fenómenos, pero que la filosofía natural sí puede corregir. Así vemos también que la ciencia médica, dejada de la mano y separada de la filosofía natural, no es mucho mejor que una práctica empírica. Con esta reserva, pues, pasamos a la filosofía humana o humanidades, que tiene dos partes: una considera al hombre segregado, o de manera distributiva; la otra congregado, o en sociedad. De suerte que la filosofía humana es, ora simple y particular, ora conjugada y civil. La humanidad particular se compone de las mismas partes que el hombre, esto es, de conocimientos relativos al cuerpo y conocimientos relativos al espíritu. Pero antes de dividir tanto es bueno componer. Pues a mi juicio la consideración general y en conjunto de la naturaleza humana merece ser emancipada y constituir un conocimiento en sí, no tanto atendiendo a esos discursos deleitosos y elegantes que se han hecho sobre la dignidad del hombre, sus miserias, su estado y vida, y demás acompañantes de su naturaleza común e indivisa, cuanto atendiendo al conocimiento concerniente a las simpatías y concordancias que hay entre el espíritu y el cuerpo, que, siendo mixtas, no se pueden asignar propiamente a las ciencias de uno u otro.

2. Este conocimiento tiene dos ramas; pues así como todas las ligas y amistades se componen de inteligencia mutua y oficios mutuos, así esta liga del espíritu y el cuerpo tiene estas dos partes, cómo el uno revela al otro, y cómo el uno actúa sobre el otro: descubrimiento e impresión. Lo primero ha engendrado dos artes, ambas de predicción y prenoción, de las cuales una se honra con la investigación de Aristóteles, la otra con la de Hipócrates [262]. Y aunque en los últimos tiempos ha sido frecuente maridarlas con artes supersticiosas y fantásticas, empero si se las purga y restaura en su verdadero carácter se verá que ambas tienen una base sólida en la

---

261 *De oratore,* III, 16 (60-61).

262 Los estudios fisiognómicos de Aristóteles se encuentran en sus obras sobre Historia y Partes de los Animales; los de Hipócrates sobre los sueños, en el libro IV de *Régimen.*

naturaleza, y una aplicación provechosa en la vida. La primera es la fisiognómica, que por los rasgos del cuerpo descubre la disposición del espíritu. La segunda es la interpretación de los sueños naturales, que por las imaginaciones del espíritu descubre el estado del cuerpo. En la primera de ellas observo una omisión. Pues Aristóteles ha tratado muy ingeniosa y diligentemente de las hechuras del cuerpo, pero no de sus ademanes, que no son menos comprensibles por arte, y son de mucha mayor utilidad y provecho. Pues los rasgos del cuerpo revelan la disposición e inclinación del espíritu en general, pero los movimientos del semblante y partes no hacen eso solamente, sino que además revelan el humor y estado presente de la mente y la voluntad. Pues como Vuestra Majestad dijo con sumo acierto y elegancia, *como la lengua habla al oído, así el gesto habla a los ojos*[263]. Y por eso muchas personas sutiles, cuya vista se detiene en los rostros y modales de los demás, conocen bien lo provechoso de esa observación, como parte principal que es de su talento; como tampoco se puede negar que es gran medio de descubrir los fingimientos y gran auxilio en la dirección de los negocios.

3. La segunda rama, tocante a la impresión, no ha sido recogida en un arte sino tratada de manera dispersa, y tiene la misma relación o correspondencia inversa que la primera. Pues la consideración es doble: o bien de qué modo, y hasta qué punto, los humores y estados del cuerpo alteran el espíritu o actúan sobre él, o bien de qué modo, y hasta qué punto, las pasiones o aprehensiones del espíritu alteran el cuerpo o actúan sobre él. Lo primero ha sido investigado y estudiado como parte de la religión o superstición. Pues el médico prescribe curas del espíritu en los frenesíes y pasiones melancólicas, y pretende también suministrar medicinas para exhilarar la mente, confirmar el valor, aclarar el ingenio, corroborar la memoria, etcétera; pero mayores son los escrúpulos y supersticiones relativos a la dieta y demás régimen del cuerpo en la secta de los pitagóricos, en la herejía de los maniqueos y en la ley de Mahoma. Asimismo son muchas y estrictas las ordenanzas de la ley judaica, que prohíbe comer la sangre y el sebo[264], y distingue entre animales puros e impuros para comer su carne[265]. E incluso la misma fe, limpia y serena de toda nube de ceremonia, aun así mantiene el uso de ayunos, abstinencias y otras mortificaciones y humillaciones del cuerpo, como cosas reales y no figurativas. La raíz y razón de todas esas prescripciones es, aparte de la ceremonia, la consideración de esa

---

263 Según Spedding, en el *Basilicon doron*, libro III.
264 Lev. 7, 23-27.
265 Lev. 11, 1-30.

dependencia que tienen los afectos de la mente respecto del estado y disposición del cuerpo. Y si alguien de débil juicio pensare que este padecer del espíritu por causa del cuerpo pone en cuestión la inmortalidad o menoscaba la soberanía del alma, se le puede enseñar con ejemplos fáciles que el niño en el vientre de su madre sufre con ella y no obstante es separable, y que el monarca más absoluto es a veces conducido por sus servidores y ello no implica sometimiento. En cuanto al conocimiento contrario, que es el de la operación de las ideas y pasiones del espíritu sobre el cuerpo, vemos que todos los médicos prudentes, al prescribir un régimen a sus pacientes, consideran siempre los *accidentia animi*[266], como cosa de gran fuerza para potenciar o entorpecer los remedios o curaciones; y más especialmente es una indagación de gran hondura y valor tocante a la imaginación, la de cómo y hasta qué punto altera el cuerpo del que imagina. Pues, si bien tiene un poder evidente para hacer daño, no se sigue que lo tenga igual para beneficiar; como no se puede concluir, porque haya aires pestilentes capaces de matar de repente a un hombre sano, que tenga que haber aires soberanos capaces de curar de repente a un enfermo. La investigación de esta parte es de gran utilidad, si bien requiere, como dijo Sócrates, *un buceador de Delos*[267], por ser difícil y profunda. Mas, para todo este conocimiento *de communi vinculo*[268], de las concordancias entre el espíritu y el cuerpo, la parte más necesaria de la indagación es la que considera los asientos y domicilios que las diversas facultades de la mente toman y ocupan en los órganos del cuerpo: conocimiento que ha sido intentado, y es debatido, y merece ser mucho mejor buscado. Pues la opinión de Platón, que colocó el entendimiento en el cerebro, el valor (que él impropiamente llamó ira, siendo así que tiene mayor comunidad con el orgullo) en el corazón, y la concupiscencia o sensualidad en el hígado[269], no merece ser desdeñada, pero mucho menos aprobada. Con lo dicho hemos dejado constituida, pues (conforme a nuestro deseo y parecer), la inquisición tocante a la naturaleza humana entera, como justa porción del conocimiento que debe ser tratada aparte.

X.1. El conocimiento concerniente al cuerpo humano se divide igual que el bien del cuerpo humano, al cual se refiere. El bien del cuerpo humano es de cuatro clases, a saber, salud, belleza, fuerza y placer; así, los conocimientos son la medicina o arte de curar, el

266 Estados de ánimo.
267 Diógenes Laercio, *Sócrates* (II, 22).
268 Del vínculo común.
269 *Timeo*, 69-71.

arte del adorno, que se llama cosmética, el arte de la actividad, que se llama atlética, y el arte de lo voluptuoso, que Tácito llama acertadamente *eruditus luxus*[270]. Este asunto del cuerpo humano es de todas las cosas de la naturaleza la más suceptible de enmienda, pero también esa enmienda es la más suceptible de error. Pues la propia sutileza del asunto es a la vez ocasión de grandes consecuciones y fáciles fracasos, y por ende su indagación debería ser tanto más precisa.

2. Hablando, pues, de la medicina, resumiendo lo que ya hemos dicho y ascendiendo un poco más, diremos que la antigua opinión de que el hombre es un microcosmos, un compendio o modelo del mundo, ha sido fantásticamente exagerada por Paracelso y los alquimistas, como si en el cuerpo humano se pudieran encontrar correspondencias y paralelismos con todas las variedades de cosas, como estrellas, planetas, minerales, que existen en el mundo grande. Ahora bien, es evidentemente cierto que, de todas las sustancias que la naturaleza ha producido, el cuerpo humano es la más compuesta. Pues vemos que las hierbas y plantas se nutren de tierra y agua; las bestias, en su mayor parte de hierbas y frutos; el hombre de la carne de bestias, aves y peces, hierbas, granos, frutos, agua, y de las múltiples alteraciones, condimentaciones y preparaciones de esos varios cuerpos antes de que lleguen a ser comida y alimento suyo. Añádase a esto que las bestias tienen un modo de vida más simple, y menos cambio de afectos que actúe sobre sus cuerpos, mientras que el hombre, en su vivienda, sueño, ejercicio, pasiones, conoce infinitas variaciones, y no se podrá negar que el cuerpo del hombre es de todas las cosas la masa más compuesta. El alma, en cambio, es la más simple de las sustancias, como está bien expresado en

purumque reliquit
Aethereum sensum atque aurai simplicis ignem[271].

De suerte que no es maravilla que el alma así situada no conozca descanso, si es cierto ese principio de que *Motus rerum est rapidus extra locum, placidus in loco*[272]. Pero vayamos a lo nuestro. Esta composición variable del cuerpo humano lo ha hecho como un instrumento que fácilmente se desafina; y por eso los poetas hicieron

---

270 Voluptuosidad refinada. *Anales*, XVI, 18.

271 Y deja inmaculados el sentido etéreo y la llama del espíritu simple. Virgilio, *Eneida*, VI, 746-747.

272 El movimiento de las cosas es rápido cuando están fuera de su lugar, sosegado cuando están en él.

bien en unir la música y la medicina en Apolo[273], porque el oficio de la medicina no es otro que el de afinar esa arpa extraña que es el cuerpo humano y llevarla a armonía. Ahora bien, del ser tan variable el objeto se ha seguido que el arte fuera más conjetural; y el arte, al ser conjetural, ha dejado tanto mayor espacio a la impostura. Pues casi todas las demás artes y ciencias se juzgan por acciones u obras maestras, si se me permite llamarlo así, y no por las conclusiones y desenlaces. Al abogado se le juzga por la calidad de su argumentación, no por el fallo de la causa. Al capitán de una nave se le juzga por la correcta dirección de su curso, no por la fortuna de la travesía. Pero el médico, y tal vez también el político, carece de acciones particulares que demuestren su capacidad, antes bien es juzgado sobre todo por el desenlace, que siempre es según se mire: pues ¿quién puede decir, si un paciente se muere o se recupera, o si un estado se mantiene o se arruina, si ello ha sido por arte o por accidente? Y por eso muchas veces al impostor se le premia, y al hombre de talento se le critica. Más aún, vemos que la debilidad y la credulidad de los hombres son tales que a menudo prefieren un charlatán o hechicero a un médico instruido. Por eso los poetas tuvieron buena vista para discernir esta extremada necedad cuando hicieron a Esculapio y Circe hermanos[274], hijos ambos del sol, como en los versos:

Ipse repertorem medicinae talis et artis
Fulmine Phoebigenam *Stygias detrusit ab undas*[275];

y

Dives inaccessos ubi Solis filia *lucos*[276], etcétera.

Pues en todos los tiempos, en la opinión de la multitud, los brujos, las viejas y los impostores han competido con los médicos. ¿Y qué se sigue de ello? Pues esto, que los médicos se dicen a sí mismos, como lo expresa Salomón en ocasión más alta: *Si me ha de suceder como a los necios, ¿por qué voy a trabajar por ser más sabio?*[277] Y por eso no puedo yo culpar mucho a los médicos porque por lo

[273] Cf. Ovidio, *Metamorfosis,* I, 521.
[274] Esculapio, el dios de la medicina, y Circe, la hechicera.
[275] El mismo (Júpiter) con su rayo arrojó a las ondas de la Estigia al *hijo de Febo,* el descubridor de la medicina y sus artes. Virgilio, *Eneida,* VII, 772.
[276] Donde la opulenta *hija del Sol,* los bosques inaccesibles... Virgilio, *Eneida,* VII, 11.
[277] Ecl. 2, 15.

regular suelan cultivar alguna otra arte o práctica que estiman más que su profesión. Pues los hay que son anticuarios, poetas, humanistas, estadistas, mercaderes, teólogos, y en cada una de esas ocupaciones más peritos que en su profesión; y sin duda por este motivo, que ven que a la mediocridad o excelencia en su arte no corresponde una diferencia de lucro o estimación, porque la debilidad de los pacientes, la dulzura de la vida y la naturaleza de la esperanza hacen a los hombres depender de los médicos con todos sus defectos. Ahora bien, estas cosas de que hemos hablado se producen por la combinación de un poco de ocasión y un mucho de desidia y descuido; pues si espoleamos y avivamos nuestra observación veremos en ejemplos de todos conocidos hasta dónde llega el imperio de la sutileza de espíritu sobre la variedad de materia o forma. Nada hay más variado que los rostros y semblantes, y sin embargo se pueden conservar en la memoria sus infinitas distinciones; más aún, un pintor con unos pocos cuencos de colores, y la ventaja que le dan su vista y su imaginación experta, es capaz de imitar todos los que han sido, son o serán, si se le ponen delante. Nada hay más variado que las voces, y sin embargo también es posible distinguirlas de una persona a otra; más aún, un bufón o actor imita todas las que quiera. Nada hay más variado que los diferentes sonidos de las palabras, y sin embargo se ha encontrado la manera de reducirlos a unas cuantas letras simples. De modo que no es la insuficiencia o incapacidad de la mente humana, sino el aplicarla demasiado de lejos, lo que origina esos extravíos e incomprensiones. Pues así como los sentidos de lejos están llenos de error, pero de cerca son exactos, lo mismo sucede con el entendimiento, y el remedio no está en aguzar o reforzar el órgano, sino en aproximarse más al objeto; así pues, no hay duda de que si los médicos aprendieran y usaran los verdaderos accesos y avenidas de la naturaleza, podrían hacer suyo lo que dice el poeta:

Et quoniam variant morbi, variabimus artes;
Mille mali species, mille salutis erunt[278].

Que así hicieran es cosa que merece la nobleza de su arte, bien figurada por los poetas, que hicieron a Esculapio hijo del sol, éste fuente de vida y aquél como un segundo manantial; pero infinitamente más dignificada por el ejemplo de nuestro Salvador, que hizo al cuerpo del hombre objeto de sus milagros, como al alma objeto de su doctrina. Pues no leemos que condescendiera nunca a hacer un

[278] Y, ya que las enfermedades varían, variaremos las artes: a mil clases de mal, mil remedios habrá. Ovidio, *De remediis amoris*, 525.

milagro en cuestiones de honor, ni de dinero (excepto aquél para dar tributo al César[279]), sino únicamente para la conservación, sustento y curación del cuerpo humano.

3. La medicina es una ciencia que ha sido, como hemos dicho, más profesada que trabajada, y aun así más trabajada que adelantada; habiendo sido el trabajo hecho, a mi juicio, más en círculo que en progresión. Pues encuentro en ella mucha reiteración, pero poco incremento. Considera las causas de las enfermedades, con sus ocasiones u orígenes; las enfermedades mismas, con sus síntomas, y los remedios, con las maneras de prevenir[280]. Las deficiencias que me parece conveniente señalar, que no son sino unas pocas de entre muchas, y de las más visibles y manifiestas, las voy a enumerar, sin asignarles lugar.

4. La primera es el abandono de aquella antigua y seria diligencia de Hipócrates, que tenía por costumbre escribir una relación de los casos particulares de sus pacientes, de cómo evolucionaban y cómo eran sentenciados por la curación o la muerte. Teniendo así un ejemplo propio en el padre del arte, no necesito aducir un ejemplo ajeno, el de la prudencia de los hombres de leyes, que ponen cuidado en dar cuenta de los casos y decisiones nuevos para dirección de los juicios futuros. Esta continuación de la historia medicinal la encuentro deficiente, entendiendo que no debe ser tan infinita que se extienda a todos los casos comunes, ni tan restringida que no admita más que prodigios: pues hay muchas cosas nuevas en la manera que no lo son en el género; y si uno se lo propone, hallará mucho digno de observar.

5. En el estudio que se hace de la anatomía encuentro mucha deficiencia: pues se estudian las partes, y sus sustancias, formas y ubicaciones, pero no las diversidades de las partes, ni la interioridad de los conductos ni los asientos o depósitos de los humores, ni tampoco mucho las huellas e impresiones de las enfermedades. Esta omisión imagino que se debe a que la primera indagación puede ser satisfecha con la visión de una o unas pocas disecciones, pero la segunda, al ser comparativa y casuística, ha de brotar de la visión de muchas. Y en cuanto a la diversidad de las partes, no cabe duda de que la factura o conformación de las partes interiores admite tanta diferencia como la de las exteriores, y en ello reside la causa constitucional[281] de muchas enfermedades; y por no atender a esto mu-

[279] Mt. 17, 27.
[280] En el *De augmentis* se divide la medicina en conservación de la salud, curación de las enfermedades y prolongación de la vida, quejándose el autor del imperfecto tratamiento de lo primero y del desprecio de lo último.
[281] En el original *cause continent*, expresión tomada de Celso.

chas veces se echa la culpa a los humores, que no la tienen, estando el fallo en la propia hechura y mecánica de la parte, y no pudiendo ser eliminado mediante medicina alterativa, sino que hay que corregirlo y paliarlo con regímenes y medicinas comunes[282]. Y en cuanto a los conductos y poros, es verdad lo que ya se señaló antiguamente, que los más sutiles no se aprecian en las disecciones, porque, aunque abiertos y visibles en los cuerpos vivos, en los muertos están cerrados y ocultos. Ahora bien, aunque la inhumanidad de la *anatomía vivorum*[283] fue por Celso justamente reprobada[284], empero, habida cuenta de la gran utilidad de esa clase de observación, no era preciso que por tan poco motivo se renunciara sin más a la investigación, o se la dejara a la práctica casual de la cirugía, sino que bien podía haber sido desviada a la disección de animales vivos, que, pese a la desemejanza de sus partes, puede satisfacer cumplidamente este estudio. Y en cuanto a los humores, en las disecciones se los suele pasar por alto como purgantes, siendo así que es sumamente necesario observar qué cavidades, nidos y receptáculos encuentran en las partes, con la diferente clase de humor así alojada y recogida. Y en cuanto a las huellas de las enfermedades, y sus devastaciones de las partes interiores, supuraciones, ulceraciones, cesaciones, putrefacciones, consunciones, contracciones, extensiones, convulsiones, dislocaciones, obstrucciones, repleciones, junto con todas las sustancias anormales, como piedras, carnosidades, excrecencias, vermes, etcétera, deberían haber sido exactamente observadas mediante multitud de disecciones y la aportación de las diversas experiencias de cada cual, y cuidadosamente anotadas, tanto históricamente según su apariencia como técnicamente con referencia a las enfermedades y síntomas que resultaron de ellas, en el caso de que la disección sea de un paciente difunto; mientras que ahora al abrir los cuerpos se las pasa por alto descuidadamente y sin comentario.

6. En la indagación de las enfermedades se renuncia a la curación de muchas, de unas afirmando que por su propia naturaleza son incurables, y de otras que pasó el momento en que se pudieron curar, de suerte que Sila y los triunviros no condenaron a la muerte a tantos hombres como hacen éstos con sus edictos de ignorancia; de los cuales, sin embargo, escapan muchos con menos dificultad que de las proscripciones romanas. Por eso no vacilo en señalar como deficiencia el que no se inquiera el perfecto remedio de muchas enfermedades, o de sus grados extremos, antes bien declarándolas incura-

---

282 Es decir, no con remedios drásticos, sino suaves y constantes.
283 Vivisección.
284 Véase Celso, *De medicina*, I, 1.

bles se promulga una ley que legitima el descuido y exonera de descrédito a la ignorancia.

7. Más aún, estimo ser oficio del médico no sólo restaurar la salud, sino mitigar el dolor y los sufrimientos, y no sólo cuando esa mitigación pueda conducir a la recuperación, sino cuando pueda lograrse con ella un tránsito suave y fácil; pues no es pequeña bendición esa *eutanasia* que César Augusto deseaba para sí[285], y que fue especialmente notada en la muerte de Antonino Pío, que fue a modo y semejanza de un adormecimiento dulce y placentero. Así está escrito en Epicuro, que después que fue desahuciado ahogó su estómago y sus sentidos con gran ingestión de vino, a propósito de lo cual se hizo el epigrama: *Hinc Stygias ebrius hausit aquas,* no estaba lo bastante sobrio para gustar ninguna amargura en el agua de la Estigia[286]. Mas los médicos, al contrario, tienen casi por ley y religión el seguir con el paciente después de desahuciado, mientras que, a mi juicio, debieran a la vez estudiar el modo y poner los medios de facilitar y aliviar los dolores y agonías de la muerte.

8. En la consideración de los remedios de las enfermedades encuentro una deficiencia en las prescripciones indicadas para el tratamiento específico de cada enfermedad, pues los médicos han inutilizado el fruto de la tradición y la experiencia con sus magistrales, añadiendo y quitando y cambiando *quid pro quo*[287] en las recetas a su antojo, mandando y disponiendo sobre la medicina como ésta no puede mandar y disponer sobre la enfermedad. Porque, excepción hecha de la triaca y el mitridato, y últimamente del diascordio, con algunas pocas más, no se sujetan a ninguna fórmula rigurosa y religiosamente. Y por lo que respecta a los preparados que hay a la venta en las boticas, son para uso inmediato y no específicos, pues sirven para las intenciones genéricas de purgar, abrir, confortar, regular la digestión, y no resultan muy apropiados para las enfermedades concretas; y a esta causa obedece el que los empíricos y las comadres sean muchas veces más afortunados en sus tratamientos que los médicos entendidos, porque son más rigurosos en la composición de las medicinas. En esto, pues, reside la deficiencia que hallo, en que los médicos no han puesto por escrito y comunicado, valiéndose en parte de su práctica personal, en parte de las pruebas cons-

---

285 Suetonio, *Augusto,* XCIX. Bacon parece ser aquí el primer moderno que aboga por la eutanasia pasiva.

286 Diógenes Laercio, *Epicuro,* X, 15-16, donde, sin embargo, sólo se dice que Epicuro se dio un baño caliente y pidió que le sirvieran vino puro.

287 Esto por aquello. La expresión latina se empezó a usar en Inglaterra en el siglo XVI, precisamente para designar la sustitución de una sustancia medicinal por otra.

tantes que se describen en los libros y en parte de las tradiciones de los empíricos, ciertas medicinas experimentales para el tratamiento de enfermedades concretas, además de sus propias anotaciones conjeturales y magistrales. Pues así como en el estado romano los hombres de mejor composición eran los que siendo cónsules se inclinaban al pueblo, o siendo tribunos se inclinaban al senado, así en la materia que estamos tratando son los mejores médicos los que siendo doctos atienden a las tradiciones de la experiencia, o siendo empíricos atienden a los métodos del saber.

9. En la preparación de medicinas, encuentro extraño, sobre todo si se tiene en cuenta de qué modo se han alabado las medicinas minerales, y que son más seguras para las partes exteriores que para las interiores, que nadie se haya propuesto hacer una imitación artificial de los baños naturales y fuentes medicinales, de los cuales, sin embargo, se afirma que deben sus virtudes a los minerales; y no sólo esto, sino que se ha averiguado y distinguido de qué mineral concreto llevan mezcla, si de azufre, vitriolo, hierro, etcétera; y si esas composiciones se pudieran hacer artificialmente, se aumentaría su variedad, y se podría graduar mejor su efecto.

10. Por no descender a más detalles de lo que conviene a mi intención o a las dimensiones de esta obra, concluiré esta parte señalando otra deficiencia más, que me parece de suma importancia: que es que los tratamientos al uso son demasiado sumarios para alcanzar sus fines, pues, a mi entender, es vano e ilusorio pensar que haya medicina tan excelente o acertada que su prescripción o empleo baste para obrar grandes efectos sobre el cuerpo humano. Raro sería el discurso que con sólo dicho, o dicho a menudo, rescatara a un hombre de un vicio al que por naturaleza estuviera sometido. Son el orden, la perseverancia, la sucesión y la alternancia de aplicación los que tienen poder en la naturaleza; lo cual, aunque requiera un más exacto conocimiento en la prescripción y una más precisa obediencia en la aplicación, empero queda recompensado por la magnitud de los efectos. Y aunque por las visitas diarias de los médicos se pudiera pensar que hay alguna continuidad en el tratamiento, basta examinar sus prescripciones y administraciones para ver que son cosas inconstantes y del día, sin providencia o plan fijo. No es que toda prescripción escrupulosa o meticulosa haya de ser eficaz, como no todo camino recto lleva al cielo; pero el acierto de la dirección debe preceder a la severidad de la observancia.

11. En cuanto a la cosmética, hay partes de ella que son de civilidad, y partes que son de afeminamiento. Pues siempre se ha pensado que la limpieza corporal procede de una reverencia debida a Dios, a la sociedad y a nosotros mismos. En cuanto al adorno arti-

ficial, bien se merece las deficiencias que muestra, pues ni es tan fino que engañe, ni su uso es sano, ni su resultado agradable [288].

12. Por lo que respecta a la atlética, la tomo en su sentido amplio, es decir, en el de todo grado de capacidad a que pueda ser llevado el cuerpo humano, ya sea de actividad o de resistencia; de las cuales la actividad tiene dos partes, fuerza y celeridad, y la resistencia otras dos, reciedumbre frente a las privaciones y rigores y resistencia al dolor o tormento; de lo cual vemos el ejercicio en los saltimbanquis, en los salvajes y en los que sufren castigo; aún más, si hubiere alguna otra facultad no incluida en ninguna de las anteriores divisiones, como es en los buceadores el adquirir un extraño poder de contener la respiración, etcétera, la remito a esta parte. De estas cosas se conoce la práctica, pero la filosofía correspondiente no ha sido muy indagada, y tanto menos, creo yo, porque se supone que se llegue a ellas por una aptitud natural, que no se puede enseñar, o bien sólo por un hábito continuo, que basta con prescribir; y, aunque ello no sea cierto, renuncio aquí a señalar deficiencia alguna, pues los Juegos Olímpicos ha mucho que se extinguieron, y para fines útiles es suficiente la mediocridad en estas cosas; en cuanto a la excelencia en ellas, casi nunca sirve para otra cosa que para mercenaria ostentación.

13. En cuanto a las artes del placer sensual, la principal omisión que hay en ellas es la de leyes que las repriman. Pues, si ha sido bien observado que las artes que florecen en aquellas épocas en que crece la virtud son las marciales, y mientras la virtud está en pleno vigor las liberales, y cuando la virtud va declinando las voluptuosas, por lo mismo me temo que esta época presente del mundo esté un poco en el movimiento descendente de la rueda. Con las artes voluptuosas emparejo las prácticas jocundas, pues el engaño de los sentidos es uno de los placeres de ellos. En cuanto a los juegos de entretenimiento, los considero incluidos dentro de la vida y educación civiles. Y hasta aquí por lo que respecta a esa filosofía humana particular que se refiere al cuerpo, que no es sino tabernáculo del espíritu [289].

---

[288] Por adorno artificial hay que entender, según se declara en el *De augmentis*, la pintura del rostro, que a Bacon le gustaría ver prohibida.

[289] En este punto del *De augmentis* se habla, entre las artes voluptuosas, de la música y la pintura, aquí no mencionadas quizá por descuido, y que, naturalmente, no le parecen a Bacon reprobables. En la obra latina se dice que las artes placenteras son tantas cuantos son los sentidos, y que las más estimables son las relativas a la vista (no sólo la pintura, sino también la decoración, la jardinería, etc.) y al oído (la música). Lo que hay que reprimir es el exceso en perfumes o en comidas exquisitas, y sobre todo cuanto incite a la concupiscencia.

XI.1. En cuanto al conocimiento humano concerniente al espíritu, tiene dos partes, una que estudia la sustancia o naturaleza del alma o espíritu, otra que estudia sus facultades o funciones. A la primera de las dos pertenecen las consideraciones acerca del origen del alma, si es innata o adventicia, y hasta qué punto escapa a las leyes de la materia, y acerca de su inmortalidad, y muchas otras cuestiones, que no han sido más laboriosamente indagadas que diversamente decididas, de suerte que el trabajo que a ello se ha dedicado más parece haber sido en un laberinto que a lo largo de un camino. Mas, aunque opino que este conocimiento puede ser indagado con mayor veracidad o corrección, aun en lo natural, de lo que ha sido, empero sostengo que al final ha de ser limitado por la religión, o caerá en engaños e ilusiones; pues así como en la creación la sustancia del alma no fue extraída de la masa del cielo y de la tierra mediante la bendición de un *producat,* sino que fue inmediatamente inspirada desde Dios [290], así no es posible que esté sujeta, si no es por accidente, a las leyes del cielo y de la tierra, que constituyen el objeto de la filosofía; y por lo tanto el verdadero conocimiento de la naturaleza y estado del alma debe venir de la misma inspiración que dio su sustancia [291]. De esta parte del conocimiento tocante al alma hay dos apéndices, que, del modo en que han sido tratados, más han emanado fábulas que irradiado verdad, y que son la adivinación y la fascinación.

2. De la adivinación hay una división antigua y acertada en artificial y natural, de las cuales la artificial es aquella en que la mente hace una predicción por argumentación, deduciendo de signos e indicios, y la natural es aquella en que la mente tiene un presentimiento por un poder interior, sin la incitación de un signo. La artificial es de dos clases, según que la argumentación vaya aparejada a una derivación de causas, y entonces es racional, o que solamente se funde en una coincidencia de efectos, y entonces es experimental; y esta última casi siempre es supersticiosa, como eran las observaciones paganas acerca de la inspección de sacrificios, los vuelos de las aves, los enjambres de abejas, y como era la astrología de los caldeos, etcétera. En cuanto a la adivinación artificial [292], sus diversas clases se reparten entre los conocimientos particulares. El astrónomo

---

[290] Cf. Gén. 1 y 2, 7.

[291] En la versión latina se distingue entre alma racional e irracional; sólo a la primera, privativa del hombre, se refiere este texto. El alma irracional, común al hombre y el animal, *anima sensibilis sive producta,* se puede estudiar de modo natural, pero Bacon opina que no ha sido bien hecho ese estudio.

[292] Así en el original, aunque parece que lógicamente debería decir *adivinación artificial racional.*

tiene sus predicciones, como son las de conjunciones, aspectos, eclipses, etcétera. El médico tiene las suyas de muerte, de curación, de los síntomas y desenlaces de las enfermedades. También las hay en política: *O urbem venalem, et cito perituram, si emptorem invenerit!*[293], que no tardó mucho en cumplirse, primero con Sila y después con César. Mas, como estas predicciones no nos conciernen ahora, las dejaremos para otro lugar. De lo que ahora estamos hablando es de la adivinación que brota de la naturaleza interior del alma, y que se ha considerado de dos clases, primitiva y por influjo. La primitiva se funda en la suposición de que la mente, cuando está recogida y replegada sobre sí y no difusa por los órganos del cuerpo, posee cierto margen y latitud de premonición, que por lo mismo se manifiesta más en el sueño, en los éxtasis y en la proximidad de la muerte, y más raramente en la vigilia, y que es inducida y fomentada por aquellas abstinencias y observancias que más llevan a la mente a tratar consigo misma. La adivinación por influjo se funda en la idea de que la mente, a manera de espejo o cristal, puede recibir iluminación de la presciencia de Dios y los espíritus, a lo cual conduce igualmente ese mismo régimen. Pues el retiro de la mente a sí misma es el estado más susceptible a los influjos divinos, salvo que en este caso va acompañado de un fervor y elevación, lo que los antiguos denominaban *furia,* y no, como en el otro, de un reposo y calma.

3. La fascinación es el poder y acción intensivos de la imaginación sobre otros cuerpos distintos del de quien imagina (pues de eso ya hemos hablado en su lugar debido): en lo cual la escuela de Paracelso y los seguidores de la pretendida magia natural han sido tan descomedidos que han exaltado el poder de la imaginación hasta identificarlo con el de la fe milagrosa; otros, que se acercan más a lo probable, aduciendo en apoyo de su opinión las comunicaciones secretas de las cosas, y en particular el contagio que pasa de un cuerpo a otro, piensan que igualmente sería conforme a la naturaleza que hubiera ciertas transmisiones y operaciones de un espíritu a otro, sin mediación de los sentidos: de donde se han originado esas ideas, ahora ya casi de uso común, del genio dominante, la fuerza de la confianza, etcétera. Emparentado con esto está el estudio de cómo acrecentar y fortalecer la imaginación; pues si la imaginación fortalecida tiene poder, entonces es importante saber fortalecerla y exaltarla. Y aquí entra sinuosa y peligrosamente una excusa de gran parte de la magia ceremonial. Pues se puede sostener que las cere-

[293] ¡Oh ciudad venal, y qué pronto se ha de perder si encuentra comprador! Salustio, *Guerra de Yugurta,* XXXV, 10.

monias, los signos y los encantamientos no obran por ningún contrato tácito o sacramental con los malos espíritus, sino que únicamente sirven para fortalecer la imaginación de quien los utiliza; como dice la iglesia de Roma que las imágenes fijan el pensamiento y acrecientan la devoción de los que oran ante ellas. Mas mi opinión personal es que, si se admite que la imaginación tiene poder, y las ceremonias fortalecen la imaginación, y se usan sincera e intencionadamente con ese propósito, aun así yo las consideraría ilícitas, como contrarias a aquel primer precepto que Dios dio al hombre, *In sudore vultus comedes panem tuum* [294]. Pues quienes tal sostienen presentan esos nobles efectos que Dios ha propuesto al hombre para ser comprados al precio del trabajo como algo que se puede alcanzar mediante unas pocas observancias fáciles y perezosas. En estos conocimientos no señalaré deficiencias, aparte de la general de que no se sabe cuánto hay en ellos de verdad y cuánto de ilusión.

XII.1. El conocimiento relativo a las facultades de la mente humana es de dos clases, una concerniente a su entendimiento y razón y la otra a su voluntad, apetito y afecto, de las cuales la primera produce afirmación o mandato, la segunda acción o ejecución. Es verdad que la imaginación es agente o *nuncius* [295] en ambas provincias, así en la judicial como en la ministerial. Pues el sentido informa a la imaginación antes de que la razón haya juzgado, y la razón informa a la imaginación antes de que el decreto sea puesto en práctica, pues la imaginación precede siempre al movimiento voluntario; salvo que este Jano de la imaginación tiene rostros diversos, porque el rostro que tiene vuelto hacia la razón lleva la impronta de la verdad, pero el que tiene vuelto hacia la acción lleva la impronta del bien, a pesar de lo cual son rostros

Quales decet esse sororum [296].

Tampoco es la imaginación simple y solamente mensajera, sino que en sí está investida de no pequeña autoridad, o cuando menos la usurpa, además de su obligación de llevar mensajes. Pues bien dijo Aristóteles que *la mente tiene sobre el cuerpo ese dominio que el señor tiene sobre el subordinado, pero la razón tiene sobre la imaginación ese dominio que el magistrado tiene sobre el ciudadano libre* [297], que a su vez puede también llegar a mandar. Pues vemos

[294] Comerás el pan con el sudor de tu rostro. Gén. 3, 19.
[295] Embajador.
[296] Como de hermanas. Ovidio, *Metamorfosis,* II, 14.
[297] *Política,* I, 5, 1260a.

que en las cuestiones de fe y religión elevamos nuestra imaginación por encima de la razón, lo cual es causa de que la religión haya buscado siempre acceso a la mente por semejanzas, tipos, parábolas, visiones, sueños. Y asimismo en toda persuasión obtenida mediante la elocuencia y otras impresiones de análoga naturaleza, que pintan y disfrazan la verdadera apariencia de las cosas, es la imaginación lo que convence a la razón. No hallando, sin embargo, ninguna ciencia que propia o adecuadamente corresponda a la imaginación, no veo motivo para alterar la antedicha división. Pues, por lo que respecta a la poesía, es más un placer o juego de la imaginación que una obra o función de ella. Y si es una obra, no estamos hablando ahora de las partes del saber que nacen de la imaginación, sino de las ciencias que tratan de ella y la estudian; como no hablaremos ahora de los conocimientos que nacen de la razón (pues eso abarca toda la filosofía), sino de los que tratan de la facultad racional y la investigan; de modo que la poesía ya tuvo su lugar debido. Y por lo que respecta al poder de la imaginación en la naturaleza, y la manera de fortalecerla, lo hemos mencionado en la doctrina *de anima*[298], que es a donde más propiamente pertenece. Y finalmente en cuanto a la razón imaginativa o insinuativa, que es el objeto de la retórica, nos parece mejor remitirla a las artes de la razón. De modo que nos contentamos con la antedicha división, que la filosofía humana referente a las facultades de la mente humana tiene dos partes, una racional y otra moral.

2. La parte racional de la filosofía humana es de todos los conocimientos el menos deleitoso para la mayoría de los ingenios, y no parece sino una red de sutileza y espinosidad. Pues, así como se dijo con verdad que el conocimiento es *pabulum animi*[299], así en la naturaleza del apetito humano por este alimento la mayoría de los hombres muestran tener el gusto y estómago de los israelitas en el desierto, que gustosamente habrían vuelto *ad ollas carnium*[300] y estaban cansados del maná, que, aunque fuera celestial, empero parecía menos nutritivo y sabroso. Así por regla general suelen gustar aquellos conocimientos que vienen envueltos en carne y hueso: la historia civil, la moral, la política, que tratan y giran en torno a los afectos de los hombres, sus alabanzas, sus fortunas, mientras que esta *lumen siccum*[301] reseca y molesta a las naturalezas acuosas y blandas de la mayoría. Mas, si hemos de hablar verazmente de las cosas en

---

298 Sobre el alma.

299 Alimento del espíritu. Cf. Cicerón, *Academica*, II, 41 (127), y *De senectute*, XIV, 49.

300 A las ollas de carne. Núm. 11, 4-6.

301 Cf. *supra*, I, I, 3 y nota 18.

lo que valen, tendremos que decir que los conocimientos racionales son las llaves de todas las demás artes: pues, como afirma Aristóteles oportuna y elegantemente, que *la mano es el instrumento de los instrumentos, y la mente es la forma de las formas*[302], así de éstos se puede afirmar que son el arte de las artes; y que no sólo dirigen, sino que confirman y refuerzan, lo mismo que la costumbre de tirar no capacita solamente para hacer un tiro más certero, sino también para tirar con un arco más fuerte.

3. Las artes intelectuales son en número de cuatro, divididas conforme a los fines a que se ordenan: pues el cometido del hombre es descubrir aquello que se busca o propone, o juzgar aquello que se descubre, o retener aquello que se juzga, o comunicar aquello que se retiene. De suerte que las artes deben ser cuatro: el arte de la indagación o invención, el arte del examen o juicio, el arte de la custodia o memoria y el arte de la elocuencia o tradición.

XIII.1. La invención es de dos clases, que difieren mucho entre sí: una de las artes y ciencias, y la otra del discurso y argumentos. La primera la encuentro omitida, con una omisión que me parece ser como si al hacer el inventario de las posesiones de un difunto se escribiera que *no hay dinero en efectivo:* pues así como con el dinero se obtienen todos los demás bienes, así este conocimiento es aquel con que se compran todos los restantes. Y así como no se habrían descubierto las Indias Occidentales si antes no se hubiera descubierto el empleo de la aguja de marear, aunque lo uno sean vastas regiones y lo otro un pequeño movimiento, así no ha de extrañar que no se descubran nuevas ciencias, si se ha pasado por alto el arte mismo de la invención y el descubrimiento.

2. Que esta parte del conocimiento falta es cosa a mi juicio evidente: pues, en primer lugar, la lógica no se propone inventar ciencias o los axiomas de las ciencias, sino que lo pasa por alto con un *Cuique in sua arte credendum*[303]. Y Celso lo reconoce seriamente cuando, hablando de las sectas empírica y dogmática de los médicos, dice que *primero se descubrieron las medicinas y remedios, y luego se discutieron las razones y causas, pero no se averiguaron primero las causas, a la luz de ellas descubriendo las medicinas y remedios*[304]. Y Platón señala bien en su *Teeteto* que *los particulares son infinitos, y las generalidades de orden superior no dan suficiente dirección;* y

---

302 *Sobre el alma,* III, VIII (432a).

303 Hay que dar crédito a cada uno en lo que se refiere a su arte. Cf. Aristóteles, *Analíticos primeros,* I, 30 (46a).

304 *De medicinà,* I, 1. No es opinión de Celso, quien la pone en boca de los empíricos.

que *el meollo de todas las ciencias, en lo que el perito se distingue del inexperto, se encuentra en las proposiciones medias, que en cada conocimiento particular están tomadas de la tradición y la experiencia*[305]. Y por eso vemos que los que hablan de las invenciones y orígenes de las cosas más los atribuyen al azar que al arte, y más a bestias, aves, peces y serpientes que a hombres.

Dictamnum genetrix Cretaea carpit ab Ida,
Puberibus caulem foliis et flore comantem
Purpureo: non illa feris incognita capris
Gramina, cum tergo volucres haesere sagittae[306].

De suerte que no es extraño (siendo costumbre en la Antigüedad divinizar a los inventores) que los egipcios tuvieran tan pocos ídolos humanos en sus templos, sino casi todos brutos:

Omnigenumque Deum monstra, et latrator Anubis,
Contra Neptunum et Venerem, contraque Minervam[307], etcétera.

Y si se prefiere la tradición de los griegos, y se atribuyen los primeros descubrimientos a hombres, aun así antes se creerá que Prometeo primero golpeó los pedernales, y se quedó asombrado ante la chispa, que no que cuando primero los golpeó esperaba la chispa; de donde vemos que el Prometeo de las Indias Occidentales no tenía inteligencia con el europeo, por la escasez en ellas del pedernal, que fue lo que suministró la primera ocasión. De suerte que parece que más estén en deuda los hombres hasta ahora con una cabra salvaje por la cirugía, o con un ruiseñor por la música, o con el ibis por alguna parte de la medicina, o con la tapadera de la olla que salió por los aires por la artillería, o en general con el azar o cualquier otra cosa, que con la lógica, por la invención de artes y ciencias. Ni es muy distinta la forma de invención que describe Virgilio:

Ut varias usus meditando extunderet artes
Paulatim[308].

---

305 No se encuentra esto en el *Teeteto*; pero véase, p. ej., *Filebo*, 16c-17e.

306 Del cretense Ida arranca la madre (Venus) un tallo de díctamo, vestido de vellosas hojas y purpúrea flor; no es desconocida esa planta por las cabras salvajes, cuando las aladas saetas se incrustan en sus flancos. Virgilio, *Eneida*, XII, 412-415. Aristóteles y Cicerón, entre otros, dan testimonio del uso que las cabras cretenses hacen del díctamo para curarse de sus heridas.

307 Y toda clase de dioses monstruosos, y el ladrador Anubis (toman armas) contra Neptuno, Venus y Minerva. Virgilio, *Eneida*, VIII, 698-699.

308 Para que la práctica reiterada fuera extrayendo poco a poco las diversas artes. *Geórgicas*, I, 133.

Pues si se observan bien las palabras, no es otro método que aquel de que son capaces los brutos, y que ejercitan: que es *un continuado intento o práctica de alguna cosa, urgido e impuesto por una necesidad absoluta de conservación del ser;* pues así dice Cicerón con mucha verdad, *Usus uni rei deditus et naturam et artem saepe vincit*[309]. Y por eso, si de los hombres puede decirse que

labor omnia vincit
Improbus, et duris urgens in rebus egestas[310],

también se dice de las bestias: *Quis psittaco docuit suum* χαῖρε?[311] ¿Quién enseñó al cuervo en una sequía a arrojar piedrecitas en el interior de un árbol hueco donde ve agua, para que así suba el nivel del agua y poder llegar a ella? ¿Quién enseñó a la abeja a navegar por tan vasto mar de aire, y encontrar el camino de regreso desde un campo en flor muy alejado de su colmena? ¿Quién enseñó a la hormiga a morder cada grano de trigo que entierra en su hormiguero, para que no eche raíz y crezca? Añádanse entonces la palabra *extundere,* que denota la extrema dificultad, y la palabra *paulatim,* que denota la extrema lentitud, y estamos donde estábamos, todavía entre los dioses de los egipcios: siendo poco lo que queda para la facultad de la razón, y nada para el oficio del arte, por lo que a asunto de invención se refiere.

3. En segundo lugar, la inducción de que hablan los lógicos, y que Platón parece haber conocido bien, en virtud de la cual cabe sostener que hayan sido descubiertos los principios de las ciencias, y las proposiciones medias por derivación de los principios, esta forma de inducción, digo, es totalmente defectuosa e incompetente: en lo cual el error de sus autores es tanto más grave cuanto que el deber del arte es perfeccionar y exaltar la naturaleza, pero ellos, al contrario, la han ofendido, insultado y vilipendiado. Pues el que atentamente observe cómo la mente recoge ese excelente rocío del conocimiento, semejante a aquel del que habla el poeta, *Aërei mellis coelestia dona*[312], destilándolo y extrayéndolo de particulares naturales y artificiales, como las flores del campo y del jardín, verá que la mente misma de suyo ejercita y practica una inducción mucho mejor que la que ellos proponen. Pues concluir de una enumeración de

309 A menudo la aplicación constante a una sola cosa aventaja a la capacidad natural y la destreza. *Pro Balbo,* XX, 45.
310 El trabajo venció todos los obstáculos, y la dura necesidad en circunstancias difíciles. Virgilio, *Geórgicas,* I, 145.
311 ¿Quién enseñó al loro a decir: «Buenos días»? Persio, «Prólogo», 8.
312 La miel aérea, regalo del cielo. Virgilio, *Geórgicas,* IV, 1.

particulares sin instancia contradictoria no es conclusión, sino conjetura: porque ¿quién puede asegurar (en muchas materias), basándose en aquellos particulares que aparecen de un lado, que no haya otros del lado contrario que no aparecen? Como si Samuel se hubiera contentado con los hijos de Jesé que le mostraron, y no hubiera contado con David, que estaba en el campo [313]. Y, a decir verdad, esta forma es tan burda, que no habría sido posible que ingenios tan sutiles como han tratado estas cosas la ofrecieran al mundo, de no ser porque se precipitaron a formular teorías y dogmas, y fueron autoritarios y desdeñosos para con los particulares, que acostumbraron utilizar meramente como *lictores* y *viatores* [314], guardias y maceros *ad summovendam turban* [315], para abrir paso y hacer sitio para sus opiniones, más que según su verdadera utilidad y función. Ciertamente es cosa que puede mover a religiosa admiración, el ver cómo las huellas del engaño son las mismas en la verdad divina y humana; pues así como en la verdad divina el hombre se resiste a hacerse como un niño, así en la humana el atender a las inducciones de que hablamos se ha tildado de segunda infancia o niñez.

4. En tercer lugar, admitiendo que algunos principios o axiomas fueran rectamente inducidos, aun así es cierto que, en materia natural, no se pueden deducir de ellos proposiciones medias por silogismo, esto es, por manipulación y reducción de ellos a principios en un término medio. Es verdad que en las ciencias populares, como son la moral, el derecho y otras semejantes, y aun en la teología (porque quiere Dios acomodarse a la capacidad de los más simples), esa forma puede ser útil; y asimismo en la filosofía natural, por vía de argumento o razón plausible, *Quae assensum parit, operis effoeta est* [316]; pero la sutilidad de la naturaleza y sus operaciones no se deja prender en esos lazos: porque los argumentos se componen de proposiciones, y las proposiciones de palabras, y las palabras no son sino los signos o señales corrientes de las ideas populares de las cosas; ideas que, si se recogen burda y variablemente de los particulares, no habrá examen laborioso de las consecuencias de la argumentación o de la verdad de las proposiciones que pueda corregir ese error, por estar éste, como dicen los médicos, en la primera digestión; y por eso no faltaba razón a tantos excelentes filósofos como se hicieron escépticos y académicos, y negaron toda certeza de conocimiento o comprensión, y sostuvieron que el conocimiento humano se extiende

---

313 1 Sam. 16, 10-11.

314 Los que en la antigua Roma precedían a los magistrados y les servían de escolta, respectivamente.

315 Para abrir paso entre la multitud.

316 Lo que suscita asentimiento no requiere mayor esfuerzo.

solamente a las apariencias y probabilidades. Es verdad que en Sócrates se tomaba esto por mera forma de ironía, *Scientiam dissimulando simulavit*[317], pues solía depreciar su conocimiento para exaltarlo; como el humor de Tiberio en sus comienzos, que quería reinar pero no lo reconocía[318]. Y también en la Academia posterior, que Cicerón abrazó, me temo que esta opinión de *acatalepsia*[319] no fuera sostenida sinceramente, pues todos cuantos sobresalían por su verbosidad parecen haber elegido esa secta, como la más idónea para lucir su elocuencia y sus veleidosos discursos, que más eran paseos de placer que viajes a un punto de destino. Pero sin duda muchos diseminados en ambas academias la sostuvieron con sutileza e integridad. Su principal error fue achacar el engaño a los sentidos, que a mi juicio, y pese a todas sus capciosas objeciones, son más que suficientes para certificar y comunicar la verdad, si no siempre de manera inmediata, sí por comparación, con la ayuda de instrumentos, y haciendo que las cosas que son demasiado sutiles para el sentido se traduzcan en algún efecto comprensible para él, y con otras asistencias semejantes. Deberían, en cambio, haberlo achacado a la debilidad de las potencias intelectuales, y a la manera de reunir las informaciones de los sentidos y concluir de ellas. Esto lo digo, no para depreciar la mente humana, sino para espolearla a buscar ayuda; pues no hay hombre, por hábil o experto que sea, que pueda a mano alzada trazar una línea recta o un círculo perfecto, cosa que puede hacerse fácilmente con el auxilio de una regla o compás.

5. Esta parte de la invención, concerniente al descubrimiento de ciencias, me propongo (si Dios me lo permite) exponerla en el futuro, habiéndola dispuesto en dos partes, de las cuales llamo a una *experientia literata* y a la otra *interpretatio naturae*[320], no siendo la primera sino un grado y rudimento de la segunda. Pero no quiero detenerme mucho ni hablar demasiado acerca de una promesa.

6. La invención de discursos o argumentos no es propiamente invención, pues inventar es descubrir lo que no se sabe, no recuperar o reinvocar lo ya sabido; y la práctica de esta invención no consiste sino en, del conocimiento que nuestra mente ya posee, extraer o llamar aquello que pueda ser pertinente para el propósito que tenemos entre manos. De suerte que, hablando con rigor, no se trata

317 Disimulando su saber, simulaba. Cf. Cicerón, *Academica,* II, V, 15.
318 Véase Tácito, *Anales,* I, 7.
319 Entre los escépticos, la imposibilidad de saber algo con certeza.
320 «Experiencia ilustrada» e «interpretación de la naturaleza». Cf. *Novum Organum,* I, 101 y 103. En el *De augmentis* se amplía esta parte con la descripción de distintas condiciones de la experimentación.

de invención alguna, sino de un recuerdo o sugestión, con la aplicación del mismo, y a eso se debe el que las escuelas lo coloquen después del juicio, como cosa subsiguiente y no precedente. Sin embargo, puesto que por igual llamamos cacería a la de ciervos que se hace en un coto cerrado o en un bosque abierto, y como ya ha obtenido ese nombre, la llamaremos invención, con tal que se entienda y tenga presente que el alcance y fin de esta invención es la disponibilidad y pronto empleo de nuestro conocimiento, y no ninguna adición o ampliación del mismo.

7. Para procurarse esa disponibilidad del conocimiento hay dos procedimientos, la preparación y la sugestión. El primero de ellos apenas parece parte del conocimiento, pues que consiste más en diligencia que en ninguna erudición trabajada. Y a propósito de esto Aristóteles se burla, con ingenio pero dañinamente, de los sofistas próximos a su tiempo, diciendo que *hacían como si uno que profesara el arte de hacer zapatos, en lugar de enseñar a hacerlos, se limitase a mostrar ya dispuestos muchos zapatos de todos los tipos y tamaños*[321]. Aun así, se podría replicar que el zapatero que no tuviera zapatos en su tienda, sino que trabajara solamente por encargo, tendría escasa clientela. Mas nuestro Salvador, hablando del conocimiento divino, dice que *el reino de los cielos es semejante a un buen amo de casa, que de lo que guarda saca lo nuevo y lo viejo*[322]; y vemos que los autores antiguos sobre retórica dan este precepto, que los oradores tengan a mano aquellos lugares de que hagan uso más frecuente, en toda la variedad que sea necesaria: para hablar, por ejemplo, a favor de la interpretación literal de la ley frente a la equidad, y a la inversa, o de las presunciones e inferencias frente al testimonio, y a la inversa. Y el propio Cicerón, avezado a ello por su mucha experiencia, declara llanamente que, sea lo que sea aquello de que uno tenga ocasión de hablar, puede tenerlo (si se toma esa molestia) de hecho premeditado, y preparado *in thesi* de modo que al llegar a un particular no le quede sino poner los nombres, tiempos y lugares y demás circunstancias del caso individual[323]. Vemos también la cuidadosa diligencia de Demóstenes, que, conociendo la gran fuerza que para hacer una buena impresión tienen las entradas y accesos a la materia, tenía dispuestos de antemano unos cuantos prólogos para las ocasiones y discursos. Todas estas autoridades y precedentes pueden pesar más que la opinión de Aristóteles, que querría hacernos trocar un rico vestuario por un par de vellones.

---

321 *Sobre las refutaciones sofísticas*, XXXIV (184a).
322 Mt. 13, 52.
323 *De oratore*, II, 32-34 (137-147).

8. En cuanto a la naturaleza de esta provisión o almacén preparatorio, que es común a la lógica y a la retórica, aunque le hayamos dado entrada aquí, donde primero se ha hablado de ella, sin embargo me parece conveniente remitir su ulterior tratamiento a la retórica.

9. La otra parte de la invención, que yo llamo sugestión, nos remite y orienta a ciertas señales y lugares capaces de excitar nuestra mente a retomar y sacar el conocimiento que en otro tiempo ha recogido, para que podamos hacer uso de él. Bien entendido, no se limita su uso a suministrar argumentos para disputar verosímilmente con otros, sino que también auxilia a nuestro juicio para que nosotros mismos lleguemos a conclusiones correctas. Ni pueden esos lugares servir únicamente para estimular nuestra invención, sino asimismo para dirigir nuestra pesquisa: porque en la facultad de saber interrogar está la mitad del conocimiento. Pues, como dice Platón, *el que busca conoce ya de manera general aquello que está buscando: si no fuera así, ¿cómo lo conocería cuando lo encuentra?* [324] Y por eso, cuanto más amplia sea la anticipación, más directa y breve será la búsqueda. Y aquellos mismos lugares que nos ayuden a sacar aquello que ya sabemos, nos ayudarán también, si tenemos ante nosotros a un experto, a saber qué preguntas hacerle, o, si tenemos libros y autores que nos instruyan, a saber qué cuestiones buscar y examinar; de suerte que no puedo afirmar que esta parte de la invención, que es lo que las escuelas llaman tópicos, esté omitida.

10. No obstante, los tópicos son de dos clases, generales y especiales. De los generales hemos hablado; los particulares han sido tocados por algunos, pero por lo regular rechazados como ilógicos y variables. Mas, renunciando a ese talante que ha prevalecido demasiado en las escuelas, que es el de ser vanamente sutil en unas pocas cosas que están al alcance de uno, y rechazar las demás, yo admito los tópicos particulares, esto es, los lugares o direcciones de invención e indagación en cada conocimiento particular, como cosa de gran utilidad. En su composición entran la lógica y la materia de las ciencias, pues en éstas se cumple eso de que *Ars inveniendi adolescit cum inventis* [325]: porque, lo mismo que al recorrer un camino no sólo ganamos esa parte que ya llevamos recorrida, sino que obtenemos también una mejor visión de la parte que queda por recorrer, así todo avance en una ciencia arroja luz sobre lo siguiente, luz que si robustecemos, llevándola a cuestiones o lugares de indagación, adelantaremos mucho en nuestra tarea.

---

[324] *Menón,* 80.

[325] El arte de descubrir crece con cada descubrimiento.

XIV.1. Pasamos ahora a las artes del juicio, que tratan de las naturalezas de las pruebas y demostraciones: lo cual en el caso de la inducción coincide con la invención, pues en toda inducción, ya sea formalmente buena o viciosa, la misma acción de la mente que descubre, juzga, siendo todo uno en el sentido; mas no sucede así en la prueba por silogismo, pues no siendo la prueba inmediata, sino a través de medio, el descubrimiento del medio es una cosa, y el juicio de la consecuencia es otra, lo uno excitando solamente, y lo otro examinando. Por lo tanto, para la forma real y exacta del juicio nos remitimos a lo que ya hemos dicho acerca de la interpretación de la naturaleza:

2. En cuanto a este otro juicio por silogismo, al ser cosa muy agradable a la mente humana, ha sido vehemente y excelentemente trabajado. Pues la naturaleza humana ansía en extremo tener en su entendimiento algo fijo e inamovible, y que sea como un apoyo o soporte del espíritu. Por eso, así como Aristóteles intenta demostrar que en todo movimiento hay algún punto quieto[326], y elegantemente explica la antigua fábula de Atlas (que estaba quieto y sostenía el cielo para que no se cayera) dándole el sentido de los polos o eje del cielo, sobre el cual se efectúa la rotación, así sin duda desean los hombres tener un Atlas o eje en su interior que les resguarde de la fluctuación, que es como un perpetuo peligro de caer, y en consecuencia se apresuraron a establecer algunos principios alrededor de los cuales pudieran girar sus varias controversias.

3. Digamos, pues, que este arte del juicio no es otra cosa que la reducción de proposiciones a principios a través de un término medio, debiendo ser los principios aceptados por todos e indiscutidos, el término medio escogido libremente por cada uno según su inventiva, y la reducción de dos clases, directa e inversa: la una cuando la proposición se reduce al principio, que es lo que se llama probación ostensiva, y la otra cuando el contrario de la proposición se reduce al contrario del principio, que es lo que se llama *per incommodum,* o reducción al absurdo; y siendo el número de términos medios mayor o menor según que la proposición esté separada del principio por más o menos grados.

4. Y a este arte sirven dos clases diferentes de doctrina, una de dirección y la otra de precaución. La primera configura y determina una forma de consecuencia verdadera, mediante las variaciones y deflexiones que permitan juzgar exactamente los errores e inconsecuencias; y para la composición y estructuración de esa forma es pertinente estudiar las partes de la misma, que son las proposiciones, y

---

326 Véase *Del movimiento del alma,* 3.

las partes de las proposiciones, que son simples palabras; y ésta es esa parte de la lógica que abarca el análisis.

5. La segunda clase de doctrina fue introducida con vistas al uso expedito y seguro, y tiene por objeto descubrir las formas más sutiles de sofismas y trampas con sus refutaciones, y esto es lo que se denomina *elencos*. Pues, si bien en las clases más burdas de falacia sucede (según la acertada comparación de Séneca) como en los trucos de prestidigitación, que aunque no sabemos cómo están hechos, sí estamos seguros de que no es como parece [327], empero las más utiles no sólo nos dejan sin respuesta, sino que muchas veces burlan nuestro juicio.

6. Esta parte relativa a los elencos está excelentemente tratada por Aristóteles con preceptos, pero más excelentemente por Platón con ejemplos, no sólo en las personas de los sofistas, sino aun en la del propio Sócrates, quien, haciendo profesión de no afirmar nada, sino invalidar lo afirmado por otro, ha expresado perfectamente todas las formas de objeción, falacia y confutación. Y aunque hemos dicho que esta doctrina tiene su empleo propio en la confutación, empero es manifiesto el uso degenerado y corrupto que se hace de ella para engañar y contradecir, que pasa por ser gran facultad y sin duda resulta muy ventajoso; a pesar de lo cual es cierta la diferencia que se hizo entre oradores y sofistas, que los primeros son como el galgo, que lleva su ventaja en la carrera, y los segundos como la liebre, que la tiene en el giro, que es la ventaja del más débil.

7. Aún hay que añadir que esta doctrina de los elencos tiene una latitud y extensión más amplias de lo que parece, alcanzando a diversas partes del conocimiento, de las cuales algunas están trabajadas y otras omitidas. Pues, en primer lugar, yo entiendo (aunque a primera vista pueda parecer un tanto extraño) que esa parte que unas veces se incluye en la lógica y otras en la metafísica, tocante a los elementos comunes de las esencias, no es sino un elenco; pues, siendo el mayor de todos los sofismas la confusión o ambigüedad de palabras y frases, y en especial de las palabras que son más generales y entran en toda indagación, paréceme que la verdadera y fructífera utilidad (dejando a un lado sutilezas y especulaciones vanas) de la investigación de la mayoría, la minoría, la prioridad, la posterioridad, la identidad, la diversidad, la posibilidad, el acto, la totalidad, las partes, la existencia, la privación, etcétera, está en surtirse de prudentes cautelas contra las ambigüedades de la expresión verbal. Del mismo modo, la distribución de las cosas en ciertas tribus que

[327] Séneca, *Epistulae morales*, XLV, 8.

llamamos categorías o predicables no es sino cautela contra la confusión en las definiciones y divisiones.

8. En segundo lugar, hay una seducción que obra por la fuerza de la impresión y no por la sutileza del enredo: que, más que dejar perpleja a la razón, la vence por la potencia de la imaginación. Pero esta parte me parece más apropiado tratarla cuando hablemos de la retórica.

9. Finalmente, queda todavía otra clase mucho más importante y profunda de falacias en la mente del hombre, que no veo que en modo alguno haya sido observada ni estudiada, y que creo conveniente colocar aquí, como aquella que más interesa para rectificar el juicio: siendo su fuerza tal, que no sólo deslumbra o enreda el entendimiento en algunos particulares, sino que de modo más general e interior infecta y corrompe su estado[328]. Pues la mente humana dista mucho de ser como un espejo claro y liso en el que los rayos de las cosas se reflejen según su verdadera incidencia, antes bien es como un espejo encantado, lleno de supersticiones e impostura, si no se la libera y corrige. Con ese fin, consideremos las falsas apariencias que nos impone la naturaleza general de la mente, contemplándolas en uno o dos ejemplos: como, primeramente, en esa circunstancia que es la raíz de toda superstición, a saber, que con la naturaleza de la mente de todos los hombres es consonante que lo afirmativo o activo impresione más que lo negativo o privativo, de suerte que unos pocos casos de acierto o presencia pueden más que muchos de fallo o ausencia; como fue bien contestado por Diágoras a aquél que en el templo de Neptuno le mostraba el gran número de efigies de cuantos se habían salvado del naufragio y ofrendado sus exvotos a Neptuno, y que le decía: *Reflexiona ahora, tú que tienes por necedad invocar a Neptuno en la tormenta;* y díjole Diágoras: *Sí, pero ¿dónde están pintados los que se ahogaron?*[329] Contemplémoslo en otra circunstancia, a saber, que el espíritu del hombre, por ser de sustancia igual y uniforme, suele suponer e imaginar en la naturaleza una mayor igualdad y uniformidad de la que realmente hay. De ahí procede el que los matemáticos no puedan darse por satisfechos si no reducen los movimientos de los cuerpos celestes a círculos perfectos, rechazando las líneas espirales y esforzándose en deshacerse de las excéntricas. De ahí procede el que, pese a haber en la naturaleza muchas cosas que son, por así decirlo, *monodica, sui juris*[330],

---

[328] Comienza aquí la exposición de la teoría baconiana de los *idola,* cuya versión más completa se encuentra en el *Novum Organum,* I, 39-68.

[329] Cicerón, *De natura deorum,* III, 37.

[330] Cosas únicas en su clase, de derecho propio.

empero las cogitaciones del hombre les inventan parientes, paralelos y conjugados, siendo así que no hay tal. Así se ha inventado un elemento ígneo para hacer cuarteto con la tierra, el agua y el aire, etcétera; más aún, es increíble, hasta que se lo examina, el número de ficciones y fantasías que la similitud con las acciones y artes humanas, junto con el hacer del hombre *communis mensura* [331], ha introducido en la filosofía natural, que de ese modo viene a ser como la herejía de los antropomorfitas, nacida en las celdas de monjes toscos y solitarios [332], o como la opinión de Epicuro, culpable de lo mismo en el paganismo, que suponía que los dioses tuvieran forma humana. Y por eso Veleyo el epicúreo no tenía necesidad de preguntarse por qué Dios hubiera adornado los cielos con estrellas, como si fuera un edil, encargado de organizar juegos o espectáculos magníficos [333]. Pues si ese gran operario hubiera sido de disposición humana, habría colocado las estrellas formando conjuntos y agrupaciones agradables y hermosas, como las decoraciones de los tejados de las casas; siendo así que entre un número infinito de ellas apenas se encuentra una colocación en cuadrado o triángulo o línea recta, tan diferente es la armonía que reina en el espíritu del hombre y en el espíritu de la naturaleza.

10. Consideremos asimismo las falsas apariencias que nos imponen el carácter y costumbres particulares de cada uno, en ese supuesto imaginario que hace Platón de la caverna [334]: pues qué duda cabe de que, si un niño fuera retenido dentro de una gruta o cueva subterránea hasta su mayoría de edad, y entonces saliera de repente, tendría imaginaciones extrañas y absurdas; así también, aunque nuestras personas vivan a la vista del cielo, nuestros espíritus están encerrados en las cavernas de nuestros caracteres y costumbres, que, si no los llamamos a examen, nos suministran infinitos errores y opiniones vanas. Pero de esto hemos dado muchos ejemplos en uno de los errores, o humores mórbidos, que repasamos brevemente en nuestro primer libro.

11. Y, finalmente, consideremos las falsas apariencias que nos imponen las palabras, que son compuestas y aplicadas de conformidad con las ideas y capacidad del vulgo; y aunque creamos gobernar sobre nuestras palabras, y acertadamente prescribamos *Loquendum ut vulgus, sentiendum ut sapientes* [335], empero es cierto que, como

---

331 Medida común.

332 Antropomorfitas, herejes que atribuían a Dios cuerpo humano.

333 Cicerón, *De natura deorum*, I, 9.

334 En la *República*, VII, desde el principio.

335 Hay que hablar como el vulgo, pero pensar como los que saben. Nifo, Comentario al *Sobre la generación y la corrupción* de Aristóteles, I, 29g.

el arco de un tártaro, se vuelven contra el entendimiento de los más sabios[336], y fuertemente enredan y pervierten el juicio, de suerte que en casi todas las controversias y disputas sería necesario imitar la prudencia de los matemáticos, y en el comienzo mismo fijar las definiciones de nuestras palabras y términos, para que los demás puedan saber cómo los adoptamos y entendemos, y si están de acuerdo con nosotros o no. Pues por falta de esto sucede que a la fuerza hemos de acabar donde deberíamos haber empezado, que es en discusiones y diferencias sobre las palabras. Para concluir, pues, hemos de confesar que no nos es posible desembarazarnos de estas falacias y falsas apariencias, porque son inseparables de nuestra naturaleza y condición vital; sin embargo, la cautela que se tome contra ellas (pues todos los elencos, como hemos dicho, no son sino cautelas) es sumamente importante para la recta dirección del juicio humano. Los elencos o cautelas particulares contra estas tres falsas apariencias los encuentro totalmente omitidos.

12. Resta una parte del juicio de gran importancia, que a mi entender ha sido tratada tan a la ligera que puedo también darla por omitida, y que es la aplicación de las diferentes clases de pruebas a las diferentes clases de objetos. Pues, habiendo solamente cuatro clases de demostraciones, esto es, por el asentimiento inmediato de la mente o del sentido, por inducción, por sofisma y por congruencia, que es lo que Aristóteles llama *demostración en orbe o círculo*[337], y no *a notioribus*[338], a cada una de ellas corresponden ciertos objetos en la materia de las ciencias para los cuales son de la mayor utilidad, y otros de los cuales deberían ser excluidas; y el rigor y curiosidad en el pedir las pruebas más severas en algunas cosas, pero sobre todo la facilidad para contentarse con las más flojas en otras, ha figurado entre las mayores causas de detrimento y estorbo para el conocimiento. La distribución y asignación de las demostraciones, hecha por analogía con la de las ciencias, la señalo como omitida.

XV.1. La custodia o conservación del conocimiento se hace mediante escritura o mediante memoria; de las cuales en la escritura se distinguen dos partes, la naturaleza del carácter y el orden de la anotación. En cuanto al arte de los caracteres u otros signos visibles de las palabras o cosas, tiene muy estrecho parentesco con la gramá-

---

[336] Se alude a la costumbre atribuida a los tártaros y a los partos de disparar hacia atrás, volviéndose sobre la montura.

[337] *Analíticos primeros,* II, V (57b).

[338] Partiendo de cosas mejor conocidas.

tica, y por lo tanto lo remito a su lugar debido. En cuanto a la disposición y colocación del conocimiento que conservamos por escrito, consiste en una buena colección de citas; a propósito de lo cual no ignoro el daño que se imputa al uso de cuadernos de citas, como causante de retardo en la lectura y de cierta pereza o relajación de la memoria. Mas, porque en los conocimientos es falsedad ser precoz y rápido, salvo el que sea muy profundo e instruido, yo sostengo que la anotación de citas es cosa muy útil y esencial en el estudio, porque asegura abundancia de invención y concentra el juicio robusteciéndolo. Es verdad, sin embargo, que entre los sistemas de citas que he visto no hay ninguno de suficiente valor, mostrando todos ellos el semblante de una escuela en vez de un mundo, y refiriéndose a asuntos vulgares y divisiones pedagógicas sin interés ni relación con la acción.

2. Por lo que respecta a la otra parte principal de la custodia del conocimiento, que es la memoria, encuentro que esta facultad ha sido, a mi juicio, flojamente estudiada. Existe un arte de ella, pero paréceme que hay mejores preceptos que ese arte, y prácticas mejores de ese arte que las acostumbradas. Es cierto que el arte, tal cual es, puede ser llevado a extremos de lucimiento prodigiosos, mas su uso, tal como ahora se hace, es estéril: no oneroso ni peligroso para la memoria natural, según se cree, sino estéril, esto es, carente de aplicación productiva en la administración seria de negocios y ocasiones. Y por eso al repetir un gran número de nombres o palabras con sólo haberlos oído una vez, o componer muchos versos o rimas *ex tempore,* o hacer un símil satírico de cualquier cosa, o convertir cualquier cosa en chiste, o presentar como falsa o contradecir cualquier cosa capciosamente, o cosas semejantes, de lo cual las facultades mentales suministran gran abundancia, y tales que con ingenio y práctica pueden ser llevadas a un grado de prodigio extremo, a todo eso no lo tengo en mayor estima que a los juegos de los acróbatas, funámbulos y volatineros, siendo lo uno en la mente lo que lo otro es en el cuerpo, cuestiones de rareza sin valor.

3. Este arte de la memoria se alza únicamente sobre dos elementos, la prenoción y el emblema. La prenoción dispensa de la búsqueda indefinida de lo que querríamos recordar, y nos orienta a buscar dentro de un ámbito reducido, esto es, entre lo congruente con nuestro lugar de memoria. El emblema reduce las ideas intelectuales a imágenes sensibles, que hacen más mella en la memoria, de lo cual se pueden extraer axiomas mucho más prácticos que los que ahora se utilizan; y además de esos axiomas hay otros varios tocantes al auxilio de la memoria, que no son inferiores a aquéllos. Pero

al comienzo ya advertí que no iba a señalar como omitidas aquellas cosas que sólo están mal tratadas.

XVI.1. Resta la cuarta clase de conocimiento racional, que es transitiva, por cuanto que concierne a la expresión o transferencia de nuestro conocimiento a otros, y a la cual daré el nombre genérico de comunicación o transmisión. La comunicación tiene tres partes, de las cuales la primera se refiere al órgano de comunicación, la segunda al método y la tercera a la ilustración.

2. En cuanto al órgano de comunicación, es el habla o la escritura: pues bien dice Aristóteles que *las palabras son imágenes de los pensamientos, y las letras imágenes de las palabras* [339]; empero, no es necesario que los pensamientos sean expresados mediante palabras. Pues todo aquello que es susceptible de mostrar suficientes diferencias perceptibles por los sentidos, es de suyo apto para expresar los pensamientos. Y por eso vemos que en el comercio entre gentes bárbaras que no comprenden unas las lenguas de las otras, y en la práctica de los mudos y sordos, se expresa lo que se piensa mediante gestos, que, aunque no perfectamente, sirven para lo que se pretende. Y sabemos también que en China y los reinos del Extremo Oriente hay la costumbre de escribir en caracteres reales, que no expresan en general letras ni palabras, sino cosas o ideas, hasta el punto de que los países y provincias que no entienden los unos la lengua de los otros pueden, no obstante, leer los respectivos escritos, porque el área de difusión de los caracteres es mayor que la de las lenguas; y por eso tienen una enorme cantidad de caracteres, tantos, supongo, como palabras radicales.

3. Estos signos de los pensamientos son de dos clases, una cuando el signo guarda alguna semejanza o congruencia con la idea, y la otra *ad placitum,* teniendo validez solamente por contrato o convenio. De la primera clase son los jeroglíficos y los gestos. En cuanto a los jeroglíficos, cosas de uso antiguo, y cultivadas sobre todo por los egipcios, una de las naciones más antiguas, no son sino impresiones y emblemas fijados. Y en cuanto a los gestos, son a modo de jeroglíficos transitorios, y son respecto a éstos como las palabras dichas respecto a las escritas, porque no permanecen; mas siempre tienen, al igual que ellos, una afinidad con las cosas significadas: como en el caso de Periandro, que, consultado acerca de cómo conservar una tiranía recientemente impuesta, indicó al mensajero que pusiera atención y comunicara lo que le viera hacer, y yendo al jardín desmochó todas las flores más altas, queriendo decir con ello

[339] *Sobre la interpretación,* I (16a).

que era preciso desmochar y tener a raya a la nobleza y los grandes[340]. *Ad placitum* son los caracteres reales ya mencionados, y las palabras; aunque algunos han querido, por curiosa indagación, o más bien por hábil fingimiento, hacer proceder la imposición de nombres de la razón y el entendimiento: especulación elegante y, puesto que indaga en la Antigüedad, reverente, pero escasamente mezclada de verdad, y de poco fruto. Esta porción del conocimiento, tocante a los signos de las cosas y pensamientos en general, no la hallo investigada sino omitida. Y aunque pudiera parecer de no grande utilidad, considerando que las palabras y escritos con letras aventajan en mucho a todos los demás procedimientos, empero por referirse esta parte, por así decirlo, a la ceca del conocimiento (pues las palabras son el medio de cambio corriente y aceptado de las ideas, como las monedas lo son de los valores, y conviene no ignorar que las monedas pueden ser de otra clase que de oro y plata), he juzgado conveniente recomendar su mejor estudio.

4. Por lo que respecta al habla y las palabras, su consideración ha engendrado la ciencia de la gramática: pues siempre el hombre pugna por recuperar aquellas bendiciones de las que por su falta fue privado; y así como ha luchado contra la primera maldición general mediante la invención de todas las demás artes, así ha buscado hurtarse a la segunda maldición general, que fue la confusión de lenguas, mediante el arte de la gramática, cuya utilidad es poca en la lengua materna, mayor en una lengua extranjera y máxima en las lenguas extranjeras que han dejado de ser vulgares, y han quedado solamente en lenguas cultas. Su cometido es doble: uno popular, que atiende al aprendizaje rápido y perfecto de las lenguas, así para el comercio hablado como para la comprensión de autores, y otro filosófico, que examina el poder y naturaleza de las palabras en cuanto pisadas y huellas de la razón. Esta clase de analogía entre las palabras y la razón está tratada *sparsim,* de manera dispersa, aunque no enteramente, y por lo tanto no puedo señalarla como omitida, si bien me parece muy merecedora de ser erigida en ciencia ella sola.

5. A la gramática pertenece también, a modo de apéndice, la consideración de los accidentes de las palabras, que son su medida, sonido y elevación o acento, y su dulzura o aspereza. De esto han brotado algunas observaciones curiosas en la retórica, pero sobre todo en la poesía, considerada con respecto al verso y no al argumento; en lo cual, aunque en las lenguas cultas siguen los autores atados a las medidas antiguas, en las lenguas modernas paréceme que haya

[340] Aristóteles, *Política,* III, 13. Tito Livio, *Décadas,* I, 54, atribuye esa acción a Tarquino el Soberbio.

tanta libertad para inventar nuevas medidas de versos como danzas: pues la danza es un paso medido, como la poesía es un discurso medido. En estas cosas el sentido es mejor juez que el arte:

coenae fercula nostrae
Mallem convivis quam placuisse cocis[341].

Y acerca de la servil imitación de la Antigüedad con temas incongruentes e impropios, bien se dijo que *Quod tempore antiquum videtur, id incongruitate est maxime novum*[342].

6. En cuanto a las cifras, suelen ser de letras o alfabetos, pero también pueden ser de palabras. Las clases de cifras (además de las simples por cambio y adición de elementos nulos y no significantes) son muchas, según la naturaleza o norma de la ocultación: cifras en rueda, en clave, dobles, etcétera. Y sus virtudes, por las cuales han de ser preferidas unas a otras, son tres: que no sean trabajosas de escribir y leer, que sean imposibles de descifrar y, en algunos casos, que no despierten sospechas. Su grado más elevado es la escritura de *omnia per omnia*[343], lo cual es indudablemente posible, con una proporción de a lo sumo cinco por uno del escrito encubridor al escrito encubierto, y sin ninguna otra limitación. Este arte de cifrar tiene su correspondiente en el arte de descifrar, que en teoría debiera ser infructuoso, pero que tal y como se hacen las cosas resulta de gran utilidad. Pues en el supuesto de que las cifras se hicieran bien, habría multitud de ellas que burlasen al descifrador; mas, por efecto de la impericia y falta de habilidad de las manos por las que pasan, muchas veces los asuntos más serios se transmiten en las cifras más inseguras.

7. En la enumeración de estas artes particulares y retiradas podría pensarse que lo que pretendo es hacer un largo registro de las ciencias, nombrándolas por lucimiento y ostentación, y sin apenas otro propósito. Mas juzguen los expertos en ellas si las introduzco sólo por aparato, o si en lo que acerca de ellas digo, aunque conciso, no hay alguna semilla de mejora. Y téngase en cuenta que, así como hay muchos que en sus países y provincias son grandes personajes, mas en llegando a la sede del estado no son sino medianos y escasamente considerados, así estas artes, al estar aquí puestas junto a las ciencias principales y supremas, parecen cosas insignificantes, mas

---

341 Preferiría que los platos de nuestra cena gustasen a los invitados a que fueran del gusto de los cocineros. Marcial, *Epigramas*, IX, 81.

342 Curiosamente, lo que parece antiguo en el tiempo es lo más nuevo.

343 Todo por todo, es decir, de cualquier texto mediante cualquier signo.

para quienes las han escogido por objeto de sus afanes parecen grandes asuntos.

XVII.1. En cuanto al método de la comunicación, veo que ha suscitado una controversia en nuestra época[344]. Mas, así como acontece en los negocios civiles, que si hay una reunión y entre los asistentes surge un altercado, eso suele poner fin al asunto por el momento y ya no se avanza, así sucede también en el saber, que donde hay mucha controversia hay muchas veces poca indagación. Pues esta parte del conocimiento relativa al método me parece tan pobremente investigada que la señalaré como omitida.

2. El método ha sido colocado, y no erradamente, en la lógica, como parte del juicio: pues, así como la doctrina del silogismo comprende las normas del juicio sobre lo descubierto, así la doctrina del método abarca las normas del juicio sobre lo que se ha de comunicar; porque el juicio precede a la comunicación, como sigue al descubrimiento. Ni es el método o naturaleza de la comunicación solamente importante para el uso del conocimiento, sino que igualmente lo es para el progreso del mismo: pues, ya que el esfuerzo y la vida de un solo hombre no bastan para alcanzar la perfección del conocimiento, es la sabiduría de la comunicación lo que inspira el acierto en la continuación y el avance. Por eso la división más real del método es aquella que distingue entre el método orientado al uso y el método orientado al progreso, de los cuales al primero lo podemos llamar magistral, y al segundo de iniciación.

3. Este último parece ser *via deserta et interclusa*[345]. Porque, tal y como ahora se transmiten los conocimientos, hay una especie de contrato de error entre el transmisor y el receptor: pues el que transmite el conocimiento desea hacerlo de la manera en que sea mejor creído, y no mejor examinado; y el que lo recibe más desea satisfacción inmediata que indagación expectante, y así antes no dudar que no errar, haciendo el afán de gloria que el autor no descubra su debilidad, y la desidia que el discípulo no conozca su fuerza.

4. Mas el conocimiento que se transmite como hilo sobre el cual tejer debería ser comunicado e insinuado, si ello fuera posible, con el mismo método con que fue descubierto, y así puede hacerse con el conocimiento obtenido por inducción. Pero en este otro conocimiento anticipado y prematuro, nadie sabe cómo llegó a él. Aun

---

344 Las polémicas surgidas en torno a las teorías de Petrus Ramus (1515-1572) sobre el método.

345 Camino cerrado y no frecuentado.

así, *secundum majus et minus,* es posible revisitar y descender a los fundamentos del propio conocimiento y asentimiento, y de ese modo trasplantarlos a otros como crecieron en la propia mente. Pues sucede con los conocimientos como con las plantas: si se quiere utilizar la planta, no hay que preocuparse por las raíces; mas si se quiere trasladarla para que crezca, entonces es más seguro confiar en raíces que en esquejes. De modo que la transmisión de conocimientos, tal como ahora se efectúa, es como de hermosos troncos de árboles sin las raíces, que son buenos para el carpintero pero no para el criador; en cambio, si se quiere que las ciencias crezcan, no importa tanto el tronco o cuerpo del árbol, con tal que se mire bien a tomar consigo las raíces. De esta clase de transmisión hay alguna sombra en el método usado en las matemáticas; pero en general no la veo ni puesta en práctica ni sometida a indagación, y por lo tanto la señalo como omitida.

5. Otra división del método hay, que tiene alguna afinidad con la primera, empleada en algunos casos por la discreción de los antiguos pero afeada desde entonces por las imposturas de gente vana, que ha hecho de ella como una falsa luz para sus mercancías fraudulentas, y es la de método enigmático y descubierto. Con el primero se pretende evitar que los espíritus vulgares tengan acceso a los secretos de los conocimientos, y reservar éstos para oyentes selectos, o ingenios de agudeza bastante para rasgar el velo.

6. Otra división del método, de gran consecuencia, es la que se refiere a la transmisión del conocimiento en aforismos o de manera sistemática: a propósito de lo cual podemos observar que ha habido demasiada costumbre de, a partir de unos cuantos axiomas u observaciones acerca de cualquier tema, construir un arte solemne y formal, rellenándolo con algunos discursos, ilustrándolo con ejemplos y refundiéndolo todo en forma de sistema; pero la escritura en aforismos tiene muchas virtudes excelentes, a las cuales no alcanza la escritura sistemática.

7. Pues, en primer lugar, pone a prueba al escritor, revelando si es superficial o profundo: porque los aforismos, salvo que sean ridículos, no se pueden hacer si no es con el meollo y médula de las ciencias, ya que no tienen cabida en ellos ni el discurso ilustrativo, ni las enumeraciones de ejemplos, ni el discurso de conexión y orden, ni las descripciones de práctica, de suerte que no queda otra cosa con que llenar el aforismo más que una buena dosis de observación; y por consiguiente nadie es apto para escribir aforismos, ni sensatamente intentaría hacerlo, sino el que posea un conocimiento correcto y bien fundado. En los sistemas, en cambio,

tantum series juncturaque pollet,
Tantum de medio sumptis accedit honoris[346],

que es posible hacer gran ostentación de arte con cosas que disgregadas valdrían bien poco. En segundo lugar, los sistemas son más adecuados para obtener asentimiento o creencia, pero menos para orientar a la acción: pues en ellos se hace una especie de demostración circular, iluminando una parte a otra, y por eso satisfacen, mientras que los particulares, al estar dispersos, concuerdan mejor con las indicaciones dispersas. Y, finalmente, los aforismos, al presentar un conocimiento incompleto, invitan a seguir investigando, en tanto que las exposiciones sistemáticas, al aparentar una totalidad, aquietan y hacen creer que se ha llegado a término.

8. Otra división del método, también de gran peso, es la que distingue entre el tratamiento del conocimiento por afirmaciones y sus pruebas, o por cuestiones y sus determinaciones; siendo esta última clase, si se la sigue sin moderación, tan perjudicial para el avance del saber como sería para el avance de un ejército el ir sitiando cada pequeña plaza o posición. Pues si se domina la zona y se persigue la totalidad de la empresa, esas cosas menores caerán por sí solas, aunque en realidad nadie dejaría una parte importante del enemigo a sus espaldas. De modo semejante, el empleo de refutaciones en la transmisión de las ciencias debería ser muy parco, y servir para eliminar preocupaciones y prejuicios fuertes, no para suministrar y excitar disputas y dudas.

9. Otra división de los métodos es la conforme al objeto o materia tratada, pues hay una gran diferencia entre la transmisión de las matemáticas, que son el más abstracto de los conocimientos, y la de la política, que es el más material. Y aunque se haya abogado por una uniformidad del método con multiformidad de la materia, a la vista está cómo esa opinión, aparte de su debilidad, ha sido perjudicial para el saber, porque tiende a reducirlo a generalidades vacías y estériles, que no son más que las cáscaras y cortezas de las ciencias, habiendo sido extraído y expulsado todo el meollo con la estrujadura y presión del método. Por consiguiente, lo mismo que me parecían bien los tópicos particulares para la invención, así también me parecen los métodos particulares de transmisión.

10. Otra división del método que ha de ser usada con buen juicio en la transmisión y enseñanza del conocimiento es la conforme a la luz y supuestos previos de lo que se transmite, pues el conoci-

[346] Tanto pueden el orden y la concatenación, con tanta gracia se puede presentar lo mediocre. Horacio, *Arte poética,* 242-243.

miento que es nuevo y diverso de las opiniones establecidas ha de ser transmitido de otra forma que lo ya aceptado y conocido; y por eso Aristóteles, queriendo censurar a Demócrito, en realidad le alaba cuando dice: *Si queremos en efecto disputar, y no seguir símiles*[347], etcétera. Pues a aquellos cuyas ideas están asentadas en opiniones populares les basta con probar o disputar; pero aquellos otros cuyas ideas están más allá de las opiniones populares tienen un doble trabajo: de un lado hacerse comprender, y de otro probar y demostrar, de suerte que forzosamente habrán de recurrir a símiles y traducciones para expresarse. Y por eso en la infancia del saber, y en las épocas rudas, cuando esas ideas que ahora son vulgares eran nuevas, el mundo estaba lleno de parábolas y símiles; pues de no ser así, aquello que se ofrecía habría pasado inadvertido, o habría sido rechazado por paradójico, antes de ser comprendido o juzgado. Así en el saber divino vemos cuán frecuentes son las parábolas y los tropos: pues es norma que toda ciencia que no esté en consonancia con los supuestos previos ha de llamar en su auxilio a los símiles.

11. Hay además otras divisiones de los métodos, vulgares y establecidas, como la que los divide entre métodos de resolución o análisis, de constitución o sistasis, de ocultamiento o crípticos, etcétera, que me parecen bien, aunque me he detenido en aquellas que están menos tratadas y observadas. Todo lo cual he recordado con este objeto, el de señalar que yo erigiría y constituiría una sola indagación general, que me parece omitida, sobre todo lo tocante a la prudencia de la comunicación.

12. Esta parte del conocimiento concerniente al método atañe además no sólo a la arquitectura de la fábrica entera de una obra, sino también a sus diversas vigas y columnas, no en cuanto a su materia, sino a su cantidad y figura; y por lo tanto el método considera no sólo la disposición del argumento o tema, sino asimismo las proposiciones, no en cuanto a su verdad o materia, sino en cuanto a su limitación y manera. En esto fue mucho más meritoria la actuación de Ramus al resucitar las buenas reglas de las proposiciones, καθόλου πρῶτον κατὰ παντός[348], etcétera, que al introducir el cancro de los epítomes; y sin embargo (siendo tal la condición de lo humano que, según las fábulas antiguas, las cosas más preciosas tienen los guardianes más perniciosos), fue el intento de lo uno lo que le hizo caer en lo otro. Pues habría que haber estado muy bien

---

[347] *Etica a Nicómaco,* VI, III (1139b). Hay que suponer que Aristóteles no está pensando en Demócrito, sino probablemente en Platón.

[348] Según Ellis, «que sean verdaderas generalmente, primariamente y esencialmente». Son reglas de Ramus, pero que le fueron sugeridas por los *Analíticos posteriores* de Aristóteles.

dirigido para hacer los axiomas convertibles sin por ello hacerlos circulares, y no progresivos o a sí mismos recurrentes; la intención, empero, era excelente.

13. Las otras consideraciones del método concernientes a las proposiciones se refieren principalmente a las proposiciones extremas, que limitan el alcance de las ciencias: pues de todo conocimiento es legítimo decir que posee, además de la profundidad (que es su verdad o sustancia, lo que le presta solidez), una longitud y una latitud, midiéndose la latitud hacia otras ciencias, y la longitud hacia la acción, esto es, desde la mayor generalidad hasta el precepto más particular; lo uno determina hasta qué punto un conocimiento debe entrometerse en la provincia de otro, que es la norma que se llama καθαυτὸ [349]; lo otro determina hasta qué grado de particularidad debe descender un conocimiento, y esto último lo veo desatendido, siendo a mi juicio lo más importante, pues ciertamente hay que dejar algo a la práctica, pero merece investigarse cuánto. Vemos que las generalidades remotas y superficiales no hacen sino exponer el conocimiento al desprecio de los hombres prácticos, y no son más útiles para la práctica que el mapa universal de Ortelius para indicar el camino de Londres a York. La mejor clase de normas ha sido comparada, no desacertadamente, con los espejos de acero sin pulir, donde se pueden ver las imágenes de las cosas, pero antes hay que alisarlos: así las normas auxilian, si son trabajadas y pulidas por la práctica. Pero la cuestión es cuán cristalinas pueden ser hechas al comienzo, y hasta qué punto pueden ser pulidas de antemano, y la indagación de esto me parece omitida.

14. También se ha cultivado y puesto en práctica un método que no es método legítimo, sino de impostura, y que es el de transmitir los conocimientos de tal manera que rápidamente puedan llegar a hacer ostentación de saber quienes carecen de él; tal fue el trabajo de Raimundo Lulio al hacer ese arte que lleva su nombre, no muy diferente de algunos libros de tipocosmia que se han hecho desde entonces, y que no es más que una masa de palabras de todas las artes, con las que se pretende hacer creer que los que usan los términos entienden el arte: recopilaciones muy semejantes a una tienda de ropavejero o chamarilero, que tiene restos de todo, pero nada de valor.

XVIII.1. Pasamos ahora a esa parte que concierne a la ilustración de la comunicación, recogida en esa ciencia que llamamos retórica, o arte de la elocuencia: ciencia excelente, y excelentemente

[349] La norma de que las proposiciones sean verdaderas esencialmente.

trabajada. Pues si en valor auténtico es inferior a la sabiduría, como fue dicho por Dios a Moisés, cuando éste se excusaba por carecer de esa facultad: *Aarón hablará por ti, y tú serás para él como Dios*[350], empero frente al pueblo es lo más poderoso; pues así dice Salomón, *Sapiens corde appellabitur prudens, sed dulcis eloquio majora reperiet*[351], queriendo decir que la sabiduría profunda ayuda a conseguir celebridad o admiración, pero es la elocuencia lo que prevalece en la vida activa. En cuanto a su cultivo, la emulación de Aristóteles con los retóricos de su tiempo, y la experiencia de Cicerón, hicieron que en sus obras de retórica se superasen a sí mismos. Por otra parte, la excelencia de los modelos de elocuencia que tenemos en las oraciones de Demóstenes y Cicerón, unida a la perfección de los preceptos, ha duplicado el progreso en este arte; por consiguiente, las deficiencias que voy a señalar más bien se referirán a ciertas recopilaciones que pueden servir al arte a modo de criadas, que a las normas o empleo del arte mismo.

2. No obstante, por remover un poco la tierra alrededor de las raíces de esta ciencia, como hemos hecho con las restantes, diremos que la función y oficio de la retórica es acomodar la razón a la imaginación para mover mejor la voluntad. Pues vemos que el régimen de la razón puede ser afectado de tres maneras: por enredo o sofisma, que corresponde a la lógica; por imaginación o impresión, que pertenece a la retórica, y por pasión o afecto, que pertenece a la ética. Y así como en la negociación con otros el hombre se ve dominado por la astucia, por la importunidad y por la vehemencia, así en esta negociación con nosotros mismos nos vemos debilitados por las falacias, solicitados e importunados por las impresiones u observaciones y arrastrados por las pasiones. Mas no está la naturaleza humana tan mal compuesta que esos poderes y artes tengan fuerza para perturbar la razón, y no la tengan para confirmarla e impulsarla: pues el fin de la lógica es enseñar una forma de argumentación que asegure a la razón, no que la haga caer en una trampa; el fin de la ética es procurar que los afectos obedezcan a la razón, no que la invadan, y el fin de la retórica es llenar la imaginación para que secunde a la razón, no para que la oprima. De suerte que los abusos de estas artes sólo reclaman atención *ex obliquo,* por cautela.

3. Por eso fue gran injusticia en Platón, aunque nacida de un justo aborrecimiento de los retóricos de su tiempo, el no estimar la

---

350 Ex. 4, 16.

351 Al de corazón sabio se le llama prudente, pero la dulzura del habla consigue mayores cosas. Prov. 16, 21.

retórica sino como arte voluptuosa, declarándola semejante al arte de cocinar, que estropea las viandas buenas y con variedad de salsas hace las malas placenteras al gusto[352]. Pues vemos que con mucha más frecuencia se aplica el discurso a adornar lo bueno que a dar semblante de bondad a lo malo, porque nadie puede ser más honesto en su habla que en sus acciones o pensamientos; y muy bien señaló Tucídides en el caso de Cleón, que porque en las causas de estado solía ponerse en el lado malo, por eso siempre estaba clamando contra la elocuencia y el buen decir, sabiendo que nadie es capaz de hablar bien de propósitos sórdidos y bajos[353]. Por eso, como dijo Platón con elegancia, *La virtud, si pudiera ser vista, movería a gran amor y afecto*[354]; y ya que no es posible mostrarla a los sentidos en forma corpórea, lo siguiente es mostrarla a la imaginación en representación animada; pues mostrarla a la razón solamente en argumentos sutiles fue cosa siempre ridiculizada en Crisipo y muchos de los estoicos, que creyeron poder imponer la virtud a los hombres con discusiones y conclusiones agudas, que no tienen atractivo para la voluntad.

4. Por otra parte, si los afectos fueran de suyo dóciles y obedientes a la razón, sería verdad que las persuasiones e insinuaciones dirigidas a la voluntad no tuvieran mayor utilidad que las proposiciones y pruebas desnudas; mas, en vista de los continuos motines y sediciones de los afectos,

Video meliora, proboque;
Deteriora sequor[355],

la razón estaría cautiva y sierva si la elocuencia de las persuasiones no se atrajera a la imaginación y la moviera a abandonar el lado de los afectos, y contra éstos estableciera una confederación de la razón y la imaginación. Pues los afectos mismos apetecen siempre el bien, al igual que la razón; la diferencia estriba en que el afecto contempla solamente el presente, en tanto que la razón contempla el futuro y la totalidad del tiempo. Por eso, porque el presente llena más la imaginación, la razón suele salir vencida; pero una vez que la fuerza de la elocuencia y de la persuasión ha hecho aparecer como pre-

---

352 *Gorgias*, 462 y ss.

353 Tucídides, III, XLII, 2. Son palabras de Deodoto respondiendo a Cleón.

354 *Fedro*, 250d.

355 Veo lo mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor. Ovidio, *Metamorfosis*, VII, 20.

sentes las cosas futuras y remotas, entonces la razón prevalece sobre la rebeldía de la imaginación.

5. Concluimos, pues, que no es más lícito culpar a la retórica de dar semblante de bondad a lo peor que culpar a la lógica de la sofistería, o a la moral del vicio. Pues sabemos que las doctrinas de contrarios son las mismas, aunque su aplicación sea opuesta. Parece también que la lógica no sólo difiere de la retórica como el puño de la palma, aquél cerrado y ésta abierta, sino, mucho más que eso, que la lógica opera sobre la razón exacta y verdadera, y la retórica sobre la razón tal como está implantada en las opiniones y usos populares. Por eso Aristóteles la coloca sabiamente entre la lógica por un lado y el conocimiento moral o civil por otro, como partícipe de ambos [356]; pues las pruebas y demostraciones de la lógica son indiferentes e iguales para todos los hombres, pero las pruebas y persuasiones de la retórica deberían diferir según los oyentes:

Orpheus in sylvis, inter delphinas Arion [357];

aplicación que en rigor debería llevarse hasta el punto de que, hablando uno de la misma cosa a varias personas, a cada una de ellas hablara de diverso modo. No obstante, es fácil que los mejores oradores sean deficientes en esta parte política de la elocuencia en el discurso particular, en tanto la sujeción a sus fórmulas elegantes les resta flexibilidad; de suerte que no está de más recomendar el mejor estudio de esto, pareciéndonos indiferente colocarlo aquí o en la parte concerniente a la política.

6. Pasaré ahora, pues, a las deficiencias, que, como dije, tienen solamente el carácter de apéndices. En primer lugar, no veo que haya tenido continuación la prudencia y diligencia de Aristóteles, que empezó a hacer una compilación de los signos populares y coloraciones del bien y del mal, simples y comparativos, que, como antes he mencionado, son como los sofismas de la retórica [358]. Verbigracia:

SOPHISMA

Quod laudatur, bonum; quod vituperatur, malum.

---

[356] *Retórica,* I, II (1356a).

[357] Un Orfeo en los bosques, un Arión entre los delfines. Virgilio, *Eglogas,* VIII, 56.

[358] Esto fue sugerido, no hecho, por Aristóteles; véanse *Tópicos,* I, XII y ss., y *Retórica,* I, VI y VII (1362a-1365b).

REDARGUTIO

Laudat venalis qui vult extrudere merces.
Malum est, malum est, inquit emptor: sed cum recesserit, tum gloriabitur[359].

Tres son los defectos del trabajo de Aristóteles: uno, que de muchas cosas figuran sólo unas pocas; otro, que no llevan anejos los elencos; y el tercero, que sólo pensó en una parte de su uso, pues su utilidad no está sólo en la probación, sino mucho más en la impresión. Pues hay muchas fórmulas iguales en su significación que producen impresiones diferentes, como hay mucha diferencia entre el corte que hace una cosa afilada y el que hace una cosa roma, aunque la fuerza de percusión sea la misma; pues no hay nadie a quien no conmueva un poco más oír *Tus enemigos se alegrarán de esto:*

Hoc Ithacus velit, et magno mercentur Atridae[360],

que oír solamente *Esto es malo para ti.*

7. En segundo lugar, retomo también lo que ya mencioné antes acerca de esas provisiones o almacenes preparatorios para tener pertrechado el discurso y presta la invención, y que me parecen ser de dos clases, una a modo de tienda de piezas sueltas, la otra a modo de tienda de cosas ya compuestas, y ambas para ser aplicadas a lo frecuente y más requerido; a la primera de dichas clases la llamaré *antitheta,* y a la segunda *formulae*[361].

8. Las *antitheta* son tesis argumentadas *pro et contra*[362], con las cuales se puede ser más copioso y laborioso; mas, para evitar la prolijidad en la anotación que se haga de ellas, yo encerraría las semillas de los diversos argumentos en sentencias breves y agudas, no para citarlas, sino para servirse de ellas como de carretes o bobinas de hilo, que se van desenroscando a voluntad cuando llega el momento de usarlos, suministrando autoridades y ejemplos por referencia.

---

359 *Sofisma*: Lo que se alaba es bueno, lo que se vitupera es malo. *Elenco*: El vendedor alaba las mercancías que quiere quitarse de encima (Horacio, *Epístolas,* II, II, 11). «Es malo, es malo», dice el comprador; pero después que se ha marchado se regocija (Prov. 20, 14). En el *De augmentis* siguen a éste otros once ejemplos.

360 Esto querría el de Itaca, y comprarían a alto precio los hijos de Atreo. Virgilio, *Eneida,* II, 104.

361 Antítesis; fórmulas.

PRO VERBIS LEGIS

Non est interpretatio, sed divinatio, quae recedit a litera. Cum recedit a litera, judex transit in legislatorem.

PRO SENTENTIA LEGIS

Ex omnibus verbis est eliciendus sensus qui interpretatur singula[363].

9. Las *formulae* no son otra cosa que pasajes o frases hechas, elegantes y apropiadas, que puedan servir indistintamente para diferentes temas, como prólogo, conclusión, digresión, transición, excusa, etcétera. Pues lo mismo que en los edificios hay gran deleite y provecho en el buen trazado de las escaleras, entradas, puertas, ventanas y demás cosas semejantes, así en el discurso los pasajes y frases hechas son de especial ornamento y efecto.

CONCLUSION PARA UNA DELIBERACION

De ese modo podremos redimir las faltas pasadas, y prevenir las inconveniencias futuras.

XIX.1. Restan dos apéndices tocantes a la transmisión del conocimiento, uno crítico y el otro pedagógico. Pues todo conocimiento es, o bien comunicado por maestros, o bien alcanzado mediante los esfuerzos personales de cada cual; de ahí que, del mismo modo que la parte principal de la transmisión del conocimiento consiste sobre todo en escribir libros, así la parte correspondiente consista en leerlos. A propósito de esto se imponen las siguientes consideraciones. La primera concierne a la recta corrección y edición de los autores, en lo cual, sin embargo, la diligencia precipitada ha hecho mucho daño. Pues con frecuencia han presumido algunos críticos que lo que no entendían estaba mal puesto, como aquel sacerdote que donde halló escrito acerca de San Pablo *demissus est per sportam* enmendó su libro y lo cambió por *demissus est per portam*[364], por ser *sporta* una palabra difícil, que él no había encontrado en sus lecturas; sin

---

362 A favor y en contra. De estas antítesis se ofrece una larga colección en el *De augmentis,* agrupadas en cuarenta y siete temas.

363 *A favor de la palabra de la ley*: La interpretación que se aparta de la letra no es interpretación, sino conjetura. Cuando se aparta de la letra, el juez pasa a ser legislador. *A favor de la intención de la ley*: El sentido en que se interprete cada palabra ha de ser sacado del conjunto de todas ellas.

364 Le sacaron en una espuerta (Hch. 9, 25); le sacaron por una puerta.

duda los errores de aquéllos, aunque no tan palpables y ridículos, son de la misma índole. Por eso, según se ha señalado con acierto, las copias más corregidas suelen ser las menos correctas.

La segunda concierne a la exposición y explicación de los autores, que descansa en las anotaciones y comentarios; en lo cual es frecuentísimo pasar en silencio por los puntos oscuros y perorar sobre los claros.

La tercera concierne a los tiempos, que en muchos casos arrojan gran luz en orden a la interpretación correcta.

La cuarta concierne a la breve censura y juicio de los autores, con la que cada cual pueda hacer una selección personal de qué libros leer.

Y la quinta concierne a la sintaxis y ordenación de los estudios, con la que cada cual sepa en qué orden o sucesión debe leer.

2. En cuanto al conocimiento pedagógico, le corresponden las diferencias que ha de mostrar la transmisión dirigida a la juventud. Aquí se imponen varias consideraciones de mucho fruto.

La primera se refiere a la oportunidad y sazón de los conocimientos: por cuáles deban empezar los que aprenden, y de cuáles se les deba apartar durante algún tiempo.

La segunda es la consideración de en qué casos se deba comenzar por lo más fácil y de ahí pasar a lo más difícil, y en qué otros pujar hacia lo más difícil y luego conducir a lo más fácil; pues hay un método que es el de practicar la natación con vejigas, y otro que es el de practicar la danza con zapatos pesados.

Una tercera es la administración del saber de acuerdo con la condición de los ingenios: pues no hay defecto en las facultades intelectuales que no parezca tener su correspondiente cura en alguna clase de estudio. Si un niño, por ejemplo, tiene la cabeza a pájaros, esto es, carece de la facultad de atención, las matemáticas lo remedian, porque en ellas basta con que el ingenio se distraiga un momento para que haya que empezar de nuevo. Y al igual que las ciencias poseen la propiedad de enmendar y auxiliar las correspondientes facultades, así también las facultades o potencias tienen una simpatía con las ciencias que favorece el dominio o rápido aprovechamiento de ellas, por lo cual es muy sensato investigar qué clases de ingenios y caracteres son los más aptos y adecuados para cada ciencia.

En cuarto lugar, la ordenación de los ejercicios es asunto de grandes consecuencias para perjudicar o ayudar: pues, como bien observa Cicerón, quienes ejercitan sus facultades sin estar bien asesorados ejercitan sus defectos y contraen hábitos malos lo mismo

que buenos [365]; de suerte que la continuación e interrupción de los ejercicios es cosa que requiere mucho juicio. Resultaría demasiado largo particularizar muchas otras consideraciones de esta índole, cosas en apariencia modestas, pero de eficacia singular. Pues así como el maltratar o cuidar solícitamente las semillas o las plantas jóvenes es lo más importante para su medro, y así como se advirtió que el ser los seis primeros reyes de Roma como tutores del estado en su infancia fue la causa principal de la inmensa grandeza de aquel estado que luego se siguió [366], así el cultivo y labranza del espíritu en la juventud tiene efectos tan poderosos, aunque invisibles, que después difícilmente habrá extensión de tiempo o intensidad de esfuerzo capaces de contrarrestarlos [367]. No está de más señalar también que las facultades pequeñas y modestas adquiridas mediante la educación, si dan en grandes hombres o grandes asuntos, obran efectos grandes e importantes; de lo cual vemos en Tácito el ejemplo notable de dos actores, Percenio y Vibuleno, que gracias a su habilidad dramática pusieron en tumulto y alboroto extraordinarios a los ejércitos panonios. Pues, estallando entre ellos un motín cuando murió César Augusto, el teniente Bleso había arrestado a algunos de los amotinados, que en seguida fueron libertados. Entonces Vibuleno pidió ser escuchado, y habló de esta manera: *A estos pobres desgraciados sin culpa, condenados a una muerte cruel, les habéis devuelto a la luz del día; mas ¿quién me devolverá a mi hermano, o le devolverá a él la vida? Enviáronle aquí con un mensaje de las legiones de Germania para tratar de la causa común, y anoche Bleso le ha hecho asesinar por esos espadachines y rufianes que tiene con él para verdugos de los soldados. Responde, Bleso: ¿qué se ha hecho de su cuerpo? Ni los más mortales enemigos niegan la sepultura. Cuando, con besos y con lágrimas, haya ejecutado mis últimos deberes para con el cadáver, manda que me asesinen junto a él; con tal que estos mis compañeros, ya que no morimos por ningún crimen, sino por nuestra buena intención y fidelidad a las legiones, tengan permiso para sepultarnos* [368]. Con esa perorata desató una furia y violencia infinitas en el ejército, cuando lo cierto es que no tenía ningún hermano ni había tal asunto, sino que meramente lo fingió como si estuviera en el teatro.

---

365 *De oratore,* I, 33 (149-150).

366 Cf. Maquiavelo, *Discorsi,* I, XVI y XVII.

367 En el *De augmentis* se extiende Bacon sobre la pedagogía, poniendo como modelo los colegios de los jesuitas, y recomendando la instrucción colegial, el respeto a la independencia de juicio del educando, el asesoramiento de los padres por los maestros para decidir la ocupación de sus hijos y la inclusión de representaciones dramáticas en la educación.

368 *Anales,* I, 16-17.

3. Mas, volviendo a nuestro tema, diré que hemos llegado al término de los conocimientos racionales. Si acerca de esto he hecho divisiones distintas de las acostumbradas, empero no quisiera que se piense que desapruebo todas las que no empleo. Pues es una doble necesidad lo que me constriñe a alterarlas. Por un lado, porque es distinto el fin y objetivo que se persigue poniendo juntas aquellas cosas que están próximas por su naturaleza, y aquellas que están próximas en cuanto al uso. Pues si un secretario de estado ordena sus papeles, es probable que en su estudio o archivo general ponga juntas las cosas de igual naturaleza, verbigracia, los tratados, las instrucciones, etc., pero en sus cajas o archivo particular ponga juntas las que probablemente haya de usar juntas, aunque sean de naturaleza diversa. Así en este archivo general del conocimiento yo he tenido que seguir las divisiones de la naturaleza de las cosas, mientras que, si me hubiera propuesto tratar algún conocimiento en particular, habría respetado las divisiones más apropiadas para el uso. Por otro lado, porque el introducir las omisiones alteró por ende las particiones del resto; pues si el conocimiento existente es, pongamos, quince, y el conocimiento con las omisiones es veinte, los submúltiplos de quince no son los de veinte: porque los de quince son tres y cinco, y los de veinte son dos, cuatro, cinco y diez. De modo que en esto no hay contradicción, ni podría ser de otra manera.

XX.1. Pasamos ahora al conocimiento que estudia el apetito y la voluntad del hombre, del cual dice Salomón: *Ante omnia, fili, custodi cor tuum; nam inde procedunt actiones vitae*[369]. Paréceme que los que han tratado esta ciencia han escrito como si uno que se ofreciera a enseñar a escribir se limitase a mostrar buenas copias de alfabetos y letras unidas, sin dar ningún precepto o guía sobre cómo se deba llevar la mano y componer las letras. Así, han hecho buenos y limpios modelos y copias de las trazas y retratos del bien, la virtud, el deber, la felicidad, describiéndolos bien y proponiéndolos como objetos y metas verdaderas de la voluntad y los deseos del hombre; pero sobre cómo se puedan alcanzar esos excelentes objetivos, y cómo ordenar y someter la voluntad humana para hacerla dócil y plegable a esos propósitos, sobre esto guardan un completo silencio, o hablan ligera e improvechosamente. Pues ni el sostener que *las virtudes morales están en el espíritu del hombre*

---

369 Ante todo, hijo mío, guarda tu corazón, porque de él proceden las acciones de la vida. Prov. 4, 23.

por hábito y no por naturaleza[370], ni el distinguir diciendo que *a los espíritus generosos se los conquista con doctrinas y persuasiones, y al vulgo con recompensas y castigos,* ni otros avisos y toques dispersos semejantes pueden excusar la ausencia de esta parte.

2. La razón de esta omisión supongo que debe estar en ese escollo oculto en que han naufragado ésta y otras muchas naves del conocimiento, a saber, que se ha desdeñado el ser perito en los asuntos comunes y ordinarios, cuya juiciosa dirección constituye, sin embargo, la doctrina más sabia, porque la vida no está hecha de novedades o sutilezas; y al contrario, se ha buscado sobre todo el construir ciencias de contenido brillante o lucido, escogido para dar lustre a la sutileza de las discusiones o a la elocuencia de los discursos. Ahora bien, Séneca pone un freno excelente a la elocuencia: *Nocet illis eloquentia, quibus non rerum cupiditatem facit, sed sui*[371]. Las doctrinas deben ser tales que nos hagan enamorarnos de la lección, no del maestro, y estar dirigidas al beneficio del oyente, no a la gloria del autor. De suerte que las convenientes son aquellas que puedan concluir como concluye Demóstenes su consejo: *Quae si feceritis, non oratorem duntaxat in praesentia laudabitis, sed vosmetipsos etiam non ita multo post statu rerum vestrarum meliore*[372].

3. Ni era forzoso que hombres de tan excelentes partes desesperasen de la fortuna que el poeta Virgilio se prometió y que de hecho obtuvo, ganando para sí tanta fama de elocuencia, ingenio y erudición con la expresión de las observaciones de la agricultura como de las hazañas heroicas de Eneas:

Nec sum animi dubius, verbis ea vincere magnum
Quam sit, et angustis his addere rebus honorem[373].

Y qué duda cabe de que, si hay el propósito serio, no de escribir ociosamente lo que otros ociosamente puedan leer, sino de instruir realmente y preparar para la acción y la vida activa, estas Geórgicas del espíritu, concernientes a su cultivo y labranza, no son menos valiosas que las descripciones heroicas de la virtud, el deber

---

370 Cf. Aristóteles, *Etica a Nicómaco,* II, I (1103a-b).

371 Es dañina la elocuencia que no despierta pasión por el asunto, sino por ella misma. *Epistulae morales,* LII, 14.

372 Si esto hacéis, no sólo podréis felicitar ahora al orador, sino también felicitaros a vosotros mismos más adelante, cuando veáis prosperar la causa nacional. *Olínticas,* II, 31 (final).

373 Y bien sé cuán difícil es triunfar con palabras en esto, y dar gloria a estas cosas modestas. *Geórgicas,* III, 289-290.

y la felicidad. Así pues, la división principal y primera del conocimiento moral parece ser aquella que distingue entre el modelo o imagen del bien, y el regimiento o cultura del espíritu: describiendo aquello la naturaleza del bien, y prescribiendo esto normas para someter, aplicar y acomodar a él la voluntad del hombre.

4. La doctrina tocante al modelo o naturaleza del bien lo considera como simple o comparado: ora las clases de bien, ora sus grados; siendo en esta última parte zanjadas por la fe cristiana todas aquellas infinitas discusiones que antes había acerca del grado supremo del bien, al que llaman felicidad, beatitud o bien más alto, cuyas doctrinas eran como la teología de los paganos. Y según dice Aristóteles, que *los jóvenes pueden ser felices, pero sólo en virtud de la esperanza*[374], así hemos todos de reconocer nuestra minoría de edad, y acoger la felicidad que la esperanza del mundo futuro nos otorga.

5. Liberados, pues, y descargados de esa doctrina del cielo de los filósofos, con que ellos fingieron una naturaleza humana más elevada de lo que es en realidad (pues vemos con qué grandilocuencia escribe Séneca: *Vere magnum, habere fragilitatem hominis, securitatem Dei*[375]), podemos con más sobriedad y verdad admitir el resto de sus indagaciones y trabajos. En ellos han retratado óptimamente la naturaleza del bien positivo o simple, describiendo las formas de la virtud y del deber con sus situaciones y condiciones, distribuyéndolas en sus clases, partes, provincias, acciones y dispensaciones, etcétera; más aún, las han recomendado a la naturaleza y espíritu del hombre con muy agudos argumentos y hermosas persuasiones, y las han fortificado y atrincherado, en la medida en que el discurso puede hacerlo, contra las opiniones corruptas y vulgares. Asimismo, por lo que respecta a los grados y naturaleza comparada del bien, los han tratado tan sabiamente con su idea de la triplicidad del bien[376], con sus comparaciones entre la vida contemplativa y la vida activa[377], con la distinción entre virtud con trabajo y virtud ya confirmada, con sus oposiciones de lo honesto y lo lucrativo, con su equilibrar una virtud con otra, etcétera, que esta parte merece que se la califique de excelentemente trabajada.

6. Ahora bien, si antes de pasar a las ideas populares y establecidas de la virtud y el vicio, el placer y el dolor y las restantes,

---

[374] *Etica a Nicómaco,* I, IX (1100a).

[375] En verdad es grande tener la flaqueza de un hombre y la falta de cuidados de un dios. *Epistulae morales,* LIII, 12.

[376] Bienes exteriores, bienes del alma y bienes del cuerpo; cf. Aristóteles, *Etica a Nicómaco,* I, VIII.

[377] Véase, p. ej., Aristóteles, *Etica a Nicómaco,* X, VII.

se hubieran detenido un poco más en la investigación de las raíces del bien y del mal, y en las fibras de esas raíces, habrían dado, en mi opinión, una gran luz a lo siguiente; y en especial si hubieran consultado a la naturaleza, sus doctrinas habrían sido menos prolijas y más profundas; cosa que, estando por ellos en parte omitida y en parte tratada con mucha confusión, intentaremos nosotros retomar y exponer de manera más clara.

7. En todas las cosas existe un bien de doble naturaleza: una, en cuanto que cada cosa es una totalidad o algo sustantivo en sí, la otra en cuanto que es parte o miembro de un cuerpo mayor; de las cuales la última es en grado la mayor y más estimable, porque se orienta a la conservación de una forma más general. Por eso vemos que el hierro es movido por particular simpatía hacia el imán, mas excediendo de cierta cantidad renuncia a su afecto hacia éste y como buen patriota se mueve hacia la tierra, que es la región y patria de los cuerpos pesados; y, yendo más allá, vemos que el agua y los cuerpos pesados se mueven hacia el centro de la tierra, pero antes que tolerar interrupción en la continuidad de la naturaleza se elevan desde el centro de la tierra, renunciando a su deber para con ésta en atención a su deber para con el mundo. Esta doble naturaleza del bien, con sus grados de comparación, está mucho más grabada en el hombre, si no degenera, debiendo ser para él el mantenimiento del deber hacia la comunidad mucho más precioso que el mantenimiento de la vida y el ser; como en aquella memorable declaración de Pompeyo el Grande, que, habiéndosele encargado suministros para atender a una escasez que había en Roma, y queriendo disuadirle sus amigos con gran vehemencia y empeño de que arrostrando tan mal tiempo se aventurase a hacerse a la mar, él se limitó a responderles: *Necesse est ut eam, non ut vivam*[378]. Mas puede afirmarse con verdad que no hubo nunca ninguna filosofía, religión u otra disciplina que tan clara y fuertemente exaltase el bien comunicable y rebajase el bien privado y particular, como la Santa Fe; en donde bien se ve que el mismo Dios que dio a los hombres la ley cristiana fue quien dio a las creaturas inanimadas esas leyes naturales de que hablábamos antes; pues leemos que los santos elegidos de Dios han deseado ser anatematizados y borrados del libro de la vida, en un éxtasis de caridad y sentimiento de comunión infinito[379].

8. Dicho esto y bien sentado, ello mismo juzga y zanja la mayoría de las controversias que se plantean en la filosofía moral. En

---

378 Lo necesario es que vaya, no que viva. Plutarco, *Pompeyo*, L.
379 Cf. Rom. 9, 3, y Ex. 32, 32.

primer lugar, decide la cuestión de si se ha de preferir la vida contemplativa o la vida activa, y la decide en contra de Aristóteles. Pues todas las razones que él esgrime en favor de la contemplativa son privadas, y hacen referencia al placer y dignidad de uno solo (aspectos éstos en que es indiscutible la preeminencia de la vida contemplativa); de modo semejante a aquella comparación que hizo Pitágoras para honrar y enaltecer la filosofía y la contemplación: pues, preguntándosele qué era él, respondió que *si Hierón había estado alguna vez en los juegos olímpicos, sabría que unos iban allí para probar fortuna con los premios, y otros como mercaderes para vender sus mercancías, y otros para divertirse y encontrarse con sus amigos, y otros para mirar; y que él era uno de los que iban a mirar*[380]. Mas sépase que en este teatro que es la vida humana el papel de espectador queda únicamente reservado para Dios y los ángeles. Ni habría podido cuestión semejante tener jamás entrada en la Iglesia, a pesar del *Pretiosa in oculis Domini mors sanctorum ejus*[381], con que se exalta la muerte civil y los votos regulares, si en su defensa no contase con la circunstancia de que la vida monástica no es solamente contemplativa, sino que desempeña el cometido, o bien de elevar oraciones y súplicas incesantes, que es cosa que con razón se ha estimado como un oficio dentro de la Iglesia, o bien de escribir o tomar instrucciones para escribir acerca de la ley de Dios, como hizo Moisés cuando habitó tanto tiempo en el monte. Y así vemos a Henoc, el séptimo desde Adán, que fue el primer contemplativo y caminaba con Dios[382], y sin embargo suministró a la Iglesia profecías, que San Judas cita[383]. Mas la contemplación que acaba en sí misma, sin irradiar sobre la sociedad, ésa de fijo que la teología no la conoce.

9. Zanja también las controversias desatadas entre Zenón y Sócrates y sus escuelas y sucesores de una parte, que ponían la felicidad en la virtud sola o acompañada, cuyas acciones y ejercicios se dirigen y conciernen principalmente a la sociedad, y de otra parte los cirenaicos y epicúreos, que la ponían en el placer, y, como es costumbre en algunas comedias de enredo, en que la señora y la criada truecan sus vestidos, de la virtud hacían meramente una sierva, necesaria para el servicio y acompañamiento del placer; y la escuela reformada de los epicúreos, que la ponía en la serenidad del espíritu y ausencia de perturbaciones, como si quisieran deponer a

---

380 Cicerón, *Tusculanae,* V, III, 9.
381 Preciosa a los ojos de Dios es la muerte de sus santos. Sal. 116, 15.
382 Gén. 5, 24.
383 Jds. 14.

Júpiter y reponer a Saturno y la primera edad, en que no había verano ni invierno, primavera ni otoño, sino siempre un mismo aire y estación; y Herilo, que puso la felicidad en la extinción de los combates del espíritu, no reconociendo una naturaleza fija del bien y del mal, sino estimando las cosas según que claramente suscitaran deseo o repugnancia: opinión resucitada en la herejía de los anabaptistas, que medían las cosas según los movimientos del espíritu y la constancia o vacilación de la fe; teorías todas que manifiestamente se orientan al reposo y contento privado, y no al bien de la sociedad.

10. Desautoriza también la filosofía de Epicteto, que presupone que haya de situarse la felicidad en aquello que está en nuestro poder, no sea que caigamos víctimas de la fortuna y los contratiempos, como si no hubiera mucha mayor dicha en fracasar en empresas buenas y virtuosas para la comunidad que en obtener cuanto podamos desear para nosotros mismos por nuestra fortuna personal; como dijo Gonzalo[384] a sus soldados, mostrándoles Nápoles y declarando que prefería morir un palmo más adelante que asegurarse larga vida retrocediendo un palmo; lo cual corrobora la sabiduría de ese jefe celestial que afirma que *una buena conciencia es una continua fiesta*[385], frase que claramente indica que la conciencia de buenas intenciones, sea cual fuere el resultado, es un contento más continuo para la persona que toda la provisión que pueda hacerse para obtener seguridad y reposo.

11. Desautoriza igualmente aquel abuso de la filosofía que vino a ser general en tiempos de Epicteto, y que fue el convertirla en una ocupación o profesión, como si su propósito fuera, no el resistir y extinguir las perturbaciones, sino el rehuir y evitar las causas de éstas, y con ese fin trazarse un modo de vida particular. Inventose de ese modo una salud del espíritu que era como esa salud del cuerpo a que alude Aristóteles hablando de Heródico, que durante toda su vida no hizo otra cosa que cuidar su salud[386]; mientras que, si uno se orienta hacia sus deberes para con la sociedad, así como la mejor salud del cuerpo es la que mejor resiste todas las alteraciones y rigores, así también la más verdadera salud del espíritu es la que puede pasar por las mayores tentaciones y perturbaciones. De modo que hay que hacer propia la opinión de Diógenes, que no elogiaba a los que se abstenían, sino a los que soportaban, y eran

---

[384] Gonzalo Fernández de Córdoba. La historia se cuenta en Guicciardini, *Storia d'Italia,* VI, II (1503).

[385] Prov. 15, 15.

[386] *Retórica,* I, V (1361b). En el mismo sentido se habla de Heródico en el libro III (406a-b) de la *República* de Platón.

capaces de refrenar su espíritu *in praecipitio,* y de hacerle detenerse o girar en el mínimo espacio, como se hace con los caballos [387].

12. Finalmente, desautoriza la blandura e intolerancia de algunos de los más antiguos y reverendos filósofos y hombres de talante filosófico, que con demasiada presteza se retiraban de los asuntos civiles por no tener que sufrir indignidades y perturbaciones; siendo así que la resolución de los hombres verdaderamente morales debería ser como decía ese mismo Gonzalo del honor del soldado, *e tela crassiore* [388], no tan fina que con cualquier cosa se pueda enredar y peligrar.

XXI.1. Volviendo al bien privado o particular, diremos que se divide en activo y pasivo. Esta división del bien (semejante a aquella que entre los romanos se expresaba con los términos familiares o domésticos de *promus* y *condus* [389]) existe en todas las cosas, y donde mejor se manifiesta es en los dos apetitos distintos de las creaturas, uno de conservación y subsistencia, y otro de propagación o multiplicación, de los cuales el segundo parece ser el más estimable. Pues en la naturaleza, los cielos, que son lo más estimable, son el agente, y la tierra, que es lo menos, es el paciente. En los placeres de los animales, el de la generación es mayor que el de la comida. En la doctrina divina, *Beatius est dare quam accipere* [390]. Y en la vida no hay hombre de tan blando ánimo que al llevar a cabo algo que se ha propuesto no lo estime más que la sensualidad. Esta prioridad del bien activo tiene un fuerte respaldo en la consideración de que nuestro estado es mortal y está sujeto a la fortuna: pues si pudiéramos contar con la perpetuidad y seguridad de nuestros placeres, su estabilidad acrecentaría su precio; pero cuando vemos que todo se reduce a un *Magni aestimamus mori tardius* [391], y un *Ne glorieris de crastino, nescis partum diei* [392], eso nos mueve a desear tener algo seguro y puesto a salvo del tiempo, y esto sólo pueden ser nuestros hechos y obras, según se dice: *Opera eorum sequuntur eos* [393]. Igualmente respaldada está la preeminencia de este bien activo por esa inclinación que es natural en el hombre a la

[387] Diógenes Laercio, *Diógenes.*

[388] De tela más fuerte.

[389] El que saca de la despensa; el que guarda en la despensa.

[390] Hay mayor felicidad en dar que en recibir. Hch. 20, 35.

[391] Parécenos gran cosa morir un poco más tarde. Séneca, *Naturales quaestiones,* II, LIX, 7.

[392] No te glories del mañana, porque no sabes lo que depara un día. Prov. 27, 1.

[393] Sus obras les siguen. Ap. 14, 13.

variedad y el avance, y que en los placeres de los sentidos (que constituyen la parte principal del bien pasivo) no puede tener mucho campo: *Cogita quamdiu eadem feceris; cibus, somnus, ludus; per hunc circulum curritur; mori velle non tantum fortis, aut miser, aut prudens, sed etiam fastidiosus potest*[394]. En cambio, en las empresas, afanes y propósitos de la vida hay mucha variedad, que con placer advertimos en sus comienzos, avances, retrocesos, renovaciones, aproximaciones y consecuciones; de suerte que con razón se dijo que *Vita sine proposito languida et vaga est*[395]. En modo alguno se identifica este bien activo con el bien de la sociedad, aunque en algunos casos coincida con él: pues si muchas veces acarrea acciones benéficas, empero lo que le interesa es el poder, la gloria, la exaltación y la conservación personales, como claramente se demuestra cuando choca con el bien contrario. Pues ese estado de ánimo giganteo que posee a los perturbadores del mundo, como fue Lucio Sila y han sido muchísimos otros en menor escala, en virtud del cual querrían hacer a todos los hombres felices o infelices según que sean amigos o enemigos suyos, y dar forma al mundo según su personal capricho (que es la verdadera teomaquia), ése pretende y aspira al bien activo, y sin embargo es lo que más se aleja del bien de la sociedad, que ya dijimos ser el mayor.

2. En cuanto al bien pasivo, se subdivide en conservativo y perfectivo. Pues, haciendo un breve repaso de lo que hemos dicho, vemos que hemos hablado primeramente del bien de la sociedad, cuya intención se refiere a la forma de la naturaleza humana, de la cual somos miembros y porciones, y no a nuestra forma personal e individual; hemos hablado del bien activo, y lo hemos puesto como parte del bien privado y particular, y con razón, pues en todas las cosas hay impreso un triple deseo o apetito que procede del amor a sí mismas: uno de conservación y persistencia en su forma, otro de mejora y perfeccionamiento y un tercero de multiplicación y propagación en otras cosas; de los cuales, la multiplicación o impresión sobre otras cosas es lo que hemos tratado bajo el nombre de bien activo. De suerte que resta la conservación y el perfeccionamiento o elevación, y esto último es el grado más alto del bien pasivo. Porque lo menos es conservar en el mismo estado, y lo más es conservar con mejora. Así en el hombre,

---

394 Considera cuánto tiempo llevas haciendo las mismas cosas: comer, dormir, gozar, tal es nuestra diaria ronda. No sólo la fortaleza, la desdicha o la sabiduría pueden llevar a desear la muerte, sino también el mero hartazgo. Séneca, *Epistulae morales*, LXXVII, 6.

395 La vida sin ideal es cosa lánguida y desasosegada. Séneca, *Epistulae morales*, XCV, 46.

Igneus est ollis vigor, et coelestis origo[396];

su aproximación o elevación a la naturaleza divina o angélica es la perfección de su forma, y el error o falsa imitación de este bien es lo que constituye la tempestad de la vida humana, cuando el hombre, respondiendo al instinto de progreso formal y esencial, es empujado a buscar un progreso local. Pues lo mismo que los enfermos que no encuentran alivio se agitan de acá para allá y cambian de lugar, como si por una mutación local pudieran obtener una mutación interna, así acontece también en los ambiciosos, que cuando no hallan medio de exaltar su naturaleza están en continua ebullición por exaltar su lugar. De modo que el bien pasivo es, como hemos dicho, o conservativo o perfectivo.

3. Volviendo al bien de conservación o contento, que consiste *en la fruición de aquello que es conforme a nuestro natural*[397], diremos que parece ser el más puro y natural de los placeres, pero en realidad es el más blando y bajo. Y también dentro de él se aprecia una división, que no ha sido ni bien juzgada ni bien estudiada. Pues el bien de fruición o contento estriba, ya en la sinceridad de la fruición, ya en la viveza y vigor de ella: favoreciendo a aquélla la igualdad, a ésta la variedad; teniendo lo primero menos mezcla de mal, y lo segundo mayor impresión de bien. Cuál de éstos sea el mayor bien es cuestión controvertida; mas lo que no se ha estudiado es si la naturaleza humana no puede ser capaz de los dos.

4. Debatida la primera cuestión entre Sócrates y un sofista, situando aquél la felicidad en la paz de espíritu igual y constante, y éste en el mucho desear y mucho disfrutar, de la discusión pasaron a los insultos, diciendo el sofista que la felicidad de Sócrates era la de un tronco o una piedra, y Sócrates que la felicidad del sofista era la de un sarnoso, que todo se le vuelve sentir picor y rascarse[398]. No les falta fundamento a estas dos opiniones. La de Sócrates está respaldada por el consenso general, incluso de los propios epicúreos, de que en la felicidad tiene gran parte la virtud; y si es así, cierto es que la virtud es más útil para aquietar perturbaciones que para urdir deseos. A la opinión del sofista favorece mucho la afirmación que últimamente citamos, de que el bien de mejora es mejor que el bien de mera conservación: porque en toda obtención de un deseo hay una apariencia de mejora, como en todo movimiento, aunque sea en círculo, hay una apariencia de progresión.

---

[396] Ignea es su fuerza, y celestial su origen. Virgilio, *Eneida*, VI, 730.
[397] Literalmente, «el natural de cada uno»: *our natures*, en la versión latina *naturae nostrae*.
[398] Platón, *Gorgias*, 492-494.

5. Mas la segunda cuestión determina la vía recta, y torna superflua la primera. Pues ¿cabe dudar de que algunos gozan más que otros con el disfrute de los placeres, y sin embargo se ven menos afectados por su pérdida o abandono? De ahí lo de que *Non uti ut non appetas, non appetere ut non metuas, sunt animi pusilli et diffidentis*[399]. Y paréceme que casi todas las doctrinas de los filósofos sean más medrosas y cautelosas de lo que la naturaleza de las cosas exige. Así han acrecentado el miedo a la muerte ofreciéndose a curarlo; pues, si pretenden que la vida entera del hombre no sea sino una disciplina o preparación para el morir, por fuerza harán pensar que es terrible enemigo aquel frente al cual no acaba uno nunca de prepararse. Mejor dijo el poeta:

Qui finem vitae extremum inter munera ponat
Naturae[400].

Así han querido hacer a los espíritus demasiado uniformes y armónicos, al no habituarlos lo bastante a movimientos contrarios, supongo que porque ellos mismos eran hombres consagrados a un modo de vida privado, libre y apartado de la acción. Pues lo mismo que vemos que, al tocar el laúd u otro instrumento similar, un bajo continuo, aunque sea dulce y parezca tener muchos cambios, empero no habitúa la mano a tan extraños y duros cortes y transiciones como una canción o una improvisación, algo muy semejante sucede con la diversidad entre la vida filosófica y la vida civil. Por ello sería conveniente imitar la prudencia de los joyeros, que, si hay una mácula o una nube o un pelo que puedan raspar sin llevarse demasiado de la piedra, lo quitan, pero si eso la recortase y rebajase demasiado, lo dejan estar: así se debería procurar la serenidad, siempre que con ello no se destruya la grandeza de ánimo.

6. Desarrollado el bien del hombre que es privado y particular hasta donde parece conveniente, volveremos ahora a ese otro bien suyo que se refiere y dirige a la sociedad, al cual podemos llamar deber: pues este término «deber» es el más propio para el espíritu bien compuesto y dispuesto hacia los demás, como el término «virtual» se aplica al espíritu bien formado y compuesto en sí mismo, aunque ni se puede entender la virtud sin alguna relación con la sociedad, ni el deber sin una disposición interior. A primera vista pudiera parecer que esta parte corresponde a la ciencia

---

[399] No gozar para no desear, no desear para no temer, son cosas propias de ánimos cobardes y pusilánimes. Cf. Plutarco, *Solón,* VII.

[400] Que coloca el fin de la vida entre los dones de la naturaleza. Juvenal, *Sátiras,* X, 358.

civil y política, mas no si se la observa bien; pues concierne al regimiento y gobierno de cada cual sobre sí, no sobre otros. Y así como en la arquitectura no es lo mismo la instrucción sobre cómo se hayan de disponer los postes, vigas y demás partes del edificio que la manera de ensamblarlos y levantar la obra, y en la mecánica no es lo mismo la instrucción sobre cómo se haya de componer un instrumento o máquina que la manera de ponerlo en funcionamiento y emplearlo, y sin embargo al expresar lo uno se expresa incidentalmente lo otro, así la doctrina de la conjugación de los hombres en sociedad es distinta de la doctrina de su conformidad a ella.

7. Esta parte referente al deber se subdivide en dos: la del deber común a todo hombre, en cuanto hombre o miembro de un estado, y la del deber respectivo o especial de cada uno en su profesión, vocación y lugar. La primera existe y está bien trabajada, como se ha dicho. La segunda también puedo calificarla más de dispersa que de omitida, y reconozco que en esta clase de argumento la manera de escribir dispersa es la mejor. Porque ¿quién podría tomar sobre sí el escribir acerca del deber, virtud, exigencia y derecho de cada una de las vocaciones, profesiones y lugares? Pues aunque a veces el mirón pueda ver más que el jugador, y el proverbio, más arrogante que acertado, diga que *desde el valle es desde donde mejor se ve el monte,* empero difícilmente se podría poner en duda que cada uno escribe mejor, y con más realidad y sustancia, acerca de su propia profesión; y que los escritos de hombres especulativos sobre asuntos de acción en su mayoría parecen a los hombres de experiencia como pareció a Aníbal la disertación de Formio sobre las guerras, mero sueño y desvarío [401]. Solamente hay un vicio que acompaña a los que escriben sobre la propia profesión, y es el concederle excesiva importancia. Mas en general sería de desear que los hombres de acción quisieran o pudieran ser escritores, porque con ello el saber sería verdaderamente sólido y fecundo.

8. A este respecto no puedo dejar de mencionar, *honoris causa,* el excelente libro de Vuestra Majestad acerca del deber del rey [402], obra ricamente compuesta de teología, moral y política, con gran participación de todas las demás artes, y que tengo por uno de los escritos más sensatos y sanos que he leído: no destemplado por el calor de la invención, ni por la frialdad de la negligencia; no aque-

---

401 Cicerón, *De oratore,* II, XVIII (75-76).

402 El *Basilicon doron,* cuyas tres partes estaban dedicadas a «El deber de un rey cristiano hacia Dios», «El deber de un rey en su oficio» y «La conducta de un rey en cosas indiferentes».

jado de mareos, como los que se dejan llevar por su materia, ni de convulsiones, como los que se contraen con materia impertinente; no sabiendo a perfumes y pinturas, como los que buscan halagar al lector más allá de las posibilidades del tema, y sobre todo de espíritu bien equilibrado, conforme a la verdad y apto para la acción, y muy alejado de esa flaqueza natural a que según he señalado están expuestos los que escriben de sus profesiones, y que es el exaltarlas sin tasa. Pues Vuestra Majestad ha descrito fielmente, no a un rey de Asiria o de Persia con su pompa exterior, sino a un Moisés o un David, pastores de su pueblo. Ni puedo tampoco borrar de mi recuerdo aquello que oí declarar a Vuestra Majestad, dentro de la misma sagrada concepción de lo que es el gobernar, en una gran causa judicial, que fue que los reyes gobernaban por sus leyes como Dios por las leyes de la naturaleza, y que tan raramente debían hacer uso de su prerrogativa suprema como hace Dios de su potestad de obrar milagros [403]. Lo cual no obsta para que en vuestro libro sobre la monarquía libre [404] bien deis a entender que conocéis toda la extensión del poder y derechos del rey, no menos que los límites de su oficio y deberes. Me he atrevido, pues, a aducir ese excelente escrito de Vuestra Majestad, como ejemplo primero o eminente de tratado acerca de un deber especial y respectivo, a propósito del cual habría dicho lo mismo si hubiera sido escrito hace mil años. No me preocupan esos melindres cortesanos según los cuales es adulación el alabar en presencia. Al contrario, la adulación es alabar en ausencia, esto es, cuando está ausente la virtud o la ocasión, con lo cual la alabanza no es entonces natural sino forzada, respecto a la verdad o al momento. Mas léase a Cicerón en su oración *Pro Marcello,* que no es otra cosa que un retrato excelente de la virtud de César, y hecho delante de él, y atiéndase al ejemplo de otras muchas personas ilustres, mucho más cuerdas que esos escrupulosos, y nunca se tendrá reparo, habiendo ocasión cabal, de dar alabanzas justas a presentes o ausentes.

9. Mas, volviendo a nuestro tema, diremos que al tratamiento de esta parte tocante a los deberes de las profesiones y vocaciones corresponde un contrario u opuesto, tocante a los fraudes, trucos, imposturas y vicios de cada profesión, que igualmente ha sido tratado, pero ¿de qué manera? Más satírica y cínicamente que seria y

---

[403] Según Spedding, Bacon se refiere probablemente al caso de sir Francis Godwin, de 1604, en el que se discutía la competencia de la Cámara de los Comunes o de la *Chancery* para juzgar de la validez de una elección.

[404] *The True Law of Free Monarchies,* que se publicó anónimo, pero fue recogido en la compilación de las obras del rey hecha en 1616. Por «monarquía libre» ha de entenderse aquí algo muy semejante a monarquía absoluta.

prudentemente, porque antes se ha buscado ridiculizar y vilipendiar con ingenio mucho de lo que es bueno en las profesiones, que descubrir y separar con juicio lo que es corrupto. Pues, como dice Salomón, el que viene a buscar conocimiento con intención de burlarse y censurar, puede estar seguro de hallar materia para su capricho, pero no para su instrucción: *Quaerenti derisori scientiam ipsa se abscondit; sed studioso fit obviam*[405]. El desarrollo de este tema con integridad y veracidad, que señalo como omitido, me parece ser una de las mejores fortificaciones que se puedan hacer de la honestidad y la virtud. Pues como dice la fábula del basilisco, que si él te ve primero tú mueres de ello, pero si tú eres el primero en verle muere él, así acontece con los engaños y las malas artes, que si primero son descubiertos quedan sin fuerza, pero si son ellos los que se anticipan son peligrosos. De suerte que mucho es lo que debemos a Maquiavelo y otros, que escriben lo que los hombres hacen, no lo que deberían hacer. Porque no es posible unir la astucia serpentina a la inocencia columbina[406], si no se conocen con exactitud todas las cualidades de la serpiente: su bajeza y reptación sobre el vientre, su volubilidad y lubricidad, su envidia y aguijón, etcétera, esto es, todas las formas y caracteres del mal. Pues sin esto la virtud yace expuesta y desprotegida. Más aún, un hombre honesto no puede hacer nada por convertir a los perversos sin ayudarse del conocimiento del mal. Pues los hombres de espíritu corrompido suponen que la honestidad nace de la sencillez de maneras, y del creer a predicadores, a maestros de escuela y al lenguaje exterior de los hombres; de suerte que, si no se les puede hacer percibir que se conocen hasta los últimos confines de sus corruptas opiniones, desprecian toda moral. *Non recipit stultus verba prudentiae, nisi ea dixeris quae versantur in corde ejus*[407].

10. A esta parte tocante al deber respectivo corresponden también los deberes entre marido y mujer, padre e hijo, amo y criado, así como las leyes de la amistad y la gratitud, el vínculo civil de las compañías, colegios y corporaciones políticas, de vecindad y todos los demás de esta clase, no en cuanto partes del gobierno y la sociedad, sino en lo que se refiere a la disposición de los espíritus.

11. El conocimiento concerniente al bien respecto a la sociedad también lo trata no sólo simplemente, sino comparadamente, a lo

---

405 Ocúltasele la ciencia al que la busca para burlarse, pero al estudioso se le aparece llanamente. Prov. 14, 6.

406 Cf. Mt. 10, 16.

407 No atiende el necio a las palabras prudentes, si (antes) no se le dice lo que tiene en su corazón. Prov. 18, 2.

cual corresponde el sopesar los deberes entre una persona y otra, un caso y otro, lo particular y lo público, como vemos en la conducta de Lucio Bruto contra sus propios hijos, que fue tan alabada, y sin embargo se dijo:

Infelix, utcunque ferent ea fata minores[408].

De modo que el caso era dudoso, y hubo opiniones en los dos sentidos. Asimismo vemos que cuando M. Bruto y Casio invitaron a cenar a algunos cuyas ideas querían sondear, por ver si eran adecuados para tomarlos como asociados suyos, y suscitaron la cuestión del dar muerte al tirano usurpador, hubo opiniones divididas, diciendo unos que la servidumbre era el peor de los males, y otros que era mejor la tiranía que una guerra civil[409]. Muchos otros casos semejantes hay de deber comparado, de los cuales el más frecuente es aquel en que de una injusticia pequeña puede seguirse mucho bien. Jasón de Tesalia lo decidió erróneamente: *Aliqua sunt injuste facienda, ut multa juste fieri possint*[410]; hay, en cambio, una buena respuesta: *Authorem praesentis justitiae habes, sponsorem futurae non habes*[411]. Se debe procurar lo que es justo en el momento presente, y dejar el futuro a la divina Providencia. Con lo dicho damos por terminada esta parte general tocante al modelo y definición del bien, y pasamos adelante.

XXII.1. Puesto que hemos hablado ya de este fruto de la vida, réstanos hablar del cultivo que le corresponde, parte sin la cual la primera no parece mejor que una hermosa efigie o estatua, que es agradable de contemplar pero carece de vida y movimiento. El propio Aristóteles lo suscribe con estas palabras: *Necesse est scilicet de virtute ducere, et quid sit, et ex quibus gignatur. Inutile enim fere fuerit virtutem quidem nosse, acquirendae autem ejus modos et vias ignorare. Non enim de virtute tantum, qua specie sit, quarendum est, sed et quomodo sui copiam faciat: utrumque enim volumus, et rem ipsam nosse, et ejus compotes fieri: hoc autem ex voto non succedet, nisi sciamus et ex quibus et quomodo*[412]. Con tan ex-

[408] ¡Desgraciado, sea cual sea el juicio de la posteridad! Virgilio, *Eneida*, VI, 822. Debe ser *facta*.

[409] Plutarco, *Bruto*, XII.

[410] Es preciso hacer algunas injusticias para poder hacer muchas cosas justas. Plutarco, *Praecepta gerendae reipublicae*, 817.

[411] En tus manos está la justicia presente, pero de la futura no puedes responder.

[412] Es obvio que hemos de hablar de la virtud, de en qué consiste y de dónde se origina. Pues sería inútil saber qué es la virtud, si no se conocieran

presas palabras y tal insistencia reclama él esta parte. Así dice Cicerón como gran elogio de Catón el segundo, que se había aplicado al estudio de la filosofía *Non ita disputandi causa, sed ita vivendi*[413]. Y aunque el descuido de nuestra época, en que pocos se paran a pensar sobre la reforma de su vida (como muy bien dice Séneca, *De partibus vitae quisque deliberat, de summa nemo*[414]), pudiera hacer que esta parte parezca superflua, empero he de concluir con el aforismo de Hipócrates, *Qui gravi morbo correpti dolores non sentiunt, iis mens aegrotat*[415]: necesitan medicina no sólo para curar la enfermedad, sino para despertar la sensación. Y si se dijera que la cura de los espíritus humanos corresponde a la sagrada teología, diríase gran verdad; pero eso no impide poner junto a ella la filosofía moral como prudente sirvienta y humilde criada. Pues dice el Salmo que *Los ojos de la sierva están constantemente puestos en la señora*[416], y sin embargo qué duda cabe de que muchas veces toca a la discreción de aquélla adivinar los deseos de ésta; así debería la filosofía moral prestar constante atención a las enseñanzas de la teología, sin que ello le impida dar de sí misma, dentro de los límites debidos, muchas instrucciones acertadas y provechosas.

2. Habida cuenta, pues, de la gran utilidad de esta parte, no puedo por menos de extrañarme de que no haya sido puesta por escrito, tanto más cuanto que incluye mucha materia con la cual el discurso y la acción tienen trato frecuente, y sobre la cual el habla común de los hombres es a veces, aunque raramente, más sabia que sus libros. Es razonable, pues, que la expliquemos con algo más de detalle, tanto por su valor como por hacernos perdonar el calificarla de omitida, cosa que parece casi increíble, y que no han concebido y entendido así quienes han escrito sobre el tema. Enumeraremos, por lo tanto, algunos apartados o puntos de la misma, por que mejor se vea lo que es, y si está hecha.

---

asimismo los modos y maneras de adquirirla. No sólo hemos de considerar cuál sea su naturaleza, sino también cuáles sean sus elementos constitutivos. Queremos conocer la virtud, y al mismo tiempo queremos ser virtuosos; y esto no será posible si ignoramos de dónde nace y cómo. *Magna Moralia*, I, I, 4 (1182a).

413 No para disputar, sino para vivir en consecuencia. *Pro Murena*, XXX, 62.

414 Sobre las partes de la vida reflexiona todo el mundo, sobre la totalidad nadie. *Epistulae morales*, LXXI, 2.

415 Aquellos que, padeciendo una enfermedad grave, no sienten los dolores, tienen la mente trastornada. *Aforismos*, II, 6.

416 Sal. 123, 2.

3. En primer lugar, en esto como en todas las cosas prácticas deberíamos echar cuentas de qué está en nuestro poder y qué no, pues lo uno cabe tratarlo mediante alteración, mas lo otro sólo mediante acomodo. El agricultor no tiene potestad sobre la naturaleza de la tierra ni las estaciones, como tampoco la tiene el médico sobre la constitución del paciente ni los diversos accidentes. Así también en la cultura y cura del espíritu humano hay dos cosas que escapan a nuestro dominio, lo dado por la naturaleza y lo dado por la fortuna: pues a la base de aquello y las condiciones de esto está limitada y atada nuestra acción. En estas cosas, pues, nos queda proceder por acomodo:

Vincenda est omnis fortuna ferendo[417];

y, del mismo modo:

Vincenda est omnis natura ferendo[418].

Mas al hablar de sufrimiento no queremos decir el obtuso y descuidado, sino el prudente e industrioso, que sepa sacar utilidad y ventaja de lo que parece adverso y contrario, y que es eso que llamamos facultad de adaptación. Ahora bien, la prudencia de la adaptación descansa sobre todo en el conocimiento preciso y claro del estado o disposición precedente al cual nos adaptamos, pues no se puede ajustar una prenda sin antes tomar medida del cuerpo.

4. Por consiguiente, el primer artículo de este conocimiento consiste en establecer divisiones y descripciones correctas y verdaderas de los diversos caracteres y temperamentos que aparecen en el natural y disposición de los hombres, atendiendo especialmente a aquellas diferencias que son las más radicales por ser fuente y causa de las demás, o las más frecuentes en conjunción o combinación. No se satisface esta intención tratando unas pocas de ellas de pasada, para mejor describir el carácter intermedio de las virtudes; pues si merece ser considerado que *hay espíritus mejor dotados para los grandes asuntos, y otros para los pequeños* (que es lo que Aristóteles trata o debería haber tratado bajo el nombre de magnanimidad[419]), ¿no merece igualmente serlo que hay espíritus mejor dotados para ocuparse de muchos asuntos, y otros de pocos? De suerte que unos son capaces de dividirse, y otros tal vez podrán

[417] La resistencia [que Bacon traduce por *sufrimiento*] vence a toda suerte. Virgilio, *Eneida*, I, 18.

[418] La resistencia vence a toda naturaleza.

[419] Véase *Etica a Nicómaco*, IV, III.

actuar a la perfección, pero siempre que sea en pocas cosas a la vez; y así resulta haber una estrechez de espíritu, como hay una pusilanimidad. Y asimismo, que algunos espíritus están mejor dotados para aquello que puede ser despachado en seguida, o en breve plazo de tiempo, y otros para aquello que se empieza desde lejos, y ha de ser logrado tras larga procuración:

Jam tum tenditque fovetque[420];

de suerte que propiamente puede hablarse de una longanimidad, que suele ser atribuida también a Dios como magnanimidad. Del mismo modo, merece ser considerado por Aristóteles que hay una disposición en la conversación (suponiendo que verse sobre cosas que en modo alguno toquen o conciernan a uno mismo) a aplacar y agradar, y una disposición opuesta, a contradecir y contrariar[421]; ¿y no merece mucho más serlo que hay una disposición, no en la conversación o charla, sino en asuntos mucho más serios (y siempre suponiendo que se trate de cosas enteramente indiferentes), a alegrarse del bien ajeno, y a la inversa, una disposición a disgustarse ante el bien ajeno, que es esa cualidad que llamamos buen carácter o mal carácter, benignidad o malignidad? Por eso no puedo maravillarme lo bastante de que esta parte del conocimiento tocante a los varios caracteres de los naturales y disposiciones sea omitida tanto en la moral como en la política, siendo tan grande el servicio y enriquecimiento que puede prestar a ambas. En las tradiciones de la astrología se encuentran algunas divisiones ingeniosas y acertadas de los naturales humanos, según el predominio de los planetas: *amantes del sosiego, amantes de la acción, amantes del triunfo, amantes del honor, amantes del placer, amantes de las artes, amantes del cambio,* y así sucesivamente. En las más juiciosas de esas relaciones que hacen los italianos con ocasión de los cónclaves se encuentran los naturales de los diversos cardenales diestra y vivamente pintados. En la conversación de todos los días se encuentran los calificativos de *sensible, seco, formalista, sincero, caprichoso, firme, huomo di prima impressione, huomo di ultima impressione,* etc.; mas esta clase de observaciones circulan en palabras, pero no están fijadas en estudios. Pues muchas de tales distinciones se encuentran, pero no se deducen preceptos de ellas, en lo cual nuestra falta es mucho mayor cuanto que la historia, la poesía y la experiencia diaria son otros tantos campos donde crecen abundantemente estas

---

420 Ya entonces era su propósito y deseo. Virgilio, *Eneida,* I, 18.
421 *Etica a Nicómaco,* IV, VI.

observaciones, de las cuales hacemos algún que otro ramillete para tener en la mano, mas nadie las lleva al boticario para con ellas hacer preparados útiles para la vida.

5. Muy semejantes son esos caracteres innatos que imprimen en el espíritu el sexo, la edad, la región, la salud y la enfermedad, la belleza y la fealdad, etc., que son intrínsecos y no exteriores, y también aquellos otros que determina la fortuna externa, como son la soberanía, la nobleza, la oscuridad de origen, la riqueza, la pobreza, el cargo público, la vida retirada, la prosperidad, la adversidad, la fortuna constante, la fortuna variable, la elevación *per saltum, per gradus*[422], etc. Por eso vemos a Plauto extrañarse de ver a un anciano benefactor: *Benignitas hujus ut adolescentuli est*[423]. San Pablo concluye que ha de usarse severidad de disciplina con los cretenses, *increpa eos dure*[424], por la disposición de su nación: *Cretenses semper mendaces, malae bestiae, ventres pigri*[425]. Salustio señala que es corriente que los reyes deseen cosas contradictorias: *Sed plerumque regiae voluntates, ut vehementes sunt, sic mobiles, saepeque ipsae sibi adversae*[426]. Tácito observa cuán raramente la elevación de la fortuna enmienda la disposición: *Solus Vespasianus mutatus in melius*[427]. Píndaro hace notar que casi siempre la fortuna grande y súbita vence a los hombres, *qui magnam felicitatem concoquere non possunt*[428]. El Salmo muestra que es más fácil guardar medida en el disfrute de la fortuna que en su aumento: *Divitiae si affluant, nolite cor apponere*[429]. Estas observaciones y otras semejantes no niego que Aristóteles las haya tocado someramente, como de paso, en su retórica[430], ni que estén tratadas en algunos textos diseminados; pero nunca han sido incorporadas a la filosofía moral, a la cual esencialmente corresponden, como corresponde a la agricultura el conocimiento de la diversidad de suelos y tierras, y al médico el de la diversidad de complexiones y constituciones; salvo que queramos imitar la insensatez de los empíricos, que a todos los pacientes administran las mismas medicinas.

---

422 Elevación súbita, gradual.

423 Su generosidad es la de un joven. *Miles gloriosus,* III, I (634).

424 Repréndelos severamente. Tit. 1, 18.

425 Los cretenses son siempre mentirosos, malas bestias, vientres perezosos. Tit. 1, 12. Según Ellis, este juicio, que San Pablo da como cita, es del poeta Epiménides.

426 Los deseos de los reyes son tan variables como vehementes, y a menudo contradictorios. *Guerra de Yugurta,* CXIII.

427 Sólo Vespasiano cambió para mejor. *Historias,* I, L.

428 Que no son capaces de digerir tan grande dicha. *Olímpicas,* I, 55-56.

429 Si las riquezas aumentan, no apeguéis a ellas el corazón. Sal. 62, 11.

430 Véase *Retórica,* II, XII-XVII (1388b-1391b).

6. Otro artículo de este conocimiento es la indagación tocante a los afectos; pues como en la medicina corporal lo primero es conocer las diferentes complexiones y constituciones, lo segundo las enfermedades, y lo último los tratamientos, así en la medicina espiritual, tras el conocimiento de los diferentes caracteres de las naturalezas, lo siguiente es conocer las enfermedades y flaquezas del espíritu, que no son otra cosa que las perturbaciones y trastornos de los afectos. Pues lo mismo que los políticos antiguos de estados populares solían comparar al pueblo con el mar y a los oradores con los vientos, porque como el mar de suyo estaría tranquilo y calmado si los vientos no lo movieran y turbaran, así el pueblo sería pacífico y dócil si los oradores sediciosos no lo excitaran y agitaran; igualmente se podría decir que el espíritu de suyo estaría templado y sereno si los afectos, a manera de vientos, no lo pusieran en tumulto y desorden. Y aquí nuevamente paréceme extraño, como antes, que Aristóteles escribiera varios volúmenes de ética sin estudiar nunca los afectos, que constituyen el principal objeto de ella, y en cambio en su retórica, a la cual sólo interesan colateral y secundariamente (en cuanto que puedan ser movidos por el discurso), encuentre lugar para ellos, y los trate bien para el espacio que les dedica[431]; mas en su lugar propio los omite. Pues no son sus discusiones en torno al placer y al dolor lo que puede satisfacer esta indagación, como no se podría decir que el que tratase de la naturaleza de la luz en general tratase de la naturaleza de los colores; porque el placer y el dolor son a los afectos particulares como la luz a los colores particulares. Mejores esfuerzos creo yo que dedicaron los estoicos a este tema, en la medida en que puedo colegirlo por lo que nos ha llegado de segunda mano; con todo, y según su costumbre, consistiendo más su trabajo en dar definiciones sutiles (que en un tema de esta índole no son sino vanas curiosidades) que descripciones y observaciones prácticas y amplias. Encuentro también algunos escritos particulares que tratan con elegancia algunos de los afectos, como la ira, el consuelo frente a la adversidad, la vergüenza y otros. Pero los mejores doctores de este conocimiento son los poetas y autores de historias, en quienes podemos encontrar pintado muy a lo vivo cómo se encienden y suscitan los afectos, y cómo se pacifican y refrenan, e igualmente cómo se evita que pasen a la acción y a mayor grado; cómo se revelan, cómo actúan, cómo varían, cómo se acumulan y robustecen, cómo están envueltos unos en otros y unos a otros se combaten y enfrentan, y otros particulares

[431] Véase *Retórica,* II, I-XI (1378a-1388b).

semejantes. De lo cual esto último es especialmente útil en los asuntos morales y civiles, quiero decir el saber enfrentar un afecto a otro, y dominar uno con otro, como se caza animal con animal y se persigue ave con ave, que de otro modo tal vez sería más difícil cobrar. En esto se basa esa excelente aplicación del *praemium* y de la *poena* que es el cimiento de los estados civiles, empleándose los afectos predominantes del temor y la esperanza para sofocar y sujetar los restantes. Pues como en el gobierno de los estados resulta a veces necesario sujetar a una facción con otra, así sucede también en el gobierno interior.

7. Pasamos ahora a aquellas cuestiones que están sujetas a nuestro arbitrio, y que tienen fuerza y operación sobre el espíritu para afectar a la voluntad y el apetito y alterar la conducta, de las cuales se deberían haber estudiado la costumbre, el ejercicio, el hábito, la educación, el ejemplo, la imitación, la emulación, la compañía, las amistades, la alabanza, la reprensión, la exhortación, la fama, las leyes, los libros, los estudios. Estas cosas tienen una clara utilidad para la moral, actúan sobre el espíritu y con ellas se componen y establecen las recetas y tratamientos encaminados a recobrar o conservar la salud y buen estado del espíritu, hasta donde alcanza la medicina humana. De ellas nos detendremos en una o dos como ejemplo de las restantes, pues sería demasiado largo examinarlas todas; hablaremos, pues, de la costumbre y el hábito.

8. Paréceme negligente la opinión de Aristóteles, de que en aquello que es así por naturaleza nada puede ser alterado por la costumbre, poniendo como ejemplo que aunque diez mil veces se tire a lo alto una piedra, no aprenderá a ascender, y que por ver u oír a menudo no se aprende a ver u oír mejor[432]. Aunque este principio sea correcto en aquellas cosas en que la naturaleza es inflexible (por razones que ahora no podemos pararnos a discutir), empero no sucede lo mismo en aquellas otras en que admite una holgura. Pues a la vista tenía que un guante estrecho entra mejor con el uso, y que con el uso se tuerce una vara de modo distinto de como creció, y que a fuerza de usar la voz hablamos más alto y con mayor potencia, y que a fuerza de soportar el calor o el frío lo soportamos mejor, etc.; teniendo estos últimos ejemplos mayor afinidad con el tema de moral que él trata que los ejemplos que él aduce. Y admitiendo su conclusión de que las virtudes y los vicios son hábito, con tanta mayor razón debería haber enseñado la manera de instaurar ese hábito: pues hay muchos preceptos de

[432] *Etica a Nicómaco,* II, I.

los sabios para ordenar los ejercicios del espíritu, como los hay para ordenar los ejercicios del cuerpo; de los cuales enumeraremos unos cuantos.

9. El primero será el de tener cuidado de no imponerse al principio un esfuerzo demasiado arduo ni demasiado débil: pues si demasiado arduo, en el carácter inseguro se crea desaliento, y en el seguro una presunción de facilidad, y con ello desidia; y en uno y otro se crean esperanzas infundadas, y así al final insatisfacción. Si, por el contrario, es demasiado débil, no se podrá contar con llevar a cabo y superar ningún trabajo grande.

10. Otro precepto es el de practicar todas las cosas principalmente en dos momentos diferentes, uno cuando el espíritu está mejor dispuesto y otro cuando está más remiso, de suerte que con lo uno se avance largo trecho y con lo otro se deshagan los nudos y oposiciones del espíritu, y los momentos intermedios sean más gratos y placenteros.

11. Otro precepto, que Aristóteles menciona de pasada, es el de tirar siempre hacia el extremo contrario a aquel a que por naturaleza se tiende, como el remar contra la corriente, o el enderezar una vara doblándola en el sentido contrario a su inclinación natural[433].

12. Otro precepto estriba en que el espíritu se deja llevar mejor, y con mayor agrado y contento, si aquello que se pretende no es lo primero en la intención, sino *tanquam aliud agendo*[434], por el odio natural que el espíritu siente hacia la necesidad y la obligación. Muchos otros axiomas hay relativos a la administración del ejercicio y la costumbre, que de este modo conducida demuestra ser, efectivamente, una segunda naturaleza, mas gobernada por el azar no suele quedar en otra cosa que en simia de la naturaleza, y engendra deformidades y fraudes.

13. Del mismo modo, si examinamos los libros y estudios, y la influencia y efecto que tienen sobre la conducta, ¿no hallaremos acerca de esto diversos preceptos de gran cautela y provecho? ¿No llamó uno de los Padres con gran indignación a la poesía *vinum daemonum*[435], porque aumenta las tentaciones, las perturbaciones y las opiniones vanas? ¿No merece ser considerada la opinión de Aris-

---

[433] *Ibid.*, II, IX.

[434] Como haciendo otra cosa.

[435] Vino de los demonios. San Agustín (*Confesiones*, I, XVI) llama a cierta poesía *vinum erroris*, «vino del error», y San Jerónimo (*Epístolas*, CXLVI) la llama *cibus daemonum*, «alimento de los demonios». Bacon parece haber fundido ambos juicios en uno.

tóteles, cuando dice que *los jóvenes no son oyentes aptos para la filosofía moral, porque no se ha apaciguado en ellos el calor ardiente de los afectos, ni les han templado el tiempo y la experiencia*[436]? ¿Y no procede de ahí el que esos excelentes libros y disertaciones de los escritores antiguos, con que han alentado a la virtud de la manera más eficaz, representándola con grandeza y majestad, y a las opiniones vulgares contrarias a ella con ropas de parásito, como merecedoras de mofa y desprecio, obren tan escaso afecto en orden a la honestidad de la vida, porque no son leídos y estudiados por los hombres en sus años maduros y asentados, sino dejados casi exclusivamente a los muchachos y principiantes? Mas ¿no es asimismo cierto que mucho menos son los jóvenes oyentes aptos para la materia de política, hasta estar enteramente curtidos en la religión y la moral, no sea que su juicio se corrompa, y caigan en pensar que no hay entre las cosas diferencias verdaderas, sino que lo único que importa es la utilidad y el éxito? Como dice el verso,

Prosperum et felix scelus virtus vocatur[437];

y también:

Ille crucem pretium sceleris tulit, hic diadema[438];

cosas éstas que los poetas dicen con intención satírica, y por la indignación movidos a defender la virtud, pero que los libros de política afirman seria y positivamente: pues así le place decir a Maquiavelo que, *si César hubiera sido derrocado, habría sido más aborrecido que fuera nunca Catilina*[439], como si no hubiera habido otra diferencia que la de la fortuna entre una verdadera fiera de concupiscencia y sangre, y el espíritu más excelente (excepción hecha de su ambición) de cuantos ha habido en el mundo. Del mismo modo, ¿no hay que manejar con cautela las propias doctrinas de la moral (algunas de ellas), no sea que hagan a los hombres demasiado puntillosos, arrogantes, intolerantes; como dice Cicerón de Catón, *In Marco Catone haec bona quae videmus divina et egregia, ipsius scitote esse propria; quae nonnunquam requirimus, ea sunt omnia non a natura,*

---

436 *Etica a Nicómaco*, I, I, donde, sin embargo, Aristóteles no se refiere a la filosofía moral sino a la política.

437 Al delito que prospera se le llama virtud. Séneca, *Hercules furens*, 251.

438 El delito de aquél ha sido recompensado con la horca, y el de éste con la diadema. Juvenal, *Sátiras*, XIII, 105.

439 *Discorsi*, I, X.

sed a magistro[440]? Muchos otros axiomas y advertencias hay tocantes a esas cualidades y efectos que los estudios infunden e instilan en la conducta. E igualmente los hay tocantes al empleo de todas esas otras cuestiones de compañía, fama, leyes y demás que enumeramos al principio en la doctrina moral.

14. Mas hay una clase de cultura del espíritu que parece aún más precisa y elaborada que las demás, y que se erige sobre esta base: que los espíritus de todos los hombres están unas veces en un estado más perfecto, y otras en un estado más depravado. Por consiguiente, esta práctica tiene por objeto fijar y cultivar las buenas horas del espíritu y eliminar y anular las malas. Las buenas han sido fijadas a través de dos medios: los votos o resoluciones constantes y las observancias o ejercicios, que no hay que estimar tanto por sí mismos como porque mantienen el espíritu en continua obediencia. Las malas han sido eliminadas a través de dos medios: alguna especie de redención o expiación por lo pasado, y un comenzar o echar cuentas *de novo* para lo por venir. Esta parte parece santa y religiosa, y con justicia, pues toda buena filosofía moral no es, como dijimos, sino sirvienta de la religión.

15. Concluiremos, pues, con un último punto que es de todos los medios el más directo y sumario, y también el más noble y efectivo, para convertir al espíritu a la virtud y buen estado, que es el de que cada cual escoja para su vida y se proponga fines buenos y virtuosos, de entre los que razonablemente estén a su alcance. Pues supuestas estas dos cosas, que uno se proponga fines honestos y buenos, y que sea resuelto, constante y fiel a ellos, se seguirá que de una vez adquiera todas las virtudes. Y esto es de hecho como la obra de la naturaleza, mientras que el otro proceder es como la obra de la mano. En efecto, cuando un escultor hace una imagen va formando sólo aquella parte en la que trabaja, de modo que, si está ocupado en el rostro, aquello que ha de ser el cuerpo seguirá siendo entretanto una piedra tosca, hasta que llegue a ello; mientras que, por el contrario, cuando la naturaleza hace una flor o un animal, va formando al mismo tiempo rudimentos de todas las partes. Así, al adquirir la virtud por hábito, mientras uno practica la templanza no adelanta mucho en fortaleza, etcétera, mas cuando se consagra y aplica a fines buenos, no hay virtud que la prosecución y avance hacia esos fines requiera que no le encuentre predispuesto a ella: estado éste del espíritu que el mismo Aristóteles dice muy acertadamente

[440] Esas cualidades sobrehumanas y egregias que vemos en Marco Catón, estad seguros de que son innatas; la ausencia, en cambio, de todas aquellas que echamos en falta no es obra de la naturaleza, sino de su maestro (el estoico Zenón). *Pro Murena,* XXIX, 61.

que no se debería llamar virtuoso, sino divino, con estas palabras: *Immanitati autem consentaneum est opponere eam, quae supra humanitatem est, heroicam sive divinam virtutem*[441]; y un poco más adelante: *Nam ut ferae neque vitium neque virtus est, sic neque Dei: sed hic quidem status altius quiddam virtute est, ille aliud quiddam a vitio*[442]. Por donde vemos qué grande honor atribuye Plinio el Segundo a Trajano en su oración fúnebre[443], cuando dice que no tendrían otra cosa que pedir los hombres a los dioses sino que siguieran siendo tan buenos señores para con ellos como lo había sido Trajano[444], como si no hubiera sido solamente una imitación de la naturaleza divina, sino un modelo de la misma. Son éstas, sin embargo, ideas paganas y profanas, que no llevan en sí más que una sombra de ese divino estado del espíritu a que la religión y la santa fe conducen a los hombres al imprimir en sus almas la caridad, a la cual muy acertadamente se da el nombre de vínculo de la perfección[445], porque comprende y reúne en sí todas las virtudes. Y como elegantemente dice Menandro hablando del amor vano, que no es sino falsa imitación del amor divino: *Amor melior sophista laevo ad humanam vitam*[446], esto es, que el amor enseña al hombre a conducirse mejor que un sofista o preceptor, a quien llama zurdo porque con todas sus reglas y preceptos no es capaz de formar al hombre tan diestramente ni con tanta facilidad para que se precie y se gobierne, como es capaz de hacerlo el amor; así ciertamente, si el espíritu está de veras inflamado por la caridad, eso le lleva de inmediato a mayor perfección que pueda llevarlo toda la doctrina moral, que no es sino un sofista en comparación con aquélla. Más aún, como correctamente observó Jenofonte que todos los demás afectos, aunque eleven el espíritu, lo hacen con distorsión y deformación de arrebatos o excesos, y el amor es el único que aunque exalte el espíritu al mismo tiempo lo asienta y ordena[447], así todas las restantes excelencias, aunque mejoren la naturaleza, están expuestas a exceso; sólo en la caridad no puede haberlo. Así, vemos que, por aspirar a ser como

---

441 En cuanto a la brutalidad, lo que propiamente se le opone es la virtud sobrehumana o heroica. *Etica a Nicómaco,* VII, I (1145a).

442 Pues así como en el bruto no hay vicio ni virtud, así tampoco los hay en Dios, estando esta elevación por encima de la virtud, como la brutalidad es cosa distinta del vicio. *Ibid.*

443 Error suprimido en el *De augmentis*: fue un elogio hecho en presencia de Trajano.

444 *Panegírico,* 74.

445 Col. 3, 14.

446 El amor es mejor para la vida humana que un sofista zurdo. Según Spedding la frase no es de Menandro, sino de Anaxandrides.

447 *Banquete,* I, 10.

Dios en poder, los ángeles transgredieron y cayeron: *Ascendam, et ero similis in Altissimo*[448]; por aspirar a ser como Dios en conocimiento, el hombre transgredió y cayó: *Eritis sicut Dii, scientes bonum et malum*[449]; mas por aspirar a asemejarse a Dios en bondad o amor, ni hombre ni ángel transgredieron jamás ni transgredirán. A esta imitación somos, efectivamente, llamados: *Diligite inimicos vestros, benefacite eis qui oderunt vos et orate pro persequentibus et calumniantibus vos, ut sitis filii Patris vestri qui in coelis est, qui solem suum oriri facit super bonos et malos, et pluit super justos et injustos*[450]. Así, al referirse al primer modelo de la propia naturaleza divina, la religión pagana habla en estos términos: *Optimus Maximus*[451], y las Sagradas Escrituras lo hacen en estos otros: *Misericordia ejus super omnia opera ejus*[452].

16. Con esto concluyo esta parte del conocimiento moral, concerniente a la cultura y regimiento del espíritu; sobre lo cual juzgaría bien el que, a la vista de las partes de la misma que he enumerado, dedujera que mi afán no ha sido otro que el de reunir en un arte o ciencia aquello que otros han omitido por considerarlo materia de sentido común y experiencia. Mas, como decía Filócrates bromeando con Demóstenes: *No os extrañéis, atenienses, de que Demóstenes y yo discrepemos, porque él bebe agua y yo vino*[453]; y como leemos en una parábola antigua acerca de las dos puertas del sueño:

Sunt geminae somni portae: quarum altera fertur
Cornea, qua veris facilis datur exitus umbris:
Altera candenti perfecta nitens elephanto,
Sed falsa ad coelum mittunt insomnia manes[454];

así, si sobria y atentamente se considera, se verá que en el conocimiento es máxima segura la de que el licor más placentero (el vino)

[448] Ascenderé, y seré como el Altísimo. Is. 14, 14.
[449] Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal. Gén. 3, 5.
[450] Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen y rogad por los que os persigan y calumnien, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos. Mt. 5, 44-45.
[451] Optimo y máximo.
[452] Su misericordia sobre todas sus obras. Sal. 145, 9.
[453] Demóstenes, *De falsa legatione*, 46 (355).
[454] Dos puertas hay del sueño: una de cuerno, que da paso expedito a las visiones verdaderas; la otra es toda de blanco y refulgente marfil, pero por ella los manes envían al mundo superior falsos ensueños. Virgilio, *Eneida*, VI, 894-897.

es el más vaporoso, y la puerta más hermosa (la de marfil) es la que envía los sueños más falsos.

17. Hemos concluido esa parte general de la filosofía humana que contempla al hombre segregado, y en su composición de cuerpo y espíritu. A propósito de ello podemos todavía señalar que parece haber una relación o conformidad entre el bien del espíritu y el bien del cuerpo. Pues así como el bien del cuerpo lo dividimos en salud, belleza, fuerza y placer, así el bien del espíritu, según lo estudian los conocimientos racional y moral, consiste en que sea sano y libre de perturbación, hermoso y agraciado por el decoro, y fuerte y ágil para todas las exigencias de la vida. Estas tres cosas, así en el cuerpo como en el espíritu, rara vez se encuentran juntas, y por lo común andan divorciadas. Pues fácilmente se observa que muchos tienen robustez de ingenio y valentía, pero no tienen ni salud sin perturbaciones, ni belleza o decoro alguno en sus acciones; otros poseen elegancia y finura en su actuación, pero no tienen talante moral sano ni capacidad para obrar con acierto; otros, en fin, son honestos y virtuosos, pero incapaces de hacerse estimar ni de administrar un asunto; y en ocasiones se encuentran dos de estas cosas, y rara vez las tres. En cuanto al placer, igualmente hemos establecido que no debe el espíritu ser reducido a insensibilidad, sino conservar su capacidad para el goce, debiendo sujetarse a límite más bien por lo que respecta al contenido del placer que a su fuerza y vigor.

XXIII.1. El conocimiento civil versa sobre un tema que es de todos el más inmerso en lo material, y el más difícil de reducir a axiomas. Aun así, como dijo Catón el censor, que los romanos eran como ovejas, porque era más fácil llevarlos en rebaño que uno a uno, pues en un rebaño bastaba con lograr que unos pocos marcharan rectamente, y los demás les seguirían[455], así en ese aspecto la filosofía moral es más intrincada que la política. Además, la filosofía moral tiene por objeto constituir la bondad interior, en tanto que el conocimiento civil requiere solamente una bondad exterior, pues eso basta para la sociedad; y por eso acontece a menudo que haya malos tiempos con buenos gobiernos; así encontramos en el sagrado relato, cuando los reyes eran buenos, y sin embargo se añade: *Sed adhuc populus non direxerat cor suum ad Dominum Deum patrum suorum*[456]. Sucede también que los estados, a manera de grandes máquinas, se mueven despacio, y no se descomponen en tan poco tiem-

---

[455] Plutarco, *Marco Catón*, VIII.

[456] Pero el pueblo no había vuelto todavía su corazón hacia el Señor Dios de sus padres. 2 Crón. 20, 33.

po: pues así como en Egipto los siete años buenos sostuvieron los siete malos [457], así los gobiernos que durante algún tiempo han estado bien asentados soportan los errores subsiguientes, mientras que la resolución de los individuos naufraga más de repente. Estas circunstancias mitigan un tanto la dificultad extrema del conocimiento civil.

2. Este conocimiento tiene tres partes, correspondientes a las tres acciones básicas de la sociedad, que son la conversación, la negociación y el gobierno. En efecto, el hombre busca en la sociedad solaz, utilidad y protección, y a esto corresponden tres prudencias de diversa naturaleza, que a menudo andan divorciadas: la prudencia de comportamiento, la prudencia de negocio y la prudencia de gobierno.

3. La prudencia de conversación no merece estima excesiva, pero mucho menos desprecio; pues no sólo tiene valor en sí misma, sino también influencia en los negocios y el gobierno. Dice el poeta:

Nec vultu destrue verba tuo [458],

un hombre puede destruir con su semblante la fuerza de sus palabras; e igualmente la de sus acciones, dice Cicerón, recomendando a su hermano la afabilidad y la cordialidad: *Nil interest habere ostium apertum, vultum clausum;* de nada sirve acoger con la puerta abierta, y recibir con el semblante cerrado y hosco [459]. Así vemos que Ático, antes de la primera entrevista de César y Cicerón, estando en juego la guerra, aconsejó seriamente a Cicerón sobre cómo debía componer y ordenar su semblante y sus gestos [460]. Y si el gobierno del semblante tiene tan grande efecto, mucho mayor es el de la manera de hablar y otros aspectos del porte en la conversación. En esto el ideal me parece estar bien expresado por Livio, aunque no con esta intención: *Ne aut arrogans videar, aut obnoxius; quorum alterum est alienae libertatis obliti, alterum suae* [461]; la perfección del comportamiento está en mantener la propia dignidad sin interferir en la libertad de los demás. Por otra parte, si se atiende demasiado al comportamiento y porte exterior, primero, se puede caer en afectación, y

---

457 Gén. 41, 47-48 y 53-56.

458 Y no dejes que tu semblante anule tus palabras. Ovidio, *Ars amandi,* II, 312.

459 Quinto Cicerón, *Commentariolum petitionis,* 11 (44).

460 Cicerón, *Ad Atticum,* IX, 12 y 18.

461 Por no parecer ni arrogante ni servil, cosas que son propias, aquélla del que olvida la libertad ajena y ésta del que olvida la propia. *Décadas,* XXIII, XII, 9.

segundo, *Quid deformius quam scenam in vitam transferre?*[462], estar toda la vida representando. Aun sin llegar a ese extremo, es cosa que consume tiempo y ocupa demasiado la mente. De modo que, lo mismo que a los jóvenes estudiantes se les advierte del peligro de estar siempre en compañía, porque *Amici fures temporis*[463], tampoco se puede poner en duda que el preocuparse por lo discreto de la conducta sea un gran ladrón del pensamiento. Además, los peritos en ese ornato que presta la urbanidad se contentan con ello y rara vez aspiran a mayor mérito, mientras que los que en eso fallan por defecto buscan su adorno en la buena fama, pues allí donde hay buena fama casi todo agracia, mas donde no la hay es menester suplirla con *puntos*[464] y finezas. Asimismo, no hay cosa que más estorbe la acción que la observancia demasiado rigurosa del decoro, y de las condiciones del decoro, que son el tiempo y la oportunidad. Pues, como dice Salomón, *Qui respicit ad ventos, non seminat; et qui respicit ad nubes, non metet*[465]: hay que aprovechar la ocasión siempre que se presente. Para concluir, pues, diré que a mi juicio la conducta exterior es como un vestido del espíritu, y debe reunir las mismas condiciones que un vestido. Pues debería estar hecha conforme al uso del momento, no ser demasiado delicada, estar cortada de modo que deje ver todas las buenas cualidades del espíritu y oculte todos sus defectos, y, sobre todo, no ser demasiado estrecha ni tal que estorbe el ejercicio o el movimiento. Pero esta parte del conocimiento civil ha sido elegantemente tratada, y por lo tanto no puedo señalarla como omitida.

4. La prudencia concerniente a la negociación o a los negocios no ha sido hasta ahora recogida por escrito, para gran deshonra del saber y de quienes lo profesan. De esta raíz, en efecto, brota principalmente ese reproche u opinión que entre nosotros se expresa en forma de adagio, de que el saber y la prudencia no suelen coincidir. Pues de las tres prudencias que hemos puesto como propias de la vida civil, la de comportamiento es despreciada por la mayoría de los doctos, como inferior a la virtud y enemiga de la meditación; en la de gobierno salen airosos cuando son llamados a ella, pero eso acontece a pocos; mas acerca de ésta de negocio, que es la más necesaria en la vida, no hay libros escritos, si se exceptúan unos pocos avisos diseminados, que no guardan proporción con la magnitud del tema. Pues si se escribieran libros de ésta, como se escriben de la

---

462 ¿Qué puede haber más feo que llevar el teatro a la vida?
463 Los amigos son ladrones de tiempo.
464 En español en el original.
465 El que vigila el viento no siembra, el que mira a las nubes no siega. Ecl. 11, 4.

otra[466], seguro estoy de que los doctos con escasa experiencia aventajarían con mucho a los hombres de larga experiencia sin doctrina, y con el propio arco de éstos tirarían más lejos.

5. Tampoco hay que tener temor alguno de que este conocimiento sea tan variable que no pueda ser recogido en preceptos; pues es mucho menos infinito que la ciencia del gobierno, que vemos que está trabajada y en parte codificada. Parece ser que algunos de los antiguos romanos fueron profesores de esta sabiduría en los tiempos más serios y más sabios: porque Cicerón nos dice que entonces era costumbre que los senadores que tenían fama y prestigio de prudentes en general, como Coruncanio, Curio, Lelio y muchos otros, se pasearan a ciertas horas por el Foro y dieran audiencia a todo el que quisiera pedirles consejo; y que los ciudadanos particulares acudían a ellos, y les consultaban acerca del matrimonio de una hija, o el empleo de un hijo, o una adquisición o trato, o un pleito, o cualquier otra ocasión de las que se presentan en la vida[467]. Existe, pues, una prudencia de consejo y guía aun para los asuntos privados, que nace de una comprensión universal de los asuntos del mundo, y que aunque se aplique a cada caso particular está recogida de la observación general de los asuntos de análoga naturaleza. Así vemos en el libro que Q. Cicerón escribe para su hermano, *De petitione consulatus* (único libro de negocio escrito por los antiguos que conozco), que, aunque concerniente a una acción particular y del momento, empero su sustancia consiste en muchos axiomas prudentes y políticos, que encierran una guía no efímera, sino permanente, para el caso de las elecciones populares. Pero donde mejor lo vemos es en esos aforismos que se incluyen entre los escritos divinos, compuestos por el rey Salomón, de quien las Escrituras testimonian que su corazón era como las arenas del mar, que abarcaba el mundo y todos los asuntos mundanales; vemos ahí, digo, no pocas profundas y excelentes advertencias, preceptos, tesis, que se extienden a ocasiones muy variadas; en lo cual nos detendremos un poco, ofreciendo a la consideración unos cuantos ejemplos[468].

6. *Sed et cunctis sermonibus qui dicuntur ne accommodes aurem tuam, ne forte audias servum tuum maledicentem tibi*[469]. Aquí se recomienda la renuncia previsora a buscar aquello que no nos

---

[466] De la de gobierno.

[467] *De oratore,* III, XXXIII (133-134).

[468] La parte que sigue está muy ampliada en la versión latina, con treinta y cuatro sentencias comentadas por extenso.

[469] No prestes oídos a todo lo que se dice, no sea que oigas a tu siervo maldecirte. Ecl. 7, 21.

gustaría encontrar: como fue juzgado muy prudente en Pompeyo el Grande el quemar los papeles de Sertorio sin hojearlos[470].

Vir sapiens si cum stulto contenderit, sive irascatur sive rideat, non inveniet requiem[471]. Aquí se describe la gran desventaja que para el sabio tiene el enfrentarse con uno más frívolo que él; pues tanto si echa el asunto a broma como si se acalora, y por más que mude de actitud, de ningún modo saldrá airoso del encuentro.

Qui delicate a pueritia nutrit servum suum, postea sentiet eum contumacem[472]. Aquí se significa que el empezar demasiado por alto en los favores suele acabar en descortesía e ingratitud.

Vidisti virum velocem in opere suo? Coram regibus stabit, nec erit inter ignobiles[473]. Aquí se observa que, de cuantas virtudes sirven para elevarse a los honores, la celeridad de despacho es la mejor: pues muchas veces los superiores no quieren que aquellos a quienes emplean sean demasiado profundos o capaces, pero sí dispuestos y diligentes.

Vidi cunctos viventes qui ambulant sub sole, cum adolescente secundo qui consurgit pro eo[474]. Aquí se expresa aquello que primero señaló Sila, y después que él Tiberio: *Plures adorant solem orientem quam occidentem vel meridianum*[475].

Si spiritus potestatem habentis ascenderit super te, locum tuum ne dimiseris; quia curatio faciet cessare peccata maxima[476]. Aquí se advierte que al caer en desgracia la retirada es de todas las alternativas la más inconveniente, porque el que así hace deja las cosas en su peor estado, y se priva de los medios de mejorarlas.

Erat civitas parva, et pauci in ea viri: venit contra eam rex magnus, et vadavit eam, intruxitque munitiones per gyrum, et perfecta est obsidio: inventusque est in ea vir pauper et sapiens, et liberavit eam per sapientiam suam; et nullus deinceps recordatus est hominis illius pauperis[477]. Aquí se pinta la corrupción de los estados,

---

470 Plutarco, *Pompeyo*, XX, y *Sertorio*, XXVII.

471 Cuando el sabio tiene pleito con el necio, ya se irrite o se ría, no logrará sosiego. Prov. 29, 9.

472 Quien mima a su siervo desde niño, al final le hallará contumaz. *Ibid.*, 29, 21.

473 ¿Has visto a un hombre diligente en su trabajo? Estará ante los reyes, no entre gente baja. *Ibid.*, 22, 29.

474 Vi a todos los vivos que caminan bajo el sol, con el joven sucesor que ocupará su puesto. Ecl. 4, 15.

475 Son más los que adoran al sol naciente que al sol poniente o en el mediodía. Tácito, *Anales*, VI, 46.

476 Si el enojo del que manda se alza contra ti, no abandones tu puesto, porque el cuidado (de los asuntos) borra grandes yerros. Ecl. 10, 4.

que no estiman la virtud o el mérito después que haya dejado de serles útil.

Mollis responsio frangit iram[478]. Aquí se señala que el silencio o la respuesta áspera exaspera, mientras que la respuesta inmediata y templada apacigua.

Iter pigrorum quasi sepes spinarum[479]. Aquí se representa vivamente cuán trabajosa resulta ser al final la desidia: pues cuando se dejan las cosas para el último momento y no se prepara nada de antemano, luego a cada paso se encuentra un espino u obstáculo, que enreda o detiene.

Melior est finis orationis quam principium[480]. Aquí se censura la ligereza de los oradores formalistas, que cuidan más los prólogos y entradas que las conclusiones y finales del discurso.

Qui cognoscit in judicio faciem, non bene facit; iste et pro buccella panis deseret veritatem[481]. Aquí se señala que es mejor el juez venal que el que hace acepción de personas: pues el juez corrupto no falta tan fácilmente como el laxo.

Vir pauper calumnians pauperes similis est imbri vehementi, in quo paratur fames[482]. Aquí se expresa el rigor con que extorsiona el necesitado, figurado en la antigua fábula de la sanguijuela ahita y hambrienta.

Fons turbatus pede, et vena corrupta, est justus cadens coram impio[483]. Aquí se señala que una sola iniquidad sellada por un tribunal y mostrada ante la faz del mundo perturba más las fuentes de la justicia que muchas injusticias privadas silenciadas por conchabanza.

Qui subtrahit aliquid a patre et a matre, et dicit hoc non esse peccatum, particeps est homicidii[484]. Aquí se señala que, aunque quienes perjudican a sus mejores amigos suelen restar importancia a su falta, como si con ellos les fuera lícito ser osados o atrevidos, esa

---

477 Había una ciudad pequeña, con pocos hombres en ella. Vino contra ella un gran rey y le puso cerco, rodeándola de fuertes empalizadas. Encontróse en la ciudad un hombre pobre y sabio, y con su sabiduría la liberó; pero luego nadie se volvió a acordar de aquel pobre. Ecl. 9, 14.

478 Una respuesta suave calma la ira. Prov. 15, 1.

479 El camino de los perezosos es como un seto de espinas. *Ibid.*, 15, 19.

480 Vale más el final de un discurso que el principio. Ecl. 7, 8.

481 No obra bien el que en un juicio hace acepción de personas; por un bocado de pan el hombre se aparta de la verdad. Prov. 28, 21.

482 El pobre que falsamente acusa a los pobres es como lluvia devastadora que deja sin pan. *Ibid.*, 28, 3.

483 Fuente hollada y manantial contaminado es el justo que cae ante el impío. *Ibid.*, 25, 26.

484 El que roba a su padre y a su madre, y dice que eso no es falta, es compañero del homicida. *Ibid.*, 28, 24.

circunstancia por el contrario la agrava, y de daño la convierte en impiedad.

Noli esse amicus homini iracundo, nec ambulato cum homine furioso[485]. Aquí se advierte que en la elección de nuestros amigos evitemos sobre todo a los susceptibles, porque nos arrastrarán a muchas contiendas y riñas.

Qui conturbat domum suam, possidebit ventum[486]. Aquí se señala que con las separaciones y rupturas domésticas nos prometemos tranquilidad de espíritu y contento, pero siempre se ve burlada esa esperanza, y tórnase viento.

Filius sapiens laetificat patrem: filius vero stultus maestitia est matri suae[487]. Aquí se hace la distinción de que los padres son los que más se regocijan con las buenas condiciones de sus hijos, y las madres las que más se disgustan por sus aflicciones, porque las mujeres tienen poco discernimiento para la virtud, y más para la fortuna.

Qui celat delictum, quaerit amicitiam; sed qui altero sermone repetit, separat foederatos[488]. Aquí se advierte que la reconciliación se alcanza mejor mediante amnistía, y pasando en silencio lo pasado, que mediante apologías y justificaciones.

In omni opere bono erit abundantia; ubi autem verba sunt plurima, ibi frequenter egestas[489]. Aquí se señala que donde más abundan la palabrería y el discurso es donde hay ociosidad y penuria.

Primus in sua causa justus; sed venit altera pars, et inquirit in eum[490]. Aquí se observa que en todos los litigios tiene mucha fuerza la primera versión del caso, de modo que el prejuicio así instaurado difícilmente se podrá eliminar, si no es detectando algún engaño o falsedad en la información.

Verba bilinguis quasi simplicia, et ipsa perveniunt ad interiora ventris[491]. Aquí se hace la distinción de que la adulación e insinuación que parece compuesta y artificial no echa raíz profunda, en tan-

---

485 No hagas amistad con el hombre airado, ni vayas con el violento. *Ibid.*, 22, 24.

486 El que turba su casa, viento heredará. *Ibid.*, 11, 29.

487 El hijo sabio es la alegría de su padre, y el necio la pesadumbre de su madre. *Ibid.*, 10, 1.

488 El que cubre un delito se granjea amistad, pero el que propala cosas separa a los amigos. *Ibid.*, 17, 9.

489 Toda buena obra genera abundancia, pero donde hay muchas palabras suele haber indigencia. *Ibid.*, 14, 23.

490 El primero en pleitear parece justo, mas llega la otra parte y le pone en evidencia. *Ibid.*, 18, 17.

491 Las palabras del traidor parecen simples, pero bajan hasta el fondo de las entrañas. *Ibid.*, 18, 8.

to que lo que llega a lo hondo es lo que lleva apariencia de naturalidad, libertad y sencillez.

Qui erudit derisorem, ipse sibi injuriam facit; et qui arguit impium, sibi maculam generat[492]. Aquí se advierte sobre cómo se ha de reprender a los hombres de carácter arrogante y desdeñoso, que porque son así toman la reprensión por contumelia, y en consecuencia la devuelven.

Da sapienti occasionem, et addetur ei sapientia[493]. Aquí se distingue entre la virtud hecha hábito, y la que sólo es verbal y flota en el ámbito de las ideas: pues la primera al presentársele ocasión se aviva y redobla, y la segunda queda aturdida y confusa.

Quomodo in aquis resplendet vultus prospicientium, sic corda hominum manifesta sunt prudentibus[494]. Aquí se compara la mente del prudente con un espejo, donde se reflejan las imágenes de todas las diversas naturalezas y costumbres, reflejo del cual procede el principio:

Qui sapit, innumeris moribus aptus erit[495].

7. Con lo dicho me he detenido en estas sentencias políticas de Salomón algo más de lo debido para un ejemplo, llevado del deseo de prestar autoridad a esta parte del conocimiento, que señalé como omitida, con tan insigne precedente; y las he acompañado de breves observaciones, tales que a mi entender no hacen violencia al sentido, aunque bien sé que pueden aplicarse a uso más divino; mas aun en la teología se reconoce que algunas interpretaciones, e incluso algunos escritos, son más elevados[496] que otros. Tomándolas, empero, como instrucciones para la vida, podrían haber sido objeto de largo comentario, si las hubiéramos explicado e ilustrado con deducciones y ejemplos.

8. Ni fue esto utilizado únicamente por los hebreos, sino que generalmente se halla en la sabiduría de los tiempos más antiguos que, siempre que se pensaba que una observación pudiera ser provechosa para la vida, se la recogía y expresaba en forma de parábola, aforismo o fábula. Mas las fábulas eran representantes y sustitutos

---

[492] Quien corrige al arrogante a sí mismo se perjudica, y el que reprende al malvado se echa sobre sí un baldón. *Ibid.*, 9, 7.

[493] Da oportunidad al sabio, y será más sabio todavía. *Ibid.*, 9, 9.

[494] Como el rostro del que mira al agua se refleja en ella, así los corazones de los hombres se manifiestan a los sabios. *Ibid.*, 27, 19.

[495] El que sabe se adapta a innumerables talantes. Ovidio, *Ars amandi*, I, 760.

[496] *Have more of the eagle*, literalmente «tienen más de águila».

a falta de ejemplos; ahora que la época abunda en historias, se logra mejor puntería sobre blanco vivo. Por eso la forma de escrito más adecuada para este tema variable de la negociación y los asuntos civiles es aquella que prudente y acertadamente escogió Maquiavelo para el gobierno, esto es, el discurso sobre historias o ejemplos. En efecto, el conocimiento recientemente y a la vista extraído de particulares es el que mejor se deja aplicar de nuevo a particulares; y es mucho más conveniente para la práctica que el discurso sirva al ejemplo, que no que el ejemplo sirva al discurso. No se trata de una cuestión de orden, como a primera vista parece, sino de contenido. Pues cuando la base es el ejemplo, al estar registrado dentro de una historia amplia, está puesto con todas las circunstancias, que a veces pueden limitar el discurso que sobre él se haga, y a veces complementarlo en cuanto modelo para la acción; mientras que los ejemplos aducidos para servir al discurso se citan sucintamente y sin pormenores, y llevan en sí una apariencia de supeditación hacia el discurso que con su inclusión se pretende justificar.

9. Y no está de más recordar esta diferencia: que así como la historia de épocas es la base mejor para los discursos sobre el gobierno, como los que hace Maquiavelo, así las historias de vidas son la más apropiada para los discursos sobre el negocio, porque hablan de las acciones privadas. Y aun hay otra base de discurso más idónea que ambas para este objeto, que son las cartas, cuando son prudentes y sólidas, como son muchas de las de Cicerón *ad Atticum* y otras. Pues en las cartas se representan los negocios de manera más próxima y detallada que en las crónicas o en las vidas. Con lo dicho hemos hablado de la materia y de la forma de esta parte del conocimiento civil relativa a la negociación, que señalamos como omitida.

10. Mas queda aún otra parte de esa parte, que difiere tanto de la que acabamos de mencionar como el *sapere* del *sibi sapere*[497], moviéndose una, por así decirlo, hacia la circunferencia, y la otra hacia el centro. Hay, efectivamente, una prudencia para aconsejar, y otra distinta para mejorar la propia fortuna: a veces coinciden, y a menudo están divorciadas. Pues hay muchos que siendo prudentes para lo suyo son flacos para el gobierno o el consejo, como las hormigas, que son animales muy sabios para sí, pero muy dañinos para el jardín. De esta prudencia sabían mucho los romanos: *Nam pol sapiens fingit fortunam sibi*[498], dice el poeta cómico; y vino a ser

[497] Saber; saber para provecho propio.

[498] El hombre sabio conforma él mismo su destino. Plauto, *Trinumnus,* II, II (363).

adagio que *Faber quisque fortunae propriae*[499]; y Livio la atribuye a Catón el primero: *In hoc viro tanta vis animi et ingenii inerat, ut quocunque loco natus esset, sibi ipse fortunam facturus videretur*[500].

11. Esta idea o principio, si demasiado declarada y publicada, se ha tenido por cosa impolítica y que trae mala suerte, según se observó en Timoteo el ateniense, que, habiendo prestado muchos grandes servicios al estado durante su gobierno, y dando relación de los mismos al pueblo como era costumbre, a cada particular añadía esta cláusula: «y en esto la fortuna no tuvo parte»[501]. Y vino a suceder que de allí en adelante no volviera a prosperar en nada de cuanto emprendió: pues eso es ser demasiado altivo y arrogante, y recuerda aquello que Ezequiel dijo de Faraón: *Dicis, fluvius est meus, et ego feci memet ipsum*[502]; o eso que dice otro profeta, que los hombres ofrecen sacrificios a sus redes y trampas[503]; y eso que expresa el poeta:

Dextra mihi Deus, et telum missile libro,
Nunc adsint![504]

Estas confianzas siempre fueron irreligiosas e impías. De ahí que todos los grandes políticos hayan atribuido siempre sus éxitos a su suerte, y no a su talento o su virtud. Así, Sila tomó para sí el sobrenombre de *Felix,* no el de *Magnus*[505]; y así dijo César al capitán del barco: *Caesarem portas et fortunam ejus*[506].

12. No obstante, estos principios: *Faber quisque fortunae suae; Sapiens dominabitur astris; Invia virtuti nulla est via*[507], y otros semejantes, tomados y utilizados como acicates de la industriosidad y no como espuelas de la insolencia, más para animar a resolución que a presunción u ostentación externa, siempre han sido tenidos por acertados y buenos, y sin lugar a dudas están impresos en los espíri-

---

[499] Cada uno es arquitecto de su fortuna. Esta sentencia se atribuye al estadista romano Apio Claudio.

[500] Había en aquel hombre tal fuerza de ánimo y carácter, que parecía que en cualquier lugar en que hubiera nacido habría hecho fortuna. *Décadas,* XXXIX, XL, 4.

[501] Putarco, *Sila,* VI.

[502] Dices: «El río es mío, y yo mismo lo he hecho.» Ez. 29, 3.

[503] Hab. 1, 16.

[504] Ayúdenme ahora mi diestra, que es un dios para mí, y el dardo que disparo. Virgilio, *Eneida,* X, 773.

[505] Afortunado; grande. Véase Plutarco, *Sila,* VI.

[506] Llevas a César y su fortuna. Plutarco, *Julio César,* XXXVIII.

[507] Cada uno es arquitecto de su fortuna; el sabio manda sobre sus estrellas (atribuido a Ptolomeo); para la virtud no hay camino impracticable (Ovidio, *Metamorfosis,* XIV, 113).

tus más grandes, tan sensibles a esta idea que apenas si son capaces de guardarla para sí. Así vemos que César Augusto (que era bastante distinto de su tío e inferior a él en virtud) al morir quiso que los amigos que le rodeaban le dieran un *plaudite*[508], como si él mismo fuera consciente de haber desempeñado bien su papel sobre la escena. Esta parte del conocimiento la señalamos también como omitida, no porque no se practique, y mucho, sino porque no está puesta por escrito. Y para que a ninguno parezca que no se la puede recoger en axiomas, preciso es, como hicimos con la anterior, que anotemos algunos de sus títulos o cuestiones.

13. A primera vista puede parecer tema nuevo e inusitado éste de enseñar a los hombres a elevarse y hacer fortuna, doctrina de la que tal vez todos querrían ser discípulos, hasta que perciben su dificultad: pues la fortuna impone cargas tan pesadas como la virtud, y tan duro y severo es el ser auténticamente político como el ser verdaderamente moral. Mas el tratamiento de esta cuestión interesa grandemente al saber, tanto desde el punto de vista del honor como desde el del contenido: del honor, por que los pragmáticos no puedan sostener la opinión de que el saber es como una alondra, capaz de elevarse y cantar y a sí misma contentarse, y de nada más, sino que sepan que también tiene algo del halcón, que lo mismo que puede alzarse a gran altura puede también descender y abatirse sobre la presa; del contenido, porque la perfecta ley de la inquisición de la verdad es que no haya nada en el orbe material que no esté igualmente en el orbe cristalino, o formal, esto es, que no haya nada en la existencia y acción que no sea tomado y recogido en la contemplación y la doctrina. No admira o estima el saber esta arquitectura de la fortuna más que como obra inferior, pues de nadie puede ser la fortuna objetivo digno de su ser, y muchas veces los hombres de mayor valía renuncian de buen grado a ella a cambio de mejores cosas; lo cual no obsta para que, como órgano de la virtud y del mérito, merezca ser tomada en consideración.

14. Primeramente, pues, diré que el precepto que me parece ser el más sumario para triunfar es el de conseguirse aquella ventana que pedía Momo, que, viendo en la fábrica del corazón humano tales rincones y escondrijos, echaba de menos una ventana para mirar en ellos[509]: esto es, el procurarse buenas informaciones detalladas acerca de las personas, sus naturales, sus deseos y aspiraciones, sus costumbres y maneras de actuar, sus auxilios y ventajas, y en qué

[508] Aplauso. Suetonio, *Augusto*, CXIX.
[509] Luciano, *Hermotimus*, 20.

se muestran más fuertes, e igualmente sus debilidades y desventajas, y en qué aparecen más expuestas y vulnerables; acerca de sus enemigos, aliados, dependencias [510], e igualmente de sus opositores, envidiadores, competidores, sus talantes y sus horas, *Sola viri molles aditus et tempora noras* [511]; sus principios, normas y observaciones, etcétera. Y esto no sólo de las personas, sino de las acciones: cuáles están en marcha de cuando en cuando, y cómo son dirigidas, favorecidas, obstaculizadas; su importancia, etcétera. Porque el conocimiento de las acciones presentes no sólo es importante en sí, sino que sin él el de las personas es muy erróneo, pues los hombres cambian con las acciones, y mientras están en ellas son de una manera, y cuando vuelven a su natural son de otra. Estas informaciones de particulares relativos a las personas y acciones son como las premisas menores de todo silogismo operante: pues no hay observaciones (que son como las mayores), por excelentes que sean, que basten para fundamentar la conclusión si hay error y equivocación en las menores.

15. De la posibilidad de este conocimiento es nuestro garante Salomón, que dice: *Consilium in corde viri tanquam aqua profunda; sed vir prudens exhauriet illud* [512]. Y aunque el conocimiento mismo no sea reductible a precepto, por ser de lo individual, empero las instrucciones para obtenerlo sí pueden serlo.

16. Comenzaremos, pues, con este precepto, conforme a la antigua opinión de que los nervios de la prudencia son la lentitud para creer y la desconfianza: que se confíe más en los semblantes y en los hechos que en las palabras, y, de las palabras, más en las declaraciones súbitas y sorprendidas que en las compuestas y pensadas. Ni ha de temerse eso que se dice de *fronti nulla fides* [513], que se refiere al porte externo en general, y no a los movimientos y cambios sutiles y particulares del semblante y el gesto; que, como dice elegantemente Q. Cicerón, es *animi janua,* puerta del alma [514]. Nadie más reservado que Tiberio, y sin embargo Tácito dice de Galo que *Etenim vultu offensionem conjectaverat* [515]. Y el mismo, señalando

---

510 *Dependencies,* que parece abarcar a los protectores y los protegidos, como se expresa claramente en la versión latina: *patronis, clientelis.*

511 Sólo tú conoces la mejor manera y sazón para abordarle. Virgilio, *Eneida,* IV, 423.

512 El consejo en el corazón del hombre es como agua profunda, pero el sabio sabrá sacarla. Prov. 20, 5.

513 No nos fiemos del semblante. Juvenal, *Sátiras,* II, 8.

514 *Commentariolum petitionis,* 11 (44).

515 De su expresión había deducido que (Tiberio) se había ofendido. *Anales,* I, 12.

el diferente tono y manera de las recomendaciones que de Germánico y Druso hizo ante el senado, dice acerca de su discurso sobre Germánico que *magis in speciem adornatis verbis, quam ut penitus sentire videretur*[516], y del de Druso, en cambio, que *paucioribus, sed intentior, et fida oratione*[517]; y en otro lugar, aludiendo a su manera de hablar cuando hacía algo agradable y popular, dice que para otras cosas era *velut eluctantium verborum*, pero que *solutius loquebatur quando subveniret*[518]. No hay, pues, artista tan consumado del disimulo, ni semblante tan dominado *(vultus jussus)*, que de un fingimiento pueda eliminar algunos de estos indicios, ya sea un matiz más leve y descuidado, o más compuesto y formal, o más vago y errabundo, o más seco y duro.

17. Tampoco son los hechos prendas tan seguras que se pueda confiar en ellos sin una consideración juiciosa de su magnitud y naturaleza: *Fraus sibi in parvis fidem praestruit, ut majore emolumento fallat*[519], y los italianos se creen en puertas de ser comprados y vendidos cuando sin causa manifiesta se ven mejor tratados de lo que solían[520]. Pues los pequeños favores no hacen otra cosa que adormecer la cautela y la industriosidad, y son como Demóstenes los llama, *alimenta socordiae*[521]. Igualmente vemos cuán falsos son algunos hechos en aquello que hizo Muciano con Antonio Primo, con ocasión de aquella reconciliación huera e insincera que hubo entre ellos, y que fue favorecer a muchos de los amigos de Antonio, *Simul amicis ejus praefecturas et tribunatus largitur*[522], con lo cual so capa de robustecerle le arruinó, robándole sus aliados.

18. En cuanto a las palabras, aunque sean como las aguas para los médicos, cosa llena de ilusión e incerteza, empero no hay que despreciarlas, sobre todo si aparecen con la ventaja de la pasión y el afecto. Así vemos que Tiberio, ante un discurso hiriente y ofensivo de Agripina, por un instante abandonó su disimulo para decir: *Estás resentida porque no reinas;* a propósito de lo cual dice Tácito: *Audita haec raram occulti pectoris vocem elicuere; correptamque Graeco*

---

516 Habló con lenguaje tan florido que no parecía sincero. *Ibid.*, I, 52.

517 Habló menos, pero con más sentimiento y sinceridad. *Ibid.*

518 Torpe para expresarse; tenía más facilidad de palabra cuando se trataba de ejercer la clemencia. *Ibid.*, IV, 31.

519 La doblez se gana confianza en cosas pequeñas, para después engañar con mayor provecho. Tito Livio, *Décadas*, XXVIII, XLII.

520 «Chi mi fa più carezze che non suole, o m'a ingannato, o ingannar mi vuole.»

521 Alimento de la necedad. Según Spedding, Bacon tomó la idea de la traducción de H. Wolf de Demóstenes, *Olínticas*, XXXIII.

522 Al mismo tiempo obsequiaba a sus amigos con cargos de tribuno y prefecto. Tácito, *Historias*, IV, XXXIX.

versu admonuit, ideo laedi quia non regnaret[523]. Y por eso el poeta elegantemente llama a las pasiones torturas, que impulsan a los hombres a confesar sus secretos:

Vino tortus et ira[524].

Y la experiencia demuestra que pocos son tan fieles a sí mismos y tan firmes que, ora por acaloramiento o por coraje, ora por cortesía o por preocupación y debilidad, no se descubran alguna vez, sobre todo si se les incita a ello con otro fingimiento, conforme al proverbio español, *Di mentira y sacarás verdad*[525].

19. En cuanto al conocimiento de los hombres que se obtiene de segunda mano, por informes, diremos que sus debilidades y faltas se conoce mejor a través de sus enemigos, sus virtudes y capacidades a través de sus amigos, sus costumbres y horas a través de sus criados, sus ideas y opiniones a través de sus amigos íntimos, que son con quienes más conversan. El rumor general tiene poco peso, y las opiniones concebidas por superiores o iguales son engañosas, porque frente a tales se está más enmascarado: *Verior fama e domesticis emanat*[526].

20. Pero como mejor se revelan y descubren los hombres es por sus naturales y sus objetivos, siendo los más débiles mejor conocidos por su natural, y los más prudentes por sus objetivos. Gracia y prudencia hubo (aunque creo yo que muy poca verdad) en aquello que dijo un nuncio papal, al volver de cierta nación donde había servido como legado: pues, habiéndosele pedido su opinión sobre el nombramiento de otro que fuera en su lugar, manifestó que en modo alguno se debía enviar a uno demasiado sabio, porque ningún hombre muy sabio sería capaz de imaginar lo que en aquel país podían hacer. Y ciertamente es error frecuente el pasarse, y suponer objetivos más hondos y alcances más amplios de lo que son en realidad, siendo elegante, y casi siempre acertado, el proverbio italiano:

Di danari, di senno, e di fede,
Cè nè manco che non credi:

dinero, prudencia y buena fe, suele haber menos de lo que se cree.

---

[523] Estas palabras arrancaron de Tiberio la voz, tan raramente oída, de su pensamiento interior: asiéndola violentamente, le recordó el verso griego, que estaba resentida porque no reinaba. *Anales*, IV, 52.

[524] Torturado por el vino y la ira. Horacio, *Epístolas*, I, XVIII, 38.

[525] En español en el original.

[526] La fama más cierta es la que procede de la gente de casa. Quinto Cicerón, *Commentariolum petitionis*, 5 (17).

21. Por otra razón bien distinta, los príncipes son mejor conocidos por su natural, y las personas privadas por sus objetivos: pues hallándose los príncipes en la cima de los deseos humanos, no suelen tener objetivos particulares a los que aspiren, por la distancia hasta los cuales se pueda tomar medida y escala del resto de sus acciones y deseos, siendo ésta una de las causas que hacen sus corazones más inescrutables. Tampoco basta con informarse solamente de los diversos objetivos y naturales de los hombres, sino que hay que saber también qué es lo que predomina, qué humor es el que prevalece y qué objetivo es el que principalmente se busca. Pues así vemos que cuando Tigelino se vio aventajado por Petronio Turpiliano en cuanto a atender al afán de placeres de Nerón, *Metus ejus rimatur,* removió los temores de Nerón, y con ello se adelantó al otro[527].

22. En toda esta parte de la indagación, el camino más directo requiere tres cosas. La primera es tratar e intimar con quienes tienen trato general y están más en contacto con el mundo, y especialmente, según la variedad de los negocios y de las personas, tener intimidad y relación por lo menos con un amigo que sea experto y buen conocedor de cada clase. La segunda es mantener un conveniente término medio entre la franqueza y la reserva: en la mayoría de las cosas franqueza, y reserva allí donde importe; porque la franqueza invita y anima a su vez a la franqueza, y así añade mucho al conocimiento, y la reserva, por otra parte, induce confianza e intimidad. La última es adquirir el hábito vigilante y sereno de, en toda conferencia y acción, proponerse observar al mismo tiempo que se actúa. Pues lo mismo que Epicteto quería que el filósofo en cada acción particular se dijera a sí mismo: *Et hoc volo, et etiam institutum servare*[528], así el hombre político en todas las cosas debería decirse: *Et hoc volo, ac etiam aliquid addiscere*[529]. Me he detenido más en este precepto de obtener buena información porque en sí es una parte principal, que equivale a todo lo restante. Mas sobre todo hay que cuidar de tener buen gobierno y dominio de uno mismo, y que este mucho conocimiento no signifique mucho entrometimiento, pues nada hay más desafortunado que el entrometerse a la ligera y sin pensar en muchos asuntos. De suerte que esta variedad de conocimientos solamente tiene por objeto el hacer mejor y más libre elección de aquellas acciones que puedan concernirnos, y dirigirlas con menos error y más destreza.

---

527 Tácito, *Anales,* XIV, 57.

528 Quiero hacer esto, y al mismo tiempo permanecer en mi propósito. *Enchiridion,* IV.

529 Quiero hacer esto, y al mismo tiempo aprender algo.

23. El segundo precepto relativo a este conocimiento es el de recoger buena información sobre la propia persona, y comprenderse bien a uno mismo, sabiendo que, como dice Santiago, aunque a menudo nos miremos en un espejo, luego en seguida nos olvidamos de nosotros mismos [530]; en lo cual, así como el espejo divino es la palabra de Dios, así el espejo político es el estado del mundo o época en que vivimos, y en él hemos de contemplarnos.

24. Pues es menester tener una visión imparcial de las propias capacidades y virtudes, y también de las propias carencias e impedimentos, tasando éstos en más y aquéllas en menos, y a partir de esa visión y examen hacerse las consideraciones siguientes.

25. Primera, considerar de qué modo la constitución de la propia persona se acomoda al estado general de la época, y, si se la halla conforme y ajustada, darse en todo mayor radio de acción y libertad; mas, si divergente y disonante, entonces en todo el modo de vida ser más cauto, retirado y reservado: según vemos en Tiberio, que jamás fue visto en los juegos y no apareció en el senado durante doce de sus últimos años, en tanto que César Augusto vivió siempre a la vista del público, lo cual observa Tácito: *Alia Tiberio morum via* [531].

26. Segunda, considerar de qué modo se acomoda el propio carácter a las profesiones y ocupaciones, y elegir en consecuencia, si se es libre, y si no liberarse en la primera ocasión: según vemos que hizo el duque Valentino [532], que por su padre estaba destinado a la profesión sacerdotal, pero la dejó al poco tiempo, a la vista de sus condiciones personales e inclinación; que eran tales, sin embargo, que no se sabría decir a ciencia cierta si eran peores para un príncipe o para un sacerdote.

27. Tercera, considerar de qué modo se acomoda uno con quienes probablemente haya de tener por competidores y rivales, y optar por la carrera en que haya más soledad, y se tengan más posibilidades de ser el más eminente: como hizo Julio César, que al principio era orador y abogado, mas viendo la excelencia de Cicerón, Hortensio, Catulo y otros en el campo de la elocuencia, y viendo que en la guerra no había nadie con prestigio más que Pompeyo, de quien el estado se veía obligado a depender, abandonó la carrera que había iniciado en pos de la grandeza civil y popular, y transfirió sus aspiraciones a la grandeza militar [533].

---

530 Sant. 1, 23-24.

531 Otro era el talante de Tiberio. *Anales*, I, 54.

532 César Borgia. Sobre su cambio de profesión véase Guicciardini, *Storia d'Italia*, IV, III (1498).

533 Plutarco, *Julio César*, III.

28. Cuarta, en la elección de amigos y subordinados, proceder de acuerdo con la composición del propio carácter: según vemos en César, cuyos amigos y seguidores eran todos hombres activos y diligentes, pero no grandes ni prestigiosos.

29. Quinta, atender especialmente a cómo se deja uno guiar por los ejemplos, pensando que se es capaz de hacer lo que se ve hacer a otros, porque puede ser que los naturales y caracteres sean muy diferentes. En este error parece haber caído Pompeyo, de quien Cicerón cuenta que a menudo solía decir: *Sylla potuit, ego non potero?* [534]; en lo cual se engañaba mucho, por ser los caracteres y modos de actuar de él y de su modelo los más dispares del mundo: el uno fiero, violento y yendo siempre a los hechos, y el otro grave, preocupado siempre por la pompa y la ceremonia, y por lo tanto menos eficaz.

Este precepto tocante al conocimiento político de uno mismo tiene otras muchas ramificaciones, en las que no podemos detenernos.

30. Lo siguiente al bien comprenderse y conocerse uno mismo es el bien descubrirse y revelarse a los demás, en lo cual lo más frecuente es que el hombre más grande sea el que hace menos ostentación. Hay, en efecto, una gran ventaja en mostrar bien las propias virtudes, fortuna, méritos, e igualmente en encubrir con arte las propias debilidades, defectos, infortunios, deteniéndose en lo uno y resbalando sobre lo otro, ilustrando aquello con pormenores y hermoseando esto con interpretaciones, etcétera. Sobre esto vemos lo que dijo Tácito de Muciano, que fue el mayor político [535] de su tiempo, que *Omnium quae dixerat feceratque arte quadam ostentator* [536]; lo cual requiere cierto arte, si no se quiere resultar enojoso y arrogante. Con todo, a mí la ostentación me parece más vicio en la moral que en la política, aunque raye en vanidad; pues lo mismo que se dice: *Audacter calumniare, semper aliquid haeret* [537], así también, siempre que no se llegue a un grado de exageración ridículo, podría decirse: *Audacter te vendita, semper aliquid haeret* [538]. Quedará, en efecto, entre los más ignorantes e inferiores, por mucho que los hombres prudentes y de rango se sonrían y lo desprecien; y la autoridad ganada ante muchos compensa el desdén de unos pocos. Y

---

[534] Sila pudo, ¿y yo no he de poder? Cicerón, *Ad Atticum,* IX, 10.

[535] En el sentido de hombre hábil para labrar su propia fortuna. Cf. *infra.*

[536] Sabía poner cierta ostentación en todo lo que decía y hacía. *Historias,* II, LXXX.

[537] Calumnia con audacia, que siempre queda algo. Cf. Plutarco, *Quomodo adulator ab amico internoscatur,* XXIV (65c-d).

[538] Expón tus pretensiones con audacia, que siempre queda algo.

si se hace con decoro y buen juicio, como de forma natural, graciosa e ingenua; o en momentos en que lleve consigo peligro e inseguridad, como en los militares; o cuando otros son más envidiados; o con soltura y descuidadamente entrando y saliendo de ello, sin detenerse demasiado o mostrar demasiada seriedad; o con igual franqueza censurándose y adornándose a uno mismo; o cuando se trata de repeler o responder al insulto o la insolencia ajenos, entonces acrecienta grandemente la reputación; y es indudable que no pocos caracteres sólidos, que carecen de presunción y con estos vientos no saben hinchar sus velas, con su moderación se perjudican y ponen en desventaja.

31. Si estas ostentaciones y realces de la virtud no son tal vez innecesarios, sí es necesario al menos que la virtud no quede devaluada y rebajada por debajo de su justo precio, cosa que acontece de tres maneras: cuando uno mismo se ofrece y se adelanta, con lo cual solamente con aceptarle ya se le considera recompensado; cuando se hace demasiado [539], con lo cual no se da tiempo a que lo bien hecho arraigue, y al final se produce hartazgo; y cuando el fruto de la propia virtud se ve demasiado pronto recogido en la alabanza, el aplauso, el honor, el favor, debiendo atender el que en esto se contente con poco a aquello que se dijo con razón: *Cave ne insuetus rebus majoribus videaris, si haec te res parva sicuti magna delectat* [540].

32. No menos importante que el hacer apreciar las buenas cualidades es el tapar los defectos, que también se puede hacer de tres maneras: mediante cautela, mediante pretexto y mediante confianza. Cautela es cuando con ingenio y discreción se evita ser destinado a aquellas cosas para las que no se vale; mientras que, por el contrario, los espíritus osados e inquietos se embarcan en unas cosas y otras sin distinción, y con ello publican y vocean todas sus faltas. Pretexto es cuando se prepara el camino para que los propios defectos o faltas se interpreten como procedentes de mejor causa, u ordenados a otro fin. De lo primero está bien dicho que *Saepe latet vitium proximitate boni* [541]; de suerte que, por cada falta que uno tenga, debe hacer ver que aspira a la virtud que la cubre, verbigracia si es torpe fingir gravedad, si es cobarde dulzura, etcétera. Respecto a lo segundo, preciso es pergeñar alguna causa verosímil que justifique el que uno se quede corto y oculte sus talentos, y con ese fin hay que acos-

---

539 En la versión latina se añade: «sobre todo al principio y de una vez».

540 Si te agrada tanto lo pequeño como lo grande, cuida de no dar la impresión de no estar acostumbrado a mejores cosas. Cicerón, *Rhetorica ad Herennium*, IV, IV, 7.

541 Muchas veces un vicio queda oculto por su proximidad a una virtud. Ovidio, *Ars amandi*, II, 662.

tumbrarse a disimular las capacidades que son notorias, por así aparentar que las verdaderas carencias no son sino astucia y disimulo. En cuanto a la confianza, es el último remedio, pero el más seguro, a saber, el quitar importancia y aparentar desprecio hacia todo aquello que no se puede alcanzar, observando el prudente principio de los mercaderes, que se las componen para subir el precio de sus artículos y rebajar el de los ajenos. Otra confianza hay que aún deja pequeña a ésta, y que es el plantar cara a los propios defectos, fingiendo creer que donde mejor se es, es en aquello en que se falla; y para respaldar esto, fingir por otro lado que donde peor opinión se tiene de uno mismo es en aquellas cosas en que se es mejor; como vemos habitualmente en los poetas, que si muestran sus versos y se les critica alguno, responden que ése les costó más trabajo que ningún otro, y en seguida aparentan censurar y dudar de otro, que bien saben que es el mejor de todos. Mas sobre todo, en esta corrección y auxilio de uno mismo con su porte, se ha de cuidar de no mostrarse desarmado y expuesto al desdén y al insulto, por demasiada dulzura, bondad y cordialidad, antes bien dejar ver algunas chispas de libertad, independencia y genio: talante éste fortificado que, junto al presto responder a los desprecios, viene a veces impuesto necesariamente por algo de la propia persona o suerte, pero que siempre resulta muy provechoso.

33. Otro precepto de este conocimiento es el de procurar por todos los medios que el espíritu sea dócil y acomodable a la ocasión, pues nada pone más obstáculos a la fortuna que el *Idem manebat neque idem decebat*[542], seguir estando como se estaba cuando muda la ocasión; por eso Livio, al hablar de Catón, a quien pinta como tan buen arquitecto de su fortuna, comenta que poseía *versatile ingenium*[543]. Y de aquí procede que en esos caracteres graves y solemnes, que han de mantenerse siempre iguales a sí mismos sin variación, haya más dignidad que éxito. Mas en algunos es innato el ser algo viscosos y cerrados, y poco aptos para variar. En algunos es casi naturaleza el vicio de no admitir que deban cambiar de táctica, cuando en la experiencia anterior les ha sido provechosa. Maquiavelo observa prudentemente cómo Fabio Máximo pretendía seguir contemporizando, según su costumbre inveterada, cuando la naturaleza de la guerra era ya otra, y exigía acción enérgica[544]. En otros es falta de agudeza y penetración, porque no advierten cuándo han pa-

---

[542] Seguía siendo el mismo cuando ya no convenía lo mismo. Cicerón, *Brutus*, XCV, 327.
[543] Ingenio versátil. *Décadas*, XXXIX, XL, 5.
[544] *Discorsi*, III, VIII.

sado las cosas, y pasada la ocasión llegan tarde: como compara Demóstenes al pueblo de Atenas con los rústicos que se ejercitan en la esgrima, que cuando reciben un golpe llevan la espada a ese quite, pero no antes [545]. En otros es una repugnancia a dar por perdidos los afanes pasados, y una ilusión de poder suscitar nuevas ocasiones según su conveniencia; y al final, cuando ya no ven otro remedio, entonces se avienen con desventaja: como Tarquino, que por la tercera parte de los libros de Sibila dio el triple de lo que en un principio le habría bastado para tenerlos todos [546]. Cualquiera que sea la raíz o causa de donde proceda esta renuncia del espíritu, es cosa sumamente perjudicial; y nada hay más político que el hacer que las ruedas del propio espíritu tengan el mismo centro que las de la fortuna, y con ellas giren.

34. Otro precepto de este conocimiento, que tiene alguna afinidad con el anterior, pero con una diferencia, es ése que expresa bien la frase *Fatis accede Deisque* [547]: no sólo cambiar con las ocasiones, sino también correr parejas con ellas, y no poner demasiado a prueba la fama o la fuerza por cosas en exceso arduas o extremas, antes bien elegir en las acciones lo más asequible: pues de ese modo se evitan los reveses, no se está demasiado tiempo con un mismo asunto, se gana fama de moderación, se agrada más y se presenta una apariencia de continuo éxito en todo lo que se emprende, cosas que no pueden por menos de acrecentar poderosamente el buen nombre.

35. Otra parte de este conocimiento hay que parece estar en cierta oposición con las dos anteriores, mas no del modo que yo la entiendo, y es aquella que Demóstenes declara con grandiosos términos: *Et quemadmodum receptum est, ut exercitum ducat imperator, sic et a cordatis viris res ipsae ducendae; ut quae ipsis videntur, ea gerantur, et non ipsi eventus persequi cogantur* [548]. Pues si bien observamos, hallaremos dos clases diferentes de pericia en la administración de los negocios: unos saben aprovechar las ocasiones con habilidad y destreza, pero planean poco; otros saben impulsar y ejecutar bien sus planes, pero no adaptarse ni aprovechar; y cada una de estas clases es muy imperfecta sin la otra.

36. Otra parte de este conocimiento es la sujeción a un conveniente término medio en el descubrirse o no descubrirse: pues aunque el secreto riguroso, y el abrirse camino *qualis est via navis in*

---

545 *Filípicas,* I, 40 (51).
546 Aulo Gelio, I, XIX.
547 Ponte del lado del hado y de los dioses. Lucano, *Farsalia,* VIII, 486.
548 Y lo mismo que el general guía al ejército, así los estadistas deben guiar las circunstancias, si quieren llevar adelante sus propósitos y no dejarse arrastrar por el azar. *Filípicas,* I, 39 (51).

mari[549] (que los franceses llaman *sourdes menées,* cuando uno echa las cosas a rodar sin descubrirse para nada), resulte a veces provechoso y admirable, empero muy a menudo *Dissimulatio errores parit qui dissimulatorem ipsum illaqueant*[550]. Por eso vemos que los mayores políticos natural y libremente han declarado sus deseos, antes que guardarlos para sí y disimularlos. Así vemos que Lucio Sila hizo una especie de confesión, que deseaba que todos fueran felices o infelices según que fueran amigos o enemigos suyos[551]. Así César, cuando por primera vez marchó a la Galia, no tuvo escrúpulo en confesar que prefería ser primero en una aldea antes que segundo en Roma[552]. E igualmente, tan pronto como hubo iniciado la guerra, vemos lo que Cicerón dice de él: *Alter* (por César) *non recusat, sed quodammodo postulat, et (ut est) sic appelletur tyrannus*[553].

Así podemos ver en una carta de Cicerón a Ático, que apenas entrado en acción César Augusto, cuando era favorito del senado, empero en sus arengas al pueblo juraba *Ita parentis honores consequi liceat*[554]; que no era nada menos que la tiranía, salvo que para respaldarlo extendía la mano hacia una estatua de César que se alzaba en el lugar; y muchos se reían y se asombraban, y decían: «¿Será posible?», o «¿Habrase oído cosa igual?», pero no lo tomaban a mal, por la gracia y espontaneidad con que lo hacía. Y todos estos prosperaron: mientras que Pompeyo, que perseguía el mismo fin pero de manera más oscura y encubierta, como dice de él Tácito, *Occultior non melior*[555], en lo cual coincide Salustio: *Ore probo, animo inverecundo*[556]; Pompeyo se trazó el plan de, mediante infinitas maquinaciones secretas, poner el estado en una anarquía y confusión absolutas, para que llevado de la necesidad y en busca de protección se arrojase en sus brazos, con lo cual vendría él a ser investido del poder soberano, sin participación suya visible; y cuando lo hubo adelantado (según él pensaba) hasta el punto de ser nombrado cónsul solo, como jamás lo fuera ningún otro, sin embargo no pudo sacar de ello mucho partido, porque la gente no le entendía; y al final hubo de seguir el camino trillado de tomar las armas, so pretexto del temor a los planes de César. Así son de tediosos, azarosos y desdi-

---

549 Como el navío en el mar. Prov. 30, 19.
550 El disimulo engendra errores que aprisionan al propio disimulador.
551 Plutarco, *Sila,* XXXVIII.
552 Plutarco, *Julio César,* XI.
553 Y no rechaza, sino que virtualmente pide, que se le llame tirano, que en verdad es lo que es. *Ad Atticum,* X, 4.
554 Alcanzar los honores de su padre. *Ibid.,* XVI, 15.
555 No mejor, sino más disimulado. *Historias,* II, XXXVIII.
556 Semblante honesto, carácter desvergonzado. Suetonio, *De grammaticis,* XV.

chados estos disimulos extremados, sobre los cuales parece que Tácito pronunció este juicio, que eran una astucia de clase inferior en comparación con la verdadera política: atribuyendo lo uno a Augusto y lo otro a Tiberio, cuando hablando de Livia dice: *Et cum artibus mariti simulatione filii bene composita*[557]; pues indudablemente el continuo hábito de disimulo no es sino una astucia débil y pasiva, y no eminentemente política.

37. Otro precepto de esta arquitectura de la fortuna es el de acostumbrar al espíritu a juzgar de la proporción o valor de las cosas según sean conducentes e importantes para nuestros particulares objetivos, y hacerlo no superficial, sino sólidamente. Pues hallamos que en algunos hombres la parte lógica (por así llamarla) de la mente es buena, pero la parte matemática es errónea, esto es, que saben juzgar bien de consecuencias, pero no de proporciones y comparaciones, y prefieren lo ostentoso y llamativo a lo sólido y eficaz. Así algunos se enamoran del acceso a los príncipes, y otros de la fama y el aplauso populares, tomándolos por grandes conquistas, cuando en muchos casos no traen sino envidia, riesgo e impedimento. Los hay que miden las cosas según el trabajo y el esfuerzo o asiduidad gastados en ellas, y creen que con estar siempre moviéndose por fuerza habrán de avanzar y adelantar; como dice César despectivamente de Catón el segundo, cuando describe lo laborioso e infatigable que era para nada: *Haec omnia magno studio agebat*[558]. Así en la mayoría de las cosas se cae fácilmente en el error de pensar que los medios más grandes son los mejores, cuando deberían ser los más adecuados.

38. En cuanto a la correcta ordenación de los medios humanos de conseguir fortuna, según su mayor o menor importancia, me parece ser la siguiente. Lo primero es la enmienda del propio espíritu: pues es más probable que la eliminación de los estorbos del espíritu abra los caminos de la fortuna, que no que el obtener fortuna elimine los estorbos del espíritu. En segundo lugar pongo la riqueza y los caudales, que sé que la mayoría habría puesto primero, por la utilidad general que tienen en toda suerte de ocasiones. Mas esa opinión puedo condenarla con la misma razón con que Maquiavelo condena esta otra, que el dinero es el nervio de la guerra: siendo así, dice él, que el verdadero nervio de la guerra es el nervio de los brazos de los hombres, esto es, una nación valerosa, populosa y marcial; y oportunamente cita la autoridad de Solón, que al mostrarle Creso su tesoro

---

557 Reunía en sí las artes de su marido y la simulación de su hijo. *Anales*, V, 1.

558 Todas estas cosas las hacía con mucho celo. *De bello civili*, I, 30.

díjole que, si llegase otro que tuviera mejor hierro, se haría dueño de su oro[559]. De modo semejante, cabe afirmar con verdad que no es el dinero el nervio de la fortuna, sino que lo son los nervios y el hierro de los espíritus, el ingenio, el coraje, la audacia, la decisión, el temple, la industria, etcétera. En tercer lugar coloco el buen nombre, por las imperiosas mareas y corrientes a que está sujeto, que si no se las aprovecha a su debido tiempo raramente se las recupera, siendo extremadamente difícil jugar al desquite en materia de reputación. Y en último lugar pongo la honra, porque es mucho más fácil conquistarla con cualquiera de las otras tres cosas, y aún más con todas, que con la honra comprar cualquiera de ellas. Para concluir este precepto, diremos que, así como hay orden y prioridad en la materia, así lo hay también en el tiempo, siendo la colocación indebida en éste uno de los errores más comunes, cuando los hombres se abalanzan a los fines cuando deberían atender a los comienzos, y no toman las cosas por su orden conforme van llegando, antes bien las ordenan según su magnitud y no según la urgencia, sin observar ese buen precepto de *Quod nunc instat agamus*[560].

39. Otro precepto de este conocimiento es el de no embarcarse en asuntos que ocupen demasiado tiempo, sino tener resonando en los oídos aquello de *Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus*[561]. Esta es la causa de que quienes confían su elevación a profesiones de mucho trabajo, como los abogados, los oradores, los teólogos eruditos y otros semejantes, por lo general no sean muy políticos para su propia fortuna, si no es a su modo ordinario, porque les falta tiempo para enterarse de particulares, esperar ocasiones y trazar planes.

40. Otro precepto de este conocimiento es el de imitar a la naturaleza, que no hace nada en vano; cosa que sin duda puede hacer cualquiera si combina bien su negocio y no se obstina demasiado en aquello que principalmente persigue. Pues en cada acción particular se deben ordenar de tal modo las intenciones, y poner una cosa debajo de la otra, que si no se puede tener lo que se busca en el mejor grado, se lo tenga en un segundo, o por la misma razón en un tercero; y si no se puede obtener parte alguna de lo que se pretendía, aun así aprovechar lo hecho para otra cosa; y si no se puede sacar nada de ello para el presente, empero hacer de ello como una semilla de algo para el porvenir; y si no se puede obtener de ello

---

559 *Discorsi*, II, VIII; sobre la opinión que refuta véase Cicerón, *Philippicae*, V, II, 5.

560 Despachemos lo que ahora urge. Virgilio, *Geórgicas*, IX, 66.

561 Entretanto huye el tiempo irrecuperable. *Ibid.*, III, 284.

efecto o sustancia, de todos modos ganar con ello alguna buena opinión, etcétera: de suerte que uno se exija a sí mismo cosechar algo de cada acción, y no quedarse parado y confundido si fracasa en aquello que fundamentalmente pretendía. Nada hay, en efecto, más impolítico que el consagrarse totalmente a las acciones una por una, porque el que tal hace pierde infinitas ocasiones que entretanto se presentan, y que muchas veces son más aptas y propicias para algo de lo que después habrá necesidad, que para lo que urge en el presente; y por eso hay que ser perfecto en esa norma que dice *Haec oportet facere, et illa non omittere*[562].

41. Otro precepto de este conocimiento es el de no comprometerse definitivamente en nada, aunque no parezca ofrecer riesgo de accidente, sino siempre disponer de una ventana por donde huir o un camino por el que retirarse; siguiendo la prudencia de la antigua fábula de las dos ranas, que al secarse su charca discutieron adónde irían, y una propuso descender a un pozo, porque no era probable que el agua se secase allí, mas la otra respondió: *Es cierto, pero si se seca, ¿cómo volveremos a salir?*[563]

42. Otro precepto de este conocimiento es aquel antiguo de Bías, no llevado hasta un punto de perfidia, sino solamente de cautela y moderación: *Et ama tanquam inimicus futurus, et odi tanquam amaturus*[564]; pues el ir demasiado lejos en amistades desafortunadas, enfados molestos y envidias o emulaciones pueriles y caprichosas es cosa que anula toda utilidad.

43. Si acerca de esto me estoy extendiendo más allá de la medida de un ejemplo, es porque no quisiera que de los conocimientos que señalo como omitidos se pensara que son cosas imaginarias y etéreas, o un par de observaciones infladas, sino cosas de peso y masa, cuyo estudio es más fácil comenzar que acabar. Debe asimismo entenderse que lo que digo de aquellos puntos que menciono y señalo está muy lejos de constituir un tratamiento completo de ellos, siendo sólo pequeños fragmentos que sirvan de orientación. Y finalmente, supongo que ninguno pensará que sostengo que no se obtiene fortuna sin todo este trabajo: pues bien sé que a los regazos de algunos llega rodando, y que son bastantes los que consiguen buenas fortunas con simple diligencia, poca dedicación y abstenerse de errores graves.

---

562 Esto habría que hacer, sin descuidar aquello. Mt. 23, 23 y Lc. 11, 42.

563 Esopo, «Las ranas y el pantano desecado».

564 Ama a tu amigo como a quien en el futuro puede ser tu enemigo, y odia a tu enemigo como a quien en el futuro puede ser tu amigo. Diógenes Laercio, *Bías* (I, 88).

44. Mas lo mismo que Cicerón, al establecer el ideal del orador perfecto, no pretende que todo el que habla haya de ser así; y que quienes tratando estos temas, al describir un príncipe o cortesano, por lo común han hecho el modelo conforme a la perfección del arte, y no a la práctica usual, así entiendo yo que deba hacerse en la descripción del hombre político; quiero decir, político para su propia fortuna.

45. Junto a todo lo dicho hay que tener presente que los preceptos que hemos establecido son de aquellos que podríamos considerar y llamar *bonae artes*[565]. En cuanto a las malas, si se quiere seguir ese principio de Maquiavelo, de *no buscar la virtud en sí, sino sólo su apariencia, porque la fama de virtud es una ayuda, pero su práctica un estorbo*[566]; o ese otro también suyo, de *partir de la base de que a los hombres sólo se los domina con el miedo, y por lo tanto procurar tenerlos a todos expuestos, debilitados y oprimidos*[567], que es lo que los italianos llaman *seminar spine,* sembrar espinas; o la norma contenida en el verso que cita Cicerón, *Cadant amici, dummodo inimici intercidant*[568], como los triunviros, que entre sí se vendieron las vidas de sus amigos por las muertes de sus enemigos; o la declaración de L. Catilina, de prender fuego y agitar el estado para así pescar en aguas revueltas y abrir paso a su fortuna personal: *Ego si quid in fortunis meis excitatum sit incendium, id non aqua sed ruina restinguam*[569]; o ese principio de Lisandro de que *a los niños hay que engañarlos con confites, y a los hombres con juramentos*[570]; y demás teorías perversas y corruptas, de las cuales (como en todo) hay más que de las buenas, qué duda cabe de que con esas dispensas de las leyes de la caridad y la integridad la consecución de la propia fortuna puede ser más rápida y expedita. Pero sucede con la vida como con los caminos: el más corto suele ser el más sucio, y el mejor no supone a la postre tanto rodeo.

46. Mas el hombre libre que a sí mismo se sostiene, y que no se deja arrastrar por torbellinos o tempestades de ambición, en la prosecución de su fortuna debería ponerse ante los ojos no sólo ese mapa general del mundo, de que *todo es vanidad y agitación del*

---

565 Buenas artes.

566 *El príncipe,* XVIII.

567 *Ibid.,* XVII.

568 Caigan nuestros amigos, con tal que perezcan nuestros enemigos. *Pro rege Deiotaro,* IX, 25.

569 Si se prendiera fuego a mis bienes, no lo apagaría con agua, sino con destrucción. Cicerón, *Pro Murena,* XXV, 51. Cf. Salustio, *Bellum Catilinae,* XXXI, 9.

570 Plutarco, *Lisandro,* VIII, 4.

espíritu[571], sino también muchas otras cartas e indicaciones particulares, y principalmente ésta, que el ser sin ser bien es una maldición, y a más ser más maldición, y que toda virtud lleva su mayor recompensa, y toda maldad su mayor castigo, en sí misma; como dice excelentemente el poeta:

Quae vobis, quae digna, viri, pro laudibus istis
Praemia posse rear solvi? pulcherrima primum
Dii moresque *dabunt vestri*[572];

y lo mismo de lo contrario. En segundo lugar, debería alzar la vista a la providencia eterna y el juicio divino, que a menudo burlan la sagacidad de los malos planes y maquinaciones, según dice la Escritura: *Ha concebido iniquidad, y parirá una cosa vana*[573]. Y aunque uno se abstenga del delito y de las malas artes, con todo el perseguir incesantemente y sin descanso la propia fortuna no permite dar a Dios ese tributo de nuestro tiempo que le debemos; en lo cual vemos que, pidiéndonos un diezmo de nuestra sustancia, de nuestro tiempo nos pide, con mayor rigor, un séptimo; y de poco sirve tener el rostro vuelto hacia el cielo, y el espíritu continuamente postrado en el suelo, comiendo polvo como la serpiente:

Atque affigit humo divinae particulam aurae[574].

Y si alguno se lisonja pensando que empleará su fortuna bien aunque la obtenga mal, como se dijo a propósito de Julio César, y después de Septimio Severo, que *o no deberían haber nacido o no deberían haber muerto*[575], por el mucho mal que hicieron en su camino y ascensión a la grandeza, y el mucho bien una vez encumbrados, le respondo que esas compensaciones y reparaciones es bueno hacerlas, pero nunca proyectarlas. Y, finalmente, no está de más que el que corre hacia su fortuna se refresque un poco con esa idea que elegantemente expresó el emperador Carlos V en sus instrucciones al rey su hijo, que *La fortuna es como una mujer, que si demasiado se la corteja se aparta más*[576]. Pero esto último no es sino un remedio

---

571 Ecl. 2, 11.

572 ¿Qué recompensa, amigos, podría yo daros digna de tales acciones? La mejor será la que os den los dioses y vuestro propio modo de ser. Virgilio, *Eneida*, IX, 252-254.

573 Sal. 7, 15, y Job 15, 35.

574 Y clava en el suelo un fragmento del espíritu divino. Horacio, *Sátiras*, II, II, 79.

575 Aurelio Víctor, *Epítome*, 1-6; Lampridio, *Vida de Severo*.

576 Según Spedding, fue al verse obligado a levantar el sitio de Metz cuando Carlos V comparó la fortuna con una mujer, aunque no con estas palabras.

para los que ya tienen los gustos corrompidos: mejor edifíquese sobre ese cimiento que es como piedra angular de la teología y la filosofía, en la cual ambas se tocan, y que es el *Primum quaerite*. Pues la teología dice: *Primum quaerite regnum Dei, et ista omnia adjicientur vobis*[577]; y la filosofía dice: *Primum quaerite bona animi, caetera aut aderunt aut non oberunt*[578]. Y aunque el cimiento humano sea un poco de arena, como vemos en M. Bruto cuando prorrumpió en aquellas palabras:

Te colui, Virtus, ut rem; at tu nomen inane es[579],

sin embargo el cimiento divino es de roca. Baste lo dicho como muestra de ese conocimiento que señalé como omitido.

47. Por lo que respecta al gobierno, es una parte del conocimiento secreta y retirada, en los dos sentidos en que las cosas se consideran secretas: pues unas lo son porque son difíciles de conocer, y otras porque no es conveniente publicarlas. Vemos que todos los gobiernos son oscuros e invisibles.

Totamque infusa per artus
Mens agitat molem, et magno se corpore miscet[580]:

tal es la descripción de los gobiernos. Vemos que el gobierno de Dios sobre el mundo está oculto, hasta el punto de que parece haber en él mucha irregularidad y confusión. El gobierno del alma sobre los movimientos del cuerpo es interior y profundo, y su operación difícilmente se puede demostrar. También la sabiduría de la Antigüedad (cuyas sombras están en los poetas), al describir los tormentos y penas, después del delito de rebelión, que fue la ofensa de los gigantes, pone como más aborrecible el delito de indiscreción, como en Sísifo y Tántalo[581]. Esto se refería a particulares, pero incluso a las normas y discursos generales de política y gobierno se debe un tratamiento respetuoso y reservado.

48. Mas, a la inversa, de los gobernados hacia los gobernantes todo debería estar, hasta donde la flaqueza humana lo permita, ma-

---

577 Buscad primero el reino de Dios, y todas esas cosas se os darán por añadidura. Mt. 6, 33.

578 Buscad primero el bien del espíritu, que lo demás o vendrá o no se perderá.

579 Te he venerado, Virtud, como a algo real; pero eres un nombre vacío. Dión Casio, XLVII, XLIX.

580 Y la mente, infusa por las articulaciones, vivifica toda la masa y se mezcla con el vasto cuerpo. Virgilio, *Eneida,* VI, 726-727.

581 Véase Píndaro, *Olínticas,* I, 55 y ss.

nifiesto y revelado. Así se dice en las Escrituras a propósito del gobierno de Dios, que este orbe, que a nosotros nos parece un cuerpo oscuro y sombrío, es a la vista de Dios como de cristal: *Et in conspectu sedis tanquam mare vitreum simile crystallo*[582]. Del mismo modo, para los príncipes y gobiernos, y especialmente para los senados y consejos prudentes, las naturalezas y disposiciones del pueblo, sus condiciones y necesidades, sus divisiones y combinaciones, sus animosidades y descontentos, deberían ser, habida cuenta de los diversos medios de información de que disponen, de la prudencia de sus observaciones y de la elevación del puesto desde donde montan guardia, en gran parte claros y transparentes. Por consiguiente, considerando que escribo para un rey que es maestro en esta ciencia, y que está tan bien asistido, paréceme oportuno pasar en silencio sobre esta parte, como deseoso de obtener aquel certificado a que aspiraba uno de los antiguos filósofos: que, guardando silencio cuando otros rivalizaban por demostrar con discursos su talento, para sí quiso que se certificara *que había uno que sabía callarse.*

49. No obstante, acerca de la parte más pública del gobierno, que son las leyes, paréceme conveniente señalar una sola deficiencia: que es que cuantos han escrito de leyes lo han hecho como filósofos o como jurisconsultos, mas ninguno como estadista. Por lo que respecta a los filósofos, hacen leyes imaginarias para repúblicas imaginarias, y sus discursos son como las estrellas, que dan poca luz por lo altas que están. En cuanto a los jurisconsultos, escriben conforme a los estados donde viven, qué es ley establecida, y no qué debería ser ley: porque una cosa es la prudencia del legislador, y otra la del jurisconsulto. Hay, en efecto, en la naturaleza ciertas fuentes de la justicia, de donde todas las leyes civiles se derivan como torrentes; y lo mismo que las aguas toman tintes y sabores de los suelos por donde discurren, así las leyes civiles varían según las regiones y gobiernos donde están implantadas, aunque procedan de las mismas fuentes. Además, la prudencia del legislador no tiene por único objeto el patrón de la justicia, sino también su aplicación, tomando en consideración qué medios hay para conseguir que las leyes sean claras, y cuáles son las causas y remedios de su ambigüedad y oscuridad; qué medios hay para conseguir que sean adecuadas y fáciles de ejecutar, y cuáles son los impedimentos y remedios para su cumplimiento; qué influencia tienen en el estado público las leyes rela-

---

[582] Y delante del trono había como un mar transparente, semejante al cristal. Ap. 4, 6.

tivas al derecho privado de *meum* y *tuum*[583], y cómo se puede hacer que sean aptas y congruentes con aquél; cómo hay que redactarlas y promulgarlas, si en texto o en decreto, breves o extensas, con preámbulos o sin ellos; cómo se las ha de podar y reformar de vez en cuando, y cuál es el mejor sistema para evitar que lleguen a ser demasiado voluminosas o a estar demasiado llenas de multiplicidad y contradicción; cómo se las ha de explicar, cuándo a partir de causas surgidas y judicialmente discutidas y cuándo a partir de dictámenes y consultas sobre puntos o cuestiones generales; cómo hay que aplicarlas, si con rigor o con suavidad; cómo hay que mitigarlas con equidad y buena conciencia, y si la discreción y la ley estricta han de mezclarse en los mismos tribunales o mantenerse separadas en tribunales distintos; asimismo cómo se debe vigilar y regir la práctica, profesión y erudición legal, y muchas otras cuestiones tocantes a la administración de las leyes y, si se me permite llamarlo así, su vivificación. Sobre lo cual insisto tanto menos cuanto que, habiendo iniciado una obra de este carácter en aforismos, me propongo (Dios mediante) desarrollar más adelante esta investigación, entretanto señalándola como omitida[584].

50. Y por lo que respecta a las leyes de Inglaterra de Vuestra Majestad, podría decir mucho de su valor, y algo de sus defectos; mas en cuanto a idoneidad para el gobierno, no pueden por menos de aventajar a las leyes civiles, pues la ley civil era *Non hos quaesitum munus in usus*[585], no ha sido hecha para los países en los que rige. De esto dejo de hablar, porque no quiero mezclar materia de acción con materia de saber general.

XXIV. Con lo dicho he concluido la parte del saber tocante al conocimiento civil, y con el conocimiento civil he concluido la filosofía humana, y con la filosofía humana, la filosofía en general. Haciendo ahora una pausa y volviendo la vista al camino recorrido, este escrito me parece ser (*si nunquam fallit imago*[586]), en la medida en que uno puede juzgar su propia obra, no mucho mejor que ese ruido o sonido que hacen los músicos mientras afinan sus instrumentos, que no es nada agradable de oír, pero es la causa de que después

583 Lo mío (y) lo tuyo.

584 Algo del desarrollo prometido puede verse en el *De augmentis,* donde esta parte se compone de dos tratados puestos a modo de ejemplo. El primero, sobre cómo se pueden extender los límites de un imperio, es traducción del ensayo *De la verdadera grandeza de los reinos y repúblicas;* el segundo, sobre la justicia general o universal y sus fuentes, está formado por 97 aforismos en los que se tocan las cuestiones aquí mencionadas.

585 Un regalo no pedido para este uso. Virgilio, *Eneida,* IV, 647.

586 Si la imagen no engaña nunca. Virgilio, *Eglogas,* II, 27.

la música sea dulce. Así yo me he contentado con afinar los instrumentos de las musas, para que puedan tocar los que tienen mejores manos. Y ciertamente, cuando me represento el carácter de estos tiempos, en que el saber ha hecho su tercera inspección o ronda, con todas sus cualidades, como son la excelencia y vivacidad de los ingenios de esta época; los nobles auxilios y luces que nos prestan los trabajos de los escritores antiguos; el arte de imprimir, que pone los libros al alcance de todas las fórmulas; la apertura del mundo por la navegación, que ha revelado multitud de experiencias y gran cantidad de historia natural; el ocio que ahora abunda, no siendo tan general que lo empleen los hombres en los asuntos civiles, como hicieron los estados de Grecia por su carácter popular, y el estado de Roma por la grandeza de su monarquía; la presente disposición que en estos momentos hay hacia la paz [587]; el agotamiento de cuanto se puede decir en las controversias de religión, que tanto han apartado a los hombres de otras ciencias; la perfección del saber de Vuestra Majestad, que a manera de fénix puede llamar tras de sí a bandadas enteras de ingenios [588]; y esa propiedad inseparable de nuestra época, que es el progresivo descubrimiento de la verdad, no puedo por menos de abrigar la convicción de que este tercer período del tiempo aventajará con mucho a los del saber griego y romano, con sólo que los hombres conozcan a la vez su fuerza y su debilidad, y unos de otros tomen luz de invención y no fuego de contradicción, y en la inquisición de la verdad vean una empresa y no una distinción o adorno, y empleen su ingenio y su largueza en cosas de mérito y valor, y no en cosas vulgares y de estimación popular. En cuanto a mis trabajos, si alguno quiere darse a sí mismo o a otros el gusto de criticarlos, ellos le harán aquella petición antigua y paciente, *Verbera sed audi* [589]: sean censurados, mas también estudiados y sopesados. Pues la apelación (legítima, aunque tal vez no necesaria) sería en este caso de las primeras cogitaciones de los hombres a sus segundas, y de los tiempos más próximos a los más lejanos. Pasemos ahora a ese saber que ninguna de las dos épocas anteriores tuvo la bendición de conocer, la teología sagrada e inspirada, descanso y puerto de todos los trabajos y peregrinajes de los hombres.

XXV.1. La prerrogativa de Dios alcanza por igual a la razón y a la voluntad del hombre: de suerte que, así como hemos de obedecer su ley aunque hallemos renuencia en nuestra voluntad, así hemos

---

587 Se acababa de firmar la paz entre España e Inglaterra.

588 Véase Tácito, *Anales*, VI, donde se describe una aparición del fénix en Egipto, seguido por muchas otras aves.

589 Pégame, pero escucha. Plutarco, *Temístocles*, XI.

de creer su palabra aunque hallemos renuencia en nuestra razón. Pues si creemos sólo aquello que es conforme a nuestro sentido, damos asentimiento a la materia y no al autor, que no es más que lo que haríamos frente a un testigo sospechoso y desacreditado; mas la fe que en Abraham se contó por santidad llegó hasta el punto de mover a risa a Sara, que con ello fue imagen de la razón natural.

2. Con todo, y rectamente considerado, más digno es creer que conocer como ahora conocemos. Pues en el conocimiento la mente humana es movida por el sentido, pero en la fe es movida por el espíritu, al que tiene por más autorizado que ella misma, y así es movida por el agente más digno. No sucederá lo mismo en el estado del hombre glorificado: pues entonces cesará la fe, y conoceremos como somos conocidos.

3. Concluimos, por lo tanto, que la teología sagrada (que en nuestra lengua llamamos saber divino[590]) se funda solamente en la palabra y el oráculo de Dios, y no en la luz de la naturaleza: pues está escrito: *Coeli enarrant gloriam Dei*[591], mas no está escrito: *Coeli enarrant voluntatem Dei*[592], sino que de eso se dice: *Ad legem et testimonium: si non fecerint secundum verbum istud*[593], etcétera. Esto se aplica no sólo a aquellos puntos de la fe que conciernen a los grandes misterios de la Deidad, de la Creación, de la Redención, sino igualmente a aquellos otros que conciernen a la ley moral rectamente interpretada: *Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; sed como vuestro Padre celestial, que derrama su lluvia sobre justos e injustos*[594]. A esto se debería aplaudir, *Nec vox hominem sonat*[595], esta voz viene de más allá que la luz de la naturaleza. Así vemos que los poetas paganos, cuando quieren defender una pasión libertina, siempre se quejan de las leyes y de la moral, como si fueran opuestas y contrarias a la naturaleza: *Et quod natura remittit, invida jura negant*[596]. Así dijo el indio Dendamis a los mensajeros de Alejandro, que algo había oído acerca de Pitágoras y algunos otros de los sabios de Grecia, y que los tenía por hombres excelentes; mas que adolecían de un defecto, que era el tener en demasiada reverencia y veneración una cosa que ellos llamaban ley

---

590 *Divinity*.

591 Los cielos declaran la gloria de Dios. Sal. 19, 2.

592 Los cielos declaran la voluntad de Dios.

593 ¡Por la enseñanza y el testimonio! Si no hacen según esta palabra... Is. 8, 20.

594 Mt. 5, 44-45.

595 No es voz humana la que suena. Virgilio, *Eneida*, I, 328.

596 Y lo que la naturaleza tolera lo prohiben las leyes envidiosas. Ovidio, *Metamorfosis*, X, 330.

y moral[597]. Hay que confesar que, en efecto, una gran parte de la ley moral reside en un nivel de perfección al cual la luz natural no puede aspirar. ¿Cómo se dice entonces que el hombre tiene por la luz y ley de la naturaleza algunas nociones e ideas de la virtud y el vicio, de la justicia y la injusticia, del bien y del mal? Sencillamente, porque la luz natural se usa en dos sentidos diferentes: uno, el de aquello que brota de la razón, el sentido, la inducción, la argumentación, conforme a las leyes del cielo y de la tierra; otro, el de aquello que en el espíritu del hombre está impreso por un instinto interior, conforme a la ley de la conciencia, que es un destello de la pureza de su primer estado: únicamente en este último sentido participando de alguna luz y discernimiento en lo tocante a la perfección de la ley moral. Mas ¿de qué modo? Lo suficiente para refrenar el vicio, pero no para informar el deber. Así pues, a la doctrina de la religión, tanto moral como mística, sólo se alcanza mediante inspiración y revelación de Dios.

4. Ahora bien, la utilidad de la razón en las cosas espirituales, y su capacidad de acción en ellas, es muy grande y general: no en vano llama el apóstol a la religión *nuestro culto razonable a Dios*[598]; tanto, que las propias ceremonias y figuras de la antigua Ley estaban llenas de razón y significado, mucho más que las ceremonias de la idolatría y la magia, que abundan en sinsentidos y absurdos. Pero es más concretamente la Fe cristiana, en esto como en todo, la que merece ser altamente alabada, pues en este aspecto mantiene y conserva la áurea mediocridad entre la ley de los paganos y la ley de Mahoma, que han abrazado los dos extremos. En efecto, la religión de los paganos carecía de creencia o credo constante, dejándolo todo a la libre argumentación, y en cambio la ley de Mahoma prohíbe absolutamente la discusión, en lo cual muestra una el rostro mismo del error, y la otra el de la impostura; mientras que la Fe a la vez admite y rechaza la discusión, según el caso.

5. La aplicación de la razón humana a la religión es de dos clases: la primera se refiere a la concepción y aprehensión de los misterios de Dios que nos han sido revelados; la segunda, a la deducción y derivación de doctrina y guía a partir de aquéllos. Lo primero se extiende a los misterios mismos; mas ¿cómo? Por vía de ilustración, no por vía de argumento. Lo segundo consiste de hecho en probación y argumento. En lo primero vemos que Dios se digna descender a nuestra capacidad, expresando sus misterios de modo que sean perceptibles para nosotros, e injerta sus revelaciones y sagradas doctri-

---

597 Plutarco, *Alejandro,* LXV.
598 Rom. 12, 1.

nas en las ideas de nuestra razón, y aplica sus inspiraciones a abrir nuestro entendimiento, como se aplica la forma de la llave al rodete de la cerradura[599]; en lo segundo se nos permite un uso de la razón y la argumentación secundario y relativo, ya que no original y absoluto. En efecto, una vez establecidos los artículos y principios de la religión, y eximidos de examen por la razón, se nos permite entonces hacer deducciones e inferencias de ellos y por analogía con ellos, para nuestra mejor dirección. En la naturaleza esto no rige, tanto porque los principios son susceptibles de examen por inducción, aunque no a través de medio o por silogismos, como porque esos principios o primeras tesis no son discordantes con la razón que extrae y deduce las tesis inferiores. Sin embargo, no rige solamente en la religión, sino en muchos conocimientos mayores y menores, a saber, en aquellos en que no sólo hay *posita* sino también *placita*[600], pues en esos no se puede aplicar la razón absoluta. Tenemos un ejemplo familiar de ello en los juegos de ingenio, como el ajedrez u otros semejantes: los movimientos y leyes básicas del juego son indiscutibles, pero meramente *ad placitum*[601], y no examinables por la razón; mas luego el dirigir sobre ellos nuestro juego en las mejores condiciones para ganar, eso es cosa de lógica y razón. Así también en las leyes humanas hay muchas bases y máximas que son *placita juris*[602], concluyentes por autoridad y no por razón, y por lo tanto indiscutibles; mas acerca de lo que sea más justo, no absoluta sino relativamente y de conformidad con esas máximas, sobre eso existe un amplio campo de discusión. Tal, pues, es esa razón subordinada que tiene sitio en la teología, que está basada en los *placets* de Dios.

6. Aquí, pues, señalo esta omisión, que a mi entender no han sido lo bastante investigados y tratados los verdaderos límites y aplicación de la razón a las cosas espirituales, como una especie de dialéctica teológica; por no estar hecha la cual me parece ser habitual, so pretexto de concebir rectamente lo revelado, rebuscar y revolver en lo no revelado, y so pretexto de poner al descubierto inferencias y contradicciones examinar lo indiscutible, cayendo los unos en el error de Nicodemo, que pedía le fueran presentadas las cosas más asequiblemente de lo que place a Dios revelarlas: *Quomodo possit homo nasci cum sit senex?*[603], y los otros en el error de los discípu-

---

599 «Estando nosotros obligados al mismo tiempo a abrir y ensanchar nuestro entendimiento para recibirlas», se añade en la versión latina.
600 Supuestos; convenios.
601 Por convenio.
602 Convenios jurídicos.
603 ¿Cómo puede un hombre nacer siendo ya viejo? Jn. 3, 4.

los, que se escandalizaban ante una aparente contradicción: *Quid est hoc quod dicit nobis? Modicum, et nom videbitis me; et iterum, modificum, et videbitis me,* etcétera[604].

7. Si he insistido en esto, ha sido en atención a su grande y santa utilidad: pues este punto, bien trabajado y esclarecido, sería a mi juicio un tranquilizante que detendría y refrenaría no sólo la frivolidad de las especulaciones vanas que sufren las escuelas, sino también la furia de las controversias que sufre la Iglesia. Pues por fuerza se abrirían los ojos de los hombres, al ver que muchas controversias tienen por objeto cosas no reveladas o no indiscutibles, y que muchas otras brotan de inferencias o deducciones débiles y oscuras; y estas últimas, si se resucitara el santo estilo del gran doctor de los gentiles, se harían bajo el lema de *Ego, non Dominus*[605], y de *Secundum consilium meum*[606], con opiniones y consejos, no con tesis y enfrentamientos. Pero ahora están los hombres más que dispuestos a usurpar el lema *Non ego, sed Dominus*[607], y no sólo a eso, sino a remacharlo con truenos y amenazas de maldiciones y anatemas, para terror de aquellos que no han aprendido suficientemente de Salomón que *la maldición sin causa no llegará*[608].

8. La teología tiene dos partes principales, a saber, el contenido informado o revelado y la naturaleza de la información o revelación; y por esta última comenzaremos, porque es la más congruente con lo que acabamos de tratar. En la naturaleza de la información hay tres ramas: los límites de la información, su suficiencia y su adquisición u obtención. A los límites de la información convienen estas consideraciones: hasta qué punto las personas particulares siguen siendo inspiradas; hasta qué punto es inspirada la Iglesia, y hasta qué punto se puede emplear la razón, cuestión esta última que he señalado como omitida. A la suficiencia de la información convienen dos consideraciones: qué puntos de la religión son fundamentales, y cuáles perfectibles, siendo materia de progresiva edificación y perfeccionamiento sobre un mismo y único cimiento; y también qué importancia tienen para la suficiencia de la fe las gradaciones de la luz, según la revelación de cada época.

9. Nuevamente aquí puedo, más que señalar una omisión, dar un consejo, y es que los puntos fundamentales deberían ser con piedad y prudencia distinguidos de aquellos otros que sólo son de pro-

---

604 ¿Qué es esto que dice de «Dentro de poco ya no me veréis, y poco después me volveréis a ver»? Jn. 16, 17.

605 Yo, no el Señor. 1 Cor. 7, 12.

606 A mi parecer.

607 No yo, sino el Señor.

608 Prov. 26, 2.

gresiva perfección, cuestión ésta tendente a un fin muy similar al de aquella que antes mencioné: pues así como con ésa probablemente disminuiría el número de controversias, así con ésta el ardor de muchas de ellas. Vemos que Moisés, cuando vio luchando al israelita y el egipcio, no dijo: *¿Por qué lucháis?,* sino que desenvainó su espada y dio muerte al egipcio; mas cuando vio luchando a los dos israelitas, dijo: *Sois hermanos, ¿por qué lucháis?*[609] Si el punto de doctrina es un egipcio, se le ha de dar muerte con la espada del Espíritu, y no reconciliarse con él; mas si es un israelita, aunque esté errado, entonces: *¿Por qué lucháis?* Vemos que, acerca de los puntos fundamentales, nuestro Salvador cierra la alianza con estas palabras, *El que no está con nosotros, está contra nosotros*[610]; pero acerca de los no fundamentales la limita con estas otras, *El que no está contra nosotros, está con nosotros*[611]. Igualmente vemos que la túnica de nuestro Salvador era de una pieza sin costura[612], y así es la doctrina de las Escrituras en sí misma; pero el vestido de la Iglesia era de diversos colores[613], y aun así indiviso. Vemos que la ahechadura puede y debe ser separada del grano en la espiga, pero que la cizaña no se puede arrancar del trigo en el campo; sería muy útil, pues, definir con precisión cuáles son y hasta dónde llegan esos puntos que excluyen a los hombres de la Iglesia de Dios.

10. En cuanto a la obtención de la información, estriba en la recta y sana interpretación de las Escrituras, que son los manantiales del agua de la vida. Las interpretaciones de las Escrituras son de dos clases, sistemáticas o sueltas. Pues esta agua divina, que en tanto aventaja a la del pozo de Jacob, es extraída de modo muy semejante a como se suele sacar el agua natural de los pozos y fuentes: o bien es primeramente conducida a una cisterna, y de allí tomada y distribuida para su uso, o bien es extraída y recogida en baldes y vasijas allí mismo donde brota. La primera de estas clases, aunque parezca ser la más cómoda, empero es, a mi juicio, la que más se presta a corrupción. Este es el método que nos ha mostrado la teología escolástica, con el cual la teología ha sido convertida en arte, como en una cisterna, y de ahí sacados y deducidos los canales de doctrina o tesis.

11. Con esto se han buscado tres cosas: una brevedad sumaria, una fuerza compacta y una perfección completa; de las cuales las dos primeras no se han encontrado, y la última no se debería buscar.

---

609 Ex. 2, 11-13.
610 Mt. 12, 30.
611 Lc. 9, 50.
612 Jn. 19, 23.
613 Quizá Sal. 45, 14.

Pues, por lo que respecta a la brevedad, vemos que en todos los métodos sumarios, cuando se pretende abreviar se da pie a amplificaciones. En efecto, la suma o abreviación por contracción se torna oscura, la oscuridad requiere explicación, y de la explicación se originan grandes comentarios, o citas y apartados, que acaban siendo más vastos que los escritos originales de donde primero se sacó la suma. Así vemos que los volúmenes de los escolásticos son mucho mayores que los primeros escritos de los Padres, de donde el Maestro de las Sentencias[614] hizo su suma o compilación. De igual manera los volúmenes de los modernos doctores del derecho civil sobrepasan a los de los jurisconsultos antiguos, de los cuales Triboniano compiló el Digesto. De modo que este proceder por sumas y comentarios es lo que torna el corpus de las ciencias más inmenso en cantidad, y más pobre en contenido.

12. En cuanto a la fuerza, es verdad que los conocimientos sistematizados tienen una apariencia de ella, en la medida en que cada parte parece respaldar y sostener otra; pero esto es más ilusorio que real, como los edificios construidos por trabazón y unión, que están más expuestos a ruina que aquellos otros que, aunque menos compactos, son más robustos en sus diversas partes. Asimismo es evidente que cuanto más nos alejemos de las bases, más débiles serán las conclusiones; y así como en la naturaleza cuanto más nos apartamos de los particulares mayor es el riesgo de error que corremos, con tanta mayor razón en la teología, cuanto más nos distanciemos de las Escrituras con inferencias y consecuencias, más débiles y precarias serán nuestras tesis.

13. Y en cuanto a la perfección o totalidad, en teología no se ha de buscar, y el hacerlo torna aún más sospechosa esta clase de teología de artificio. Pues el que quiere convertir en arte un conocimiento lo hace redondo y uniforme, pero en teología son muchas las cosas que hay que dejar abruptamente y concluir con esto: *O altitudo sapientiae et scientiae Dei! quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, et non investigabiles viae ejus!*[615]. Así también dice el apóstol, *Ex parte scimus*[616]; y para tener forma de totalidad donde sólo hay materia para parte, es menester suplir con suposiciones y presunciones. Concluyo, por lo tanto, que el recto uso de esas sumas y sistemas tiene cabida en los textos de iniciación o introducciones preparatorias al conocimiento; mas el tratar en ellos, o por deduc-

614 Pedro Lombardo.

615 ¡Oh profundidad de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Rom. 11, 33.

616 Sabemos en parte. 1 Cor. 13, 9.

ción de ellos, el cuerpo principal y la sustancia de un conocimiento es en todas las ciencias perjudicial, y en la teología peligroso.

14. En cuanto a la interpretación suelta y dispersa de las Escrituras, se han propuesto e inventado diversas clases de la misma, algunas más frívolas e inseguras que sobrias y autorizadas. Ahora bien, hay que reconocer que las Escrituras, naciendo de la inspiración y no de la razón humana, difieren de todos los demás libros en cuanto a autor, de lo cual lógicamente se sigue que su explicador debe obrar de modo un tanto distinto. En efecto, el que las dictó sabía cuatro cosas que ningún hombre alcanza a saber, y que son los misterios del reino de la gloria, la totalidad de las leyes de la naturaleza, los secretos del corazón humano y la sucesión futura de todos los tiempos. En cuanto a lo primero, está dicho: *El que puja hacia la luz, será abrumado por la gloria;* y también: *Ningún hombre que vea mi rostro vivirá*[617]. De lo segundo: *Cuando preparó los cielos yo estaba presente, cuando con ley y compás encerró el abismo*[618]. De lo tercero: *Ni era necesario que nadie diera ante él testimonio del hombre, porque bien sabía él lo que en el hombre había*[619]. Y de lo último: *Desde el principio son conocidas por el Señor todas sus obras*[620].

15. De las dos primeras cosas citadas se han sacado ciertos sentidos y explicaciones de las Escrituras, que habría que haber contenido dentro de los límites de la sobriedad: unos anagógicos, y otros filosóficos. Por lo que respecta a lo primero, no puede el hombre anticiparse a los acontecimientos: *Videmus nunc per speculum in aenigmate, tunc autem facie ad faciem*[621]; palabras que, sin embargo, parecen conceder licencia para al menos pulir ese cristal, o buscar alguna explicación moderada del enigma. Mas el pujar hacia ello en demasía no puede obrar otro efecto que la disolución y ruina del espíritu humano. Pues entre las cosas que el cuerpo ingiere se distinguen tres grados, alimento, medicina y veneno: de los cuales alimento es aquello que la naturaleza humana puede enteramente alterar y asimilar, medicina es aquello que en parte es transformado por la naturaleza y en parte la transforma, y veneno es aquello que enteramente obra sobre la naturaleza, sin que ésta pueda en modo alguno obrar sobre él. Así en la mente todo conocimiento sobre el cual no

---

617 Ex. 33, 20.
618 Prov. 8, 27.
619 Jn. 2, 25.
620 Hch. 15, 18.
621 Ahora vemos en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. 1 Cor. 13, 12.

pueda la razón de ningún modo obrar y transformarlo es mera intoxicación, y amenaza con disolver la mente y el entendimiento.

16. En cuanto a lo segundo[622], ha sido muy empleado en los últimos tiempos por la escuela de Paracelso y algunas otras, que han pretendido encontrar en las Escrituras la verdad de toda la filosofía natural, calumniando y vilipendiando a todas las demás filosofías como paganas y profanas. Pero no hay tal enemistad entre la palabra de Dios y sus obras, ni honran quienes tal dicen a las Escrituras, como ellos suponen, sino que mucho las degradan. Pues buscar el cielo y la tierra en la palabra de Dios, de la cual se ha dicho: *El cielo y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará*[623], es buscar cosas temporales entre las eternas; y así como buscar teología en la filosofía es buscar lo vivo entre lo muerto, así el buscar filosofía en la teología es buscar lo muerto entre lo vivo; ni las pilas o estanques que tenían su sitio en la parte exterior del templo[624] hay que buscarlos en el lugar más santo de todos, donde reposa el Arca de la Alianza. Además, la intención o propósito del Espíritu de Dios no es expresar materia natural en las Escrituras, salvo de pasada y para acomodar a la capacidad humana lo que se dice de materia moral o divina. Y es norma cierta que *Authoris aliud agentis parva authoritas*[625]; pues extraña conclusión sería, si, empleando uno para ornamento o ilustración un símil tomado de la naturaleza o de la historia conforme a alguna idea popular, verbigracia de un basilisco, un unicornio, un centauro, un Briareo, una hidra, etcétera, con ello hubiera de pensarse que afirma positivamente la existencia de eso. Para concluir, pues, diremos que estas dos interpretaciones, una por conversión o enigmática, la otra filosófica o material, que han sido admitidas y cultivadas a imitación de los rabinos y cabalistas, hay que encerrarlas dentro de los límites de un *Noli altum sapere, sed time*[626].

17. En las otras dos cuestiones conocidas de Dios e ignoradas por el hombre, relativas a los secretos del corazón y la sucesión de los tiempos, se establece una diferencia justa y sensata entre la manera de explicar las Escrituras y todos los demás libros. Pues, acerca de las respuestas de nuestro Salvador Jesucristo a muchas de las preguntas que se le hacían, se ha observado con mucho acierto que son impertinentes al estado de la cuestión planteada. La razón de esto reside en que, no siendo como un hombre, que conoce los pensamientos de los hombres por sus palabras, antes bien conociéndolos

---

622 La interpretación filosófica.
623 Mt. 24, 35.
624 1 Re. 7, 38.
625 Un autor tiene poca autoridad en aquello que no hace a su tema.
626 No te engrías, antes teme. Rom. 11, 20.

directamente, no respondía nunca a sus palabras, sino a sus pensamientos [627]; de modo muy semejante a lo que acontece con las Escrituras, que, al estar escritas para los pensamientos de los hombres, y para todas las sucesivas épocas, con previsión de todas las herejías, oposiciones, diferentes estados de la Iglesia, y particularmente de los elegidos, no han de ser interpretadas solamente según la latitud del sentido propio del pasaje, y en relación con la ocasión inmediata en que fueron pronunciadas las palabras, o con congruencia exacta o según el contexto de las que las preceden o siguen, o atendiendo a la intención principal del pasaje, sino que en sí mismas contienen, no sólo en conjunto o colectivamente, sino distributivamente en sus cláusulas y palabras, infinitos manantiales y arroyos de doctrina para regar la Iglesia en todos los particulares. De suerte que, siendo el sentido literal la corriente principal o río, por así decirlo, es sobre todo el sentido moral, y a veces el alegórico o típico, el que encierra mayor utilidad para la Iglesia. No es que yo recomiende que se sea audaz en las alegorías, o indulgente o frívolo en las alusiones, sino que mucho condeno esa interpretación de la Escritura que se limita al modo en que se suele interpretar un libro profano.

18. En esta parte tocante a la interpretación de las Escrituras no puedo señalar ninguna omisión, pero a modo de recordatorio añadiré esto: al hojear libros de teología, encuentro muchos de controversia, y muchos de citas y tratados; una masa de teología positiva, convertida en arte; numerosos sermones y lecciones, y muchos comentarios prolijos sobre las Escrituras, con armonías y concordancias; pero la forma de escrito teológico que a mi juicio es de todas la más rica y preciosa es la teología positiva extraída de textos particulares de las Escrituras, sin extenderla con lugares comunes, ni aplicarla a controversias, ni convertirla en sistema según arte: cosa que abunda en los sermones, que pasan, pero falta en los libros, que permanecen, y en la cual sobresale nuestra época. Pues estoy convencido —y puedo hablar de ello con un *Absit invidia verbo* [628], y sin de ningún modo pretender menoscabo de la antigüedad, sino como en buena emulación de la vid y el olivo— de que, si se hubieran recogido a lo largo del tiempo las mejores y más selectas observaciones sobre textos de las Escrituras que dispersas en sermones se han hecho en esta isla de Bretaña de Vuestra Majestad durante los últimos cuarenta años y más, dejando fuera las exhortaciones y aplicaciones acom-

[627] En el *De augmentis* se añade: «Y también porque se dirigía no sólo a los presentes, sino a los hombres de todas las épocas y lugares a los que se predicase el Evangelio.»

[628] Dicho sea sin presunción. Tito Livio, *Décadas,* IX, XIX.

pañantes, el resultado sería la mejor obra de teología escrita desde los tiempos de los apóstoles.

19. La materia informada por la teología es de dos clases: materia de creencia y verdad de opinión, y materia de culto y adoración, que es asimismo determinada y regida por la primera, siendo aquélla como el alma interna de la religión, y ésta como su cuerpo externo. Por eso la religión pagana no era sólo idolatría, sino que toda ella era un ídolo en sí: pues no tenía alma, esto es, certeza de creencia o credo, como bien se comprende si se piensa que los principales doctores de su iglesia eran los poetas; y debíase esto a que los dioses paganos no eran dioses celosos, sino que gustosamente se avenían a compartir, y con razón. Ni atendían tampoco a la pureza de corazón, contentándose con honores y ritos externos.

20. De las dos cosas citadas se originan y parten cuatro ramas principales de la teología: la fe, la moral, la liturgia y el gobierno. La fe contiene la doctrina de la naturaleza de Dios, de sus atributos y de sus obras. La naturaleza de Dios consiste en tres personas unidas en la Deidad. Los atributos de Dios son, o bien comunes a la Deidad, o bien propios de cada una de las personas. Las obras directas de Dios son dos, la Creación y la Redención, y ambas, así como en su conjunto pertenecen a la unidad de la Deidad, así en sus partes hacen referencia a las tres personas: la de la Creación, en cuanto a la masa de la materia, al Padre; en cuanto a la disposición de la forma, al Hijo, y en cuanto al mantenimiento y conservación del ser, al Espíritu Santo. Y lo mismo en la Redención, que en cuanto a la elección y decisión hace referencia al Padre; en cuanto al acto entero y su consumación, al Hijo, y en cuanto a su aplicación, al Espíritu Santo: pues por el Espíritu Santo fue concebido Cristo en la Carne, y por el Espíritu Santo renacen en el espíritu los elegidos. Esta obra la consideramos también, según su eficacia en los elegidos, o según su negación en los réprobos, o según la apariencia en la Iglesia visible.

21. En cuanto a la moral, su doctrina está contenida en la ley, que revela el pecado. La ley misma se divide, según su procedencia, en ley natural, ley moral y ley positiva, y según su modalidad en negativa y afirmativa, prohibiciones y mandamientos. El pecado, por su materia y contenido, se divide según los mandamientos. Por su forma hace referencia a las tres personas de la Deidad: pecados de flaqueza contra el Padre, cuyo atributo más propio es el poder; pecados de ignorancia contra el Hijo, cuyo atributo es la sabiduría, y pecados de malicia contra el Espíritu Santo, cuyo atributo es la gracia o el amor. Por sus movimientos, tiende hacia la derecha o hacia la izquierda, hacia la devoción ciega o hacia la transgresión pro-

fana y libertina: ya imponiendo restricción donde Dios deja libertad, ya tomando libertad donde Dios impone restricción. Por sus grados y avance, se divide en pecado de pensamiento, de palabra y de obra. Y en esta parte me parece muy recomendable el exponer la ley de Dios según casos de conciencia, que es como mostrar el pan de la vida no entero, sino fragmentado. Con todo, lo que vivifica estas doctrinas de la fe y la moral es la elevación y asentimiento del corazón, a lo cual se orientan los libros de exhortación, las meditaciones santas, la resolución cristiana, etcétera.

22. En cuanto a la liturgia o culto, consiste en los actos recíprocos que hay entre Dios y el hombre: que por parte de Dios son la predicación de la palabra y los sacramentos, que son sellos de la alianza, o a modo de palabra visible; y por parte del hombre, la invocación del nombre de Dios, y, bajo la Ley, los sacrificios, que eran a modo de oraciones o confesiones visibles; mas siendo ahora el culto *In spiritu et veritate*[629], restan sólo *Vituli labiorum*[630], si bien los santos votos de agradecimiento y correspondencia se pueden contar también como peticiones selladas.

23. Y por lo que respecta al gobierno de la Iglesia, consiste en lo relativo a su patrimonio, sus privilegios, sus oficios y jurisdicciones, y las leyes eclesiásticas que rigen el conjunto; todo lo cual puede ser objeto de dos consideraciones, una de la cosa en sí y otra de su compatibilidad y conformidad con el estado civil.

24. Estos asuntos de teología se tratan en forma de instrucción de la verdad, o de confutación de la falsedad. Las desviaciones de la religión, además de la excluyente, que es el ateísmo y sus ramificaciones, son tres: herejías, idolatría y brujería; herejías, cuando servimos al verdadero Dios con falsa adoración; idolatría, cuando adoramos a dioses falsos, creyéndolos verdaderos, y brujería, cuando adoramos a dioses falsos, sabiendo que son falsos y perversos. Pues así Vuestra Majestad observa muy acertadamente, que la brujería es la culminación de la idolatría. Empero vemos que, aun siendo ciertas estas distinciones, Samuel nos enseña que son todas de igual naturaleza, cuando uno se aparta de la palabra de Dios: *Quasi peccatum ariolandi est repugnare, et quasi scelus idololatriae nolle acquiescere*[621].

25. He pasado por estas cosas con tanta brevedad porque no puedo señalar ninguna deficiencia en lo tocante a ellas, no hallando espacio o campo que en materia de teología yazga vacío y sin culti-

---

629 En espíritu y verdad. Jn. 4, 24.

630 Terneras de nuestros labios. Os. 14, 3.

631 Como pecado de hechicería es la rebeldía, y como crimen de idolatría la contumacia. 1 Sam. 15, 23.

var: tan diligentes han sido los hombres en la siembra de buena semilla o de cizaña.

De este modo he compuesto, por así decirlo, una pequeña esfera del mundo intelectual, con tanta veracidad y fidelidad como me ha sido posible, señalando y describiendo aquellas de sus partes que me parecen no estar continuamente ocupadas, o bien transformadas por el trabajo del hombre. En lo cual, si en algún punto me he apartado de lo comúnmente establecido, ha sido con el propósito de pasar *in melius,* no *in aliud*[632]: con intención de enmienda y progreso, no de cambio y diferencia. No podría, en efecto, ser fiel y constante al tema que trato, si no estuviera dispuesto a ir más allá que otros, y al mismo tiempo igualmente dispuesto a que otros a su vez vayan más allá que yo; lo cual bien puede apreciarse en el hecho de haber expuesto mis opiniones desnudas y desarmadas, sin pretender adelantarme con confutaciones a la libertad de los juicios ajenos. Pues en todo lo que esté bien puesto, tengo la esperanza cierta de que, si la primera lectura suscita una objeción, la segunda dará una respuesta. Y en aquellas cosas en que haya errado, seguro estoy de no haber prejuzgado la verdad con argumentos litigiosos, que sin duda tienen el efecto y operación contrarios de añadir autoridad al error y destruir la autoridad de lo que está bien descubierto: pues para la falsedad la cuestión es un honor y deferencia, como para la verdad es una repulsa. Con todo, los errores los reclamo y me los arrogo como míos. Lo bueno, si lo hubiere, es tributo debido *Tanquam adeps sacrificii*[633], para ser consumida en honor, primeramente de la Divina Majestad, y después de Vuestra Majestad, que es en la tierra aquel a quien estoy más obligado.

---

632 A mejor; a cosa distinta.
633 Como grasa del sacrificio. Is. 43, 24.

ESQUEMA DE LA OBRA

Libro primero

1: Dedicatoria a Jacobo I. 2: Elogio de Jacobo I. 3: Plan y objeto de la obra.
I.1-3: Refutación de los ataques al saber fundados en argumentos teológicos.
II.1-9: Refutación de los ataques al saber fundados en argumentos políticos.
III.1-10: Refutación de los ataques al saber fundados en la vida y costumbres de los doctos.
IV.1-V.12: Errores de los doctos en sus estudios.
VI.1-16: Demostración de la dignidad del saber con argumentos teológicos.
VII.1-9: El valor del saber en los asuntos civiles y políticos. 10-30: Ejemplos de Alejandro, Julio César y Jenofonte.
VIII.1-6: El valor del saber en la moral privada. 7: Conclusión del libro primero.

Libro segundo

1-15: Empresas y acciones con que se fomenta el avance del saber: instituciones, libros, retribución de los profesores e investigadores.
I.1: División del saber humano en historia, poesía y filosofía. División del saber divino en historia de la Iglesia, parábolas y doctrina. 2: Historia natural, civil, eclesiástica y literaria. 3-5: Historia de la naturaleza: las creaturas, las maravillas, las artes. 6: Importancia de la historia de las artes.
II.1-3: La historia civil: memoriales, historias completas y antigüedades. 4: Epítomes. 5-10: Historias completas: crónicas, vidas, narraciones. 11: Anales y diarios. 12: Historias sueltas de acciones. 13-14: Historia de la cosmografía.
III.1: Historia de la Iglesia. 2: Historia de las profecías. 3: Historia de la providencia. 4: Apéndices de la historia: oraciones, cartas, sentencias. 5: Conclusión.

IV.1: La poesía como historia fingida. 2: Su utilidad. 3: Poesía narrativa, poesía representativa y poesía alusiva o parabólica. 4: La poesía parabólica. 5: Conclusión.
V.1: División del conocimiento humano en teología y filosofía. 2-3: División de la filosofía en divina, natural y humana. *Philosophia prima.*
VI.1-2: La filosofía divina.
VII.1: La filosofía natural. 2-7: Física y metafísica. El estudio de las causas.
VIII.1-2: La matemática. 3: La prudencia natural o parte operativa de la filosofía natural. La magia natural. Historia de los descubrimientos. Experimentos. 4-6: Conclusión. Modos de comunicación de la filosofía natural.
IX.1: El conocimiento del hombre. 2: Relaciones entre el cuerpo y el espíritu. La fisiognómica y la interpretación de los sueños. 3: Efectos de los humores sobre el espíritu y de las pasiones sobre el cuerpo.
X.1: El conocimiento del cuerpo humano. 2-10: La medicina. 11: La cosmética. 12: La atlética. 13: Las artes del placer sensual.
XI.1: El conocimiento del espíritu humano. 2: La adivinación. 3: La fascinación.
XII.1-2: El conocimiento de las facultades de la mente, racional y moral. 3: División de las artes intelectuales.
XIII.1-5: Invención de artes y ciencias; la inducción. 6-10: Invención de discursos o argumentos.
XIV.1-8: Las artes del juicio. 9-11: Las falsas apariencias. 12: Distintas clases de pruebas.
XV.1: La conservación del conocimiento. 2-3: El arte de la memoria.
XVI.1: La comunicación del conocimiento. 2-7: El habla y la escritura. Los signos. La gramática. Las cifras.
XVII.1-14: El método de la comunicación.
XVIII.1-9: La retórica.
XIX.1: La crítica. 2: La pedagogía. 3: Conclusión.
XX.1-3: El conocimiento moral. 4-12: El bien.
XXI.1-5: El bien privado. 6-11: El bien público. El deber.
XXII.1-3: La moral práctica. 4: Caracteres y temperamentos. 5: Estados y circunstancias. 6: Los afectos. 7-15: La costumbre y la educación. 16-17: Conclusión.
XXIII.1-2: El conocimiento civil. 3: La conversación. 4-9: La negociación. 10-46: El cultivo de la propia fortuna. 47-50: El gobierno. 50: Conclusión.
XXIV.1: Comentario del autor sobre su libro.
XXV.1-25: La teología. Conclusión de la obra.